



KELLY DREAMS

*La llamada del
Desierto*

LOVER TYGRAIN AL-HANAK 3



KELLY DREAMS
La llamada del
Desierto

LOVER TYGRAIN AL-HANAK 3

LA LLAMADA DEL DESIERTO

Kelly Dreams

Serie Lover Tygrain Al-Hanak 3

COPYRIGHT

La llamada del desierto

Serie Lover Tygrain Al-Hanak

© 1ª edición junio 2019

© Kelly Dreams

Portada: © www.fotolia.com

Diseño Portada: Kelly Dreams

Maquetación: Kelly Dreams

Quedan totalmente prohibido la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

DEDICATORIA

A mis *Facebookeras* y amigas:

Marisa Gallen Guerrero, mi salvavidas literario particular.

Gracias una vez más por tu ayuda y por las risas compartidas.

Dhya Nocturn, por tu cariño, tu amabilidad y esa franqueza que adoro.

Tienes un hueco para siempre en mi corazón.

Judith Paredes y **Amparo Noguero Verdet**, mis *facebookeras*, gracias por animarme siempre y por compartir vuestro tiempo conmigo.

Y un agradecimiento especial a ti, mi querida **lector@**, gracias por haberme acompañado en esta nueva etapa que hoy cierra en este libro.

GRACIAS DE TODO CORAZÓN.

ARGUMENTO

El último año ha sido duro para las gentes de Bahir, especialmente para las tribus del desierto que se vieron afectadas por la presencia de terroristas entre sus filas. Durante meses, **Tarek Al-Hanak**, les ha ayudado a rastrear los desérticos territorios con el único propósito de encontrar y sofocar los últimos coletazos de rebelión.

Con los recuerdos del atentado a las ruinas vivos en su mente y en sus pesadillas, el joven *tygrain* solo encuentra solaz en la tranquilidad del desierto. Y será este, en la forma de una adorable e inolvidable mujer, quién sanará su alma y lo conducirá a un pasado olvidado dónde se encuentran las bases de su futuro.

Danika sentía que en la inmensidad del desierto podría encontrarse a sí misma. Desde niña había escuchado su llamada, le había dado voz y había sido parte de ella, ahora las milenarias arenas parecían decididas a mostrarle su destino y lo hacían en la encarnación de un místico felino. Él era el menor de los príncipes Al-Hanak, uno de los *tygrain de Bahir*, alguien capaz de despertar el anhelo en su alma y traer al presente el eco de un pasado del que no podrá escapar.

De las arenas del desierto resurgirá el pasado, uno que la raza *tygrain* no debe olvidar.

No te pierdas el desenlace de la trilogía Lover Tygrain Al-Hanak.

ÍNDICE

[COPYRIGHT](#)

[DEDICATORIA](#)

[ARGUMENTO](#)

[ÍNDICE](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

EPÍLOGO

SOBRE LA SERIE AL-HANAK

CAPÍTULO 1

La vida y la muerte eran una moneda de doble cara que podía darte y arrebatarte todo en el espacio de un parpadeo. Los presentes en esa íntima ceremonia de recuerdo eran conscientes de ello, algunos más que otros, pensó mirando a las dos parejas que se encontraban por delante de él.

Tarek fijó la vista en las manos cogidas de su hermano Sharif y su esposa, la pareja permanecía en silencio delante de la lápida que marcaba el lugar de descanso del antiguo guardián; un hijo de la tercera familia y alguien muy cercano al corazón de los dos. Ese hombre había hecho posible que su hermano siguiese con vida y, de un modo que el destino solo podía comprender, que la mujer que lo acompañaba y era dueña de su corazón, estuviese hoy a su lado.

Su atención se deslizó entonces a la pareja que se encontraba un par de pasos por detrás de ellos, Kaliq rodeaba a su princesa con el brazo manteniéndola cerca de él. El mayor de los príncipes Al-Hanak mantenía un semblante serio y estoico, solo los que lo conocían realmente entenderían la emoción que se reflejaba en sus ojos.

Jason Abdul Wahid había sido un amigo, un hermano y un compañero para su familia, su vida perdida injustamente un año atrás era un amargo recordatorio de los atentados que sacudieron el país y que se llevaron las

vidas de muchos baharís, así como la de otros tantos miembros de las tribus nómadas del desierto.

Apretó los dientes ante los descarnados recuerdos. Él había estado allí cuando atacaron el campamento arqueológico de Anwar Bard, estuvo ante los restos calcinados del poblado que destruyeron por completo y formó parte de la partida de rastreadores convocados por el consejo tribal para perseguir y destruir a los traidores que descubrieron en sus filas. Habían sido meses difíciles en los que tuvieron que lidiar con la prensa, con los tribunales y con la propia justicia que reclamaban los afectados, semanas enteras sin pisar su hogar, recorriendo el desierto y cada recoveco del país en busca de cualquier brizna de ese infecto cáncer que se había atrevido a poner sus manos sobre su tierra natal.

Su padre y hermanos habían optado por la vía diplomática, pero él se había refugiado en el desierto y abrazado su justicia, la única que calmaba los gritos que había escuchado en aquel aciago amanecer.

Respiró profundamente y se obligó a mantener ese exterior calmado y despreocupado, cerró las manos y apretó los puños en un intento para detener el temblor que las recorría, su tigre arañaba por salir, necesitaba perderse en su piel y correr por el desierto hasta que todo aquello hubiese quedado de nuevo atrás.

Un año, trescientos sesenta y cinco días en los que cada uno de ellos había hecho lo posible por reconstruir lo destruido, por dotar de mayor seguridad las ciudades y descubrir si era posible que allí fuera quedase todavía alguna célula dormida con intereses en derrocar a los Al-Hanak.

Ese también había sido un año de descubrimientos y regalos. Las ruinas que creían irremediablemente perdidas les dieron una nueva oportunidad, las explosiones habían soterrado el yacimiento principal solo para destapar una nueva zona de la que no tenían constancia. Su nueva hermana había hecho suya

la tarea de recuperar el pasado de su pueblo y preservarlo para futuras generaciones, junto a su Sharif, formaban un tándem formidable, no había nadie que comprendiese mejor el pasado de sus raíces que ellos dos.

Levantó la cabeza y contempló a lo lejos los tejados blancos de las casas y los altos muros que servían de protección a la ciudad amurallada de Khuzayma. Más allá de esas piedras se extendía el basto desierto de Bahira que daba hogar en el noreste del país a tres de las siete tribus nómadas. El oasis Abdel Haqq se encontraba al sur de la fortaleza, cerca de la capital Samad y de las principales ciudades Jawhar y Umara asentadas al oeste y noroeste del país. Bahir era un sultanato pequeño e independiente, un crisol de culturas que convivían en paz y armonía y aspiraban que fuese así durante muchas vidas más.

Inhaló profundamente, necesitaba esa caliente libertad, sentir la arena hundiéndose bajo sus patas, escapar del agobio de la ceremonia y dejar su mente volar en libertad.

«¿Qué te ocurre, gatito?».

La cálida y suave voz de su madre penetró en sus oídos casi al mismo tiempo que sentía su mano acariciando la de él. Ladeó la cabeza y la vio a su lado enarcando una ceja con disimulo. Estaba bellísima, como siempre, sus ojos castaños brillaban y su piel color canela parecía no conocer el paso de los años. Para tener dos hijos que superaban ya la treintena, se conservaba realmente bien. Como compañera vinculada tenía además la facultad de hablar telepáticamente con cada uno de sus vástagos.

«Nada, estoy bien».

«Puedes disimular delante de tu padre y tus hermanos, pero no ante tu madre, cachorro».

Hizo una mueca ante el apelativo que seguía utilizando su familia a pesar de que ya tenía treinta y un años.

«Ya no soy un cachorro, ¿sería posible que fueses tan consciente de eso de cómo lo eres de todo lo demás?».

La escuchó reír en su mente.

«Siempre serás mi cachorro, Tarek Al-Hanak, da igual la edad que tengas. Tu hermano y tú siempre seréis mis bebés».

Sacudió la cabeza y resopló, el gesto atrajo la atención de su padre quién enarcó una ceja. Él negó y volvió a concentrarse en la ceremonia mientras abría la mano y cogía la de su madre en un gesto cariñoso.

«No es nada, mamá, sabes lo poco que me gustan las ceremonias. No veo la hora de que se termine, mudar la piel e irme al desierto».

«¿Vas a volver a abandonarnos?».

Contuvo una mueca ante el tono de reproche de la mujer.

«No he abandonado mi hogar, es solo que necesito mi propio espacio».

«Pasar tres meses perdido en el desierto y menos de un mes en casa, es abandono, Tar».

La voz de su hermano se filtró en medio de la conversación, solo tuvo que echar un vistazo hacia la pareja y encontrarse con los ojos azules de Sharif fijos en él.

«¿Lo dice quién prácticamente duerme en Anwar Bard?».

«Nunca duermo solo».

Puso los ojos en blanco ante la mención de su esposa y la nueva vida que ahora llevaba.

«Bien, entonces buscaré una compañera, de ese modo no tendré dos voces en mi cabeza reclamándome el pasar tanto tiempo fuera de casa».

«Tarek...».

Levantó la mano, negó con la cabeza y habló en voz alta.

—Lo siento, madre, no es el momento ni el lugar...

No dijo nada más, giró sobre los talones y se alejó, podía sentir la

mirada de los presentes sobre él y eso solo consiguió que apretase los dientes y luchase por no cambiar allí mismo y alejarse corriendo.

Abandonó la colina en la que se emplazaba el lugar de descanso de los miembros de la tercera familia, cruzó las puertas abiertas del alto muro de piedra caliza que acotaba el cementerio y continuó por las estrechas callejuelas hasta que sintió que podía respirar de nuevo. Se aflojó la camisa en el cuello, prácticamente arrancó unos cuantos botones en su premura, tiró de ella, arrancándola del pantalón y dejó que su felino dominase el cambio.

La ciudad estaba acostumbrada a ver a las mascotas de los Al-Hanak paseándose como gatos domésticos por sus calles, así que sus peludas orejas no registraron otra cosa que algún inesperado jadeo o el frenado en seco de algunos transeúntes al ver pasar a un enorme tigre de bengala a la carrera.

Dejó que su gato dirigiese sus pasos, abrazó la libertad que le ofrecía el felino y relegó su conciencia humana a un segundo plano. Había estado a punto de hiperventilar, de perder el control allí mismo y no podía permitírselo, no quería que su familia viese la falta de control que lo embargaba desde hacía un año.

Todo lo ocurrido le había pasado factura de un modo que solo recientemente empezaba a aceptar. Temblores, ansiedad, problemas para respirar, tenía ataques de pánico provocados por los recuerdos que se convertían demasiado a menudo en pesadillas. Desde hacía algún tiempo se despertaba gritando y empapado en sudor, solo cuando estaba en el desierto parecía ser capaz de recuperar el control y calmar su espíritu.

Atravesó las puertas custodiadas de la ciudad y se lanzó al desierto a toda velocidad, sus ojos se ajustaron a la luz del atardecer, sus patas levantaban polvo y arena a medida que avanzaba adentrándose en las dunas. Emprendió una carrera sin rumbo dejándose llevar tan solo por la sensación de libertad y la necesidad de alejarse de la civilización. Aquel era su medio,

sus raíces y su legado, dejó que el viento le acariciase el pelo y le susurrase al oído, calmando su alma y apaciguando sus pensamientos.

Redujo la velocidad hasta un cómodo paso y disfrutó de la sensación de sus patas hundiéndose en la arena, se relamió saboreando la textura del desierto y sacudió el cuerpo desde la cabeza hasta la cola en un gesto de cómoda libertad.

El sol de todo el día había calentado la arena, pero esta empezaría a enfriarse rápidamente en cuanto la caliente bola de fuego desapareciese para dar paso a la noche y a las bajas temperaturas que llegaban a alcanzarse en esa parte del país. Avanzó lentamente, oteó el aire y sacudió las orejas cuando captó algo extraño con su aguda audición.

El desierto cantaba, Tarek podía escuchar la melodía en cada susurro de la arena, en cada duna que se elevaba por delante de él, pero esta vez no se trataba de una melodía silenciosa, ni del sonido del viento agitando los granos dorados de ese ardiente mar. Movié las orejas una vez más, poniendo a prueba el fino oído de su encarnación felina y buscando el lugar de procedencia de lo que eran inequívocamente palabras. No era una ilusión, el sonido era demasiado claro, demasiado real y, aun así, en aquel lugar y con el sol calentando sobre su peluda cabeza, no podía ser otra cosa que un espejismo.

Avanzó con cuidado hacia la próxima duna, la arena empezaba a perder consistencia y sus patas se enterraban bajo su peso, agitó la cola y se impulsó a base de saltos hasta la cima dónde el sonido se volvió mucho más nítido y el desierto le regaló el más inesperado de los espejismos.

Una hembra envuelta en sedas oscuras alzaba los brazos al cielo y giraba sobre sí misma con una gracia absoluta, su voz era la que daba ritmo a la melodía que había escuchado en la distancia y movía la arena a sus pies cómo si el viento respondiese a cada una de sus palabras.

Se quedó quieto y agazapado, con el corazón latiéndole a mil, la

respiración retenida en los pulmones mientras escuchaba el murmullo que traía el aire caliente, se sintió envuelto por ella, como si fuese una mano que le acariciase el pelo.

Entrecerró los ojos para verla mejor. Parecía moverse como si estuviese mecida por las olas, como si cada movimiento u ondulación de su cuerpo respondiese a los dictados del desierto y con cada uno de ellos obedeciese al mandato de su propia voz.

Las notas se elevaron en el aire en un esperado crescendo, movió las manos en un sensual baile por encima de su cabeza y la arena respondió a ella como si se tratase de un místico genio obedeciendo las órdenes de su ama. Si no lo estuviese viendo con sus propios ojos y notase su presencia con cada uno de los sentidos habría pensado que se trataba de uno de esos místicos *djinn* que aparecían en los libros o que el calor del desierto le estaba jugando malas pasadas.

No podía verle el rostro más de lo que podía intuir su figura envuelta en capas de tela y oscuros velos, pero durante un breve instante, uno que tenía el sabor de la eternidad, unos ojos azul grisáceo pintados de *kohl* se clavaron en su alma en tan solo un cruce de miradas.

Ella siguió moviéndose al compás de la melodía que brotaba de sus labios, reconoció algunas de las palabras y las asoció a uno de los antiguos dialectos que había estado aprendiendo con Jasmine; la esposa de su hermano era una apasionada de la cultura de su país y había convertido la investigación del pasado de Bahir y sus ancestros *tygrain* en su personal cruzada. Esas arcaicas palabras, unidas a la especial interpretación del baile probablemente estuviesen atadas a algún tipo de ritual u oración, uno que no debía ser presenciado por ojos impíos. Fuese lo que fuese lo había embelesado manteniéndolo pegado a la arena sin otra urgencia que no fuese la de contemplar aquella performance y a la mujer que la llevaba a término.

Cada uno de los movimientos femeninos y respiraciones parecían replicarse dentro de su propia alma, la melodía domesticaba su naturaleza felina y hacía que quisiera permanecer allí eternamente, contentándose tan solo con mirarla.

Las notas cobraron cada vez más intensidad y con ellas lo hicieron también los movimientos de sus brazos y los remolinos de arena que el viento creaba a su alrededor. Una tupida cortina dorada se elevó al compás de sus manos extendiéndose en el aire, cubrió toda el área y lo privó momentáneamente de su visión.

Tarek contuvo la respiración, dejó su postura agazapada y se incorporó moviendo las orejas en busca de algún sonido, balanceó la cola y agudizó la mirada cuando la nube empezó a desdibujarse mostrándole el lugar que había ocupado ella previamente ahora vacío.

El corazón le dio un vuelco, el aire salió expulsado de golpe de sus pulmones y no pudo evitar buscarla con la mirada. Giró sobre sus patas y se deslizó a saltos a través de la duna, olisqueó el aire caliente del desierto en busca de un rastro, pero ella se había esfumado por completo.

Un agónico rugido emergió de su pecho y resonó en el enorme mar de arena. Era un lamento, una llamada, una súplica para aquella que había despertado sin saberlo el alma del más joven de los príncipes *tygrain*.

CAPÍTULO 2

Danika respiró profundamente y se empapó del aroma de ese lugar, aquel al que pertenecía y al que antes o después volvería. Había echado de menos la sensación de la arena bajo los pies, la manera en que el polvo se le pegaba a la piel y al pelo, unos lo llamarían suciedad, pero para ella era la vida misma de Bahir aceptándola como parte de sí misma.

Habiendo nacido en el seno de una de las siete tribus nómadas del país, tenía una conexión muy fuerte con la tierra, con sus raíces y su pueblo. Su familia llevaba generaciones asentados en ese lugar y recientemente habían sufrido el más duro de los golpes.

Un grupo terrorista denominado Hilal Dam, *Luna de Sangre*, había atentado contra la familia real, atacando varios asentamientos importantes mientras sembraban el terror y la muerte en un país que se caracterizaba por su seguridad, estabilidad y la preocupación de sus dirigentes por aquellos que estaban bajo sus cuidados.

Las gentes del desierto no se habían salvado de las incursiones, el número de bajas había sido importante, especialmente tras el injustificado ataque a las excavaciones arqueológicas de Anwar Bard que habían dado trabajo a muchos de los suyos. Afortunadamente, habían sido capaces de reaccionar con rapidez y trabajar unidos para poner punto final a aquella

amenaza.

Las distintas televisiones del país así como la prensa internacional se habían hecho eco de cada noticia, habían cubierto los sucesos y se habían encargado de dar la cobertura necesaria para que la ciudadanía supiese que ocurría... sin embargo, nunca sabrían el verdadero alcance que había tenido aquello, ni cómo se había resuelto en realidad, pues había secretos que debían seguir siéndolo, sobre todo para que los dirigentes del país, los Al-Hanak, pudiesen seguir cuidando de su pueblo de la manera en que lo estaban haciendo. El suyo era un mundo en el que lo cotidiano y lo sobrenatural se daban la mano, dónde cualquier cosa podía ser posible. Ella misma era testigo cada vez que se internaba en el desierto y escuchaba su voz, su particular canción.

Y esa tarde no había sido la única. No había sido consciente de su presencia hasta que sus ojos se encontraron, al principio pensó que tenía que tratarse de un espejismo, uno de los trucos que creaba su propia canción, pero el desierto despejó sus dudas con un simple susurro en su mente; *Tygrain*.

El recuerdo la estremeció, había sentido esa mirada felina sobre ella, acariciándole el alma de una manera tan íntima que despertó cada una de sus terminaciones nerviosas y la hizo obrar de una manera absurda e infantil; salió huyendo.

Sacudió la cabeza, se arrancó la *pashmina* con la que se había protegido del sol y el calor del desierto y atravesó el poblado de diseminadas tiendas con paso firme. El descuidado moño terminó por deshacerse del todo dejando caer el enmarañado pelo castaño sobre sus hombros, lo apartó de un manotazo y resopló de una forma que su padre y hermanas considerarían poco femenina.

Ser la hija más joven del *sheikh* Abdul Sahin, el jefe de una de las tribus más grandes y poderosas del este de Bahir, tenía sus beneficios e inconvenientes. Mientras sus hermanas mayores habían permanecido solteras,

su padre no la había importunado con el matrimonio, pero ahora que ambas se habían casado y ella cumplido los veinticinco, estaba decidido a buscarle también esposo. Si bien adoraba a su padre y respetaba las tradiciones de su pueblo, su educación occidental y universitaria había hecho que viese el mundo con otros ojos, que quisiese vivir su vida de otra manera y el matrimonio no entraba en sus planes más inmediatos.

Se sacudió la arena de encima con unas cuantas palmadas, lo ideal sería poder lavarse y cambiarse antes de reunirse con su familia para la cena, pero a juzgar por la presencia de varias personas, entre los que se incluía su padre, delante de la tienda principal, no tendría tiempo para ello.

—...muchas fueron las vidas perdidas en aquellos días. —Escuchó las palabras que traía el aire—. Pero obtuvimos justicia para nuestros hermanos caídos y la alianza entre las tribus del este ha prosperado y se ha afianzado incluso con varios matrimonios...

—Debemos celebrar la vida por encima de la muerte y recordar a aquellos que hicieron lo posible porque así fuera.

—Será también una buena oportunidad para afirmar vínculos con nuestros hermanos y renovar nuestros juramentos —añadió la que sin duda era la voz de su padre—. Nuestros ancestros se asentaron en estas tierras hace incontables vidas, juraron proteger a las cuatro familias y a los *tygrain* de Bahir.

—Renovaremos nuestro juramento ante los Al-Hanak una vez más —asintió una voz profunda y femenina que reconoció como la cabeza de los Husayni.

Zafira Al-Husayni era la única mujer en el consejo, líder de una de las más grandes e influyentes comunidades nómadas del desierto presentaba el aspecto de una hembra curtida, una guerrera, pero sus ojos eran tan amables como piadosos, cosa que hacía buena falta en una sociedad como la suya,

dominantemente patriarcal.

Ella había sido la que había impulsado a las mujeres a levantarse y luchar por sus derechos, las había animado a estudiar, a prepararse y traer ese conocimiento a las tribus para romper con las barreras y darle a la comunidad un futuro.

Sabía que tenía muy buena relación con el sultán Al-Hanak y sus dos esposas, era una mujer culta y respetada, alguien que amaba las costumbres de su pueblo y hacía todo lo posible por conservarlas.

—Celebraremos la vida y renovaremos los votos —asintió—. Comunicaremos a los Al-Hanak la reunión, así como a nuestros hermanos del desierto. Será un buen homenaje y una renovación de nuestras raíces.

—Me ocuparé de avisar a los jefes nortños —declaró Zafira, volviéndose con el resto de los hombres hacia la tienda, según parecía tenían intención de continuar aquella conversación en el interior.

—Tendremos que preparar...

Las voces se perdieron en el interior de la tienda, estaba claro que la cena familiar iba a posponerse por circunstancias de las que no había sido consciente hasta ese momento.

—Danika...

Se giró para ver a Lyss, la mayor de sus dos hermanas. Vestía con el estilo libre, los colores oscuros de su ropa y el pañuelo que le cubría el pelo era un indicativo de que era una mujer casada.

—¿Dónde te habías metido? Padre ha estado preguntando por ti.

Señaló hacia la tienda dejando claro que lo había visto.

—Acabo de verlo reunido con algunos miembros de otras tribus.

—Han venido a hablar sobre la *Ceremonia del Recuerdo*, por el aniversario de los atentados —asintió, entonces la señaló—. ¿Has dejado algo de arena en el desierto o te la has traído toda contigo?

Volvió a sacudirse con las palmas sacando todavía polvo.

—Tenía la intención de asearme antes de presentarme a la cena...

—Bien, estás a tiempo de hacerlo —le indicó con la mano hacia el otro lado del poblado—. Pero tendrás que darte un baño en agua fría. La caldera ha vuelto a estropearse y no he tenido tiempo para arreglarla.

—Es una broma, ¿no?

—Créeme, le he dicho a papá una y otra vez que se una al mundo moderno, pero ya conoces su respuesta: Si tiene arreglo, para que gastar en uno nuevo.

Puso los ojos en blanco. Si fuese por él, viviría en una maldita *jaima* como lo habían hecho sus antepasados. El que el poblado estuviese constituido por casas en vez de tiendas de tela, que tuviesen electricidad e incluso agua corriente, se debía más bien a la necesidad del príncipe heredero por sacar a Bahir de la Edad de Piedra que a la necesidad de su pueblo por unirse al mundo moderno.

—Es el jefe, debería de dar ejemplo.

—Esa es mi frase al menos tres veces por semana y créeme, le entra por un oído y le sale por el otro.

Lyss era la única de sus hermanas que, tras casarse, había permanecido en el poblado. El que su marido se hubiese asentado en la misma años atrás, tras venir como maestro para escolarizar a los niños de las tribus, había contribuido a esa decisión. Malik era un hombre bueno, se preocupaba por la tribu y sobre todo, amaba a su esposa.

—¿Y Zeynep?

—En casa haciendo la comida —le señaló—. Nuestros maridos se han unido a la reunión de los jefes, vendrán con padre a cenar. Solo nos faltabas tú, hermanita.

Una reunión familiar en toda regla, una que no habían tenido en

demasiados meses. De las tres, ella era la que más tiempo había pasado fuera del hogar y de su querido desierto. Había echado mucho de menos su país natal, pero los estudios universitarios y las prácticas la habían mantenido lejos. Si había vuelto ahora, recién graduada, había sido con la intención de decidir su futuro, necesitaba averiguar si podía hacer algo para mejorar las perspectivas de la tribu y eso solo podía considerarlo estando in situ. Quería ser útil para los suyos, quería hacer algo por aquellas personas que habían formado parte de su vida y solo esperaba que se lo permitiesen.

—Pues ya estoy aquí —declaró finalmente.

—Dime eso después de que te hayas quitado el desierto de encima —le soltó con una cariñosa sonrisa, le dio una palmadita en la cabeza y le señaló la tienda—. Procura volver antes de que papá pregunte por ti por enésima vez el día de hoy.

No le dio ni tiempo ni opción a replicar, así era ella, una vez decía lo que tenía que decir, daba media vuelta y volvía a lo que quisiera que tuviese entre manos. Ella era la mayor de las tres, en muchos aspectos había sido más madre que hermana, ya que su progenitora había fallecido cuando no era más que una mocosa de corta edad. Lyss había ayudado a su padre a cuidar de Zeynep y de ella hasta que habían sido lo bastante adultas para empezar a valerse por sí mismas.

Adoraba a su familia, eran uno de sus pilares más importantes, pero había algo que ellos no podían comprender y era su conexión con el desierto. Era un legado que venía de su tatarabuela, una descendiente de las primeras familias, y que se había saltado algunas generaciones hasta llegar a ella. Poseía una conexión con el desierto que no podía explicar con palabras y que la había llevado a convertirse, en cierto modo, en una persona bastante solitaria.

¿Cómo explicarle a alguien lo que era escuchar el latido del corazón del

desierto, su melodía y ser capaz de darle voz? ¿Lo que era saber si alguien se había perdido en aquella vasta extensión de arena o algo la perturbaba y no ver en sus rostros la incredulidad o lo que posiblemente fuese falta de cordura?

El silencio era a menudo la mejor respuesta, guardarse aquella magia para sí misma y mantener esa peculiar comunión en privado.

Pero aquella tarde había tenido compañía, un inesperado invitado había irrumpido en su pequeño santuario y era incluso más místico y extraño que ella misma.

Desde que era una niña había escuchado historias sobre los *tygrain de Bahir*, sobre una raza sobrenatural que había emergido del desierto en una época en la que allí no existía otra cosa que arena, una línea real que había llegado hasta nuestros días, pero tener el conocimiento de algo distaba mucho de descubrirlo con tus propios ojos, de comprender que lo que todavía insistías en ver cómo leyendas, era tan real como ella.

Esos ojos volvieron a colarse una vez más en su mente, una mirada fija, intensa que, si bien solo había durado un latido de corazón, había quedado grabada a fuego en su alma.

—Puede que el darme un chapuzón en el río no sea tan mala idea después de todo —suspiró y siguió los pasos de su hermana para coger una muda de ropa y una toalla—, al menos podré despejarme la cabeza.

CAPÍTULO 3

—No puedo creer que tenga que recurrir a esto.

Danika dejó la lámpara eléctrica en el suelo y la encendió. El sol había empezado a ocultarse finalmente y el manto de la noche caería implacable sobre el desierto de un momento a otro. Los días en aquella época del año menguaban considerablemente trayendo consigo una noche temprana, pero no había cielo igual a este.

Posó la bolsa con sus cosas sobre una piedra e hizo una nueva mueca ante lo que podría catalogarse como una tosca piscina excavada en la piedra. En realidad se trataba de una reserva de agua, un hueco excavado en el suelo para aprovechar el agua de la corriente subterránea que se decía alimentaba el oasis de Abdel Haqq en las inmediaciones de la capital. Aquel lugar era de propiedad privada y exclusiva de los Al-Hanak, un pequeño paraíso emplazado en medio del caliente desierto.

—No pienses, Dani, solo hazlo.

No valía la pena darle largas a lo que sin duda iba a ser un baño en agua fría, se quitó la ropa y la sacudió viendo cómo se creaban nubes de polvo y arena. Si hubiese llegado a entrar así en la tienda del jeque, sus hermanas la habrían sacado en volandas para luego echarla de cabeza a esa charca y frotarle la piel como si no existiese un mañana.

Dobló las prendas y las colocó a un lado de la bolsa. Todavía en bragas y sujetador, extrajo el jabón y una amplia toalla con la que poder secarse después. El viejo peine de nácar cayó de entre los pliegues de su muda de ropa y resonó contra la piedra con un silencioso eco que parecía magnificarse en el solitario lugar. Lo recogió con cuidado, era uno de sus más preciados tesoros, un regalo que le había hecho el mismísimo desierto cuando empezó a jugar con él y del que ya nunca quiso ni pudo separarse.

La luz de la lámpara eléctrica titiló recordándole que la noche pronto caería sobre ella, tenía que asearse y volver al poblado antes de que enviasen un ejército a buscarla.

Volvió a mirar la masa de agua, se mordió el labio y terminó de desnudarse. Quizá debería haberse cerciorado primero de la temperatura, pero ante la posibilidad de echarse atrás, se metió de golpe. El grito que emergió de su garganta hizo que incluso las pocas aves que anidaban en las palmeras diseminadas por la zona levantasen el vuelo.

—De acuerdo, no está tan fría, esto no es Siberia, estamos en el desierto, el agua es calentita, muy calentita —siseaba mientras luchaba con los temblores que le provocaba el brusco cambio de temperatura—. Solo tienes que imaginarte que estás en unas termas y... oh, joder, a quién quiero engañar... ¡Está helada!

Riéndose de sí misma, se obligó a respirar profundamente y sumergirse por completo para emerger de nuevo escupiendo, siseando y apartándose el pelo de la cara.

—Dioses, lo que tiene una que hacer para aparecer presentable en la mesa de la familia.

Se dio prisa al lavarse el pelo y continuó frotándose la piel con energía hasta asegurarse de que se había quitado de encima todo rastro de polvo y arena.

—De acuerdo, una nueva inmersión y se acaba esta tortura de limpieza.

Cogió aire y se hundió por completo, sacudió la cabeza bajo el agua y se peinó el pelo con las manos para librarlo de toda espuma antes de volver a emerger. La suave brisa todavía cálida del desierto le acarició el rostro mientras echaba la cabeza hacia atrás y deslizaba los dedos por su rostro y el pelo para escurrir el agua que resbalaba por su cuerpo. Retorció la melena a un lado y fue escurriéndola a medida que avanzaba hacia el borde de la piscina solo para quedarse totalmente inmóvil cuando, al levantar la cabeza, se encontró con un inesperado visitante.

Tarek era consciente de que en el desierto uno podía encontrarse cualquier cosa, pero la visión de una mujer desnuda y emergiendo del agua, con los pechos erguidos, los pezones endurecidos por el frío y el agua resbalando por toda esa piel canela no era algo que contemplase a menudo. Ajena a su presencia deslizó los dedos por la húmeda y larga melena oscura, la retorció entre las manos y empezó a avanzar hacia la orilla, solo cuando levantó el rostro y esos bonitos ojos azul grisáceo se encontraron con los suyos fue consciente de su presencia.

El tiempo pareció detenerse una vez más en el transcurso de aquella tarde, esos ojos volvían a mirarle solo que ahora no veían al *tygrain*, sino al hombre, uno que, en honor a la verdad estaba totalmente sobrecogido por su presencia. Quizás, si hubiese tenido un solo momento de lucidez, habría hecho algo más que deslizar la mirada sobre las deliciosas curvas femeninas y relamerse como un gato dispuesto a zamparse toda la crema, pero más tarde reflexionaría que en ese momento todas y cada una de sus neuronas sanas habían entrado en cortocircuito.

Un sonoro chillido le taladró los oídos, la deliciosa criatura se hundió

de golpe en el agua dejando tan solo su cabeza y una furibunda mirada clavada en él. Sus labios se movían con rapidez pronunciando mayoritariamente insultos y otras palabras que tardó unos instantes en registrar a pesar de hablar el mismo idioma.

—...que te arranquen la piel a tiras.

—¿Qué? —murmuró él saliendo de su momentáneo estupor.

—¡Date la vuelta ahora mismo!

Acicateado por sus palabras, con la inmediata comprensión de la situación, murmuró una disculpa y le dio la espalda. Aunque el daño ya estaba hecho, pensó con cierta ironía, nada podría borrar jamás esa imagen de su mente, quedaría guardada con llave en un lugar que le permitiese volver a ella cada vez que deseara recordar ese dulce e inesperado regalo.

—Lo lamento, no me di cuenta de que te estabas bañando.

Una verdad a medias, aceptó para sí mismo. Se había pasado un buen rato buscándola por el desierto sin éxito, cuando estaba a punto de desistir y dirigió sus pasos hacia el asentamiento tribal que había en las inmediaciones dio con un rastro que había despertado una irrefrenable ansiedad en su parte *tygrain*. Había cambiado antes de darse cuenta de que lo hacía, guiándose tan solo por el instinto innato en cada miembro de su especie y había terminado allí, frente a ella.

—¿A esto os dedicáis en vuestra tribu? ¿A espiar mujeres mientras se bañan?

—¿Nuestra tribu? —Hizo ademán de girarse.

—¡Ni se te ocurra darte la vuelta!

Su voz fue como una aterciopelada caricia aunque la hubiese blandido con la fuerza de un látigo, tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no ronronear, intuía que a la mujer no iba a hacerle ni pizca de gracia que estuviese tan contento de escucharla cuando estaba claro que quería sus

intestinos en una bandeja.

—No tengo por costumbre espiar a nadie mientras se baña.

—Sí, claro. —No creía ni una sola palabra que salía de su boca—. ¿Sabe tu jefe qué clase de mirones tiene como escolta?

¿Su jefe? ¿Escolta? Arrugó la nariz y ladeó la mirada ante la tentación de ver su rostro, no le gustaba hablar con alguien sin mirarle a la cara. Uno no podía saber qué pensaba la otra persona o qué ocultaba si no la tenía delante.

—No perteneces a los Sahin, así que, ¿con quién has venido? ¿A qué tribu perteneces?

Ah, con que se trata de eso. Comprendió entonces, la chica debía ser miembro de los Sahin, uno de los más grandes y poderosos asentamientos tribales del este de Bahir. Su jefe, el *sheikh* Abdul Sahin, había llamado a una reunión de clanes para honrar el recuerdo de los numerosos miembros caídos en los pasados atentados. Él mismo se había reunido con el jefe unas cuantas veces en el último año e incluso había aceptado su hospitalidad, pero estaba completamente seguro de que no había visto a esa mujer antes entre los miembros de su gente, ni siquiera la había oído; un *tygrain* jamás pasaría por alto a su propia compañera.

—No, no pertenezco a los Sahin, pero recientemente he sido huésped de su *sheikh* —respondió con sinceridad, deslizó la mirada por el suelo y se topó con una toalla y una muda de ropa. Los colores y los adornos pertenecían sin duda a los Sahin.

Se inclinó y recogió la toalla al mismo tiempo que escuchaba un jadeo a su espalda y una nueva orden femenina.

—¡Deja eso en su sitio! ¡No toques mis cosas! —clamó ella y escuchó el inequívoco chapoteo de alguien emergiendo del agua. Tarek hizo un nuevo ademán de girarse, pero se contuvo.

—¿A quién profesas lealtad? Juro por el dios del desierto que daré parte

de este irrespetuoso comportamiento a...

—No pertenezco a las tribus nómadas —la interrumpió, sacudió la toalla, abriéndola y ladeó la cabeza lo justo para verla por encima del hombro, procurando mantener la mirada en su rostro—. Deberías salir, el agua de esa charca suele estar helada.

—¡Cierra los malditos ojos!

Parpadeó ante aquella nueva e inesperada orden.

—¿Qué haga qué?

—¿Ahora además de mirón eres sordo?

Resopló y puso los ojos en blanco.

—¿Eres siempre tan insultante con los desconocidos?

—No, pero la ocasión lo merece —replicó en lo que a todas luces era un siseo—. Cierra los malditos ojos y extiende la toalla. Sujétala abierta y no se te ocurra mirar.

Sin duda sabía cómo dar órdenes y también era una cosita inteligente. Estaba asegurándose de que él no pudiese verla incluso si decidía abrir los ojos y la posición de la toalla, le permitiría estar oculta a su visión hasta que se la arrebataste de las manos, cosa que sin duda haría tan pronto estuviese delante de él.

Sacudió de nuevo la tela, se giró hacia ella por completo con los ojos cerrados y la levantó siguiendo sus instrucciones. Fue muy consciente de cada uno de sus movimientos, su agudizado oído recogió cada sonido, cada pequeño chapoteo, el momento en que salió del agua y contó mentalmente los pasos que la separaban de él. Su cercanía hacía que su aroma se intensificase y se le hiciese la boca agua. Ella olía a especias, tenía una sutil reminiscencia a canela y a desierto, casi podía paladearlo en su lengua.

Sintió su calor al otro lado de la toalla y se dejó llevar. Abrió los ojos y bajó lentamente la tela descubriendo ante sí esa mirada azul grisácea, un rostro

de mejillas llenas y unos labios gruesos pálidos por el frío.

—Te dije que no abrieras los ojos —jadeó ella, se detuvo en seco, mirándole fijamente.

—Es difícil resistirse a hacerlo cuando sabes lo que te espera si los abres.

Le sostuvo la mirada durante unos instantes, el leve estremecimiento de su cuerpo lo llevó a bajar sobre su piel, al agua que resbalaba y perlaba de gotas esa perfección canela. No lo pensó, se inclinó y la envolvió con delicadeza, manteniendo la mirada en sus ojos al tiempo que la acercaba a él y deslizaba las manos sobre la toalla, frotándola con suavidad.

—Tiemblas...

—El agua estaba fría —murmuró en una insegura réplica—. Ya puedes soltar la toalla.

—Si lo hago tendré que soltarte también a ti.

—De eso se trata.

—No quiero soltarte. —No, no quería hacerlo, le gustaba la sensación de tenerla entre los brazos, era extraña y al mismo tiempo reconfortante el saber que ese era el lugar al que pertenecía.

—Si aprecias en algo tu vida, me soltarás ahora mismo...

—Mi vida es...

Las palabras se perdieron en el aire cuando su fino oído captó la presencia de alguien más en el solitario paraje, la dejó ir solo para empujarla detrás de él y fijar la mirada en un punto en el que empezaba a titilar una luz.

—¿Danika? ¿Dani, estás ahí?

Se trataba de una voz juvenil matizada por la urgencia, una que había escuchado con anterioridad y que no representaba peligro alguno. Tarek se relajó y esperó hasta que el desgarrado muchacho de doce años apareció iluminando su camino con una potente linterna.

—El jefe Sahin me ha enviado a buscarte... —Sus palabras se detuvieron en seco en el preciso momento en que lo vio—. Oh, alteza, no sabía que estabais aquí...

—¿Alteza? —El murmullo sorprendido de la chica hizo que se inclinase con intención de mirarle también, así que echó el brazo hacia atrás, manteniéndola quieta y oculta de la visión del muchacho. Si bien solo era un niño, a su tigre no le hacía gracia en esos momentos que nadie viese a su compañera como dios la había traído al mundo, con toalla o sin ella—. ¿Cómo que alteza?

—Si te mueves, la toalla se caerá —le advirtió con suavidad, dedicándole una mirada soslayada sobre el hombro.

—Yo, ah... —La sorpresa del niño se convirtió al momento en una azorada comprensión. No se necesitaba mucha imaginación para dar vida a una posible escena con las pruebas presentes, aunque esta luego nada tuviese que ver con la realidad—. Um... lo siento, alteza, no sabía que... Yo, creo que volveré y les diré que no te he encontrado, Dani,

—Y una mierda que lo harás —replicó la aludida asomándose sobre su brazo—. No se te ocurra moverte de ahí...

Tarek ladeó la cabeza lo justo para encontrarse con su mirada, había algo en el nerviosismo del chico así como en las formas de la mujer que despertaban su curiosidad y la ponían alerta.

—¿Por qué te busca el *sheikh* Abdul Sahin?

Ella levantó la barbilla con gesto desafiante.

—No es asunto tuyo.

—Dani, no puedes hablarle así al...

Tarek interrumpió al chico con un solo gesto de la mano sin separar la mirada de la de ella.

—¿Quién eres?

—Yo he preguntado primero.

Ella no tuvo tiempo a responder, ya que se le adelantó el muchacho.

—Danika es la hija menor del *sheikh* Sahin, alteza.

La respuesta del chico dio significado a todo el reciente lío y a sus propias sospechas.

—Bien, ya tienes tu respuesta —replicó ella alzando la barbilla—. Así que, es tu turno.

—Es el príncipe Tarek, Dani —volvió a adelantarse el chiquillo—. Su alteza es uno de los *tygrain* de Bahir.

La manera en la que parpadeó y abrió los ojos con evidente sorpresa y reconocimiento le dijo que sabía perfectamente quién era él. Más aún, la intensidad en su mirada y el brillo de reconocimiento que siguió a ese momento de asombro, decía mucho más.

—Um, perdonadme, pero, ¿qué debo decirle al jefe Sahin?

La pregunta del chico hizo que ambos se volviesen hacia él al mismo tiempo y diesen dos respuestas distintas.

—Dile que no me has encontrado...

—Dile que nos has encontrado paseando y que yo acompañaré a la princesa de vuelta —declaró volviéndose ahora hacia el niño—. Transmítele mi agradecimiento por su abierta hospitalidad y mis disculpas por importunar la paz de su hogar de manera intempestiva. ¿Podrás hacerlo, Hadi?

El chico lo miró con una complicidad típica de su edad y asintió.

—Por supuesto, príncipe Tarek.

Sonrió y sacudió la cabeza.

—¿Recuerdas lo que hablamos? —le preguntó al chiquillo—. Con Tarek es más que suficiente.

—Sí, le transmitiré tus palabras al jefe, Tarek —corroboró el niño y le echó un último vistazo a la chica antes de salir corriendo a cumplir su

petición.

—Acabas de meterte en un buen lío, *alteza*.

Se giró hacia ella al escuchar sus palabras y sonrió en respuesta.

—Estoy acostumbrado, créeme —aseguró y señaló la toalla con un gesto de la barbilla—. Vístete, te prometo que ahora no miraré.

Con un bufido, le dio la espalda, cogió su ropa y se alejó hacia una de las zonas más oscuras. Tarek no pudo evitar sonreír de nuevo, se giró para darle la espalda y permitirle el decoro que le había prometido.

Una compañera. No la había buscado, no esperaba encontrarla tan pronto, pero estaba dispuesto a disfrutar de cada momento que pasase a su lado mientras la conocía.

CAPÍTULO 4

Danika no podía dejar de echarle fugaces vistazos al hombre que la acompañaba de vuelta al poblado. Por más que intentaba buscarle sentido a lo que acababa de ocurrir, no se lo encontraba, no había una forma racional que explicase la miriada de sensaciones que la recorrían estando cerca de él. Descubrir que la había estado observando fue suficiente para ponerla furiosa,

su comportamiento la había indignado, al menos así había sido al principio. La inesperada y sentida disculpa y el hecho de que hubiese intentado reparar su falta la descolocó por completo. Habría esperado que se negase a sus peticiones, incluso que se burlase de ella e imperase ese machismo típico de los hombres de su tribu, así que el verlo darse la vuelta y esforzarse por mantener la mirada alejada de ella mientras la envolvía suavemente con la toalla era algo con lo que no contaba.

Todavía podía sentir esos brazos alrededor de su cuerpo y la calidez de su persona templándola, debía haberse sentido cohibida e incómoda, lista para darle un tortazo con tal de deshacerse de él, pero en cambio había querido reclinarse contra su pecho y cerrar los ojos para saborear su aroma y calidez la tenía totalmente desconcertada. Más aún, sabía quién era él, quién había detrás de esos ojos marrones-dorados, pues no se había molestado en ocultarlo.

Tarek Al-Hanak, uno de los *tygrain de Bahir* y príncipe del sultanato, el hijo más joven del sultán Hafez Al-Hanak y un verdadero problema para ella.

—No te había visto antes por el territorio de los Sahid.

Levantó la cabeza ante el inesperado comentario, habían hecho buena parte del camino en silencio, acompañados tan solo de la luz de la lámpara.

—Ni yo a vos, *alteza*. —Hizo hincapié en el trato y se ganó una mirada soslayada de su parte—. Aunque parece que conocéis bien no solo el territorio sino también a *mi* padre.

—El *sheikh* ha tenido la amabilidad de darme posada cada vez que me he adentrado en su territorio —comentó—. Este ha sido un año duro para todos nosotros.

Sabía a lo que se refería y, a juzgar por su tono de voz, no estaba hablando por hablar.

—Sí, lo ha sido.

Volvieron a quedarse en silencio hasta que le preguntó:

—¿Has perdido a alguien?

Directo, sin duda.

—Gracias a los dioses, mi familia ha sido afortunada, pero otras tantas no tuvieron tanta suerte. Muchas vidas se perdieron en los atentados, especialmente en el ataque perpetrado contra el campamento arqueológico — admitió intentando no recordar aquel aciago día y las consecuencias que había traído consigo—. Esa mañana, nuestra tribu y muchas otras, perdieron hermanos, amigos, padres...

Sintió un escalofrío bajándole por la espalda y sacudió la cabeza.

—Todos perdimos algo ese día —concluyó.

—Sí, todos lo perdimos —corroboró con voz tenue.

Una vez más sus palabras le llamaron la atención, algo había cambiado en él, su tono había perdido esa peculiar intensidad, era como si se hubiese apagado. Pero no era el único cambio, su postura, la forma en la que se movía... se le veía más tenso, como si hubiese recordado algo que no le era agradable.

—Estuviste allí —comprendió ella y se detuvo en seco.

Él también se detuvo, pero no se giró siquiera para mirarla.

—Lo estuve.

El silencio se instaló de nuevo entre ellos tan solo roto por sus respiraciones y los sonidos propios de la noche.

—Deberíamos darnos prisa si queremos evitar cualquier posible inconveniente que nuestro casual encuentro pueda llegar a ocasionarte, *princesa* —dijo entonces, puntualizando la palabra «princesa» del mismo modo que él lo había hecho antes.

Abrió la boca para decirle que ella no era ninguna princesa, pero el sonido de voces acompañadas de la luz de varias linternas.

—Parece que han salido a buscarnos...

Tan pronto como terminó de pronunciar esas palabras se encontraron ante Selim, el lugarteniente de su padre y Malik, un hombre al que conocía muy bien ya que estaba casado con su hermana mayor.

—Príncipe Tarek, el *sheikh* os da la bienvenida una vez más a la tribu, su alteza.

El chico se limitó a asentir ante la bienvenida del lugarteniente.

—Gracias, es un honor volver a estar entre amigos —replicó como correspondía y añadió volviéndose hacia ella—. Os agradezco que me hayáis hecho compañía durante este breve paseo, Princesa, os dejo en buenas manos sabiendo que llegaréis sin mayores inconvenientes a vuestro hogar. Espero volver a veros... muy pronto.

—No osaría robaros más tiempo, alteza —declaró y le dio la espalda encontrándose ahora con las interrogativas miradas de los dos hombres que los habían interceptado—. No es necesario que me acompañéis de vuelta, conozco el camino hacia mi propia casa.

Mientras Malik se limitaba a contener una risa, Selim enarcó una ceja, estaba claro que él sí iba a tener más que decir al respecto.

—Estoy seguro de ello, pero he venido a buscarte por si no recuerdas cómo llegar a la mesa de tu padre —replicó el hombre sin molestarse en bajar la voz. Entonces se giró hacia el príncipe—. El *sheikh* ha insistido en que acudáis vos también.

Con un ligero asentimiento de cabeza, el *tygrain de Bahir* asintió y señaló a Malik, quién se había colocado ahora a su lado.

—Me reuniré con él tan pronto como mi guardián me lo permita.

La palabra *guardián* la pilló por sorpresa. No estaba segura de si se trataba de un juego de palabras o al marido de su hermana se había convertido en el cuidador del más joven de los Al-Hanak.

—Seré breve, lo prometo —respondió con tono jocoso que no se molestó en ocultar.

Danika apretó los dientes y les dio la espalda a ambos para emprender la retirada con toda la dignidad de la que era capaz. Sin embargo, conocía demasiado bien al lugarteniente de su padre como para saber que no dejaría correr el asunto.

—¿Cómo has terminado en compañía de Tarek Al-Hanak?

Dejó escapar un resoplido.

—Casualidad, pura y jodida casualidad.

Él se rió por lo bajo.

—Espero que no hayas creado un incidente político en el tiempo que habéis estado paseando —le dijo al tiempo que deslizaba la mirada por su pelo húmedo—, o le darás a tu padre la excusa perfecta para casarte y perderte por fin de vista.

Resopló mirándolo de soslayo.

—Siempre poniendo la nota de humor a todo, Selim —le dijo con palpable ironía. Se conocían desde que eran niños, en muchos aspectos, él era como el hermano mayor que no tenía—. Pues que sepas que no me hace ni pizca de gracia.

—No sé, Dani, una alianza con los Al-Hanak sería una gran ventaja para nuestro pueblo.

—Muérdete la lengua, capullo.

Dicho eso, apuró el paso dejándole atrás. Cuanto antes terminase esa noche, antes podría volver a respirar en paz.

Verla marcharse le provocó una punzada en el pecho, su felino rugió en

protesta, quería estar cerca de esa hembra, la había olido, había reconocido su aroma y sabía que le pertenecía.

Era un pensamiento irracional, una sensación extraña y dolorosa que le provocaba un malestar general, era la primera vez que experimentaba algo como aquello y, si se dejaba guiar por lo que había visto de los previos emparejamientos de sus hermanos, la cosa iba a ponerse todavía peor.

—¿Dónde has encontrado a mi cuñada?

Una pregunta inocente que traía consigo una advertencia que le resultaba muy familiar. Echó un vistazo por encima del hombro y se encontró con la mirada inquisitiva de su guardián.

—En las inmediaciones de la charca —respondió con tranquilidad, luchando por no volver la cabeza en la dirección que ella había seguido—. Nos encontramos por casualidad...

—Tarek, no pretendo meterme en tu vida sexual, pero, ella es una princesa de la tribu, la hija más pequeña del *sheikh* Sahin y la hermana de mi esposa, creo que queda implícito lo que quiero decir...

—Sí, queda perfectamente claro que te estás metiendo en algo que no te concierne y del que harías bien en mantenerte al margen —le advirtió y notó el mismo el borde afilado en su voz.

—Mira, gatito, entiendo que el ceremonial te haya removido algo y hayas tenido que poner pies en polvorosa —continuó él ajeno a sus propios pensamientos—. Pero deberías saber que el sultán está que se sube por las paredes, Kaliq a duras penas ha conseguido calmarlo e incluso tu madre está teniendo problemas para dialogar con él...

—En estos momentos tengo problemas más importantes de los que ocuparme —declaró y no pudo evitar echar un fugaz vistazo hacia el sendero por el que había desaparecido Danika—. Jodidamente importantes...

—Tar, Danika no es...

—Es mi compañera —lo atajó.

—Sí, claro y yo soy el nuevo gurú de los Sahin —se burló, no se lo había tomado como algo serio—. Gatito, que no he nacido ayer y...

Lo miró directamente a los ojos y el hombre acusó su mirada.

—Estás de coña, ¿verdad?

Negó muy tranquilamente.

—No, en absoluto.

Su expresión cambió gradualmente, pasó de la burla, a la incredulidad y finalmente a la seriedad.

—La princesa de los Sahid, la menor de las hijas del *sheikh*, ¿es tu compañera?

—Sabes lo que soy, sabes más de mí y de mi raza de lo que saben muchos que creen conocernos —aceptó. Como su guardián tenía el privilegio y el deber de conocer su raza y Tarek confiaba lo suficiente en él cómo para ponerlo al tanto de ello—. Ni siquiera sé cómo he llegado a este punto, pero no tengo duda alguna de que ella es mi compañera, su aparición no es algo que un *tygrain* pueda pasar por alto.

Le dio la espalda y empezó a caminar en sentido contrario, pero no pudo dar más que un par de pasos. Todo en él tiraba hacia ella, le exigía que diese media vuelta y la siguiese. Ni siquiera sabía qué demonios le pasaba, todo en lo que pensaba era en perseguir a la mujer que se había alejado de él, mantenerse cerca de ella, aún si tenía que hacer yoga y mantener las manos en los bolsillos para que se lo permitiese.

Por más que quisiera estar equivocado, reconocía cada uno de los síntomas que solían acompañar a un emparejamiento *tygrain*. Sus hermanos habían sido víctima de ellos cuando conocieron a las que ahora eran sus esposas, con mayor o menor intensidad habían vivido esa desazón, la intensa necesidad de una mujer en concreto, lo que ocurría cada vez que captaba su

aroma o estaba cerca de ella, el hambre y el irracional deseo. Él había tenido una pequeña prueba de lo que era tenerla en sus brazos y quería más, quería volver a abrazarla y mantenerla pegada a él durante todo el tiempo que fuese posible, pero había aparecido él y todo se había vuelto del revés.

Toda esa ansiedad que ahora lo envolvía no había existido junto a ella, la atracción estaba ahí, sí, su tigre era muy consciente de quién era la hembra humana, pero se sentía tranquilo y saciado, como si su sola presencia fuese suficiente para mantenerle en cierto equilibrio hasta que pudiese reclamarla completamente para sí.

—Si no me hubiese ido cuando lo hice de la ceremonia, posiblemente no estaríamos teniendo ahora mismo esta conversación —admitió pensando en esas mismas palabras—, o quizá sí. No lo sé. Mi padre y mis hermanos pueden encargarse de todo ese ceremonial sin mi presencia, Ali sabe que estimaba a Jason, todos lo hacíamos, él fue más que el guardián de mi hermano y estará eternamente en el recuerdo de los Al-Hanak.

Hizo una pausa y sacudió la cabeza.

—Pero fueron muchas más las vidas seccionadas por esos malnacidos y sus rostros, sus voces... todavía siguen presentes de muchas formas.

Él asintió, era consciente de a qué se refería con sus palabras.

—Te has pasado el último año ayudando a las tribus, has salido ahí fuera con ellos para dar caza a los responsables, ¿crees que tu familia, que tus hermanos no se han dado cuenta? —Sacudió la cabeza—. No he sido nombrado tu guardián por mi cara bonita, tigre, sino porque confías en mí tanto o más de lo que yo confío en ti. Siempre te han visto como el príncipe tranquilo, el gatito que se pasaba el tiempo con la nariz metida en los libros —continuó su amigo con tono razonable—. Bien, sigues metiendo las narices en libros cada vez más antiguos, pero ahora también metes las garras en sitios que podrían costarte algo más que alergia al polvo.

—¿Me estás regañando?

Se rio entre dientes.

—Creo que más que regañarte debería darte ánimos, porque si conozco en algo a mi cuñada, no lo vas a tener nada fácil —admitió con media sonrisa—. Si algo he comprendido al ver a tus hermanos, es que una compañera os vuelve un poco más sensatos en algunos aspectos de la vida, así que... buena suerte con Danika, tigre.

Bufó, una recreación del bufido que emitió su felino.

—Oh, y ponle de nuevo el sonido al teléfono, Sharif está harto de llamarte y que le salga el buzón de voz —lo avisó—. Prepárate para escuchar a tu padre, el *sheikh* Sahin ha promovido una ceremonia de recuerdo y ha solicitado la presencia de la familia real, quiere honrar a todas las vidas que se perdieron en los atentados. Los siete líderes tribales renovarán así mismo su juramento de lealtad a los Al-Hanak, así que... te tocará asistir también.

Respiró profundamente y soltó el aire, había puesto en silencio su teléfono aquella tarde y ya no había vuelto a encenderlo, sabía que si sus hermanos no lo habían presionado mentalmente era con toda probabilidad porque su madre les había pedido que lo dejaran solo, pero eso no significaba que optasen por un medio de comunicación más mundano, aún solo fuera para enviarle un wasap y confirmar que seguía de una pieza.

—¿Has terminado?

—No he hecho más que empezar, pero por hoy, dado lo que te acaba de caer encima, creo que es más que suficiente —le aseguró con sencillez—. Llamaré a palacio para poner al tanto a su majestad de la invitación del *sheikh* y de las nuevas noticias.

—¿Cuándo será la ceremonia?

—En siete días —le informó—. Tengo todos los detalles para entregárselos a su majestad.

Siete días, posiblemente sería todo el indulto que le daría su padre antes de tener que enfrentarse a él, con Sharif sabía que no tendría tanta suerte, más pronto que tarde tendría que ponerse en contacto con él.

—¿Quieres que comunique las buenas nuevas al sultán?

—No —negó sin vacilar—. No digas una sola palabra a nadie...

—¿Estás seguro? No es algo que puedas ocultar durante mucho tiempo, en siete días...

—Siete días de indulto son mejor que nada.

Asintió, se llevó el puño cerrado al corazón e inclinó la cabeza en una burlona reverencia que sabía lo irritaba.

—Como vos ordenéis, alteza —le soltó burlón—. Te veré en la cena, procura comportarte y no mear demasiadas palmeras...

Gruñó a modo de aviso, pero el hombre se limitó a darle la espalda y alejarse canturreando. Malik era nada más y nada menos que el marido de la mayor de las hijas del *sheikh* Sahin, el hombre había llegado a las tribus como parte de una ONG destinada a escolarizar a los niños y se había asentado en el desierto para llevar a cabo su labor. Dados sus conocimientos del terreno y en lenguas antiguas, había formado parte también del grupo de excavación y estuvo presente la mañana del atentado.

Su cercanía y amistad, así como el inquebrantable apoyo que prestó durante aquellos terribles momentos, hicieron de él un buen candidato para convertirse en su guardián. Prefería tener a su lado a alguien en quién confiase, a quién pudiese llamar amigo y que estuviese al corriente de quién y que era, que a un completo extraño designado por su padre.

Tarek sacudió la cabeza, puso a un lado sus pensamientos, anotando mentalmente el llamar después a su hermano y volvió al pueblo; tenía una cita a la mesa del *sheikh* y era una que no podía perderse, no cuando Danika estaría también allí.

CAPÍTULO 5

—Pero, ¿en qué demonios estabas pensando?

Danika apenas tuvo tiempo de traspasar la puerta de la tienda principal antes de recibir una enorme bandeja con comida en las manos y una mirada reprobadora de Zeynep.

—Hola a ti también, Zey, ¿qué tal tu matrimonio?

La mujer sacudió la cabeza y señaló con un gesto de la cabeza la larga habitación cubierta de alfombras del suelo al techo.

—A padre casi se le sale el corazón por la boca cuando ese muchacho le dijo que estabas con el príncipe Al-Hanak en las inmediaciones de la charca —continuó en voz baja, solo para sus oídos—. Creo que te puedes hacer una idea de los pensamientos que han pasado por su cabeza.

Apretó los dientes y se las ingenió para no rechinarlos.

—No ha pasado nada —replicó en el mismo tono, acercándose a ella—. Nos encontramos en el camino cuando volvía de bañarme. Selim y Malik nos encontraron y pueden dar fe de ello. No sé si te lo han dicho ya, pero no tenemos agua caliente y dudo que padre apreciase el hecho de que me presentase en su tienda llena de polvo.

Sacudió la cabeza, su mirada seguía siendo reprobadora. De sus dos hermanas, ella era la más conservadora, la que más se aferraba a las

tradiciones, así que podía imaginarse la clase de absurdas imágenes que pasaban por su mente.

—Eres la princesa de los Sahin, deberías empezar a comportarte como tal —suspiró y le indicó que siguiese con un gesto de la cabeza—. Tienes el deber de dar ejemplo de decoro y dignidad...

—Te repito que no ha pasado nada —siseó levantando más la voz de lo que le hubiese gustado, atrayendo la mirada de algunas de las mujeres que solían ayudar a mantener la tienda del jefe en perfectas condiciones, lo que incluía preparar la comida cuando no estaban sus hijas o echar una mano cuando era necesario.

Lo que se suponía iba a ser una comida familiar parecía haber mudado ante la presencia del príncipe, las mesas bajas se habían dispuesto alrededor de la sala rectangular y había suficiente comida como para alimentar a veinte hombres.

—Dejad de imaginaros cosas...

Ninguna se acercaría ni remotamente a lo que había pasado en realidad, a ese inesperado y extraño encuentro que había despertado sensaciones en su interior de las que nunca antes había sido consciente. El solo recuerdo de su mirada la estremeció, aferró con más fuerza la bandeja y se obligó a entrar a pesar de la opresión que inadvertidamente se había colado en su pecho.

Al fondo de la tienda, enmarcados por el color rojo y azul del patrón típico de las alfombras orientales, se encontraba su señor padre hablando con Lyss. La mayor de sus hermanas era la encarnación de la calma y sobriedad mientras miraba a su padre, quién no hacía más que gesticular y señalar de un lado a otro. Sus ojos se encontraron y, casi al mismo tiempo la vio ladear la cabeza y enarcar una ceja; siempre había tenido un don único para descubrir cuando le ocurría algo. El jefe captó al momento la falta de atención de su hija y siguió la dirección de su mirada.

—Danika, ¿dónde demonios te habías metido? —Su voz resonó como un trueno en el cerrado espacio, no era que necesitase gritar, tenía un timbre tan fuerte que incluso cuando hablaba con suavidad costaba no encogerse—. Espero que no hayas ofendido a su alteza con alguna de tus salidas de tono.

Se contuvo de poner los ojos en blanco, dejó la bandeja que traía en medio de una de las mesas vacías y avanzó hacia él. Le cogió las manos, se las besó y se las llevó a la frente en un gesto de cariño y lealtad para con su progenitor.

—¿Por qué no me pregunta alguien para variar si me han ofendido a mí?

—¿Acaso una hija de mi tribu ha sido ofendida por los Al-Hanak?

Hizo una mueca y sacudió la cabeza en una firme negativa, ¿por qué nadie era capaz de captar la ironía en sus palabras?

—Por los dioses, ¿es que todos os habéis vuelto locos de repente? —resopló y se apartó airada, quedándose al lado de su hermana—. No ha pasado NADA —puntualizó la última palabra, mirando también a Lyss al decir aquello—. Ha sido un encuentro fortuito, en honor a la verdad, ni siquiera sabía quién era él hasta... que se presentó.

—¿No conocías al príncipe Tarek?

Negó con la cabeza.

—No personalmente...

—Espero por tu bien que no hayas ofendido al joven príncipe —chasqueó al tiempo que negaba con la cabeza—. Nuestra casa es la suya, Tarek Al-Hanak ha prestado un gran servicio a las tribus, especialmente tras la horrible traición que se perpetró en nuestras tierras, muchos de nuestros hombres les deben la vida al príncipe Sharif y a él.

—Han hecho lo que cualquier hombre o mujer habría hecho de encontrarse en su lugar, eso no los convierte en héroes, sino en seres humanos...

—Dani... —la previno su hermana, pero su padre ya la estaba advirtiéndolo.

—Cuida tu lengua, Danika, por una vez en tu vida, hija, cuida tus palabras...

—La princesa no ha hecho otra cosa que decir la verdad, *sheikh* Sahin, sus palabras son también las mías.

Un instantáneo estremecimiento la recorrió de los pies a la cabeza, el nudo de desazón que se le había instalado en la boca del estómago se diluyó con tan solo el reconocimiento de esa voz. Se giró como un resorte y lo vio allí de pie, enmarcado por la abertura de la tienda.

—Me disculpo por haberme presentado a vuestra mesa sin la suficiente antelación, así como por haber ocupado el tiempo de vuestra encantadora hija —dijo inclinando la cabeza en un gesto de respeto que hizo que su padre se hinchase como un pavo—. La princesa ha tenido la amabilidad de cederme parte de su tiempo cuando nos encontramos fortuitamente en el camino del poblado, hago mía toda responsabilidad que pueda haber causado su vuelta a casa.

—No hay nada de lo que disculparse, alteza, por favor, adelante, es un honor recibiros de nuevo en esta humilde morada.

Si no creyese que era imposible, el recién llegado parecía incluso más alto y ancho dentro del estrecho espacio, avanzó con paso firme hacia el hombre y realizó el mismo ritual que ella reconociéndolo como alguien de mayor edad y sabiduría.

—Os ruego me tratéis como un hijo y no como un monarca, ese sería mi hermano mayor, no yo —pidió con humildad reconociendo así mismo la presencia de su hermana con un afectuoso saludo. Solo entonces dio un paso atrás y la miró, el solo contacto con sus ojos le provocó un nuevo calor en el estómago—. Gracias una vez más por tu compañía, princesa.

—Bajo este techo todos somos familia, hijo de Bahir, llámala Danika —intervino su hermana Lyss, mirándola de soslayo en un mudo aviso de que se comportase. Odiaba todo ese protocolo, pero él había empezado y sabía que si no respondía como correspondía, su señor padre era capaz de mandarla a dormir con los cerdos.

—Por favor, Lyss, por el vínculo que me une a tu marido, llámame Tarek —replicó él agradeciendo el gesto de su hermana antes de volverse de nuevo a ella—. Y será un honor pronunciar tu nombre, Danika.

La forma en que lo dijo le provocó un estremecimiento de placer, pero la fuerte carcajada que siguió, unida a los fuertes brazos de su padre rodeando los hombros de ambos la arrancó de sus ensoñaciones.

—Bien, bien, sentémonos y disfrutemos de una agradable cena —los invitó. Entonces los soltó a ambos y dio un par de palmadas, llamando la atención de las mujeres que seguían trasegando por la tienda—. Hijas, rescatad a vuestros esposos y reunámonos alrededor de la mesa.

—Enseguida, padre —contestó Zeynep con un gesto de la cabeza antes de salir por la puerta.

Satisfecho, el patriarca ocupó su asiento en la cabeza de aquella disposición de mesas individuales e indicó a su invitado que tomase asiento a su derecha.

—Toma asiento, hijo.

Aprovechando el momento de distracción, empezó a apartarse con la intención de sentarse lo más lejos posible de los dos hombres, pero apenas dio un paso cuando escuchó su nombre.

—Danika...

Vio la mano extendida de Tarek, sus largos dedos ligeramente curvados hacia arriba, la base de la palma marcada por viejas cicatrices blancas. Esa no era la mano de un hombre que se dedicase a pasar todo el día en el palacio

mirándose al espejo.

—Adelante, hija, es un honor...

Y una mierda es un honor, pensó ella al tiempo que levantaba la cabeza y fulminaba al príncipe con la mirada, él se esforzó en reprimir una sonrisa, pero esta brilló en sus ojos. No le quedó más remedio que posar la mano sobre la suya. En el momento en que su piel tocó la masculina sintió el susurro del viento, el calor del desierto y una fiereza salvaje, las piernas le fallaron y habría terminado sentada en el suelo con muy poca gracia si él no hubiese reaccionado tan rápido como lo hizo, bajando con ella y disimulando así su leve desvanecimiento.

—El desierto...

—¿Perdona?

Sacudió la cabeza, retiró la mano de inmediato y fijó la mirada en la mesa frente a ella. ¿Qué había sido eso?

CAPÍTULO 6

Tarek mantuvo su atención en la mujer sentada a su lado durante buena parte de la cena, fue consciente del breve episodio que la desestabilizó y que la hubiese hecho caer de no intervenir, pero también lo fue del extraño flash que le había atravesado la mente cuando su piel tocó la de ella; El sonido del viento, el calor de la arena y de nuevo esa hermosa melodía que había escuchado esa misma tarde por primera vez.

Danika apenas había hablado, se había limitado a contestar con monosílabos, la irritación presente en su compañera se hizo más y más palpable en las fugaces miradas que le lanzaba. Se había pasado la cena picoteando, agradeciendo con dulces y falsas palabras sus atenciones, una artimaña para tener contentos a los presentes y que dudaba que hubiese convencido a más de uno. Tanto Lyss, la esposa de Malik e hija mayor del *sheikh*, así como el mismo jefe de los Sahin, se tomaron tal representación con preocupación y reservada irritación.

—Imagino que Malik ya te ha informado sobre la próxima reunión — comentó Abdul Sahin mientras sonreía a su hija mediana, quién había empezado a servir el café—. Este año ha sido duro para todos nosotros, pero nos hemos mantenido unidos, ha sido una prueba inesperada que nos ha arrancado parte de nuestra familia. Tanto los jefes de otras tribus como yo

creemos que debería rendírseles tributo, recordar su paso por el desierto y recordarnos a nosotros mismos que solo un pueblo unido puede derrocar cualquier mal que nos sobrevenga.

—Sí, se me informó de ello. Creo poder hablar en nombre de mi padre al decir que nos sentimos honrados en ser parte de ello, porque nosotros, todos nosotros, somos el pueblo de Bahir.

El hombre asintió satisfecho por sus palabras, cogió el café y le dio un pequeño sorbo.

—Espero que te quedes esta noche en mi hogar, hijo...

—Os agradezco vuestra hospitalidad, padre Abdul, pero si no supone una ofensa, preferiría seguir ocupando el pedazo de tierra que os he reclamado en mis estancias en vuestro territorio.

—Mi hogar es el vuestro, hijo, eres libre de establecer tu tienda allí dónde te sientas en libertad.

—Gracias —aceptó, cogió su propia taza de café y bebió un sorbo de ella. No era aficionado a ese espeso brebaje, pero conocía las normas de cortesía y cumpliría con ellas.

En ocasiones como esa se dada cuenta de lo que significaba ser un príncipe de Bahir, de la carga que cada uno de sus hermanos, en especial Kaliq, llevaban sobre sus hombros. A veces se permitía fantasear en cómo habría sido nacer en el seno de una familia humilde, incluso en la de una de las nómadas, pero a medida que crecía y empezaba a relacionarse con ellos, entendió que, a su modo, cada familia de su tierra natal tenía cargas propias y que podían ser igual o más duras que la de alguien nacido con un título real.

—He oído que las tareas de recuperación de las ruinas de *Abdel Haqq* avanzan según lo previsto —comentó otro de los hombres sentados a la mesa—. Después de los daños sufridos, no pensé que pudiesen llegar a recuperarse.

Burhan Kali era yerno del *sheikh*, el marido de su hija Zeynep. La pareja se había desposado hacía unos pocos meses, una buena alianza para su familia, puesto que el hombre era el primogénito del jefe de los Arslan. Al contrario que con su guardián, con quién había empatizado rápidamente, con este individuo no terminaba de encontrarse a gusto; su tigre solía agitar la cola en su presencia, casi pidiendo permiso para darle un mordisquito.

Sabía a ciencia cierta que era leal no solo a su tribu natal, sino a los Sahin, su participación en las partidas de rastreo había disipado cualquier posible duda al respecto, aunque sus métodos distaban de ser compasivos.

Sin embargo, ese aire de avezado guerrero cambiaba sutilmente en la cercanía de su esposa, su rostro se relajaba, sus ojos se volvían más tolerantes y era obvio que ella era su mundo.

—La doctora Mukhatar no es alguien que deje las cosas a medias y su esposo, mi hermano Sharif, tampoco —respondió con sinceridad—. Ellos piensan que haber dejado las cosas como estaban después del atentado habría sido concederles la victoria a unos asesinos y fallar a la gente que asesinaron. —Se detuvo un momento para asegurarse de que sus emociones estaban bajo control—. Esas ruinas no nos pertenecen solo a los *tygrain de Bahir*, lo que se oculta ahí abajo es la piedra angular de todos y cada uno de los hombres y mujeres que han poblado estas tierras desde que el desierto existe. Es un legado compartido y es nuestro deber preservarlo y mostrarlo a las generaciones venideras. Conocer el pasado nos ayudará a no repetir los mismos errores en el futuro.

—Me consta que algunos de nuestros hombres se han presentado para ayudar en la tarea de desescombro —asintió el *sheikh*.

—Son varias las tribus beduinas que han ofrecido mano de obra e incluso especialistas para ayudar en los trabajos de excavación —añadió Malik, quien solía echar una mano a Jasmine cuando no lo necesitaba para

escoltarle el culo.

—Sin duda estamos hablando de un trabajo duro y costoso —intervino de nuevo Burhan—. Imagino que lo que se extraiga de esa excavación significará, entre otras cosas, una buena inyección de fondos para las arcas.

Enarcó una ceja ante lo que parecía una pregunta con doble significado.

—No me cabe la menor duda de que si apareciese una pirámide de oro en medio del desierto, serías el primero en pararte frente a la base y calcular los beneficios que podría reportar para el país —la inesperada respuesta de Danika y la ironía presente en su voz le arrancó una sonrisa.

—Unos peinan el desierto en busca de arena y otros intentamos ver en él la manera de sacar adelante a nuestro pueblo, hermanita —insistió el hombre dirigiéndose ahora hacia ella, el tono que empleó, de absoluta suficiencia hizo que su felino mostrase los dientes y agitase la cola.

La reacción de su compañera prometía una rápida explosión, así que le cogió la mano por debajo de la mesa, reteniéndola y contestó por ella.

—Las piezas que salgan de la excavación pertenecerán en Bahir, el sultanato está negociando con el Ministerio de Cultura la cesión de terrenos para construir un nuevo museo en el que serán expuestas dentro de unas condiciones de seguridad y protección adecuadas —informó al hombre con total tranquilidad—. La obra será financiada por las primeras familias de Bahir y donativos privados, por lo que la economía del país no sufrirá por... los caprichos de sus dirigentes.

—De hecho, la construcción del nuevo museo, así como los hallazgos arqueológicos serán de proyección internacional, por lo que Bahir saldrá reforzado como sultanato frente a futuras negociaciones —apostilló Malik, quien conocía el proyecto de primera mano, antes de dirigirse a Danika, la cual intentaba soltarse de su mano—. El sultanato tiene pensado sacar el proyecto del museo a concurso, Dani, quizá te interese.

El comentario atrajo su atención sobre ella.

—¿Eres arquitecto?

Los ojos azul grisáceo se clavaron en los suyos al tiempo que volvía a tironear de su mano en clara advertencia.

—No.

—Nuestra joven princesa acaba de terminar sus estudios en Arquitectura técnica e ingeniería de la edificación —insistió Malik para fastidio de la chica—. Sería una buena oportunidad para poner a prueba tus conocimientos en la materia, sino para presentar el proyecto tú misma, podrías aportar ideas.

—Sin duda sería todo un honor para los Sahin —apostilló también el *sheikh*.

El nerviosismo creció en ella, tanta atención no le gustaba y empezaba a sentir la imperiosa necesidad de escapar de allí. Tarek sentía cada una de sus emociones como propias y a su felino no le gustaba un pelo que se acosase a la mujer de esa manera.

—Te estamos poniendo en un compromiso, princesa —salió en su ayuda—. Me temo que cada vez que un puñado de hombres coincidimos alrededor de una mesa, la conversación se vuelve tediosa para las mujeres —hizo hincapié en la última palabra mirando a cada una de las hembras presentes—. Os ruego me disculpéis, Malik y yo tendemos a emocionarnos en todo lo referente a las excavaciones y su finalidad.

—No te disculpes, Tarek, es refrescante poder participar de estos intercambios —aseguró Lyss y miró a su marido—. Conozco muy bien la intensidad de mi marido en referencia a esos temas.

—Te agradecemos tu comprensión —añadió Zeynep con una cálida sonrisa—. Estoy segura de que Danika pensará en la propuesta, ¿no es así, hermanita?

Si los ojos matasen, ahora mismo la mujer sería un fiambre, pensó al

captar la mirada asesina de la joven princesa de los Sahin.

—No, no lo haré.

Una respuesta alta y clara, pronunciada con mucha calma, la misma que utilizó para levantarse de la mesa y, tras fulminarle a él con la mirada, pronunció una rápida disculpa, deseándoles que siguiesen disfrutando de la cena y abandonó la mesa.

—¡Danika!

Ni siquiera el bramido del *sheikh* hizo que la chica se detuviese, pero sí le afectó a él al punto de tener que recordarse a sí mismo que ese hombre tenía derecho a reclamar a su compañera puesto que era su padre. Si hasta el momento había estado tranquilo con ella a su lado, su partida le había removido el estómago y no podía evitar sentir una inexplicable necesidad de abandonar también a los presentes y salir tras ella.

—Será posible con esa condenada hija mía —masculló el hombre y se volvió hacia él—. Me disculpo por su comportamiento, hijo, tomaré cartas en el asunto y...

—No es necesario, padre Abdul, Danika no ha cometido falta alguna...

—Dani tiene derecho a protestar cuando tantos hablamos por ella —se adelantó Malik mirándole a él de soslayo.

—Pero no puede marcharse de esa manera —protestó Zeynep poniéndose en pie—, ha ofendido a nuestro invitado.

—No me he sentido ofendido por ella en ningún momento, Zeynep.

—Vamos, vamos, estamos haciendo una bola enorme de un grano de arena —añadió de nuevo Malik y buscó a su mujer para que le echase una mano—. Es Dani, Tarek solo tiene que aprender a apreciar sus virtudes...

—¡Malik! —lo reprendió ella.

Se echó a reír, no pudo evitarlo, aquello era sumamente absurdo.

—Estoy convencido de que tu hermana tiene muchas virtudes que

merecen ser apreciadas, Lyss, es un orgullo saber que contamos con otra mujer de carrera en la tribu.

Sus palabras agradaron tanto a las mujeres presentes como al *sheikh*, quién se relajó visiblemente, lo cual no dejaba de ser curioso. Lo que debería ser algo normal, el que una mujer tuviese una carrera y aspirase a trabajar en lo que deseara, parecía convertirse en un milagro en aquellas tierras. Sin duda, todavía había mucho que hacer para que dejasen atrás los prejuicios y las arcaicas tradiciones patriarcales y entrasen en el siglo XXI.

—Danika siempre ha sido indomable —apostilló Burhan con un ligero encogimiento de hombros y añadió—. Ya va siendo hora de que se case, padre...

La insinuación trajo a su tigre a la superficie, nadie iba a tener a esa mujer, nadie tocaría lo que era suyo.

—Desde luego, cómo sois los recién casados —apostilló Malik soltando una sonora y falsa carcajada—. Os va tan bien qué queréis que todo el que está soltero se case. Ten cuidado, Tarek, no sea que quieran hacer lo mismo contigo...

Miró a su guardián y le agradeció su intervención con un gesto de cabeza, con todo, seguía irritado.

—¿Se te ha olvidado el motivo por el que paso más tiempo fuera que en casa? —replicó, intentando retomar la conversación distendida—. Lleva casi un año intentando buscarme esposa, está tan feliz con los matrimonios de mis hermanos, que quiere que yo también me case.

—Un hombre que huye del matrimonio.

Sí, iba a pegarle un mordisco a ese gilipollas, decidió en ese mismo momento.

—Cuando decida casarme, será porque he encontrado a la mujer que completa mi alma y es la única capaz de apaciguar a mi felino —declaró

tajante.

El hombre se limitó a asentir en respuesta, todos los presentes estaban al tanto de su naturaleza y de quiénes eran los *tygrain* de Bahir. Solo los líderes de las tribus y su familia más inmediata tenían el privilegio de conocer su secreto, uno que se remontaba a tiempos de Ibrahim, por ser descendientes de este.

—Y es mi deseo verlo, hijo mío.

Las palabras del *sheikh* Abdul lo tranquilizaron de manera absoluta, poco sabía el hombre lo muy acertadas que eran esas palabras.

—Bueno, ya que estamos en racha, ¿por qué no nos pones al día de cómo van las cosas con esos terrenos? ¿Podremos construir el colegio en ellos o tendremos que buscar otra alternativa?

Se obligó a mantener su atención en la conversación durante los próximos minutos, pero era complicado, sobre todo cuando su ser gritaba por abandonar esa tienda e ir en busca de su compañera. No quería dejarla sola, su naturaleza exigía que la siguiese, la hiciese suya y no la dejase escapar, pero las cosas no eran tan sencillas. Danika no era una muchacha cualquiera, era la hija del jefe, una princesa por derecho propio y eso podía suponer un pequeño problema a la hora de reclamar lo que era suyo.

CAPÍTULO 7

Danika solo quería volver al desierto y olvidar que ese hombre se había cruzado en su camino. Dejó que el aire de la noche la envolviese y respiró profundamente intentando llenar los pulmones, las lágrimas le picaban en los ojos, pero se negó a dejarlas salir.

Su padre estaría furioso, era un milagro que no hubiese salido detrás de ella tras semejante bramido, posiblemente Lyss lo habría calmado, haciéndole razonar. De un modo u otro sabía que había protagonizado una gran falta para los estándares de la familia, le había faltado al respecto a su invitado y, la cosa se volvía peor al ser él quién era.

Sacudió la cabeza y siguió avanzando entre las elaboradas *jaimas* que dominaban esa zona central del poblado, necesitaba alejarse de aquella tienda y de las personas que había en su interior, especialmente de una de ellas.

Se miró las manos y las cerró en sendos puños al ver cómo le temblaban, toda ella era una masa desesperada de nervios. No sabía que narices le pasaba, quizá habría pasado demasiado tiempo en el agua fría y se había resfriado, fuese lo que fuese, hacía que se sintiese repentinamente enferma.

Se llevó las manos al estómago y respiró profundamente, ¿le habría sentado mal el cordero? ¿Las verduras? Echó un nuevo vistazo atrás y las

náuseas la asediaron una vez más cuando se resistió a desandar lo andado y volver con él.

Pensar en Tarek Al-Hanak la estaba volviendo loca, era incapaz de quitarse de la cabeza la sensación de calidez y el deseo que le acarició la piel en el momento en que le cogió la mano impidiéndole marcharse. Su contacto la había sorprendido, irritado y calentado al mismo tiempo. Había intentado soltarse de él por todos los medios para romper eso y, cuando lo había conseguido la sensación de estar perdiendo algo fue tan grande, que no pudo hacer otra cosa que ponerse en pie y huir.

¿Por qué tenía que salir para empezar en su defensa? Conocía de sobra a Burhan para saber que tenía la típica mentalidad de un hombre del desierto, que buscaría cualquier oportunidad para sonsacar información de aquello que le interesaba o pudiese servir de ayuda a sus propósitos. Si bien sabía que adoraba y amaba a su hermana por encima de todo, su condición de heredero de los Arslan hacía de él un tipo arrogante.

Sacudió la cabeza con tal fuerza que le dolió el cuello, se lo frotó e hizo una nueva mueca al notar el pelo todavía húmedo.

—¿Dónde hay un secador a pilas cuando lo necesitas? —masculló para sí antes de volver a echar a andar.

Esta no había sido la idea que tenía de volver a casa, esto no era lo que esperaba encontrarse y empezaba a tener serias dudas de si quedarse con los suyos.

—Danika Sahin detente ahora mismo.

La voz de su hermana resonó a su espalda. Justo lo que le hacía falta ahora, tener que lidiar con su hermana y sus sermones.

—Vete a casa, Lyss.

Como era de esperarse, no solo no le hizo caso, sino que apuró el paso hasta ser capaz de cogerla del brazo y tirar de ella para detenerla.

—¿Quieres decirme qué demonios te pasa? —señaló hacia atrás—. ¿Por qué has hecho eso?

—Ojalá lo supiera —replicó soltándose de ella para continuar avanzando. Con cada paso que daba alejándose de aquella tienda algo se quebraba en su interior. El estómago le recordó su malestar y volvió a sentir esas odiosas arcadas. Inhaló profundamente para mantenerlas a raya y estiró un brazo hacia el tronco de una palmera, doblándose por la mitad.

—Dani, ¿qué tienes? ¿Estás bien?

Cerró los ojos con fuerza y se rodeó el estómago con el brazo.

—No... tengo el estómago revuelto... creo que me ha sentado mal el cordero o qué se yo.

—Pero si apenas has probado bocado, te has pasado el rato picoteando. —Notó la mano fría de Lyss en la frente y escuchó el siseo de su hermana—. Pero si estás helada. Ven, vamos a casa, te prepararé un té caliente, eso te calmará también el estómago.

Cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y respiró lentamente, poco a poco las náuseas fueron pasando, pero esa necesidad de dar marcha atrás, de volver a esa tienda y al hombre que la había retenido era tan palpable que tuvo que luchar contra ello con todas sus fuerzas.

—Estoy bien, solo... solo necesito... aire y descansar.

—Estás helada y pálida, así que no, no estás bien.

Dicho eso, le envolvió la cintura con el brazo y la obligó a acompañarla. No pudo evitar volver a echar la vista atrás mientras caminaban a través de las tiendas hacia el perímetro exterior. El poblado se había levantado de tal manera que las viviendas del jefe y los ancianos quedaban en el centro de un amplio círculo compuesto por diversidad de pequeñas casas y edificios así como artesanías y tiendas. Entre ellas se ubicaban zonas para resguardar el ganado, así como los talleres de artesanía y telares en los que se

fabricaban buena parte de las mercancías con las que comercializaban. El suyo era un pueblo humilde, acostumbrado a trabajar la tierra, cuidar del ganado y vivir de aquello que sus ancestros les habían dejado en herencia.

Lyss era sin duda una prueba de lo que el pasado y el presente podían conseguir para una mujer de las tribus, poseía una carrera universitaria y al mismo tiempo trabajaba en los telares creando los más exquisitos tejidos que eran vendidos en tiendas de la capital, ella había elegido quedarse para ayudar a otras a decidir qué camino escoger, para colaborar con el proyecto de su marido en crear una escuela en el seno de las comunidades tribales a la que pudieran asistir todos los niños de los hombres y mujeres que habían decidido vivir en el desierto, alejados de la civilización.

La suya era una de las casas de nueva construcción que rodeaban el poblado, seguían un estilo arquitectónico y utilizaban materiales adecuados a las necesidades del lugar en el que estaban ubicadas, ignoraba cuál era el motivo por el que la pareja hubiese decidido establecerse allí cuando su hermana Zeyneb y su marido, poseían una vivienda propia en el círculo central, pero nunca la había oído quejarse, por el contrario.

—Ni siquiera has podido secarte el pelo, ¿por qué no te has acercado aunque fuese a la lumbre para quitarle un poco de humedad?

—¿Por qué no me han dado tiempo? —replicó con ironía—. Nuestro padre envió a Selim a buscarme en cuanto supo que el príncipe Al-Hanak estaba escoltándome.

—¿Y qué hacías tú con Tarek?

—Yo no hacía nada con el *príncipe* —puntualizó su título—. Ni siquiera sabía quién era cuando le vi...

—Dani, yo no soy papá, a mí no tienes que darme la versión oficial, yo quiero la real —apostilló ella al tiempo que abría la puerta de su hogar—. Cualquiera con dos dedos de frente habría advertido la atenta vigilancia que

mantenía su alteza sobre ti, así que, ¿vas a decirme qué ha pasado entre él y tú?

—No pasó nada por lo que tú o nuestro padre debáis preocuparos —resopló—. No soy una niña, Lyss, sé cuidarme sola, sé cómo debo manejar a los hombres que no me interesan...

—¿Y a los que te interesan?

La puerta se cerró tras ellas, su hermana la dejó para encender las luces y abrió el paso hacia la pequeña cocina.

—No estoy interesada en el príncipe...

—Pues me ha quedado muy claro que él si lo está en ti —le soltó ella—. Y la verdad, es la primera vez que le veo mostrar tal interés en alguien, al menos durante el tiempo que ha estado pasando en la tribu.

—¿Qué demonios hace aquí para empezar?

—Ha formado parte del grupo que ha estado rastreando todo el territorio en busca de posibles amenazas. —Se encogió de hombros—. También ha estado echando una mano aquí y allá, resolviendo disputas y haciendo sugerencias para que los asentamientos prosperen y no se queden estancados en el pasado. Malik es su guardián, fue nombrado hace casi un año, así que, no es extraño verles juntos. A él le cae bien y, con sinceridad, a mí también, parece un buen hombre, por no mencionar que está poniendo todo de su parte para que podamos sacar adelante el proyecto de la escuela.

—A tu marido le caería bien hasta un cocodrilo si con ello consigue lo que quiere —replicó mordaz—. Y al parecer, tú también.

Su hermana acusó sus palabras con sorpresa y tenía razones para ello, jamás había sido tan mezquina.

—Lyss, lo siento yo... ¡Joder! No sé qué me pasa —barrutó mesándose el pelo—. Sabes de sobra que yo haría lo mismo de estar en tu lugar. Si volví fue precisamente para poder ayudarle con ese proyecto, quiero ayudar es solo

que... Dios, ese hombre me pone de los nervios.

—Pues vas a tener que tomarte una tila, cariño, porque si quieres formar parte de ese proyecto, tendrás que lidiar no solo con Malik, sino también con Tarek —le aseguró—. No sé qué impresión te ha dado, pero no es la clase de hombre que se siente y dé órdenes a los demás, él es siempre el primero en ensuciarse.

—Me ha dado la impresión de ser un tipo que se dedica a espiar a chicas desnudas mientras se bañan —soltó entre dientes.

Su hermana entrecerró los ojos.

—¿Qué has dicho?

—Nada, una tontería...

—Tú no eres de las que cuenta tonterías, así que... dime que ha pasado —no tuvo piedad al confrontarla—. ¿Qué te hizo? Porque está claro que algo hizo o no estarías así de alterada.

Resopló y echó la cabeza hacia atrás.

—Me espió mientras me bañaba —escupió—. Según su alteza fue algo fortuito, no es un *hobbie* y no tenía la menor idea de que yo andaba por la zona... ¡Y una mierda!

La expresión de Lyss resultó hasta cómica.

—Ahora entiendo por qué te prestaba tanta atención... —murmuró empezando a esbozar una sonrisa—. Sin duda le has causado una tremenda impresión.

—Muérdete la lengua —bufó al tiempo que le daba una patada al suelo—. No puede importarme menos su interés, lo que haga o lo que deje de hacer...

—Dani...

—¿Qué?

—Estás llorando.

—¡No es verdad!

Pero los lagrimones ya se deslizaban por sus mejillas, la nariz le picaba y sentía una pesada opresión en el pecho. No había manera de negar lo obvio y lo peor de todo es que no tenía idea del motivo o la enfermedad que le estaba provocando todas esas alteraciones.

—Oh, joder, esto es un asco, no sé qué me pasa... —lloriqueó, secándose la cara con las manos—. Nada ha tenido sentido desde el momento en que apareció allí de pie...

—¿Estás segura de que no ha pasado nada más?

La voz de Lyss denotaba cierta reserva, cómo si no lo creyese posible y eso la llevó a enfadarse aún más.

—¡Ya te he dicho que no pasó nada! —lloriqueó enfadada consigo misma—. No ha habido ni un estúpido beso, no ha habido nada más que... ¿Por qué tenía que sujetar la maldita toalla? ¿Por qué le pedí que lo hiciese? Si incluso cerró los ojos, ¿te lo puedes creer? Y se dio la vuelta, ¿qué hombre se da la vuelta cuando tiene una mujer desnuda delante y esta se lo pide?

—Cariño, no entiendo ni media palabra de lo que dices.

Gimió, pues por mucho que buscara una respuesta, solo encontraba un:

—¡Yo tampoco!

Como si alguien hubiese abierto el grifo, empezó a llorar como si no hubiese un mañana y, lo peor de todo, es que no tenía la menor idea de por qué se sentía tan triste y abandonada. Dejó que su hermana la abrazara y la consolara, después de todo, lo único que quería ahora era que alguien lo hiciera, lo preocupante es que deseaba que fuese ese maldito príncipe el que volviese a abrazarla.

CAPÍTULO 8

—¿Por qué no te quedas esta noche en casa? —le sugirió Malik—. La tienda que has estado utilizando para tus paradas estacionales no está en condiciones para darte cobijo...

—Todo lo que necesito es un techo sobre la cabeza, no estoy de humor para estar encerrado entre cuatro paredes.

—Algo me dice que no estás de humor para nada que no sea rondar a cierta princesa.

Respondió con un bajo gruñido felino que emergió de su garganta.

—Déjalo ya, Malik, no te conviene buscarme las cosquillas en estos momentos.

Tarek era plenamente consciente de la congoja que envolvía a su compañera, el sentimiento que le sobrevino eran tan extraño e intenso que no sabía cómo reaccionar, mejor dicho, no sabía cómo evitar buscarla. Todo en él se había desesperado por abandonar a los hombres en la mesa y salir en pos de ella. Había llegado a un punto en el que todo lo que quería hacer era abrazarla y tranquilizarla, descubrir el motivo que la había hecho llorar y matarlo.

Solo su cuidada educación, férrea voluntad y la presencia de su guardián evitaron que se levantase de golpe y abandonase la tienda del *sheikh* apenas

unos minutos después de que lo hiciese Danika. Su felino estaba enfadado por la demora, quería destrozar a cualquiera que hubiese lastimado a su compañera, sus instintos se mezclaban con sus emociones humanas creando una verdadera locura en su interior.

—No te preocupes, no estoy tan loco como para tirarle de la cola al tigre y sentarme a ver qué pasa —replicó su acompañante—. Sencillamente pensé que te gustaría ver a tu princesa. Si conozco en algo a mi esposa y créeme, la conozco muy, pero que muy bien, habrá arrastrado a Dani con ella para sonsacarle lo que quiera que haya pasado entre vosotros.

—No ha pasado nada entre nosotros...

—Sí, bueno, verás, después de la exhibición de territorialidad que has puesto en marcha durante la cena, diría que a los presentes les ha quedado perfectamente claro que tienes un interés particular por cierta hembra, la cual tampoco te ha sacado la mirada de encima... aunque a veces no sabría decir si quería saltarte encima o acuchillarte.

Tarek había sido perfectamente consciente de ello en más de una ocasión.

—Ella solo ha reaccionado a mí, es parte del vínculo que se empieza a forjar entre un *tygrain* y su compañera —murmuró y sacudió la cabeza—. Cada emparejamiento es distinto, todo lo que sé es que las cosas... se pondrán más... intensas, antes de llegar a un punto medio.

—Omite los detalles escabrosos, ¿vale? —pidió con una perezosa sonrisa—. Y empieza a pensar en cómo vas a arreglar esto, porque ella es una princesa de los Sahin...

—Solo hay un posible camino para arreglar esto, amigo mío, y es uno que solo podemos recorrer nosotros.

Nada más salir de la tienda había inspirado profundamente en busca de su aroma, sabía que podría rastrearla en cualquier parte, que nunca la

perdería, llevaba grabada su esencia a fuego en el alma. Malik tenía razón al suponer que su esposa se había llevado a Danika, la esencia de las dos se entremezclaba y discurría por una de las calles que se alejaban de la tienda principal.

—De acuerdo, tigre, pues empieza ya a dar unos pasos... —sugirió su compañero indicándole el camino con un gesto de la barbilla—. Voy a hacer mi buena obra del día y proporcionarte una coartada para volver a ver a tu chica sin que parezca que la estás acosando.

No pudo rebatir sus palabras, pues era muy consciente de que su actual actitud podía muy bien rayar la obsesión. Así que en vez de debatir por algo que no podía evitar, aprovechó el paseo para descubrir algunas cosas más de su princesa.

—¿Cómo es que no la he visto en todo el tiempo que he pasado en la tribu? —Se interesó—. Sé que no podría haberla pasado por alto, es completamente imposible.

—Danika se marchó después de los atentados —respondió perdiendo el tono gracioso con el que se había conducido hasta el momento—. Estuvo allí, ¿sabes? En el yacimiento arqueológico.

Se detuvo en seco al escuchar esas palabras.

—Eso no es posible, me habría dado cuenta de su presencia, habría sabido quién era ella en el mismo instante en que la hubiese visto y oído.

Malik se detuvo también, se giró hacia él y sacudió la cabeza.

—Ella no trabajaba en el recinto arqueológico, en realidad ha pasado mucho tiempo fuera de Bahir. Yo la conocí unos días antes de mi boda, Lyss solía hablarme de ella, de su hermanita, la princesa de los Sahin que había decidido dejar su lugar de origen para estudiar y labrarse un futuro fuera del país —le explicó—. Por algún motivo, suele pasar mucho tiempo en el desierto y, cuando digo mucho tiempo, me refiero a coger la tienda y acampar

en las dunas. La noche anterior al atentado había estado en las inmediaciones del Abdel Haqq, lo sé porque Lyss se quejó de ello, me pidió que la enviase a casa tan pronto como apareciese por las excavaciones. No sé cuando regresó al campamento, pero cuando la encontraron estaba agazapada con algunas personas en una zona rocosa, cubierta de polvo, sangre y arena. Aún hoy soy incapaz de comprender cómo sobrevivieron todas esas personas, pero de algún modo sé que ella tuvo algo que ver.

—Dos de los antiguos muros resistieron a las explosiones, de hecho, la estructura se despejó incluso más después de ellas —murmuró recordando las explicaciones de su cuñada—. La gente se ocultó allí cuando empezaron a volar las balas y los explosivos hicieron estallar algunas áreas.

Y sin embargo, ahora que había visto la forma en la que la arena del desierto respondía a su voz, creía que las sospechas de Malik tenían una base sólida.

—Dani se volcó en los heridos, estuvo ayudando a las mujeres durante las primeras semanas que nosotros pasamos rastreando y dando caza a los traidores —continuó él—, pero para cuando regresé a casa, ella ya se había ido, había vuelto a la universidad para terminar los estudios.

—Es arquitecta.

—Tu princesa está muy implicada en el proyecto del nuevo colegio, es ella quien ha hecho los planos y esperaba que dirigiese el proyecto en cuanto esa panda de hipócritas nos concedan los permisos y dejen de darnos largas y más largas.

—Empiezo a plantearme el presentarles a nuestros felinos a ver si así se muestran más receptivos a firmar esos condenados permisos —asintió con un bajo gruñido. Aquel era un tema con el que llevaban batallando el último año y cada vez que parecían dar un paso en la dirección correcta, salía algo nuevo que les impedía asentar las bases—. Burocracia, el mal de todos los gobiernos

sean del país que sean.

—Eso no hay quién te lo discuta, *alteza*.

Atravesaron el poblado dejando atrás las típicas tiendas beduinas para encontrarse con las primeras construcciones firmes que marcaban la primera línea de defensa de la tribu. El color blanco de la cal parecía brillar bajo la luz de los focos que iluminaban las casas, a través de las contraventanas de madera bien cerradas podía apreciarse todavía la luz interior en alguno de los hogares, pero su interés recayó por completo en una de las últimas casas. Las ventanas estaban abiertas y a través de ellas pudo escuchar el llanto de su compañera entremezclado con las palabras de su hermana.

—Dani, deja de llorar, te vas a enfermar si sigues llorando así.

—¡No puedo! Ni siquiera sé por qué narices estoy llorando, es que no... no... no puedo... —lloriqueó su princesa—. Estoy triste... me siento como la mierda y no sé por qué coño me tengo que sentir así.

—¿Estás segura de que no has comido ninguna cosa antes de la cena?

—¡No!

—¿Bebido?

—¿Cuenta el agua de la charca?

—Dudo que alguien la haya drogado.

—¿Quién narices iba a drogar el puñetero agua de una charca? Eso no es serio.

Tarek casi se sale de su propia piel al sentir una inesperada mano sobre el hombro, se volvió y se encontró con la mirada de Malik. El hombre chasqueó y señaló la casa con un gesto de la barbilla.

—Si vas a seguir gruñendo de esa manera, te quedas fuera.

Parpadeó, ni siquiera era consciente de haberlo estado haciendo, pero ahora que lo mencionaba, podía sentir a su tigre en la superficie, lloriqueando por ella. Desde esa distancia podía oler sus lágrimas, sentir la incomprensión

de su dolor y era algo que lo afectaba de forma devastadora.

—¿Qué le pasa?

Malik ahogó una carcajada.

—¿Y me lo preguntas a mí?

Sacudió la cabeza y señaló una vez más la puerta.

—Me ha costado media vida entender a mi mujer, amigo mío, no esperes que entienda a la tuya —le soltó caminando hacia la entrada principal, con lo que no le quedó más remedio que seguirlo.

A medida que se acercaban las voces se hacían más audibles y claras, como también lo era el llanto femenino.

—Es culpa suya —escuchó que decía ahora Danika, sonándose la nariz.

—¿Culpa de quién? —respondió su hermana.

—Del *principito*, por supuesto —expuso con un fuerte bufido—. Él es el único culpable de todo lo que ha pasado esta tarde.

No pudo evitar poner los ojos en blanco ante su acusación, como si fuese ella la única que estaba teniendo dificultades.

—Espero que tengas preparado un buen discurso, Tarek, porque lo vas a necesitar —añadió su guardián golpeando un par de veces la puerta antes de abrirla y pasar al interior—. Lyss, soy yo y traigo visita... Tarek se quedará con nosotros esta noche.

Contuvo un gruñido ante las palabras de su amigo, no era el momento ni el lugar para morderle el culo, por muchas ganas que tuviese de hacerlo.

—No puedes estar hablando en serio...

—¿Cuándo he bromeado yo con algo así? —Escuchó al hombre dándole un sonoro beso a su mujer—. Pasa, Tarek, estás en tu casa. Vaya, pero si está aquí mi cuñada favorita, pero, ¿y esos lagrimones? ¿Qué pasa, Dani?

Viva la sutileza, pensó ahogando un gruñido al tiempo que inspiraba profundamente y traspasaba el umbral de la casa.

—Lo siento, Lyss, le dije alto y claro que podía quedarme en la tienda de siempre, pero se niega a escuchar.

—Es algo que mi marido suele hacer bastante últimamente —respondió la mujer con visible irritación dirigida hacia su cónyuge.

—Yo... me voy.

La respuesta salió de los labios de Danika. Se negaba a mirarle, de hecho, se escurrió por detrás de su hermana y voló hacia la puerta en su necesidad por huir de él.

—Dani, no te vayas...

Las palabras abandonaron su boca antes de que pudiese retenerlas. No se sentía cómodo con varios ojos sobre él, pero esa mujer era su compañera y apenas era capaz de mirarle a la cara. Su necesidad de huir, de escapar era tan palpable que podía saborearla.

Ella se detuvo con la mano en el umbral, ladeó la cabeza y se encontró con unos ojos enrojecidos, la cara mojada y la nariz colorada, el pelo oscuro le caía desordenado y húmedo por la espalda. Su compañera tenía un aspecto tan miserable que le dolió en el alma. El reducir la distancia entre los dos y abrigoarla en sus brazos fue algo instintivo, que llevaba escrito en los genes.

—Lo siento —le susurró al oído—, no llores, por favor.

Su respuesta fue hacer justo todo lo contrario, ese menudo y curvilíneo cuerpo se pegó al suyo, enterró el rostro en su pecho, se aferró con ambas manos a la tela de la túnica y lloró como si se acabase el mundo.

Tarek apenas fue consciente de la voz de Malik diciéndole a su esposa que todo iba bien, que le explicaría las cosas después, para luego rematar con la puerta cerrándose a su espalda dejándolos solos en el porche de aquella casa.

CAPÍTULO 9

Danika no podía dejar de pasearse de un lado a otro, tenía los nervios destrozados, no sabía si echarse a reír de forma histérica o *llorar como una Magdalena* una vez más. El frío de la noche ni siquiera la afectaba, el cielo se abría limpio y lleno de estrellas por encima de sus cabezas y la presencia aún lejana del desierto, no era otra cosa que un cosquilleo en la parte posterior de su mente. Lo que no podía obviar era la presencia silenciosa e inamovible del hombre que la había abrazado como si fuese una niña, que la había arrullado y secado las lágrimas con los dedos, alguien que no dejaba de ser otra cosa que un completo desconocido para ella y por quién se le erizaba hasta la piel.

—¿Qué me has hecho?

Eran sus primeras palabras después del bochornoso episodio que había protagonizado, uno para el que no tenía explicación o justificación. No sabía en qué momento abandonaron la casa de su hermana, ni cómo o cuando dejaron atrás el poblado para detenerse en aquella zona pedregosa, al pie de la colina en la que se levantaba una polvorienta tienda beduina que no recordaba haber

visto antes.

—No me cabe la menor duda de que esto tiene que ver contigo y con tu reciente aparición —lo acusó sin dudar—. ¡Qué me has hecho!

—Nada sobre lo que yo haya tenido voz o voto —respondió con suavidad, sus ojos marrones fijos en ella mientras permanecía apoyado en un montículo de rocas a una distancia prudencial—. Es el transcurso natural de la naturaleza...

—No, ni hablar, esto no tiene nada de natural —insistió al tiempo que avanzaba hacia él. Su tranquilidad le estaba crispando los nervios—. Nada de lo que lleva pasándome esta tarde tiene pinta de serlo, así que deja de hablar con acertijos y dime qué demonios me has hecho.

—Dada tu posición dentro de los Sahin, ya sabes lo que soy.

—Eres un *tygrain*, un señor del desierto —respondió por costumbre—. Tu raza lleva vagando por esta tierra desde incluso antes de que las arenas se asentasen.

—El desierto ya estaba ahí cuando nacieron los tres primeros miembros de mi raza —replicó con una soslayada sonrisa—. ¿Qué más sabes sobre nosotros?

—Que eres un mirón en cualquiera de tus encarnaciones —le soltó recordando aquellos ojos felinos en el desierto—. Te vi, en el desierto, te... sentí.

—Yo también te vi y te sentí, podría decirse que ese momento fue el inicio de... la inestabilidad que llevas sintiendo toda la tarde.

—¿Inestabilidad? ¡Me he vuelto completamente bipolar!

Aquello era algo que ya no podía negar.

—¿Qué eres tú? —La pregunta la cogió por sorpresa. No había mucha gente que lo supiese, menos aún que hubiesen presenciado lo que él. Ni siquiera su familia estaba al tanto de la evolución de su don.

Desde que era una niña había sido capaz de comunicarse con el desierto, había escuchado su llamada y había sabido darle respuesta con su voz, pero lo que entonces se reducía a construir pequeños montículos de arena y jugar con los granos, hoy se extendía a un continuo y sordo palpitante que la conectaba a un nivel de profundidad indistinguible. En muchos aspectos ella era el mismo desierto, podía levantar dunas, hacer que las arenas respondiesen a su mando y traer consigo la más devastadora de las tormentas.

—Ya lo has visto —murmuró.

—Lo que vi y lo que eres en realidad, son dos cosas completamente distintas —le dijo y había tal seguridad en sus palabras que le provocó un estremecimiento—. Tú dices saber lo que soy, pero solo has visto una parte de mí e ignoras todo lo demás.

—Al igual que tú de mí.

Tarek asintió.

—Todos tenemos secretos, cosas que incluso nosotros mismos no sabemos por qué suceden y de las que sin embargo somos conscientes, nos acostumbramos a ello porque están ahí, porque forman parte de lo que somos —continuó con suavidad—. Es uno de esos secretos el que ahora te afecta, porque me afecta también a mí y, en mi mundo, somos una unidad.

—¿Cuál es ese secreto?

—Eres mi compañera de vida.

—¿Qué soy qué?

—Mi pareja, mi otra mitad como yo soy la tuya.

—Eso es ridículo.

—¿Lo es? —replicó con sencillez—. Piensa en lo que has sentido esta tarde, la disparidad de emociones y reacciones que has sufrido desde el momento en que nos vimos por primera vez en el desierto y dime si crees que se trata de un espejismo o las consecuencias de beber agua de la charca.

Se sonrojó, no sabía que hubiese escuchado su conversación.

—Lo único que sé es que no te conozco y esto... esto no es ni mínimamente normal —aseguró al tiempo que ilustraba sus palabras con las manos—. Una cosa es que me resultes atractivo, incluso sexy, pero de ahí a pasarme media tarde llorando por alguien que no es otra cosa que un desconocido, de sentir que me ahogo porque no estás...

—¿Atractivo y sexy?

Entrecerró los ojos.

—Al igual que todos los hombres solo te quedas con lo que te interesa oír.

—Perdón —se disculpó y el sonrojo que le acarició las mejillas fue casi tierno—. No es algo que un hombre escuche todos los días de la mujer que ha sido elegida para él.

—Yo no fui elegida para ti, no más de lo que tú lo has sido para mí.

—Hay cosas en la vida a las que no siempre puede encontrárseles el sentido, cosas que simplemente suceden y que aceptas porque son parte de ti, ¿me equivoco, *hija del desierto*?

Así que él sabía lo que era, pensó casi aliviada, pero eso no impidió que replicase a sus palabras.

—Eso no tiene que ver con...

—¿Acaso es más razonable el hecho de que seas capaz de comandar la voluntad del desierto que el hecho de que yo tenga la habilidad para cambiar de piel y adquirir la forma de un tigre de bengala? —la acusó—. ¿No son igualmente dos cosas totalmente irracionales e imposibles de explicar?

Cerró los ojos, respiró profundamente y se llevó la mano al estómago, empezaba a sentir náuseas debido a los nervios que le provocaba una situación sobre la que no tenía control.

—Siento tu malestar, porque es también el mío, puedo sentir tu

inquietud, el miedo que te acaricia la piel y te pide a gritos que huyas...

—No es verdad...

—...y el motivo de que pueda hacerlo, es porque eres mi compañera — insistió con firmeza—. Mi pueblo nació del desierto, en él encontró su otra mitad y es algo que se ha ido repitiendo a lo largo de toda nuestra vida. En mi familia hay una creencia que dice que un *tygrain* que no haya encontrado a su compañera antes de cumplir los treinta y siete, ya no la encontrará en esta vida. Mi padre creía ciegamente en esa maldición y se casó, entonces apareció mi madre, Zuleima, su verdadera compañera y supo lo que era sentirse completo. Podemos casarnos con quién deseemos, pero nunca estaremos completos si no es con nuestra otra mitad. Y tú, princesa de los Sahin, eres la mía.

—Esas... esas son solo historias, cuentos... nuestra tradición está llena de ellos.

Se la quedó mirando unos momentos, entonces suspiró y ladeó la cabeza.

—Podría pasarme el resto de la noche explicándotelo, dándote motivos que justifiquen mis palabras y seguirías sin creer una sola cosa de lo que digo a pesar de sentir la verdad sobre tu piel —chasqueó él. Empezó a rondarla como el felino que era, pasos lentos, elegantes y una mirada intensa que nunca abandonaba la suya—. Necesitas pruebas, algo irrefutable que te lleve a dejar de negar lo evidente. —Con cada centímetro que se acertaba entre ellos, Danika tenía más dificultades para respirar y llegó un punto en el que se encontró conteniendo el aliento al tenerlo frente a ella—. Esto es lo que ocurre cuando estás cerca de mí. —La inesperada caricia de sus dedos resbalando sobre su mejilla le provocó un ligero estremecimiento de placer—. Empieza como curiosidad, el saber si tu piel es tan suave como parece y querer tocarte para comprobarlo —murmuró y continuó deslizando el brazo libre alrededor de su cintura, atrayéndola lentamente contra él—. Continúa con la necesidad

de saber más, de obtener más, de poder sentirte cerca y comprender como el solo hecho de tocarte, de sentirte entre mis brazos, es suficiente para calmar la insensata ansiedad que te envuelve, te retuerce las tripas y cuya procedencia no entiendes. —La ciñó arrancándole un pequeño jadeo en el proceso, entonces ladeó la cabeza y la acarició con tan solo la intensidad de su mirada —. En este punto despierta el hambre, tu olor se vuelve un poderoso adictivo, se te hace la boca agua y no puedes hacer otra cosa que desear más. —Planeó sobre su boca en una silenciosa promesa, estaba convencida de que iba a besarla, pero se apartó muy lentamente, despegando sus cuerpos y creando un vacío que le provocó una punzada de angustia—. La separación, el estar lejos de ti se convierte en algo doloroso, incomprensiblemente agónico, te vuelves inestable... y si eres como yo, tu naturaleza salvaje protesta por verse privada de aquello que le pertenece, que sabe sin lugar a dudas que es suyo y desea con todas sus fuerzas. —Palabra a palabra rompía cada pequeño punto de unión entre ellos y, aunque fuese imposible, quiso llorar al verse privada de su contacto—. Cuanto más tiempo pasa, más insoportable se vuelve la separación, mi mente se desestabiliza pensando en cómo estarás, si me necesitas, si debería estar a tu lado y sufro al saber que tú también sufres — volvió a aproximarse a ella y restableció la conexión entre ambos con una rapidez que la dejó sin aliento—. Verte llorar ha sido lo más duro a lo que me he enfrentado en mis treinta y un años de vida, no quiero volver a sentirme de esa manera y, por encima de todo, no quiero que tú te sientas así. —Levantó la mano y le acarició la mejilla dejando tras de sí un rastro de deliciosa ternura —. Ahora que te tengo cerca, que puedo tocarte es que me siento tranquilo y completo, sé que puedo secar tus lágrimas si vuelves a llorar, que puedo abrazarte si te siento temblar y eso, princesa, se debe a que has sido marcada por el destino para completar mi alma.

Danika se quedó sin palabras, ¿cómo decir algo, lo que fuese, cuando

todas y cada una de las cosas que él acababa de mencionar las había sentido en su propia piel? Tarek acababa de retratar el infierno que había pasado en las últimas horas y eso era un milagro en sí mismo, uno que la aterraba infinitamente.

Las lágrimas se escurrieron por su mejilla sin ser invitadas, no fue consciente de ellas hasta que sintió el pulgar resbalando sobre su piel y la voz grave, afectada de él en sus oídos.

—No llores, Danika...

Su petición fue como una orden para su cerebro, inexplicablemente quería obedecerle, quería borrar esa tristeza que se reflejaba ahora en sus ojos, pero las lágrimas parecían tener vida propia.

Las manos masculinas acunaron entonces su rostro, sus cuerpos volvieron a unirse y lo vio inclinarse sobre ella, sosteniendo su mirada mientras sus dedos borraban la rebelde humedad que corría por sus mejillas.

—Deseo tanto besarte, pero no quiero herirte más de lo que ya lo he hecho en mi propia inconsciencia.

—¿Desde cuándo duelen los besos? —Su voz salió un poco inestable, pero al menos seguía teniéndola, pensó agotada por toda la miríada de emociones que estaba padeciendo.

—Los besos no duelen, princesa, pero empiezo a pensar que la ausencia de ellos puede resultar tremendamente dolorosa —aceptó con voz ronca. Se lamió los labios, sus ojos se oscurecieron ligeramente y las pupilas empezaron a encogerse provocándole un estremecimiento. Solo cuando parpadeó, volvió a encontrar en ellos una mirada humana—. Mi naturaleza felina está demasiado cerca de la superficie, perdóname, no pretendía asustarte.

—No tengo miedo, debería preocuparme el hecho de no tenerlo, pero... no te tengo miedo.

—Bien.

Se sostuvieron la mirada sin hacer nada más que respirar uno del otro, entonces su boca volvió a actuar por libre.

—Creo que yo empiezo a pensar también que la ausencia de besos... duele.

—En ese caso déjame que borre ese dolor.

Un beso, todas las palabras, todas las explicaciones que le había dado no podían siquiera empezar a describir lo que era sentir sus labios sobre la de ella, su lengua abriéndose paso en su boca para acariciar la suya. El primer contacto la estremeció, el segundo le provocó cosquillas en el bajo vientre, el tercero trajo su sabor el cual la conquistó dejándola débil y ansiosa por más. Gimió en su boca, respiró su aroma y se prendió de su cuello, pegándose a él como si su torso fuese una pizarra magnética y ella el imán, bebió de su boca y suspiró cuando sus labios se separaron quedando tan solo prisioneros por sus respectivas miradas.

—Esto es lo que iba a ocurrir y no es más que el principio —se libró de sus manos, rescatándolas de su cuello y se las sostuvo, apretándolas contra su pecho sin dejar de mirarla a los ojos—. Esto es lo que ocurre cuando un *tygrain* encuentra a su compañera —resumió soltando una de sus manos para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja—, y se irá haciendo más y más intenso hasta el momento en que no me quede otra salida que reclamarte.

Parpadeó varias veces, sus palabras tardaron un poco en penetrar en su mente, pero cuando finalmente lo hicieron se soltó de sus manos y dio un paso atrás. Estar cerca de él le nublaba el sentido, le arrebatava toda posible cordura y la dejaba a la deriva en un mar de locura.

—No puedes reclamarme...

Él se relamió como el gato que era, respiró profundamente y sacudió la cabeza.

—Eres mi futura esposa, eso es lo que significa ser la compañera de un

tygrain, princesa.

—No, no puedes decirlo en serio...

—Me temo que no es algo en lo que ninguno de los dos tengamos voz o voto.

Se alejó de sus brazos, de su cercanía a pesar de que el solo hecho de dar un paso atrás hacía que todo su cuerpo gritase por volver junto a él.

—¡Y una mierda que no lo tengo! —Lo acusó y lo señaló con el dedo—. No estoy interesada en ser tu compañera, no voy a casarme contigo... ¡Ni hablar!

Su silencio la puso aún más nerviosa de lo que ya estaba, no podía significar nada bueno, sus ojos seguían fijos sobre ella y parecía estar maquinando algo...

—En ese caso tendré que despertar tu interés —declaró finalmente con una convicción tan absoluta que se estremeció de nuevo. No estaba fanfarroneando, lo decía en serio, era casi una petición a permitirle hacer tal cosa.

—No pierdas tu tiempo, yo no...

Moviéndose con una rapidez y gracia felina, se encontró de nuevo frente a él, con la presión de su dedo índice sobre los labios, silenciándola.

—No considero una pérdida de tiempo ganarme el corazón de mi esposa —le dijo con firme convicción—, será un desafío, pero no es algo a lo que pueda decirle que no, sobre todo cuando tengo tantas ganas de hacerte mía.

Sus labios volvieron a encontrarse con los suyos en un beso lleno de ternura y pasión contenida, si aquello era una muestra de lo que la esperaba con ese hombre, tenía por delante una lucha endiabladamente dura.

CAPÍTULO 10

Tarek volvió la vista atrás una última vez y suspiró, le habría gustado mantener a Danika junto a él el resto de la noche, pero era consciente de que la chica necesitaba estar a solas y lidiar con todo lo que le había dicho. La había acompañado de regreso a la casa de su hermana dónde habían encontrado a Malik dándole unas caladas a un cigarro, el hombre había tenido el tiempo justo para intercambiar una silenciosa mirada inquisitiva con él antes de que la puerta principal se abriese y Lyss enmarcase el umbral. El recibimiento de la mujer fue tan frío como la despedida de su propia compañera, no había dicho una sola palabra durante el trayecto y nada más abrirse la puerta de la vivienda, le había abandonado para refugiarse en su interior. No queriendo alargar el momento o incomodarla aún más, se había excusado y marchado, aún si con ello su felino se enfadaba por ello.

La idea de pasar la noche en su tienda le apetecía tanto como limarse las uñas, se sentía inquieto, fuera de su propia piel, la necesidad de cambiar a su forma felina y echar a correr era cada vez más acuciante y ya no tenía motivo para negarse tal libertad.

Cambió en el transcurso de un pensamiento, dejó que su tigre lo abrazase y tomase el lugar del hombre, en un momento estaba sobre sus dos piernas y al siguiente caminaba a cuatro patas oteando el aire que lo rodeaba.

Agudizó el oído y captó los típicos ruiditos de los animales nocturnos, pequeños roedores y algún que otro animal que hacía de aquel cálido lugar su hogar o terreno de caza.

Balanceó la cola de un lado a otro, se relamió los bigotes y empezó a trotar en dirección contraria al poblado, necesitaba alejarse o antes de poder evitarlo estaría corriendo de nuevo hacia ella. La noche lo recibió como una amiga, lo arropó en su manto de oscuridad mientras las estrellas le hacían compañía, corrió bajo su amparo, disfrutando de la sensación de la tierra bajo sus patas y después de la arena.

El desierto siempre había llamado a su pueblo, invitándole a jugar y a unirse a él, se adentró en la ahora fría superficie arenosa y jugó saltando de un lado a otro como el cachorro que decían que era.

«*Shar, ¿estás ahí?*».

Abrió su mente al vínculo familiar y esperó, su hermano se había pasado buena parte de la tarde intentando contactar con él y lo había mantenido fuera. Al contrario que Kaliq, quién respetaba su necesidad de mantenerse de vez en cuando alejado del mundo, Sharif tendía a insistir hasta descubrir en qué andaba metido. Si bien los tres tenían el mismo padre, solo Shar y él compartían la misma madre y eso hacía que el vínculo entre ellos fuese distinto.

De los dos, Sharif era quién mejor lo conocía, quién comprendía sus momentos de silencio, su necesidad de aislarse metiendo las narices en los libros; para el segundo de los príncipes *tygrain*, mantener el contacto con él era casi una necesidad.

Desde que se había emparejado un año atrás con su compañera y esposa, Jasmine, habían tenido muy pocos momentos para disfrutar de esa comunión de hermandad, en honor a la verdad debía admitir que se había sentido un poco abandonado, pero ahora que él mismo había encontrado a su compañera y

probaba en propia carne lo que eso significaba, empezaba a comprenderlo todo.

«Así que al fin decides dar señales de vida». El bufido que siguió a sus palabras resonó en su mente, casi podía verle haciendo ese sonido. *«Tienes a toda la familia más cabreada que una mona, aunque nuestro padre se lleva la palma, él quiere raparte desde las orejas a la cola».*

Le dedicó una irónica sonrisa mental que decía claramente lo que opinaba de tal amenaza.

«Mamá es la única que parece calmada, ¿hablaste con ella?».

Sacudió su peludo cuerpo y alzó la mirada hacia el cielo, el mundo cambiaba totalmente cuando lo veía a través de los ojos del tigre.

«No desde que abandoné la ceremonia».

Hubo un momento de silencio entre ellos, siguió avanzando a través de las dunas hasta que vio la luna elevándose en el horizonte y su luz bañando la arena convirtiéndolo todo en un brillante mar en medio de la oscuridad.

«¿Dónde estás, hermanito?».

«En el desierto de Bahira, en el territorio de las tribus».

«¿Vas a quedarte de nuevo con los Sahin?»

Se quedó mirando aquel ilusorio mar, había algo extraño en él, algo que lo llamaba a adentrarse aún más en el desierto e ir hacia él.

«La he encontrado, Shar».

La sorpresa voló a través del vínculo, casi pudo ver a su hermano pegar un brinco en la terraza de su dormitorio y no pudo evitar sonreír en respuesta.

«¿Qué fue lo que me dijiste aquella vez? ¿Qué ojalá mi compañera me diese muchos más problemas que la tuya? Parece que tu deseo se ha hecho realidad. El destino ha querido poner a la princesa más joven de los Sahin en mi camino».

«¿La hija del sheikh Abdul Sahin?»

«Sí, Danika Sahin ha resultado ser mi compañera».

«Y yo que pensaba que lo había tenido jodido con Jasmine». Chasqueó su hermano. *«Me has ganado por goleada, cachorro, una princesa de los Sahin nada más y nada menos. Sabes lo que eso significa, más allá de las obvias implicaciones personales, ¿verdad?».*

Sí, era perfectamente consciente de que Danika no era una mujer de la que pudiesen disponer así sin más, a pesar de ser su compañera, no solo era miembro de una de las tribus más poderosas de Bahir, sino que era una princesa. No podía presentarse y sencillamente llevársela, hacerlo sería un insulto para su familia, así que, además de lidiar con las dificultades de un emparejamiento, tendría que ingeniárselas también para conseguir que los Sahin aceptasen su unión.

«No voy a deshonrarla bajo su propio techo, no le haré eso a mi compañera ni a su familia».

Escuchó el profundo suspiro de su hermano y sintió el calor de un abrazo mental.

«¿Me necesitas?».

«No te ofendas, Shar, pero la prefiero a ella. Es mucho más adorable y mona que tú».

La risa inundó su mente y sonrió también.

«He soltado sobre su cabeza todo el asunto del emparejamiento justo unos momentos antes de llevarla de vuelta con su hermana y dejarla en su compañía».

«Me sorprende que no estés arañando las piedras por ello».

«Estoy en el desierto. No... No puedo sacármela de la cabeza, la deseo, desesperadamente y no hace ni medio día que la conozco».

«Bienvenido al mundo de los tygrain emparejados, te aventuro que la cosa se pondrá aún peor, así que, citando a alguien “arrástrala a tu tienda y

fóllatela de una buena vez, luego podrás ver las cosas en perspectiva”».

Rugió, un sonido que no solo resonó en el vínculo que compartía con Sharif, sino que se hizo eco en todo el desierto.

«No la insultes».

«Um, sí, recuerdo muy bien cómo se siente...».

Sacudió la cabeza y se concentró en lo que necesitaba.

«Y por eso necesito que lo mantengas en secreto».

«¿Es una broma?».

«Si padre lo sabe, empezará a poner todo patas arriba, querrá hablar con el sheikh y organizar una ceremonia para la que Danika no está preparada, a duras penas entiende la que le ha caído encima y quiero que confíe en mí, quiero ganármela primero...»

«El día en que la compañera de un tygrain acepte de buenas a primeras a su compañero, será el inicio del fin de los tiempos». Chasqueó su hermano, entonces sintió su asentimiento. *«Haré lo que pueda desde este lado, pero, ¿qué harás con el sheikh? Lo último que necesitamos ahora es que desates un conflicto interno entre el sultanato y las tribus».*

«Tengo intención de reunirme a primera hora con el jefe de los Sahin y decirle que su hija es mi compañera, aceptaré las condiciones que tenga que imponer si con eso le evito a ella cualquier posible malestar».

«Él no aceptará nada menos que el matrimonio y padre también, supongo que eso es una ventaja para alcanzar tus metas». Sintió un sutil cambio en la mente de su hermano, esta se llenó de luz y de amor, probablemente su compañera acababa de llegar a su lado. *«Malik nos ha avisado sobre la próxima ceremonia de recuerdo, solo tendrás hasta entonces, Tarek, espero que sea suficiente».*

«Tendrá que serlo, hermano, tendrá que serlo». Estaba decidido a que así fuese. *«Vuelve con Jasmi y dile hola de mi parte».*

«La tengo a mi lado, te manda un abrazo y dice que espera que puedas presentarle muy pronto a su nueva hermana».

Sonrió, la mujer de su hermano había sido su compañera de juegos de la infancia, la tenía en gran estima.

«Espero poder hacerlo, presentároslo a todos, pronto».

Con eso se despidió de su hermano y volvió a concentrarse en la noche, el desierto y la mujer que le pertenecía.

CAPÍTULO 11

Estaba acostumbrado a levantarse nada más salir el sol, cuando acampaba en el desierto era como si el propio lugar lo despertase y lo llamase a comenzar el día, sin embargo hoy no había necesitado siquiera abrir los ojos pues había sido prácticamente incapaz de cerrarlos en toda la noche.

La conversación con Sharif no hizo otra cosa que repetirse en su mente, así como su propia respuesta al principal escollo que se interponía ahora mismo en su tarea; conquistar a su compañera.

Se espabiló completamente, se refrescó con el agua fría del odre que había dejado colgado fuera de la tienda y se vistió dejando a un lado las elaboradas prendas del día anterior y vistiendo el atuendo propio de las tribus del desierto. Tenía que admitir que prefería envolverse en las telas suaves y flojas que en las túnicas más elaboradas y pesadas que se veía obligado a

utilizar en sus deberes reales.

Nunca le había preocupado demasiado ser príncipe, el ser el pequeño de tres hermanos le había dado la libertad que necesitaba para hacer lo que realmente deseaba. Él no tenía sobre sus hombros la dura carga de suceder al sultán como era el caso de Kaliq, ni tampoco la de hacerse cargo de todo o formarse como consejero como había sido el caso de Sharif. Desde que tenía uso de razón le habían permitido escoger, siempre dentro de unos límites razonables, su camino.

Su amor por la lectura, por la historia y las raíces de su propia raza lo había llevado a especializarse en Restauración y Conservación de Patrimonio y Bienes Culturales, el grado le había llevado a estudiar fuera de Bahir, a Italia y después a los Estados Unidos dónde había terminado el máster. Solo al regresar a casa se había empeñado en conseguir que se implementase el grado en la universidad nacional para aquellos que no contasen con sus mismos medios económicos pudiesen acceder a esos estudios y contasen además con ayudas del estado. Había sido una carrera de fondo que no había dado resultados hasta hacía poco, pero el darse por vencido nunca entró en sus planes.

Así que el pelear no era un problema, no cuando tenías motivos de peso para alcanzar tus metas.

Dejó su tienda y se dirigió al corazón del poblado. El poblado empezaba a despertar ya, los pastores eran los primeros en ponerse en movimiento para llevar el ganado a los pastos, el pequeño bazar iniciaba ya el trasiego ofreciendo las viandas y productos que sus comerciantes cultivaban, fabricaban o incluso importaban de otras tribus. En muchos aspectos, los Sahin formaban una comunidad en sí misma con suficientes miembros, hogares y tiendas cómo para que pudiese considerárseles a sí mismos un pequeño pueblo.

No era extraño encontrarse a viajeros de paso de otros asentamientos haciendo un alto en el territorio para aprovisionarse, de hecho, una vez al mes, solían organizar un mercado lo bastante grande como para poder intercambiar productos con la gente de otros clanes y con las de ciudades limítrofes que se acercaban a buscar algo en concreto.

Los quesos *Sahines* hechos a base de leche de cabra eran realmente famosos, así como los productos artesanos que salían del territorio Sahin.

Intercambió saludos matutinos aquí y allá, agradeció los regalos que le ofrecieron algunos conocidos y prometió recogerlos en otro momento, a las mujeres de su familia les encantaban los jabones de flores y plantas que realizaban aquí y los comerciantes lo sabían.

Dejó atrás el hormiguero de la zona comercial, las casas de cal que daban paso a la clásica tradición de las tiendas de madera, alfombras y pieles, verdaderas obras de ingeniería que resistían el calor y el frío del desierto al tiempo que ofrecían una sensación de abierta libertad y comunión con el entorno. El aroma del café perfumaba el aire, un olor fuerte y apetitoso que hizo que sus tripas rugieran en protesta.

La *jaima* del jefe Sahin se encontraba en el centro de aquella marea de alfombras de distintos colores, las solapas de tela que hacían la función de puerta estaban abiertas, la luz de los candiles eléctricos iluminaban el área de recepción, dónde algunas mujeres estaban sumergidas en sus tareas.

—*Sabah alkhyr* —saludó con un «*buenos días*» en el idioma de las tribus—. ¿El jefe Sahin está en la tienda?

—*Sabah alkhyr, amyr*. —Se adelantó una de las mujeres de mayor edad. Ella, al igual que sus compañeras y el resto de féminas del clan, llevaban vistosos pañuelos cubriéndole el pelo y tintineantes joyas adornando sus muñecas—. Está en el área de desayuno, mi señor. ¿Deseáis que lo llame?

—No hace falta, Evaria, yo mismo me reuniré con él.

Pudo ver como las mejillas de la mujer mayor se sonrojaban al ver que él recordaba su nombre, el solo hecho era un honor a ojos tan ancianos.

—Os llevaré café, está recién hecho.

—Benditas sean tus manos —le agradeció, cogiendo estas y dedicándole un saludo fraternal y de respeto hacia su edad.

La construcción era un laberinto de alfombras y telas de lana tejidas a mano adornadas con muebles rústicos y étnicos que procedían de las distintas tribus e incluso de los comercios de las ciudades adyacentes. Una mezcla de color, lujo y buen gusto que identificaba el estatus del propietario de la tienda frente a sus invitados.

Escuchó la voz de Abdul unos metros por delante de él, el tono grueso y fuerte hacía que pareciese que el hombre fuese una tormenta del desierto en plena ebullición, incluso su risa parecía el estruendo de un rayo. Reconoció la voz masculina que departía con él y no pudo evitar fruncir el ceño.

—No me jodas... —masculló antes de precipitarse hacia la nueva estancia y frenar en seco. La mirada de los dos hombres allí reunidos se clavó en él—. ¿Qué demonios haces tú aquí?

La sonrisa traviesa que curvó los labios del mayor de sus hermanos le dijo más de lo que quería saber.

—Que el desierto me premie con dos de los *tygrain de Bahir* en mi hogar nada más salir el sol tiene que ser un buen presagio —comentó el jefe con una encantada carcajada—. Siéntate, hijo, comparte la mesa con tu hermano y conmigo. Hazme el honor.

—El honor me lo haces tú, padre Abdul, al invitarme a tu mesa —replicó por costumbre, aunque sus ojos estaban fijos en Kaliq.

«¿Qué demonios haces tú aquí?».

«Agradece que sea yo el que ha venido y no nuestro padre, créeme, estaba más que dispuesto a hacerlo».

La respuesta del príncipe heredero lo llevó a entre cerrar los ojos y responder:

«Voy a matar a Sharif».

«No fue nuestro hermano, cachorro, sino tu señora madre».

No pudo ocultar su sorpresa.

«¿Mi madre?».

«Parece que hay cosas que se nos escapan a los hombres de la familia y que las mujeres saben. No preguntes, porque no tengo la menor idea de cómo lo ha hecho».

Él, en cambio, podía hacerse una ligera idea. Si había alguien que sabía si sus hijos ocultaban algo, esa era Zuleima y no le sorprendería que hubiese acosado a Shar hasta hacerlo hablar.

«Pero primero, deja que te felicite, Tar, estoy deseando conocer a mi nueva hermana».

«Por encima de mi cadáver».

Él se rio en su mente y le sonrió.

«Relájate, Tarek, estoy aquí para ayudarte y que no te pongan las cosas difíciles. Shar me puso al tanto de vuestra conversación de anoche después de que padre prácticamente lo pillase en la cama con su compañera».

«Es broma, ¿no?».

«Nop. Shar estaba que trinaba. Zuleima le taladró el cerebro hasta que le dijo que había hablado contigo y el motivo de esa conversación. Entonces ella le montó un pollo tremendo a nuestro padre, creo que tu nombre salió alguna que otra vez entre los gritos y finalmente, papá se presentó in situ en la suite de Sharif. Puedes imaginarte el resto».

Una vez dado el resumen, le dijo en voz alta para cubrir su conversación mental frente a su anfitrión.

—Me alegra verte, hermano.

«*Para haberlo grabado*». Admitió y ladeó la cabeza antes de responder también en voz alta.

—¿Dónde has dejado a mi hermana?

—Sarah está sufriendo sus primeras náuseas matutinas —le informó al mismo tiempo que incluía al *sheikh* en la conversación—. El nuevo miembro de nuestra familia se está haciendo notar ya.

—Dejadme que os felicite una vez más, alteza, nos llena de orgullo saber que viene en camino un nuevo Al-Hanak —añadió el jefe ajeno al intercambio privado que mantenían los dos.

—Gracias, estamos muy contentos con la feliz llegada.

«*¿Sarah todavía no te ha cortado los huevos por dejarla embarazada?*».

Su hermano puso los ojos en blanco y le dedicó una fugaz mirada.

«*No es algo en lo que haya participado solo yo*».

Para la pareja había sido una verdadera sorpresa el descubrir que venía un principito o princesita en camino, habían decidido esperar a tener descendencia, pero el inesperado malestar de la princesa y el ojo clínico de las mujeres de la familia, habían dado el veredicto antes de que la pobre chica tuviese tiempo siquiera a asimilarlo.

La conversación, si podía llamársele así a los gritos que resonaron esa particular mañana en palacio, quedarían registrados en los libros de historia, pensó divertido.

«*¿Todavía quiere cortarte en trocitos y enterrarte en las ruinas?*».

Escuchó el suspiro de su hermano en la mente.

«*Ya se le ha pasado la vena sádica, ahora lo que quiere es mimos y despertarme en medio de la noche para que le traiga cosas rarísimas*».

Se rió en respuesta, su hermano había cambiado mucho desde que su

compañera cayó en su regazo. Kaliq había salido en busca de una esposa y había vuelto a casa con otra, sin duda, con la correcta.

—Estoy deseando ser tío —replicó en voz alta con un palpable tono divertido.

—Y yo que te cases...

Un *zasca* en toda regla al que solo pudo responder con una irónica sonrisa en respuesta.

«Yo también te quiero, hermano mío».

—Los casados siempre deseando que los solteros se unan a su gremio —Comentó el jefe, sin duda recordando la conversación del día anterior—. Parece casi una necesidad para nosotros, los padres, pensar en el futuro de nuestros hijos.

«No tiene la menor idea, ¿eh?».

«Dado que Danika me dejó plantado anoche durante la cena, dudo que siquiera se lo imagine. Por el contrario, estoy por apostar que padre Abdul cree que su hija me ha ofendido y que merece que la encierren de por vida por su osadía».

Kaliq se rió a carcajadas mientras le dedicaba una inocente mirada.

«¿Quieres que sugiera vuestro matrimonio?».

«No. Esto es algo que debo hacer yo».

Respiró profundamente, no había una manera sencilla de decir aquello y, en honor a la verdad, no sabía ni por dónde empezar. En su tienda había sido sencillo, pero ahora... Como si la providencia quisiera acudir en su ayuda, apareció Evaria con la bandeja del café.

«Es mi compañera, por lo tanto, es mi responsabilidad».

Él se limitó a asentir y parecía complacido con su respuesta.

Se mantuvieron en silencio mientras la mujer servía el café y dejaba una bandeja con el típico desayuno, solo cuando esta abandonó de nuevo la

habitación, la conversación volvió a surgir.

—Ese es el motivo por el que he acudido a esas horas a vuestra tienda, padre Abdul —continuó atrayendo la inmediata atención del hombre—. No quiero deshonrar vuestra confianza o vuestra casa...

El jefe se echó hacia atrás, apoyándose en el respaldo y soltó un fuerte resoplido.

—Lo suponía, si es que esa hija mía no puede mantener la boca cerrada y después de su falta de anoche... —suspiró con lo que parecía ser resignación—. Te ruego perdones sus faltas y seas benévolo, hijo, Danika lleva demasiado tiempo fuera del hogar, desde que su madre no está ella...

—Como ya dije, ella no me ha faltado al respeto, padre —lo interrumpió, pues aquella conversación empezaba a degenerar—, la princesa es digna hija de los Sahin...

El hombre enarcó una ceja ante su respuesta y cambió su postura, inclinándose hacia delante, sus próximas palabras fueron tan inesperadas como directas, sobre todo por el tono de advertencia que había tras ellas.

—¿La has deshonrado?

—No.

Fue tajante en su respuesta y eso pareció complacer de nuevo al hombre, cuya mirada fue de él a su hermano y viceversa.

—Así que esta no es una visita de cortesía, sino algo mucho más... serio.

Kaliq se mantuvo en silencio, cosa que le agradeció, su hermano estaba allí para mostrarle su apoyo, pero cada paso que diese era únicamente cosa suya.

—Padre Abdul, sé que sois consciente de mi naturaleza, de lo que soy, de lo que somos —miró de soslayo a su hermano—, probablemente lo seáis mucho más allá que cualquiera de vuestra tribu, incluyendo a vuestras hijas.

¿He de suponer que entendéis lo que significa para nuestro pueblo encontrar a su compañera?

La lenta afirmación del jefe y el brillo que surgió en sus ojos le dijo que empezaba a comprender por dónde iban los tiros.

—No quiero traicionar vuestra confianza, ni deshonraros a vos o a vuestra familia, pero he descubierto a mi compañera en el seno de los Sahin y deseo pedir os que me concedáis una bendición; a la última princesa de la casa, Danika.

Ni un parpadeo, ni un titubeo, el hombre se limitó a mirarle fijamente como si estuviese buscando algo más allá de lo que mostraba su exterior.

—¿Estás seguro de que sabes lo que me estás pidiendo?

Respiró profundamente y asintió.

—Ella es la única para mí, no hay ni habrá otra mujer en mi vida a partir de este momento, es mi compañera y no deseo otra cosa que su bienestar — aceptó sabiendo que esa era la única verdad que conocía—. Soy consciente de que nos esperan a ambos momentos difíciles, el vínculo que acaba de nacer se irá haciendo más fuerte con el paso de los días, más demandante y cualquier lucha terminará de la única manera posible. No renunciaré a ella, lucharé con cualquiera que intente arrebatármela, soy lo que soy y no puedo cambiarlo, pero la respeto y no deseo que ella sufra por mis decisiones.

—¿Danika lo sabe? ¿Sabe quién eres, lo que eres, lo que eso significa para ella?

Asintió.

—Anoche tuvimos una larga conversación al respecto —afirmó y añadió—. No negaré que no le hizo la menor gracia...

—Eso suele ser un rasgo común en nuestras compañeras... —comentó Kaliq de pasada.

—...que todo esto ha supuesto un cambio demasiado precipitado para

ella, pero confío en poder ganármela con el tiempo, en que me vea como algo más que lo que todos ven en mí.

Y al decirlo en voz alta fue consciente de que eso era lo que deseaba, quería a alguien que lo viese de verdad, que no se quedase solo en el exterior y pudiese comprenderle.

Una inesperada y fuerte palmada sobre la mesa que estaba frente a él los sobresaltó, pero la sonrisa que se iba extendiendo por los labios del jefe tranquilizó al momento cualquier posible contratiempo.

—Eres un hombre noble, Tarek Al-Hanak, si tuviese que elegir un marido para mi Danika, no podría pedir a nadie mejor. Sé que la protegerás y cuidarás con cada aliento, no me cabe la menor duda de que ella se ganará tu corazón, así que espero que pongas todo de tu parte para ganarte el suyo, porque si conozco a mi niña, solo entonces será completamente tuya.

Se levantó y tanto su hermano como él siguieron su ejemplo.

—Te entrego el último de mis tesoros y bendigo vuestra unión, hijo mío —le aseguró enlazando el antebrazo con el suyo—. Ahora, solo te queda convencer a la novia, Dani es un espíritu libre...

—Lo sé, creedme, no escucharéis nunca decir a un *tygrain* que encontrar a la otra mitad de su alma fue un camino de rosas —aceptó y miró a Kaliq, quién asintió totalmente de acuerdo.

—Sé que mi hermano desea contar con algo de tiempo para conocer a su nueva compañera y, dado que estáis actualmente metido en la organización de la próxima ceremonia tribal, concretaremos los detalles de la deseada unión de nuestras dos familias para después de la misma.

La decisión de Kaliq era inquebrantable, no hablaba como el hermano del novio, sino como el heredero al sultanato que era y eso era algo que su oponente comprendió a la perfección.

Sus ojos castaños-dorados, una réplica igual a los de su hija menor, se

clavaron en él.

—Siete días —le concedió y miró entonces a su hermano—. Haremos el anuncio después del ceremonial, nuestros pueblos se unirán definitivamente y una nueva era dará comienzo.

Su hermano lo miró en busca de opinión o confirmación. Siete días, le concedían siete días para convencer a su compañera de que su futuro estaba a su lado.

—Tendrán que ser suficientes.

CAPÍTULO 12

El sol empezaba a despuntar en el horizonte, el añil de la noche daba paso a una mezcla de naranjas y dorados que eran absorbidos por el azul claro del vespertino cielo. Los rayos del astro rey coloreaban la arena marcando un luminoso sendero, un misterioso y mágico camino que la invitaba a adentrarse en aquella solitaria y vasta extensión en busca de algo que la completase, que la hiciese sentir de nuevo ella misma.

Si los atentados la habían desestabilizado, la aparición de Tarek Al-Hanak y su aseveración de que ella era la mujer destinada a ser su compañera

había vuelto su mundo del revés. No había podido dormir, cada vez que cerraba los ojos volvía a recordar sus besos, la sensación de sus manos sobre su cuerpo, la dulzura de haber bajo cada caricia y la promesa que quedaba tras cada una de ellas. Sus emociones no tenían orden ni concierto, en un instante quería llorar por su pérdida y al momento siguiente quería rebanarle el cuello y tirar su cadáver en un agujero. Tenía los nervios de punta y el único lugar que siempre le había ayudado a calmarlos se extendía ahora ante ella.

Había abandonado el hogar de su hermana como una furtiva, metió sus cosas en uno de los viejos jeeps que permanecían aparcados en los lindes de la propiedad con el resto del parque móvil de la tribu y condujo hacia el área de pastos en el que solía pastorear el ganado. No era una ruta cómoda, pero era la más directa para llegar a las primeras dunas del desierto de Bahira desde dónde los nómadas solían partir para llevar a cabo largas travesías.

Sabía que estaba huyendo y era una sensación de lo más amarga, pero no se sentía con fuerzas para enfrentarse a alguien que tenía en sus manos el poder para consumirla. Con cada kilómetro recorrido sentía que le faltaba el aire, el pensar en él no la ayudaba a ganar confianza en sus decisiones, sino todo lo contrario, hacía que se cuestionase su sola cordura por abandonar a alguien a quién deseaba y necesitaba con una desesperación que rayaba la locura.

¿Cómo podía sentirse de esa manera por alguien a quien acababa de conocer? ¿De dónde salía esa demandante necesidad? No quería sentirse así, no quería perder el control sobre su vida, sobre sus emociones y sus propias decisiones, así que debía poner distancia entre ambos y recuperar la cordura.

Cerró los ojos y respiró profundamente. El silencio, la brisa, la textura de la arena debajo de ella, todo formaba un mundo conocido, un rincón en el que se sentía de nuevo ella misma y podía volver a respirar.

Echó un último vistazo a su espalda, todavía podía ver el jeep aparcado en los terrenos de pastoreo dónde lo había dejado, la enorme mochila con todo lo que necesitaba para la travesía estaba a su lado y se había pertrechado con la ropa adecuada para evitar el calor abrasador que se aparecería tan pronto el sol hubiese empezado a elevarse un poco en el cielo.

La brisa le acarició el rostro, tiró de sus ropas y la acunó con esa melodía que llevaba grabada en el alma, una cuya letra conocía y no tardó en ponerle de nuevo voz.

—Llévame a casa —susurró al tiempo que se ponía en pie, extendía los brazos y entonaba los primeros acordes de una antigua melodía que le había enseñado el desierto.

La arena respondió a su llamado danzando a través de las dunas, era como si aquel enorme mar anaranjado empezase a mecerse creando su propio oleaje, uno que cubría sus huellas a medida que avanzaba internándose en su interior.

No era la primera vez que se enfrentaba a una travesía semejante, prácticamente se había convertido en una tradición el echarse la mochila al hombro e internarse en el desierto y montar su tienda allí donde el gran mar de arena le indicaba. Nunca estaba sola, de algún modo, en aquel basto mar se sentía acompañada, cómo si los espíritus de sus ancestros la estuviesen vigilando y cuidando de alguna manera. Solía desaparecer durante unos cuantos días, era su manera de recargar las pilas y volver a su hogar con el alma llena de paz, hoy sin embargo, cada paso que daba parecía costarle más que el anterior.

«Hija del desierto».

La voz parecía navegar en el viento, como un lejano eco que le acariciaba los oídos, una constante que se repetía cada vez que se internaba aquella inhóspita soledad.

«Hija del desierto».

No había ocasión en la que no la escuchase, en la que no sintiese su calidez y la tranquilizase, pues esa misma voz le había salvado la vida un año atrás, durante el atentado al campamento arqueológico.

Todavía no había salido el sol y ella ya había estado rondando por el terreno de las ruinas, desde el momento en que había puesto los pies en esa zona del oasis, la noche anterior, se había sentido inquieta, atraída sin remedio hacia ese lugar, pero la cantidad de gente que iba y venía le impidió acercarse tanto como le hubiese gustado. Los restos arqueológicos parecían canturrearle al oído, una melodía similar a la que escuchaba en el desierto y al mismo tiempo notablemente distinta y justo cuando estaba a punto de traspasar la línea y penetrar en su interior escuchó una suave, pero intensa voz.

«¡Sal de aquí, hija del desierto, márchate!».

Una intensa urgencia la recorrió y antes de darse cuenta de qué era lo que hacía, echó a correr en dirección contraria a las ruinas. No había dado ni tres zancadas cuando escuchó la primera de las explosiones y se vio lanzada al suelo, trozos de rocas y polvo volaban por los aires creando una inmensa humareda y en cuestión de segundos, se oyeron otras explosiones procedentes de distintos lugares.

A partir de ese momento se había desatado un verdadero pandemio del que la había sacado Malik, pero no antes de que presenciase toda clase de horribles visiones de gente corriendo envuelta en llamas o por los disparos de los terroristas que surgieron de la nada.

Dejó que los recuerdos se diluyeran hasta desaparecer y prestó sus oídos al desierto, este no le defraudó trayendo por tercera vez aquella voz.

«Hija del desierto».

Se detuvo y miró a su alrededor, cuando entraba en aquel mar perdía la noción del tiempo, prueba de ello era que ya no veía los campos de pastoreo,

las dunas se recortaban contra el cielo y el sol se había elevado unos centímetros por encima de la línea del horizonte lo que significaba que había deambulado durante casi una hora. Dejó que la mochila se deslizase de sus hombros hasta el suelo y entonces se le unió ella, necesitaba hundir los dedos en la arena, entrar en contacto con aquel extraño vínculo que la unía al desierto.

«Escucha su llamada».

Una suave brisa meció los granos de arena frente a ella, creó pequeñas olas que parecían fundirse con las palabras que resonaban en sus oídos.

«Él es tu destino».

El silencio cayó entonces sobre el solitario lugar, el sol parecía brillar incluso con más fuerza de lo que había pensado y el calor al que estaba acostumbrada se hizo demasiado agobiante.

«Danika, dime ahora mismo dónde estás».

Su voz retumbó en su mente como si le hubiese gritado al oído, dio un respingo y lo buscó con la mirada, convencida que iba a encontrarse de un momento a otro con esos ojos marrones-dorados clavados en ella.

—¿Cómo demonios has...?

Se quedó a media frase, pues allí, en medio del desierto, solo estaba ella.

Tarek empezaba a sentir unas inexplicables ganas de romper los neumáticos del puñetero jeep a mordiscos, su felino se había cabreado lo suficiente como para que subiese de un salto al capó del coche, haciéndole una bonita abolladura y siguiese en el capó, dónde ahora estaba encaramado, agitando la cola como si fuese un látigo mientras observaba los terrenos a su

alrededor.

El ganado no estaba precisamente encantado de tener un tigre en las inmediaciones, los pastores estaban teniendo verdaderos problemas para hacer que las estúpidas cabras avanzasen hacia los pastos y los perros pastores no estaban mucho más emocionados con su presencia; deberían agradecerse a su artera compañera que había tenido la brillante idea de huir al desierto para alejarse de él.

Bien, siempre se había considerado un hombre paciente, estaba dispuesto a darle a su compañera lo que necesitaba, aún si eso significaba tener que pasear como un tigre enjaulado el resto de la semana, pero ella acababa de poner a prueba la paciencia de un *tygrain* recién emparejado al desaparecer sin dejar rastro.

La cara de su guardián esa mañana cuando se encontraron a medio camino tendría que haberle dado una pista de lo que estaba a punto de decirle; Danika se había largado de su casa, sin avisar y se había llevado un jeep. Según él eso solo podía significar una cosa, que la chica había decidido irse de acampada al desierto, algo que solía hacer de vez en cuando.

—Está huyendo —le informó su amigo—. Sea lo que fuere lo que le dijiste anoche, solo ha contribuido que ponga los pies en polvorosa.

—Huir de mi es lo más estúpido que ha podido hacer —resopló en respuesta—. Es mi compañera, si piensa que puede darme esquinazo, la lleva clara.

—¿Qué vas a hacer?

—Salir en su búsqueda y explicarle las cosas que una mujer emparejada nunca debería hacerle a su *tygrain* —chasqueó—. Y esta vez le explicaré las cosas a mi manera, a ver si así las entiende por fin.

Levantó la cabeza y husmeó el aire una vez más, sabía que estaba ahí fuera, podía sentirla.

«Danika, dime ahora mismo dónde estás».

Sintió el temblor del joven vínculo, lo había reconocido la noche anterior, en ese breve momento en que estuvo tan cerca de ella que había podido respirar de su boca, se había sentido tentado de tocarlo, de probarlo, pero su compañera estaba tan alterada que se obligó a mantener las distancias. Podía sentirla al otro lado, pero su mente parecía una maraña de hilos, incapaz de desentrañar una respuesta adecuada.

Respiró profundamente y resopló, sacudió una vez más la cola y bajó de un salto al suelo. La protesta de las cabras le ganó un solo segundo de atención, si no le gustase la carne hecha y de la carnicería, no le hubiese importado tomarse unos momentos para tomar un tentempié; el frugal picoteo por educación que había hecho en la tienda del jefe no le había servido para saciar el hambre que sentía, aunque dudaba que nada que no fuese esa mujer lo lograría.

Seguir su rastro por las inmediaciones del jeep fue sencillo, las dificultades llegaron en el momento en que se adentró en el desierto. No había huellas, el olor de la arena y el polvo presentes en el aire enmascaraban cualquier aroma presente, pero aun así él era un *tygrain* y no necesitaba guiarse solo del olfato para encontrar a la mujer que le pertenecía.

Se concentró en el vínculo que los unía y lo usó como guía manteniéndose en silencio para no alertarla de su presencia hasta que estuviese lo bastante cerca para verla. Y se moría por hacerlo, anhelaba posar de nuevo los ojos sobre ella, ver esa mirada azul, paladear de nuevo su aroma en el aire y, si tenía suerte, probarlo de su piel.

Su grueso pelaje lo amparaba del elevado calor, al contrario que los animales de los que tomaban forma y que habitaban un clima más tropical, ellos estaban acostumbrados a esas temperaturas y las tomaban como algo normal. El desierto parecía hoy más ancho que nunca, las dunas se abrían ante

él como interminables montañas que debía atravesar y el suelo cedía bajo su peso, hundiéndole las patas y haciendo más difícil avanzar, pero, ¿qué era una pequeña molestia con tal de reunirse con su compañera?

El viento se levantó entonces y se vio obligado a entrecerrar los ojos para protegerse de la arena, gruñó por instinto y ladeó la peluda cabeza solo para escuchar un susurro en el aire.

«Encuéntrala y será tuya».

La voz le provocó un inesperado calor que lo recorrió por dentro, tocando tanto su parte humana como la *tygrain*, una sensación tan extraña como nostálgica, un eco llegado de algún lugar del corazón de aquellas tierras y de otro tiempo. La sensación era tremendamente similar a la que tenía cada vez que bajaba a las ruinas, como una regresión al pasado sin moverse del lugar en el que se encontraba.

«¿Anshar?».

Gracias a Jasmine ahora conocía los nombres de los padres de su raza así como la de sus tres hijos, eran un legado del que siempre habían sabido muy poco, pero con los recientes hallazgos esperaba poder componer tanto la historia de sus antepasados como su árbol genealógico.

No obtuvo respuesta, el aire siguió soplando y moviendo la arena alrededor de sus pies, el calor volvió a intensificarse y con ello vino una sutil fragancia que hizo que su felino levantase la cabeza de golpe; era su compañera.

Giró sobre sus patas traseras y se impulsó a través de la duna dejándose llevar arrastrado por su propio peso y velocidad, una vez abajo giró a la derecha y tras una breve carrera la vio sentada en la arena, al lado de una enorme mochila con la mirada puesta en el horizonte.

«Danika».

La chica se sobresaltó, la vio girar la cabeza de un lado a otro hasta

darse completamente la vuelta y encontrarse con su mirada. Solo entonces se puso en pie, el aire tironeó de la tela de la *pashmina* con la que se envolvía la cabeza hasta arrancársela y dejarla ondeando a su espalda junto con su pelo ahora trenzado.

«Te encontré».

CAPÍTULO 13

Había cosas que nunca terminaban de ser reales hasta que las veías con tus propios ojos e incluso entonces, todavía podías guardar algunas dudas de lo que tenías ante ti era real. Danika podía culpar al desierto, podía convencerse muy fácilmente de que estaba ante un espejismo, pero el enorme tigre de bengala que bajó la duna y que volvió a iniciar el ascenso hacia ella en forma humana, era demasiado real como para considerarlo una ilusión.

Vestido de negro de los pies a la cabeza, con la cabeza cubierta y los pies enfundados en unas suaves botas de color camel, avanzaba sin esfuerzo hacia ella. Su mirada fija, los labios comprimidos en lo que era sin duda un rictus de decisión, su rostro lejos de una expresión amable, en muchos aspectos le recordó a un cazador que a avistado su presa y va directo hacia ella.

Se levantó de golpe, los pies se le hundieron de nuevo en la arena obligándola a equilibrarse con los brazos para no caer de nuevo. El corazón, que había acelerado su ritmo al escucharle, parecía dispuesto a salirle del pecho, todo su cuerpo parecía despertar de un largo sueño y cantar vítores ante su presencia.

Molesta consigo misma y con su reacción para con él, se enderezó, levantó la barbilla y se preparó para presentar batalla.

—¿Es que vas a seguirme a dónde quiera que va...?

Las palabras se perdieron en aquella invasora boca que cayó sobre la suya con la fuerza de una tormenta de arena. Se encontró engullida en sus brazos, pegada a ese duro y cálido cuerpo que empezaba a reconocer, su aroma la envolvía como una manta mientras sus labios devoraban los suyos incapaces de saciarse. Respiró en su boca, se bebió su aliento y correspondió a su beso con un ansia nacida de la necesidad. Inconscientemente se pegó más a él, trepó por su cuerpo con las manos hasta deslizarlas alrededor de su cuello y suspiró de alivio cuando su lengua atravesó la barrera de sus dientes y se encontró con la suya.

Podía notar su excitación apretada contra ella y, más que azorarla aumentó su propia excitación. Con cada segundo que pasaba se sentía más húmeda e hinchada, los pezones se le habían endurecido hasta el punto de que el roce contra su pecho podía ser considerado una dulce tortura. Su mente se licuó, sus emociones tomaron las riendas y se rindió al hombre que la sostenía en un seductor y hambriento abrazo, que cambió sus labios por su mejilla, sus ojos y finalmente su cuello antes de susurrarle al oído:

—Te seguiré hasta el mismísimo infierno si con eso puedo estar cerca de ti.

Tembló ante la intensidad de esas palabras y la fiereza que ocultaban. Danika sintió como le fallaban las piernas y se encontró suspendida de sus brazos, con esas peligrosas y grandes manos asentadas en su culo y la mirada marrón-dorada de sus ojos fija en la suya.

—Buenos días, compañera —le dijo con una pícaro sonrisa que se reflejaba en sus ojos—. ¿Preparándote para ir de acampada?

Como alguien que despierta de un sueño y se da de bruces con la realidad, deslizó los brazos de sus hombros y posó las palmas sobre su pecho mientras se revolvía como una culebra para liberarse de su abrazo.

—¡Quítame las manos de encima!

En un abrir y cerrar de ojos las manos masculinas desaparecieron de su cuerpo y se encontró resbalando en la arena, cayendo hacia atrás.

—Ay, mierda.

El instinto la llevó a anclarse en su camisa y tirar hacia ella, el enorme pilar que prometía ser él cedió también bajo la inestabilidad de la duna viniéndose encima, lo que los llevó a ambos al suelo, a rodar como pelotas sin control cuesta abajo.

Danika se aferró a él con un grito de angustia, su cuerpo la rodeó ofreciéndole una dura y caliente protección mientras se deslizaban arrastrados por la arena hasta la falda de la duna. Sus oídos captaron un inesperado sonido durante la caída que no llegó a comprender hasta que ambos se detuvieron y, dejándose caer de espaldas con los brazos abiertos en cruz, se encontró con ese chalado riéndose a carcajadas mientras ella lo contemplaba montada a horcajadas sobre él.

—¿Te has vuelto loco o qué? —le pegó una palmadita en el pecho—. ¡Podríamos habernos roto el cuello!

Él no cesó en su hilaridad, sin dejar de reírse, le cogió el rostro con ambas manos y tiró de ella hacia abajo.

—¿En serio piensas que habría dejado que te pasase algo malo? —le dijo entre sonrisas antes de unir de nuevo su boca con la de él en un beso tan intenso como el anterior, pero mucho más breve—. Hacía tiempo que no me divertía así, pero he de confesar, que prefiero tirarme encima de una tabla; se desliza mejor.

Se lo quedó mirando, la risa le había iluminado los ojos y dulcificado la expresión que había tenido hasta el momento dotándole de una picaresca encantadora.

—Estás loco.

Sus labios se curvaron lentamente hasta dedicarle una blanca y perfecta sonrisa.

—La locura está en los ojos de quién la ve, princesa, no de quién la experimenta.

Abrió la boca para replicar, pero volvió a ser silenciada con un roce de sus labios.

—¿Quieres dejar de besarme?

—¿Y ahora quién es la loca? —chasqueó él, incorporándose sobre los codos, hasta permanecer sentado con ella todavía a caballito—. Besarte puede que se haya convertido en mi nueva afición, sobre todo porque te pone ese bonito color rosa sobre las mejillas y hace que te brillen los ojos.

No se molestó en contestar, se bajó de él a regañadientes, si debía ser honesta consigo misma, y se dio toda la prisa que pudo en ponerse de pie. Desde esa posición se sentía más poderosa, sobre todo porque él seguía allí, cómo quién ha decidido echarse en una tumbona a tomar el sol.

—Tienes una manera de divertirme que puede resultar perjudicial para la salud —replicó llevándose las manos a las caderas—. Podría haberme hecho mucho daño en la caída, imbécil.

—Pero no te lo has hecho, me ocupé de ello —aseguró al tiempo que encogía las piernas y se ayudaba de un brazo para ponerse en pie con gracilidad felina—. No dejaría jamás que te hicieses daño si está en mi mano evitarlo.

Dicho aquello, empezó a sacudirse la ropa haciendo que la arena volase en todas direcciones, las ganas de acogotarlo eran tantas que se vio obligada a darle la espada y, al hacerlo, contempló lo que solo podía ser el segundo espejismo del día.

—¿Pero qué...? —Se quedó inmóvil, contemplando lo que se extendía ante sus ojos como un vergel surgido en medio de la arena. Sacudió la cabeza,

se restregó la cara limpiándose la arena y volvió a levantar el rostro para encontrarse con que aquella visión no había desaparecido—. No puede ser...

Echó el brazo hacia atrás y palpó el aire hasta que dio con algo duro, entonces cerró los dedos sobre la piel y la retorció consiguiendo un bajo gruñido nada humano.

—¿Eso era necesario?

—Necesitaba saber si estoy despierta o dormida.

—¿Y tenías que pellizcarme a mí para ello?

—Cállate ya y mira hacia aquí. —Tiró de él hasta que lo sintió a su lado, no se atrevía a apartar la mirada por miedo a que aquello desapareciese—. ¿Estás viendo palmeras, vegetación y lo que inequívocamente solo puede ser un oasis en vez de montones y montones de arena?

Sin responder, vio como abandonaba su lado y daba un par de pasos en aquella dirección.

—¿Tarek?

—*Maktabat Alsahra*.

Las palabras que pronunció le provocaron un escalofrío, la *Biblioteca del Desierto* no era otra cosa que una leyenda, una de tantas historias con las que solían dar voz a su pasado, a sus raíces. Se decía que dicha construcción había sido creada por el mismo Señor del Desierto para el nómada Ibrahim, que su custodia le había sido encargada a él y a sus hijos, entre los que se encontraban las tribus del desierto y que esta se encontraba oculta en un frondoso oasis en el que las aguas corrían cristalinas, los pájaros cantaban y en cuyo centro se encontraba una cueva excavada en la piedra en la que se guardaban todos los secretos del mundo.

Danika sacudió la cabeza y empezó a negar con vehemencia, aquello sencillamente no podía ser real, tenía que tratarse de un espejismo, del calor provocado por el sol...

—No, eso es imposible...

El desierto pareció replicar con vehemencia a sus palabras, sintió el temblor bajo sus pies, el corazón empezó a latirle con precipitación mientras sus oídos recogían los primeros acordes de una silenciosa melodía. La arena empezó a culebrear ante ella, la suave brisa que solía acompañarla se elevó de nuevo, pero ya no era amable, sino el sonido de algo mucho más peligroso. Giró sobre sus piernas, hundió los pies en el suelo y se quedó sin respiración al reconocer a lo lejos lo que solo podía ser una inmensa tormenta de arena.

—¿De dónde demonios ha salido eso? —Sacudió la cabeza una vez más, miró a su alrededor y comprobó con una punzada en el corazón que aquel vergel seguía allí y no se había desvanecido—. ¿Qué es lo que quieres?

La respuesta llegó por sí sola, el rugido de la cortina de arena avanzaba inexorablemente hacia ellos y no había tiempo suficiente para plantarse allí y procurarse una cobertura que no los sepultara a ambos bajo toneladas de arena.

—Danika, ¡corre hacia el oasis!

No tuvo tiempo de pensar en nada más, su cuerpo acusó la urgencia de la voz de su compañero, quién había vuelto la mirada atrás dándose perfectamente cuenta del peligro al que se exponían y echó a correr hacia el verde esplendor que se alzaba delante de ellos.

«Reúnete con la Maktabat Alsahra, hija del desierto».

Esa misteriosa voz acarició su mente por encima del sonido de la tormenta a su espalda, sintió la cabeza pesada, casi tanto como sus piernas, se obligó a avanzar más deprisa, pero era complicado correr por la suave arena. Echó un vistazo por encima del hombro y contempló horrorizada el avance de la tormenta. Aquello no era natural, ninguna tormenta de arena se movía tan rápido, había algo extraño en ella, algo antiguo.

«No mires atrás y corre».

La voz de Tarek resonó en su mente como un latigazo, se llevó la mano a la sien con un quejido y volvió a mirar hacia delante para avanzar. Sus ojos captaron entonces la forma felina del enorme tigre de bengala avanzando a su lado en diagonal, iba directo hacia ella y era el ejemplar felino más grande que hubiese visto en su vida.

«Cuando llegue a tu lado, sube a mi espalda y agárrate».

Jadeó ante las palabras que resonaron una vez más en su mente.

—¿Has perdido el juicio?

El felino la alcanzó al mismo tiempo que los primeros coletazos de arenoso viento la azotaban con fuerza.

«¡Sube ahora mismo!».

No lo pensó, se apoyó en aquella enorme mole peluda y pasó una pierna sobre el lomo de este cuando el felino se agachó. Apenas se había asentado cuando notó todo el cuerpo bajo ella tensarse para emprender de nuevo la carrera. Se aferró con absoluta desesperación a su piel, enterró el rostro en su pelo y rogó porque que pudiesen alcanzar la relativa seguridad del oasis antes de que la tormenta los alcanzase y enterrase vivos en el desierto que tanto amaba.

«Sois uno, hija del desierto, sois uno».

CAPÍTULO 14

La tormenta no era natural, todos y cada uno de sus sentidos habían despertado al instante alertándole de que algo no iba como debería, el solo hecho de que hubiese aparecido la biblioteca ante ellos era ya de por si sospechoso. El rugido del viento era ensordecedor y ganaba terreno a una velocidad descomunal, se obligó a mantener la mirada al frente, necesitaba traspasar la línea de árboles, solo entonces podrían encontrar algo de cobijo y aguantar el paso de aquel monstruo.

Se obligó a acelerar el paso consciente en todo momento de su preciada carga, no estaba acostumbrado a llevar a nadie sobre su lomo y su peso era algo que podía descompensarlo si no iba con cuidado, lo último que quería era ponerla en más peligro del que ya estaban.

Sintió sus manos aferrándose a su pelo, su cuerpo pegándose aún más contra él, no tenía tiempo para alcanzar su mente y tranquilizarla, así que se concentró en sacarlos a ambos de allí.

Atravesó el linde del oasis y sintió en su piel el peso de ese lugar, era arcaico, tocado por un poder que ya muy pocos recordaban y si los que lo hacían lo consideraban una leyenda. Se internó en la espesura, el suelo se volvió más firme y sus patas adquirieron estabilidad, pero la velocidad con la que había entrado y la desestabilización de su carga los enviaron a ambos

contra el tronco de unas palmeras. Acusó el golpe con un ahogado gruñido, sacudió la cabeza y la buscó inmediatamente. Danika había rodado sobre sí misma e intentaba incorporarse mientras echaba fugaces vistazos por encima del hombro a la densa y aulladora cortina de arena a punto de entrar en el oasis.

No había tiempo para buscar otra clase de refugio, se puso de nuevo en pie y llegó a ella en dos zancadas, pudo ver el miedo en sus ojos, cómo intentó arrastrarse hacia atrás para huir de su encarnación felina hasta que el tronco de las torcidas palmeras se lo impidió.

«¡No te muevas y agacha la cabeza!».

Supo que lo había escuchado a la perfección cuando la vio llevarse las manos a los oídos y se hizo un ovillo contra las palmeras, se colocó delante de ella, protegiéndola con su enorme cuerpo felino y formando así una pared que la resguardase del inminente azote de la arena.

El zumbido era tan atronador que succionó cualquier otro ruido, las plantas y las ramas de los árboles empezaron a tumbarse con la fuerza del viento y la arena empezó a cubrirlo todo. Danika cambió de posición y se pegó a su cuerpo, sus dedos se enterraron en su pelo y juraría que llegó a escuchar incluso sus pensamientos.

«Yo no he hecho esto, yo no he creado este monstruo, yo no he traído la tormenta».

Quedándose sin tiempo para otra cosa que no fuese capear el temporal, se apretó contra ella, bajó la cabeza y cerró los ojos ante la llegada de aquella bestia intemporal. La arena lo cubrió todo, el polvo inundó el aire haciendo casi imposible respirar, pero era la ensordecedora cacofonía de lo que parecía un coro de voces hablando al mismo tiempo la que opacaba cualquier otra clase de sonido.

«Vuelve a tus raíces, hijo de Bahir, recuerda de dónde procedes».

El inesperado susurro se coló en su mente con una claridad que opacaba todo lo demás, conocía esa voz, le provocaba un tinte de nostalgia, la seguridad de que ya la había escuchado con anterioridad... en otro momento, posiblemente, en otra vida.

«El rugido de la tormenta dio paso a un apacible silencio tan solo roto por un continuo goteo que se le había metido en los oídos y no se iban, el asfixiante y polvoriento aire desapareció y pudo volver a respirar de nuevo. Notó el calor en el rostro y una suave brisa con aromas tropicales que lo acariciaba con mimo, pero ese continuo «tic-tic-tic» lo estaba poniendo de los nervios. Abrió los ojos dispuesto a matar a lo que quiera que hiciese ese sonido y se encontró ante un paisaje rocoso que le recordó un poco al oasis de Abdel Haqq. Conocía ese lugar, pensó mientras observaba el entorno, las palmeras ofrecían sombra por encima de su cabeza, las escarpadas paredes de piedra que se levantaban delante de él, conteniendo un pequeño lago que se regeneraba gracias al agua de la cascada excavada en la piedra, formaban un parapeto que mantenía el calor del desierto a raya, pero aquel continuo goteo persistía y no tenía nada que ver con el murmullo de la cascada cayendo en la charca.

Bajó la mirada al suelo y vio como la tinta vegetal que había preparado caía desde un recipiente de barro sobre los legajos de papel que estaban sobre el suelo, el charco parecía hacerse cada vez más grande cubriendo una apretada escritura.

Recogió el cuenco impidiendo que se perdiese todo su contenido y lo dejó a un lado sin dejar de mirar los detalles pintados a mano. Lo recordaba, era un regalo que le había hecho ella. ¿Cómo había podido olvidarlo? Su mirada cayó entonces sobre los legajos que todavía permanecían sobre su regazo, acarició la textura del papel con los dedos y recorrió cada uno de los primeros párrafos escritos en un idioma que solo

había visto en antiguos manuscritos, a medida que leía supo lo que era; la historia de su familia.

Acarició cada línea con los dedos, bebiendo cada palabra, memorizándola a pesar de que en su mente estaban tan claras como si todo aquello hubiese ocurrido apenas el día anterior. Recogió las páginas escritas e hizo una mueca al ver como la última había quedado prácticamente ilegible, la puso a un lado y recogió los utensilios de escritura para ocultarlos de nuevo en el escondite que había encontrado para ellos en una de las oquedades de la pared.

Este era su secreto, recordó, una inocente pasión que mantenía oculta de miradas indiscretas, de aquellos que no veían bien que el futuro señor se dedicase a menesteres tan simples y propios de los escribas. Para su pueblo era un príncipe, pero para su familia era un nieto, un hijo y un hermano y ese era el legado que quería preservar para las generaciones futuras.

Sintió a su otra mitad incluso antes de que apareciese canturreando esa cancioncilla que ya se sabía de memoria, era como si llevase el desierto en las venas y este hablase a través de su voz, se movía con gracilidad, con una burbujeante sonrisa en los labios que resultaba contagiosa. Se levantó, apresurándose a guardar las cosas en su escondite y adoptando seguidamente una actitud casual, cómo si sencillamente hubiese caminado hasta allí para hacer algo más inocuo que visitar la vieja biblioteca.

Su canción murió en el mismo instante en que reparó en su presencia, pudo notar como su olor cambiaba, escuchar el latido de su corazón acelerándose, se permitió echarle un vistazo y se encontró con esas rosadas mejillas y las oscuras pestañas cubriendo sus ojos cuando bajó el rostro adoptando una pose servil.

—Perdonadme, mi señor, no sabía que estabais aquí, me iré inmediatamente...

—No soy más dueño de este lugar más de lo que lo sois tú o cualquiera de las gentes que habitan estas tierras —respondió con calidez, no quería que se fuera, si venía hasta aquí no era solo para escribir, sino para tener la oportunidad de verla a ella—. Si crees que todavía puedes soportar mi presencia durante unos momentos, me sentiría honrado de contar con tu compañía...

Sabía cuál sería su respuesta, no necesitaba escucharla de nuevo, pero seguiría intentándolo, seguiría preguntándole lo mismo una y otra vez, porque cada vez que ella estaba cerca sentía que la soledad que habitaba en su alma se diluía un poco más».

Tarek experimentó un momento de ingravidez, su mente abandonó el pasado, sus oídos volvieron a registrar el sonido de la tormenta dando ya sus últimos coletazos, alejándose hacia el interior del desierto. Levantó la cabeza y sintió como la superficial capa de arena resbalaba de su pelo, se movió dándole espacio a la temblorosa hembra que todavía se aferraba a él.

«Está bien, Danika, ya ha pasado».

La chica aflojó su agarre y levantó la cabeza mirando a su alrededor, era como si no quisiera enfrentarse a su presencia, pero tampoco pudiese dejarlo ir.

—Yo no... yo no he tenido nada que ver con ese monstruo... yo no, yo no lo he convocado.

El dolor en su voz y la inexplicable culpabilidad que llegaron a él a través de su joven vínculo hizo que se apartase de ella y adquiriese de nuevo forma humana.

—No, no has sido tú, esto es cosa de alguien dispuesto a seguir dando por culo ahora que se ha removido el pasado.

Ella se giró como un resorte, los ojos abiertos como platos, lo recorrió de arriba abajo con esos ojos azul grisáceo y prácticamente la vio suspirar

aliviada.

—Eres... eres... eres tú de nuevo.

Sonrió de soslayo, avanzó hacia ella y se acuclilló para quedar a su altura.

—Siempre he sido yo —le aseguró al tiempo que empezaba a limpiarle la polvorienta cara con una pasada de la mano—. Cierra los ojos, no servirá de mucho, tendremos que meternos de cabeza en la charca.

Le apartó la mano y retrocedió, el temor se había evaporado de sus ojos y ya solo quedaba esa incomodidad y recelo hacia alguien que apenas empezaba a conocer.

—Está bien, puedo hacerlo yo... —replicó levantándose y sacudiéndose el polvo de encima. Tuvo que hacerse a un lado para evitar que le echase encima más de lo que ya tenía, pero ello no hizo que estuviese menos atento a cada uno de sus movimientos o a la débil mueca que curvó sus labios.

—Estás herida —la sola idea lo hizo gruñir.

—Deja de hacer eso... —replicó ella al momento.

—Te has hecho daño por mi culpa.

—La culpa no es tuya, es de la palmera que estaba en medio cuando ese monstruo de arena intentó soterrarnos vivos —aclaró ella con una tranquilidad únicamente desmentida por el temblor de sus manos—. Tú también te has hecho daño... No sé cómo lo sé, pero... lo sé, así que estamos en paz.

No dijo nada al respecto, ella tenía razón, se había llevado un buen golpe en la caída, pero su dolor no era nada comparado al que sentía al saber que era ella la que sufría. Optó por vigilarla de cerca, empezaba a entender que su compañera era una hembra acostumbrada a hacer las cosas por sí misma, a tener las riendas de todo aquello que la afectaba y ahora, el emparejamiento le había arrancado esa seguridad.

Se sacudió la arena de su propia ropa, se quitó el turbante, desanudando

la tela y la sacudió, posiblemente fuese la parte más limpia de toda su indumentaria.

—No puedo creer que sea real, que sea aquí dónde se encuentra una de las mayores leyendas de mi gente... —murmuró sobrecogida—. Se supone que el Oasis del Badra era solo un mito y que sus secretos solo podían ser descubiertos por sus guardianes.

—Hace un año te habría dicho que estaría de acuerdo contigo, al menos en parte... —asintió mirando también a su alrededor—. Pero después de conocer a la guardiana en persona... todo ha adquirido un tinte distinto. —Sacudió la cabeza—. Mi hermana va a alucinar cuando se lo diga.

—¿Tu hermana?

—La esposa de mi hermano Sharif, Jasmine, es el Badra, la guardiana de la biblioteca —le informó y vio como la sorpresa e incredulidad batallaba en su rostro—. Su familia es la única que puede abrir el camino para llegar al oasis y traspasar el umbral del edificio que guarda los secretos del mundo.

Y ese conocimiento es lo que hacía que el que ambos se encontrasen allí, que el velo que mantenía aquel místico rincón oculto a otros ojos, se hubiese levantado para ellos, fuese un misterio al que no sabía dar respuesta.

Ladeó la cabeza y agudizó el oído en busca de algún tipo de sonido que le alertase de la presencia de alguien más, pero todo lo que captó fue el trino de los pájaros y el correr del agua en algún punto por delante de la verde espesura que se abría delante de ellos.

Una inexplicable sensación de familiaridad volvió a él, dio unos pasos hacia la derecha, luego hacia la izquierda, recorrió con la mirada cada palmera y olisqueó el aire sintiendo que ya había estado allí con anterioridad.

—¿Quieres decir que ya conocías la existencia de este lugar? ¿Sabías cómo llegar?

Se giró hacia ella y negó con la cabeza.

—Nadie accede a la biblioteca si no es un miembro de la tercera familia de Bahir o está emparentado con su guardiana de alguna manera —respondió—. Mi hermano es el único *tygrain* que ha pisado la *Maktabat Alsahra* en los últimos, me atrevería a decir, mil años y eso se debe a que es el compañero de la guardiana.

Y la reencarnación del primogénito del padre del desierto, añadió para sí.

Sharif había compartido con él lo ocurrido en aquellos días, lo que había visto en la biblioteca, sabía que se había omitido algunos detalles, pero su narración y las pruebas que lo llevaban a pensar en esa posibilidad habían sido tremendamente demoledoras; su hermano y su cuñada habían vuelto a reunirse por fin después de muchas vidas concediéndosele el regalo que entonces se le había negado; ser un *tygrain*.

Nada había sido igual desde el momento en que se descubrieron las ruinas del palacio primer baharí, era como si su aparición hubiese liberado el pasado, uno que debía ser rememorado por sus descendientes.

—El velo no se habría levantado si no es en presencia del Badra o de alguno de sus descendientes... —murmuró y se giró para volver a su lado—. Por otro lado, tu comunión con el desierto es de lejos lo más impresionante y único que he visto en un ser humano, no es un don común, de hecho, solo es aplicable a los hijos del desierto.

—Las tribus de Bahir descendemos de los primeros pobladores de este país, nuestra conexión con la tierra siempre ha estado presente a lo largo de generaciones y más generaciones —le dijo a modo de contestación—. No es algo tan... extraño dentro de mi comunidad.

—Nadie ha tenido el poder de comandar las arenas de Bahir de la manera en la que te he visto hacerlo a ti, Danika —aseguró deteniéndose frente a ella—. ¿Por qué dijiste que tú no habías creado la tormenta?

Ella se tensó, podía ver en su rostro que estaba nerviosa y sus palabras la habían alterado al momento.

—Porque no fui yo...

—Pero podrías haberlo hecho.

—No.

Enarcó una ceja y frunció la nariz.

—Las mentiras huelen ácidas, no es un aroma que te pegue, compañera —aseguró chasqueando la lengua—. No te estoy haciendo responsable de nada, tan solo pretendo entender quién eres...

Su respuesta fue apartar la mirada y pasar por su lado, sus movimientos acusaban una ligera cojera.

—No soy nadie...

Entrecerró los ojos y contempló ese delicioso vaivén de sus caderas, tenía que reconocer que estaba exquisita en ropas del desierto, aunque estas estuviesen llenas de polvo y ella renquease un poco.

—Pues para no ser nadie tienes un culo estupendo.

Giró la cabeza y lo fulminó por encima del hombro, no pudo evitarlo, sonrió culpable y se encogió ligeramente de hombros.

—Perdón, compañera, esa era una apreciación solo para mis oídos.

Bufó, se echó el pelo por encima del hombro y continuó avanzando. Tarek era consciente de que si seguía allí parado y mirándola, terminaría perdiéndola entre la espesura, pero no podía evitar admirar la mujer que le había tocado en la lotería de la vida y desearla en el proceso.

—Guárdate tus apreciaciones y todo lo que tenga que ver conmigo para ti mismo y déjame en paz.

Como si pudiese hacerlo, pensó y puso los ojos en blanco mientras salía tras ella.

Con cada paso que daban entre la espesura la sensación de familiaridad

se acrecentaba. El polvo caía de las ramas de los árboles con los que se encontraban o de las hojas que se veían obligados a hacer a un lado. La cálida brisa del desierto penetraba entre el hermoso y denso vergel, pero ahora lo hacía trayendo consigo un aire limpio con sabor a tierra y agua.

—No estamos yendo por el camino correcto —el comentario abandonó su boca antes de percatarse de que había estado mirando a su alrededor en busca de algo que lo orientase—, hay demasiada vegetación.

—Por si no lo has notado, estamos en algo muy parecido a un jodido oasis...

Ignoró la apreciación femenina, entrecerró los ojos y dejó que sus sentidos *tygrain* tomaran el mando. Los aromas se hicieron entonces más intensos, los sonidos más puros y supo instintivamente hacia dónde debía dirigirse. Envolvió los dedos alrededor de la muñeca de su compañera y tiró de ella en dirección contraria a la que ella se había empeñado en seguir.

—¿Cómo sabes que...? —Sus palabras se esfumaron en cuanto cruzaron miradas y vio el felino asomando en sus ojos.

—No sabría darte una respuesta, no sé cómo lo sé, sencillamente es algo que está ahí —le dijo sin apartar la mirada—, algo que forma parte de mí.

Le sostuvo la mirada durante largos segundos, entonces se soltó lentamente de su mano y avanzó hasta quedar a su lado.

—Eso puedo entenderlo —respondió entonces en voz baja—, es cómo yo me siento cuando estoy en el desierto y escucho su voz.

CAPÍTULO 15

Danika estaba luchando por mantener la cordura, era incapaz de procesar todas y cada una de las cosas que habían ocurrido desde el preciso momento en que ese hombre se le había aparecido en el desierto. Había detalles, momentos, algunos trascendentales que era incapaz de asimilar, el solo hecho de pensar en ello la hacía temblar como una hoja.

Él convirtiéndose en tigre delante de sus narices, en un momento estaba hablando con el hombre moreno de ojos marrón-dorado y al siguiente contemplaba un enorme ejemplar de Bengala que le quitaba el aliento; saber de su naturaleza era una cosa, pero presenciarla, otra muy distinta. Su voz resonando como un cañón en su cabeza, activando cada una de sus terminaciones nerviosas y sacándola al momento de su inmovilidad, la cacofonía de enfadadas voces que se elevó en el desierto y montaban a lomos de la tormenta de arena más aterradora que había presenciado en su vida y la inmediata comprensión de que si no hacía algo y rápido moriría allí.

Jamás había sentido tanto miedo como en ese mismo instante, horror por lo que se les echaba encima y pavor porque sabía con mortal seguridad que su canción no podría detener ese ser que se alzaba para obligarlos a huir, todo ello había hecho que su cerebro ya fuese una masa en continuo cortocircuito para el momento en que la forma felina del *tygrain* se le echase prácticamente encima y la obligase a subir a él, como si fuese una montura, de modo que pudiese darles a ambos una oportunidad para ponerse a salvo.

Abrió y cerró las manos, todavía podía sentir la suavidad y espesura del pelo felino en sus dedos, el calor y la fuerza que se había movido debajo de ella con cada zancada que avanzaba a través del desierto. Se había quedado congelada cuando saltó delante de ella, cuando la empujó con su cuerpo y la obligó a subir a su espalda habría gritado de pavor si no fuese porque el aullido de la tormenta que le pisaba los pies era más aterrador que él.

Habían sido unos momentos de absoluta tensión, se había imaginado gritando a pleno pulmón, suplicándole que se detuviese y la dejase bajar o lanzarse incluso directamente al suelo, pero su cercanía, incluso en esa encarnación, la había tranquilizando manteniéndola en una extraña estabilidad mental que solo se había roto cuando alcanzaron el linde del oasis y acabaron por los suelos.

El impacto no fue suave, se había dado con fuerza en la cadera a pesar de que intentó rodar para minimizar los daños, el rugido de la tormenta amenazaba con barrer sobre ellos y todavía no habían podido encontrar un lugar adecuado para guarecerse. Tuvo el tiempo justo de tirar de su *pashmina* y colocársela contra la nariz y la boca, agachándose y encogiéndose todo lo posible contra el tronco de una palmera antes de que la enorme forma felina del tigre, la protegiese, ofreciéndose como muro de contención frente a la furia que se les echó encima.

Entonces todo había estallado a su alrededor, el instinto la había llevado a buscar refugio en su presencia, pegándose a él, sintiendo que ese era el único lugar en el que estaría a salvo.

Había tenido una extraña sensación de Déjà vu, cómo si ya hubiese pasado por una situación similar y este no fuese sino un eco de aquella vez.

Le dedicó un mirada soslayada, la manera en la que caminaba sobre dos piernas le recordaba al tigre que había bajo su piel, tenía una apariencia elegante y exótica con aquella indumentaria, como si hubiese nacido para estar

en el desierto y no encerrado entre cuatro paredes.

—¿A dónde vamos?

Miró a su alrededor, la vegetación empezaba a desperdigarse perdiendo densidad a medida que avanzaban y apareció en el horizonte la forma recortada de una escarpada pared de roca, el sonido del correr del agua completó el paisaje y dio sentido a la charca a cuya orilla accedieron.

—A quitarnos el polvo y la arena de encima.

Lo dijo tan convencido que le costó unos segundos reaccionar.

—Claro, ¿por qué no vuelves a dónde nos encontramos, recuperas mi mochila y montas la tienda ya puestos?

La miró con suficiencia por encima del hombro y sonrió con suficiencia.

—¿Es así como sueles pasar tu tiempo en el desierto? ¿En una tienda de campaña plegable? ¿Qué ha sido de tus raíces nómadas, Danika?

Se llevó las manos a las caderas.

—¿Tienes idea de cuántas personas son necesarias para montar una *jaima* en condiciones? ¿Y el espacio de ocupa? ¿O lo que pesa? —chasqueó—. No sometería ni a un camello a semejante tortura. Cargar con todo ese peso, pobrecito.

Una sonora carcajada resonó en el idílico lugar haciendo que algunas aves levantaran el vuelo.

—No sé, compañera, ha sido toda una experiencia cargar contigo, la primera que experimento de ese tipo.

No supo cómo responder a eso, aunque él no parecía interesado en una respuesta ya que empezó a despojarse de su ropa, sacudiéndola en el proceso. La cantidad de polvo y arena que salía de la tela en cada sacudida era suficiente para emplearla en construcción, ya solo la que extrajo de sus botas daría para levantar una pared.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Voy a lavarme, estoy lleno de arena. —Su rostro mostraba una expresión tan inocente cuando la miró y le respondió que estuvo a punto de creerle. A punto.

—Estamos en el Badra, en los terrenos de la Gran Biblioteca del Desierto, ¿y todo lo que tienes en mente es asearte?

Ladeó la cabeza y esos ojos marrones la recorrieron muy lentamente.

—La *Maktabat Alsahra* no va a moverse de dónde está —aseguró con suavidad y señaló con un gesto un nuevo sendero que discurría desde la esquina de la charca, cerca de la pequeña cascada y continuaba hacia el oeste —, si nos ha abierto sus puertas, estoy seguro de que no se enfadará si nos tomamos unos momentos para lavarnos y encargarnos de nuestras heridas.

La mención de la palabra «heridas» le produjo una punzada en el estómago, si bien todavía sentía un sordo entumecimiento en la cadera, allí donde se había golpeado, su preocupación estaba puesta sobre él y la posibilidad de que se hubiese lastimado. Ni siquiera sabía por qué habría de importarle, pero lo hacía.

—¿Estás herido? ¿Fue en la caída?

Sus labios se curvaron suavemente, su rostro se dulcificó y le restó importancia en su respuesta.

—Ambos nos hemos hecho daño en la caída, tú no has protestado a pesar de cojear, así que, yo no podía ser menos, ¿no? —le guiñó el ojo, y tras dejar sus botas con el guardapolvo, procedió a quitarse la camisa—. Son solo rasguños.

Danika se quedó sin respiración en el momento en que su piel canela quedó a la vista. Poseía un cuerpo increíble, con músculos bien definidos aunque no abultados, no era un hombre grande, su figura era la de alguien acostumbrado al trabajo, no a machacarse en un gimnasio, pero eso no le quitaba un ápice de *sex-appeal*, por el contrario, había un magnetismo animal

en él que lo hacía una criatura tan hermosa como poderosa. Sacudió la camisa y vio como los músculos de sus brazos se abultaban en el proceso, pero también reparó en las rojeces que le afeaban uno de los bíceps justo antes de que se diese la vuelta y soltase un gemido al ver el tono oscuro que iba adquiriendo lo que a todas luces era un fuerte hematoma a la altura de la cadera.

Se le encogió el estómago, de repente era incapaz de respirar, sentía un fuerte nudo de angustia oprimiéndole el pecho y tuvo que obligarse a tragar aire varias veces o se pondría a llorar ahí mismo.

¿Qué narices le pasaba? Había estado al borde de la muerte, de ser sepultada en pleno desierto por una tormenta de arena y no emitió ni un solo quejido y ahora que lo veía herido, sentía que se acababa el mundo.

—Eso no es... solo un rasguño —consiguió articular y, antes de poder contenerse, cruzó el espacio que los separaba y examinó por sí misma la herida que solo asomaba por encima del fajín—. ¿Por qué todos los hombres actuáis como si el no quejaros aportase más puntos a vuestra hombría? Esto es serio, Tarek.

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada fija en ella.

—¿Y por qué las mujeres, en especial mi compañera, insiste en ser beligerante cuando está claro que apenas puede caminar? —respondió en voz baja, tierna—. No eres menos valiente por admitir que estás herida y que necesitas descansar.

Se sostuvieron la mirada unos momentos hasta que ella apartó la suya.

—¿Vamos a enseñarnos nuestras heridas y competir a ver quién tiene la más dolorosa?

Él enarcó una ceja, se inclinó hacia delante y le dijo en tono confidencial.

—Yo iba a pedirte que te diceses la vuelta para poder terminar de

desvestirme y meterme en el agua, pero si insistes...

El fajín se soltó sin esfuerzo, desanudó el cordón que sostenía sobre sus caderas el pantalón y tiró hacia abajo de la prenda, llevándose al mismo tiempo los slips y regalándole al mismo tiempo una magnífica visión de su culo desnudo y de...

—¡Oh, por el amor de... —Jadeó al tiempo que se daba la espalda, bajaba la cabeza y empezaba a recitar una serie de improperios al tiempo que sentía como se le encendían las mejillas—. Tú no eres un príncipe, eres un...

—¿*Tygrain*?

—¡Un exhibicionista!

Una nueva carcajada resonó en sus oídos un segundo antes de que la rodease con sus brazos y bajase la boca sobre su oreja.

—Eres muy divertida, Danika, lo reconozco —ronroneó, literalmente, en su oído—, y también muy, pero que muy tierna.

Se quedó quieta, incapaz de hacer otra cosa que no fuese respirar.

—Haces que me entren ganas de darte un mordisquito.

Y lo hizo, le mordisqueó la piel del cuello, luego le dio un beso en la misma zona y la liberó.

—Me llevé por delante la palmera, me duele un poco al caminar, pero no es nada que no termine curando con el tiempo —le informó—. Siento no haber podido evitar que te hicieras daño...

—No es algo que hubieses podido evitar...

—Quizá sí, quizá no, es algo que nunca sabremos —emitió un suspiro—.

¿Te bañas conmigo?

—Ni lo sueñes...

—Puedes dejarte la ropa interior si te sientes más segura.

—No voy a bañarme contigo cerca.

—Pero estás llena de arena.

—Me gusta la arena.

Un nuevo suspiro por su parte y sus brazos la abandonaron provocándole nuevamente esa sensación de pérdida.

—Como ya dije, no te quedan bien las mentiras, princesa —en su voz había un bajo gruñido—. Si no quieres estar cerca de mí mientras te bañas, sigue la orilla hasta el recodo que hace con la pared de la montaña, allí tendrás toda la privacidad que necesitas.

Perdió el calor de su proximidad, supo que había entrado en el agua en el momento en que escuchó un fuerte chapoteo. Se volvió de golpe a tiempo de verlo sumergirse en el agua como si hubiese nacido pez y no felino.

—Esto es una locura, una enorme y jodida locura.

CAPÍTULO 16

Tarek no había exagerado en lo tocante a la privacidad, no se trataba solo de que la charca hiciese un recodo y quedase una sección separada por las palmeras y las escarpadas paredes de la montaña, allí estaba también el nacimiento del manantial que alimentaba el oasis. El agua de una pequeña cascada caía sobre la superficie creando una melodía propia, la forma de semi gruta a cielo descubierto que formaba esa parte dejaba una única entrada, con lo que sería fácil saber si alguien se acercaba a echar un vistazo.

Se frotó la nariz e hizo una mueca al notar el polvo pegado a su rostro, si se sacudía la ropa, la arena seguiría cayendo, ya lo había comprobado, así que la perspectiva de darse un rápido baño era una idea cada vez más apetitosa, sobre todo por el calor que empezaba a azotar también el oasis y la incesante llamada que le hacía el frescor del agua.

Volvió a echar un vistazo hacia atrás para asegurarse de que él seguía en el lugar en el que lo había dejado, lo había escuchado chapotear mientras se alejaba y ahora veía su cabeza oscura rompiendo la superficie seguido del resto de su cuerpo, el agua resbalaba por su espalda, se llevó las manos a la cabeza y deslizó las manos hacia atrás, sin duda quitándose el agua del rostro.

«¿Estás segura de que no quieres bañarte conmigo?».

Su voz parecía susurrarle al oído, como si estuviese ahí, a su lado y no a

varios metros por delante de ella y dándole la espalda.

—¡Sal de mi cabeza ahora mismo! —gritó a pleno pulmón y recibió una sonora carcajada en respuesta.

«No hace falta que te dejes la garganta, somos compañeros, si me escuchas, yo puedo escucharte a ti. Solo piensa en mí y en lo que quieres decirme y te oiré».

—Yo no he pedido ser tu compañera —masculló, le dio la espalda y caminó decidida hacia el recoveco que la mantendría oculta de cualquier posible mirada indiscreta.

«Tampoco has pedido que se te echase encima una tormenta de arena, es algo que no se puede evitar».

Resopló al escucharle de nuevo e incluso echó un vistazo atrás no fuera que estuviese allí. Entrecerró los ojos y pensó en él al responder.

«Ahógate un ratito y déjame en paz».

Su risa resonó ahora en el interior de su cabeza, podía sentir su calidez, una caricia que le recorría el cuerpo sin manos.

«Eso ha estado muy bien». Replicó una vez más. *«Llámame si me necesitas, te oiré sin importar la distancia».*

Soltó un resoplido, volvió a mirar atrás y, una vez se convenció de que él no la importunaría, empezó a desprenderse de las ropas.

El murmullo del agua golpeando contra la superficie era como una rítmica melodía sosegada, con cada prenda que iba dejando encima de las rocas, parecía escucharla con mayor claridad. Se encontró cerrando los ojos, sus oídos siempre habían sido sensibles a los sonidos de la naturaleza y aquel lugar parecía contener un embrujo muy particular. Una insistente sensación de Déjà vu le hacía cosquillas en el fondo de la mente, hacía que sintiese que ya había estado en ese lugar, que ya había vivido esa misma situación sumamente parecida.

Sacudió la cabeza y se detuvo al llevar las manos hacia la espalda y tocar el cierre del sujetador dudando unos momentos, su ropa interior había sido lo único que no había terminado lleno de arena. Miró hacia el estrechamiento por dónde había entrado, se lamió los labios y sacudió la cabeza.

—Si se atreve a acercarse, le corto los huevos —musitó para sí.

Esperó por si llegaba alguna respuesta jocosa de su parte, pero solo encontró el silencio.

Se estremeció, la falta de respuesta la llevó a temblar durante un segundo, sus nervios volvieron a jugarle una mala pasada y su mente conjuró toda clase de posibles situaciones.

—No, ni hablar, otra vez no.

No se lo pensó, se quitó el sujetador y las braguitas y entró directamente en el agua. El impacto del frío de esta en contraste con el calor de su cuerpo fue tal que le cortó la respiración, pero aquello no la amilanó. Respiró profundamente y se impulsó hacia delante, sumergiéndose por completo y deslizándose unos metros por debajo de la superficie antes de emerger de nuevo. Su cuerpo acusó el brusco cambio con temblores que poco a poco fueron remitiendo, la temperatura pronto resultó ser perfecta contra el asfixiante calor.

Danika se trasladó hacia la zona de la pequeña cascada, la profundidad era mayor en aquella zona, no hacía pie así que se sujetó de la pared y oteó a través de la cortina de agua. El sol que incidía directamente sobre la pared de roca arrancaba zarcillos de diamante a la cascada que contrastaba con la húmeda oscuridad que se apreciaba tras ella.

Estirando la mano, atravesó la cortina de agua sin encontrar nada detrás, todo parecía indicar que se encontraba ante una pequeña abertura abierta en la piedra.

«Recuerda, hija del desierto, recuerda».

Una suave brisa con el aroma del desierto recorrió el pequeño recoveco y la acarició trayendo consigo esa misteriosa canción que conocía instintivamente, la misma que solía cantar, aquella que había tarareado hacía mucho tiempo, en otra vida, en ese mismo lugar.

Contuvo la respiración y atravesó la cortina de agua sabiendo que encontraría al otro lado su particular escondite, una pequeña y húmeda gruta desde la cual había contemplado su propio futuro.

«Ella había estado allí con anterioridad, conocía cada una de esas piedras, las había acariciado tantas veces mientras cavilaba en su propio destino, aquel que la mantenía confinada y sola en su propio cuerpo.»

Deslizó la mirada por cada una de las piedras, contempló la cortina de agua que distorsionaba la visión del otro lado, solo si se sentaba en una esquina, justo ahí, al lado de la entrada, podía ver con claridad a través de un pequeño recoveco. Aquel era su escondite, su pequeño secreto, uno que acarreaba desde su nacimiento, recordó con nítida claridad, uno que hacía de ella una de las pocas elegidas entre las tribus del desierto para traspasar el velo del sagrado Badra.

—Soy la guardiana del Escriba.

Nada más decir aquellas palabras, olvidados recuerdos acudieron a su mente, una serie de chapoteos llamaron entonces su atención, posó la mano sobre la pared y se inclinó hacia delante. El aire se le quedó atascado en los pulmones cuando le vio despojándose de su ropa, dejándola sobre una piedra para introducirse lentamente en el agua.

Su primer instinto fue echarse hacia atrás, pegarse a la pared de la gruta y rogar a los dioses que la perdonaran por estar allí y en aquel momento, pero entonces recordó que había dejado su propia túnica al otro lado del recodo, doblada pulcramente sobre una roca y se quedó sin

respiración.

—¿Badra?

Sus palabras provocaron que su corazón se detuviese en seco un segundo antes de volver a latir. Él sabía que estaba allí, era imposible que no lo supiese, aún si no hubiese visto su ropa, era capaz de encontrarla, siempre lo había sido, incluso de niños.

—¿Estoy interrumpiendo tu baño?

Había tal tono jocoso en su voz que le entraron unas inexplicables ganas de estrangularlo.

—Está bien, sal y báñate conmigo, no se lo diré a nadie.

Apretó los labios con fuerza y se mantuvo en silencio. Aquella promesa ya no funcionaba para ella, hacía años que habían dejado de ser los niños que eran, ambos habían crecido dejando atrás la infancia.

—¿No vas a hablarme?

No, no podía hacerlo, no debía hacerlo, pero cuando le vio nadando en dirección a la cascada perdió la batalla con su lengua.

—¡No deis un paso más! —alzó la voz, entonces añadió más bajito—. Por favor, mi señor...

Se quedó quieto al otro lado, permitiéndole esa privacidad.

—Aunque no lo creas, no supe que estabas por aquí hasta que vi tu ropa en la esquina —replicó con ese tono suave y amable que siempre tenía para con ella—. De haberlo sabido, no había profanado tu privacidad.

—Ahora que lo sabéis sería un buen momento para hacer honor a vuestra palabra.

Lo oyó reír, pero no se movió ni un ápice.

—Lo haré si me prometes una cosa.

Miró una vez más a través de la apertura con disimulo, intentando localizarle y asegurarse de que no haría algo tan estúpido como atravesar

la cascada.

—¿Qué cosa?

—Que siempre podré encontrarte en este lugar, sin importar el tiempo que pase, siempre estarás aquí para mí.

Sus palabras le tocaron el corazón y el alma, cerró los ojos con fuerza sabiendo lo que sus palabras podían hacerle a ambos.

—Os prometo que siempre estaré aquí para vos.

—Lo has prometido, guardiana, recuérdalo, lo has prometido.

No lo olvidaría, aún si pasaban cientos de vidas hasta que volviesen a encontrarse, no lo olvidaría, él era todo lo que le quedaba en el mundo, su compañero, su otra mitad, nunca le olvidaría».

—Khaled...

El nombre surgió de sus labios en apenas un susurro, el recuerdo de una antigua promesa vibrando todavía en su mente. Danika trastabilló, dio un paso adelante y se hundió como una roca en el agua, atravesó la cortina a manotazos, luchando con la ingravidez hasta que fue capaz de emerger de nuevo jadeando en busca de aire y moviendo las piernas para mantenerse a flote. Braceo un par de veces hasta que notó que las puntas de sus pies tocaban el suelo, avanzó a saltitos, hundiéndose y volviendo a emerger hasta alcanzar el borde y salir prácticamente a gatas. Se dejó caer sobre la arena, el calor de esta se filtró en su cuerpo alejando el frío del agua, ni siquiera se dio cuenta de que tiritaba hasta que escuchó el entrechocar de sus propios dientes.

Las lágrimas inundaron entonces sus ojos, se deslizaron por sus mejillas como auténticos ríos mientras se abrazaba las rodillas y se echaba a llorar de forma desconsolada por algo que apenas si alcanzaba a comprender.

CAPÍTULO 17

Tarek sintió el cambio en el aire, así como en su alma y en su piel, su naturaleza felina levantó la cabeza y rugió en su interior reconociendo algo tan antiguo como él mismo. La brisa que le acarició venía marcada con la esencia del desierto y una vez más pudo escuchar esa antigua e indefinida melodía que lo arrastraba atrás en el tiempo. Entrecerró los ojos, sus sentidos se agudizaron e inmediatamente buscó a su compañera a través de su vínculo.

«Danika, ¿va todo bien?».

La ausencia de respuesta no le preocupó tanto como el muro contra el que de repente se encontró; era como si su vínculo se hubiese enmudecido por completo. El pánico se desenroscó en su interior, salió del agua en dos zancadas y la llamó una vez más.

«Princesa, respóndeme».

Esa mística brisa volvió a envolverlo en una suave y tranquilizadora caricia, su alma se apaciguó al instante, pero no ocurrió lo mismo con sus nervios o su cerebro, que entró en barrena. Recogió el pantalón de encima del montón de ropa, se lo enfundó y terminó de anudarlo mientras avanzaba dando largas zancadas al lugar en el que había visto desaparecer a su compañera. Apenas llegó a vislumbrar la entrada cuando la vio, sentada al borde de la charca, envolviéndose las piernas con los brazos y ocultando la cara en las rodillas mientras sollozaba rota de dolor.

El pelo suelto se le había pegado a la espalda totalmente húmedo, el

agua todavía se escurría de la manta oscura, resbalando por su desnuda y perfecta espalda formando un círculo de arena húmeda allí dónde se aposentaban sus nalgas.

—Danika.

Su nombre pronunciado en voz alta la llevó a sobresaltarse, levantó la cabeza con la mirada al frente y entonces se giró para mirarle por encima del hombro. Los brazos con los que se había rodeado las rodillas se desprendieron de estas a medida que se enderezaba, se quedó en una postura que le recordó a la de una sirena, mirándole con una agónica necesidad que le partió el alma.

Acortó la distancia en un abrir y cerrar de ojos, se dejó caer de rodillas junto a ella y recibió ese pequeño y desnudo cuerpo contra el suyo cuando ella extendió los brazos en su dirección.

—Me estoy volviendo loca —escuchó que murmuraba ocultando el rostro en el hueco de su cuello mientras se abrazaba a él con desesperación—. Ya no soy capaz de distinguir la voz del desierto de la mía. ¿Qué quiere de mí? ¿Por qué me está haciendo esto? ¿Por qué?

Sus palabras eran un galimatías para él, levantó la mirada, echando un vistazo a su alrededor en busca de algo que pudiese darle la respuesta, pero todo lo que encontró fue la misma extraña familiaridad que sentía desde el momento en que había entrado allí y aquella visión le mostró parte de un remoto pasado, de una vida, que quizá, pudiese haber sido suya.

Aquel pensamiento encadenó rápidamente con otro, bajó de nuevo la mirada sobre ella y le buscó el rostro.

—Danika, ¿qué has visto? —Le cogió la barbilla con los dedos y buscó sus ojos—. ¿Qué te han mostrado?

Sus ojos le dieron una respuesta más inmediata que sus labios, la sorpresa, el reconocimiento, la comprensión y la desesperación que cruzó por

esas pupilas azul grisáceo fueron suficiente para él.

—¿Cómo sabes que...? —musitó ella con voz rota, entonces volvió la mirada hacia la cascada—. Yo estaba allí... ahora y antes. Y él, él eras tú... —concluyó ella, las lágrimas que le empapaban el rostro volvieron a caer por sus mejillas—. No lo entiendo, no sé por qué me está haciendo esto...

Le limpió las lágrimas de la cara, no soportaba verla así, tan desesperada y abatida.

—Shh, está bien, no te hará daño —la consoló apretándola contra él, rodeándola con los brazos y besándole la cabeza—. No quiere hacernos daño... —murmuró más para sí que para ella, mirando la cascada que seguía burbujeando frente a él—, sea quien sea, no nos ha enviado aquí para herirnos, sino para mostrarnos algo...

—¿El qué? ¿Y por qué a mí? ¿Por qué a nosotros?

—Porque es muy posible que el motivo de que seamos compañeros en esta vida, tenga que ver con lo que quiera que hayamos sido en otra. —Era lo que le sonaba más plausible dentro de toda aquella incomprensible cadena de acontecimientos que llevaban dándose el último año—. Y las respuestas a todas las preguntas que nos hemos hecho hasta ahora, deben de encontrarse aquí, en este oasis.

Ella se lo quedó mirando unos momentos, las lágrimas parecían remitir, así como la congoja que la mantenía prisionera de ellas.

—¿Por qué tú estás tan entero mientras yo siento que me estoy haciendo pedazos con todo esto? —Lo sorprendió con la susurrada pregunta—. Y, por encima de todo, ¿por qué algo que parece tan absurdo e irreal lo afronto como si fuese algo cotidiano? ¿Dónde ha quedado mi salud mental? ¿Dónde ha quedado quién soy en realidad?

—No puedo responder a eso, princesa, solo puedo prometerte que estaré a tu lado mientras buscas esas respuestas —le acarició el rostro—, te lo juro.

No dijo una sola palabra, se limitó a envolverle el cuello con los brazos y apretarse de nuevo contra él. Permanecieron así un buen rato, hasta que ella se movió un poco y le susurró:

—¿Tarek? —Escuchar su nombre pronunciado por sus labios era un regalo inesperado en medio de todo aquel sinsentido.

—Dime.

—Cierra los malditos ojos, tengo que vestirme.

—¿En serio tengo que hacerlo?

—Solo si quieres conservar tus atributos intactos.

—Si por atributos te refieres a mi pene y testículos, eso es algo que me gustaría, sí.

—Cierra los ojos —insistió retirándose lo justo para mirarle a la cara—, y no hagas trampas.

—Yo no hago trampas, Dani, solo disfruto de las vistas cuando me dan la ocasión de hacerlo —confesó con total sinceridad antes de inclinarse sobre ella y probar sus labios una vez más, un beso al que ella no se opuso y sorprendentemente respondió—. Y me gustaría tener ocasión de hacer algo más que mirarte porque con cada minuto que paso a tu lado, princesa mía, te deseo más y más.

Dicho aquello, cerró los ojos y abrió los brazos para que ella pudiese despegarse de él.

—Adelante, me portaré como un buen *tygrain* y mantendré los ojos cerrados mientras te vistes.

Notó como se desenroscaba de su cuerpo, perdiendo el calor y el aroma de ella hasta que se puso de pie.

—Eres un hombre extraño, alteza —la escuchó murmurar—, pero es algo que podría aprender a apreciar.

Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por mantener los ojos cerrados y

sobre todo, por no estirar los brazos y atraerla de nuevo hacia él al escuchar aquellas palabras. En medio de un vasto desierto de inciertos caminos, su promesa era como un faro de esperanza.

—Espero de todo corazón que lo hagas, compañera, de verdad que lo espero.

CAPÍTULO 18

La biblioteca era tal y como Jasmine y su hermano la habían descrito, la fachada parecía brotar de la piedra, como si hubiese salido de la época de los faraones egipcios, su enormidad hacía que te sintieses como una hormiga ante sus puertas. Y estas estaban cerradas a cal y canto. Dos enormes losas de piedra sin más decoración que las distintas fases de la luna formando un arco sobre ellas permanecían herméticamente cerradas, no se podía ver siquiera la unión de ambas, ya no digamos la disposición de pomo alguno.

Acarició la lisa superficie y sintió que el suelo se movía bajo sus pies, sus oídos captaron un viejo murmullo, no era un idioma en sí mismo, ni siquiera palabras, se parecía más a una trabajosa respiración y no era la primera vez que sentía algo así; ese lugar tenía la misma huella arcaica que las ruinas del primer palacio.

Retiró la mano, frunció el ceño y se giró hacia Danika, quién seguía paseando de un lado a otro murmurando en voz baja mientras contemplaba con

absorta emoción la enorme entrada.

—Las puertas están cerradas para mí, ¿quieres intentarlo?

Se detuvo en seco y lo miró, parpadeó un par de veces y se señaló a sí misma con el dedo índice.

—¿Yo?

Sonrió de soslayo. Volvía a vestir las mismas ropas de antes, al igual que él, aunque ambos habían prescindido de cubrirse de nuevo la cabeza o el rostro, por fortuna, el enclave de la enorme biblioteca les estaba dando un respiro del calor, pues el sol había ido girando y a esas horas había una refrescante sombra.

—¿Ves a alguien más? —replicó y la llamó con un dedo—. Ven aquí, tigresita, veamos si tú tienes más suerte que yo.

La manera en la que cogió aire y caminó hacia él, como si quisiera contener un poco cada paso, lo hizo reír.

—Seguirá estando aquí aunque vengas arrastrándote, Danika.

Hizo un bonito puchero que quiso besar, le dedicó un último vistazo y extendió la mano para posarla sobre la lisa superficie. Al igual que cuando la tocó él, sintió la delicada respuesta, olió el aroma del desierto y ese ronroneo en forma de respiración, pero la puerta volvió a resistirse.

—Forma parte del desierto, posee su misma melodía —la escuchó murmurar, entonces apartó la mano y dio un paso atrás, envolviéndose a sí misma con los brazos—. Tengo una intensa sensación de *déjà vu*... es inquietante.

La observó detenidamente, estaba temblando, diría que incluso asustada, aunque todavía subsistía esa intensa necesidad de mirar y mirar el lugar, emocionándose ante un hallazgo del que solo había encontrado pistas en leyendas.

—Toda mi vida me he preguntado cómo sería, pero nunca imaginé que

llegaría a estar aquí, en su presencia —musitó—, cómo tampoco imaginé lo que su descubrimiento me reportaría.

Se dio la vuelta y lo miró a los ojos.

—Suelo venir al desierto porque me aporta claridad de mente y tranquilidad, porque me he sentido siempre más parte de él que de mi propia tribu y de alguna manera me ayudaba a comprender quién soy —bajó el tono de voz y también la mirada—, pero ahora...

—Ahora tienes más preguntas de las que tenías antes de que nuestros caminos se cruzaran —concluyó por ella—. Es una reacción normal, llevo experimentándola desde hace un año y medio, cuando empezaron las excavaciones en Anwar Bard. Desde el primer momento en que puse los pies en esas piedras, las cosas no han hecho más que... complicarse.

—Estuviste en el atentado al campamento...

—Sí, yo...

«Tarek, ¿dónde estás?».

La voz de Sharif se coló en su mente interrumpiéndole.

«¿Ha ocurrido algo?».

«Jasmine está muy inquieta, insiste en que alguien ha entrado en el territorio de la biblioteca...».

No pudo evitar poner los ojos en blanco, miró a su compañera y respondió en voz alta.

—Fuimos nosotros.

—¿Qué?

Su gesto de horror e incredulidad lo hizo sacudir la cabeza.

—No, no era a ti, estoy hablando con mi hermano —se apresuró en aclarar—. Su guardiana acaba de informarle que alguien ha entrado en la biblioteca.

A juzgar por su expresión, supo que estaba confundiéndola todavía más.

«Entre nosotros solemos hablar de esta manera, es más rápido que usar un teléfono y mucho más privado».

Danika pegó un respingo y se llevó la mano al oído e hizo un mohín.

—Y también más raro.

Le dedicó un guiño y se concentró de nuevo en su conversación.

«Shar, hemos sido Danika y yo. Estamos ahora mismo frente a la fachada de la Maktabat Al-Sahara».

«¿Que estáis dónde?».

La suave voz de su cuñada se filtró en su mente, Jasmine estaba aprendiendo a comunicarse con todos ellos a través del vínculo familiar que compartían los tygrain.

«Hola hermanita».

«Tarek, ¿el velo se ha descorrido para vosotros?».

«Sí, Jasmi, digamos que alguien tenía mucho interés porque acabásemos aquí e hizo todo lo posible para que cogiésemos la indirecta».

«¿De qué estás hablando?».

«Danika es una hija del desierto, al igual que tú».

«Bien, eso explicaría que la biblioteca la hubiese reconocido y os permitiese la entrada a los dos».

«En realidad, eso parece ser tan solo la punta del iceberg, creo que... de algún modo... ambos hemos estado antes en la biblioteca y no precisamente de vacaciones».

«¿Qué has visto?». Su hermano no dudó un segundo, de algún modo sabía de lo que le estaba hablando.

«No estoy seguro, fue como... cómo estar allí y recordar algo que yo mismo había hecho en... otra vida».

Pudo sentir el suspiro resignado de su hermano así como su empatía.

«Y Danika estaba en esa visión, ella era mi compañera o por lo menos,

las sensaciones que tuve en ese momento, eran similares». Continuó. «Ella también ha tenido una experiencia similar y a juzgar por sus palabras, tendría mucho que ver con mis propios... recuerdos».

«¿Los dos estáis bien?». La preocupación en la voz de su hermana lo hizo sonreír, le envió una tierna caricia sabiendo que su hermano la sentiría también. «Si necesitáis comida, agua o cobijo, podéis utilizar la tienda que solemos usar Sharif y yo cuando acampamos en el oasis del Badra».

«La encontrarás a unos minutos de la puerta de la biblioteca, en el sendero que baja hacia la laguna». Le informó su hermano. «Mantente a salvo y protege lo que ahora te pertenece. Sea lo que sea lo que os ha llevado hasta ahí, estoy convencido de que es por un motivo justificado». La respuesta de Sharif era rotunda, nadie mejor que él para dar fe de ello. «Ten la mente abierta, hermanito, es todo lo que necesitarás».

«Hace meses que la tengo, Shar, muchos más de los que os podéis imaginar».

Su hermano asintió mentalmente.

«Cuida de mi nueva hermana, Tarek, quiero tener la oportunidad de conocerla». Jasmine le mandó su cariño, sintió su beso en la mejilla y sonrió en respuesta.

«La conocerás tan pronto la lleve a casa, Jasmine, prometido».

Con eso dio por zanjada la conversación y se volvió hacia su compañera, quién le había dejado cierta privacidad y examinaba ahora los alrededores con gesto inquieto.

—¿Danika?

—Todo me resulta familiar —musitó avanzando hacia un trío de altas palmeras—, creo que podría seguir cada sendero y no perderme.

Registró el lugar con la mirada y supo que él podría hacer lo mismo, había zonas hacia las que se sentía atraído, como si fuesen áreas en las que

había pasado mucho tiempo o por dónde había transitado a menudo. Era como un continuo *Déjà vu* que jugaba con su mente y hacía que su felino agitase la cola con visible irritación.

—No eres la única —admitió reuniéndose con ella—. Hay una tienda que suelen usar mi hermano y su compañera no lejos de aquí. Vamos, con un poco de suerte encontraremos algo para comer y podremos descansar un rato.

Ante la mención de la comida, el estómago de su compañera protestó y el color subió inmediatamente a sus mejillas.

—Yo también tengo hambre —la tranquilizó—. Ahora mismo me comería con sumo placer un cordero entero.

—Es una broma, ¿no?

Sonrió de soslayo.

—No, solo necesito adquirir mi forma felina y adiós corderito.

—Dime que al menos no lo cazas tú.

—No me gusta la carne cruda, ni siquiera me gusta el sushi —hizo una mueca—. A mí dame lo que sea, pero muerto y cocinado.

Asintió sin duda de acuerdo con él.

—Es un alivio saberlo.

—¿Se te da bien cocinar? —preguntó al tiempo que trataba de ubicarse y buscaba el posible sendero que llevase hasta la laguna; el que habían transitado ellos para llegar hasta aquí no había tenido ninguna tienda en el camino.

—No se me da mal, aunque nunca tendré la habilidad en la cocina que posee Zeynep —comentó con un ligero encogimiento de hombros—. Ella heredó la mano de nuestra madre.

—Sé que el *sheikh* perdió su esposa hace ya bastantes años, debías de ser una niña pequeña por aquel entonces —recordó y añadió—. Lamento que hayas tenido que crecer sin ella.

—Ella me enseñó a cantar o eso es lo que dice Lyss, yo apenas la recuerdo —aceptó con una seguridad y aceptación de alguien que no había conocido a uno de sus progenitores—. En muchos aspectos, la mayor de mis hermanas es la que ha ejercido de madre para mí.

—En ese caso tendré que darle las gracias —asintió mirándola—, ha cuidado de ti hasta que pude encontrarte.

Sus mejillas volvieron a sonrojarse.

—¿Siempre tienes las palabras adecuadas para seducir?

Se rió, no pudo evitarlo.

—Si se lo preguntas a alguno de mis hermanos te dirán que soy una nulidad en la cocina y en el arte de la seducción —declaró convencido—. Amina se empeñó en que Kaliq, Sharif y yo hiciésemos un curso de cocina tradicional y otro internacional y creo que yo hubiese utilizado mejor ese tiempo si me hubiese enviado a un campamento de verano. Fue una pérdida de tiempo total, conozco todos los pasos, pero ponme una receta delante y no soy capaz de hacer que salga algo comestible.

La sincera risa que brotó de su garganta hizo que se le entibiase el corazón, su rostro cambiaba completamente cuando reía, emanaba felicidad y se veía realmente lo joven que era en realidad.

—Lo siento... es solo... que te he imaginado mirando un libro de cocina y... —declaró entre risitas—. Lo siento, no pretendía burlarme, es solo...

—Está bien, está bien, más de lo que se han reído mis hermanos no puede reírse nadie —correspondió a su sonrisa—. Y en cuanto a la seducción... Según Shar soy demasiado honesto, demasiado educado, un poco tímido y...

—¿Tímido? ¿Tú? —Se lo quedó mirando y sonrió—. Te estás burlando de mí.

—Lo dicen ellos, no lo digo yo —aseguró y la guió hacia el sendero—.

Supongo que el preferir pasar el tiempo metido entre libros polvorientos y horas en la biblioteca, les ha dado una impresión equivocada sobre mi personalidad.

—Sí, se les escapó que te gusta mirar a la gente bañarse...

Puso los ojos en blanco.

—¿Nunca me vas a perdonar eso?

Su respuesta fue dedicarle una soslayada mirada y seguir caminando.

—Malik me dijo que tú también habías estado presente la mañana del atentado —mencionó, retomando el comentario que había querido hacer en el momento en que lo interrumpió la llamada de su hermano.

Su respuesta corporal fue inmediata, al igual que la emocional, se tensó, algo se movió en su interior, pero no se detuvo.

—Sí, esa mañana estuve en el campamento —contestó en tono frío, casi monótono—, quería ver las ruinas, había algo que me llamaba a ello y... bueno, entonces todo estalló.

—¿Saliste herida?

Sacudió la cabeza haciendo volar su pelo.

—No, ella me protegió... ojalá hubiese protegido también a todas las personas que perdieron la vida ese día —murmuró en apenas un hilo de voz—. Fue la primera vez que sentí su presencia de forma tangible, que no era solo su melodía la que escuchaba, sino a ella... a la *Señora del Desierto*.

Tarek envió una plegaria de agradecimiento a la madre de su raza por proteger a la mujer que estaba destinada a ser su compañera, instintivamente, sabía que habría sido ella. Podía entender cómo se sentía su compañera porque él mismo se había sentido de esa manera, si hubiese sentido antes que algo iba mal, podría haber salvado más vidas de las que se salvaron esa noche.

—Me refugié en las ruinas, intenté que la gente que estaba cerca de

ellas, aquellas personas a las que me encontré en el camino, se refugiasen también, de alguna manera sentía que era el lugar más seguro...

—Y lo fue, toda la gente que se resguardó en esa área sobrevivió para ver un nuevo día —le aseguró, haciéndola ver el bien que había hecho—. No te hagas responsable de las vidas a las que no podías ayudar, de aquello que no habrías podido hacer, lo único que conseguirás es que la culpa te carcoma por dentro y ese maldito día nunca se vaya por completo.

Levantó la cabeza y se encontró con su mirada.

—¿Por eso saliste tras los responsables? ¿Fue eso lo que te llevó a colaborar con Malik y el resto de los hombres?

Por primera vez dejó que las palabras de alguien que no fuesen las suyas propias penetrasen en su mente, lo vio desde el punto de vista de otra persona y asintió.

—Esos asesinos atentaron contra mi pueblo, contra mi familia, usaron nuestro nombre como justificación para cometer tanto ese asalto como los otros tres golpes perpetrados contra las principales familias de Bahir —resumió con ira y dolor—, sus manos estaban manchadas con la sangre de inocentes. No eran solo un puñado de terroristas, no eran solo mercenarios, nuestros hermanos estaban también entre ellos y estaban dispuestos a seguir los delirios de un demente que interpretó un pedazo de nuestro pasado a su conveniencia con el único propósito de obtener poder. Las vidas que fueron sesgadas merecían poder descansar en paz sabiendo que aquellos que se las habían arrebatado, no volverían a perpetrar un crimen semejante contra su pueblo.

Ladeó la cabeza y la miró a los ojos.

—He matado, Danika, he desgarrado, mordido y destrozado a esos hombres y volvería a hacerlo si mi familia o mi gente se viese de nuevo amenazada —declaró con brutal sinceridad—. Es la ley de los *tygrain* y es lo

que soy.

Se lo quedó mirando unos momentos, entonces asintió y notó su mano más pequeña cogiendo la suya por propia iniciativa.

—Ha sido justicia, Tarek, lo que tú y otros miembros de las tribus habéis hecho, ha sido justicia —le apretó la mano—. Recuérdalo siempre, porque es lo que nosotros recordaremos.

Correspondió a su pequeño gesto de apoyo y le devolvió el apretón antes de soltar su mano, la *jaima* asomaba ya entre las palmeras, con sus colores rojos y negros dándoles la bienvenida.

—De acuerdo, compañera, veamos si podemos encontrar algo con lo que poder hacer algo parecido a una comida.

CAPÍTULO 19

Tarek agradeció a los cielos que la tienda que había levantado su hermano en las inmediaciones de la biblioteca tuviese más aspecto de refugio que de nidito de amor. Las paredes interiores, así como el techo, habían sido levantadas con estuco, el suelo estaba cubierto de distintas alfombras y tras una primera inspección comprobó que no había entrado ningún intruso que pudiese hacer de las suyas; no era extraño encontrarse algún escorpión en ese clima árido y caliente.

Más allá de unos pocos muebles y una gran cantidad de almohadones, la tienda contaba con una plataforma con el típico colchón de lana y un par de esperillas con sus respectivos sacos de dormir. Era funcional y un poco espartana, el lugar adecuado para pasar un par de noches en caso de necesidad.

Rebuscó en un pequeño arcón de madera que recordaba haber visto en palacio y extrajo un par de mudas para ambos, de la tosca estantería de tres baldas que alguien había construido estando borracho, pues aquello no había manera de verlo derecho, cogió unas latas, unos tacos de queso, algo de carne curada y unos paquetes de galletas saladas que dispuso sobre una mesa baja.

El agua era un bien escaso en el desierto y, cualquiera con dos dedos de frente que se internara en él o tuviese pensado pasar algún tiempo en sus

entrañas procuraba tener siempre una fuente de agua cercana. En su caso, el manantial que alimentaba la laguna y serpenteaba por el oasis, les daba lo que necesitaban. Le hubiese gustado decir que se habían topado con él por casualidad, pero la realidad se estaba volviendo cada vez más y más extraña en ese lugar.

—No es una comida demasiado elegante, pero servirá para matar el hambre —comentó mientras dejaba un racimo de dátiles maduros que había conseguido de una de las palmeras del oasis y se sentaba con las piernas cruzadas a la mesa—. ¿Qué tal están las galletas?

—Pues teniendo en cuenta que tengo hambre, están muy buenas.

Sonrió ante su abierta sinceridad, arrancó un par de dátiles y se los dejó delante.

—Pruébalos, están maduros —la invitó a ello y se llevó uno él mismo a la boca, mordiéndolo con placer.

—Somos uno de los mayores exportadores de dátiles de oriente medio, no he probado otros que tengan ese dulzor y la carne tan tierna como los que se cosechan en Bahir —comentó ella cogiendo una de las pequeñas frutas y pegarle a continuación un mordisco con el que acabó gimiendo de placer.

La reacción de su cuerpo fue inmediata e involuntaria, se le hizo la boca agua y no precisamente por la fruta, sino por la mujer que la saboreaba con los ojos cerrados. Se removió inquieto, tiró disimuladamente de los holgados pantalones y gruñó como un felino.

—¿Te importaría no hacer eso?

—¿Hacer el qué? —preguntó abriendo los ojos y agitando esas oscuras y largas pestañas con total desconcierto—. ¿Qué hice?

Sacudió la cabeza, se reacomodó y se llevó un pedazo de queso a la boca.

—¿Qué tal tienes la cadera? —Sabía por la manera en que estaba

sentada, que le molestaba, si bien no la había visto cojear tanto como antes—. ¿Sigue doliéndote?

—Siento un ligero entumecimiento, pero ya no me duele tanto como antes —admitió llevándose la mano al lugar lastimado—. Parece que el agua fría de la laguna me vino bien. ¿Y tú?

Su respuesta fue levantarse la camisa y mirar el hematoma que se había formado, este parecía haber perdido también parte de su color y ya no le dolía tanto como antes.

—A juzgar por su aspecto, creo que el agua también le ha venido bien.

—Oh dios...

Levantó la cabeza al escuchar su jadeo y la encontró con la mirada fija en su herida y una expresión de dolorosa preocupación.

—Está bien, Danika, es menos grave de lo que parece, no me he roto nada —la tranquilizó bajando de nuevo la ropa—. La palmera ganó la partida, eso es todo.

Sin decir una sola palabra, se levantó y rodeó la pequeña mesa para dejarse caer de rodillas después a su lado. Hizo ademán de tocarle, pero se detuvo y volvió a mirarle.

—¿Puedo?

Apartó el brazo y asintió. Su aroma lo envolvió al momento y la suave caricia de sus dedos examinando el hematoma le produjo tal placer que no pudo evitar ronronear.

—¿Estás ronroneando?

Bajó la mirada sobre la suya y le dedicó una renuente sonrisa.

—Lo siento, es algo... involuntario.

—A veces olvido lo que eres en realidad y cuando lo recuerdo, cuando soy consciente de lo que he visto con mis propios ojos, me parece estar viviendo un sueño —comentó con suavidad—. Conocer tu raza, saber de su

existencia es algo que siempre ha estado presente en mi familia, pero verlo con mis propios ojos... es algo totalmente distinto.

—Lo estás manejando bien —deslizó la mano hacia la de ella y le cubrió los dedos con los suyos—. No todos los días una hembra humana pasa por lo que has pasado tú, no he podido ser... sutil dadas las circunstancias.

Ella bajó la mirada a sus dedos.

—No te di las gracias por... traerme hasta aquí —añadió y la levantó de nuevo—. Aunque, preferiría no tener que volver a vivir... una experiencia semejante.

—Créeme, para mí una tormenta de arena ha sido suficiente.

—Yo me refería a... pero sí, desde luego, eso también.

Le apretó los dedos y se inclinó sobre ella, acercándose a su boca.

—Eres la primera persona, humana o de mi raza, a la que le permito subirse a mi espalda en forma felina —confesó con un susurro—. Ha sido una experiencia tan extraña como excitante, me gustó sentirte tan cerca de mí.

—A mí me aterró —replicó encontrándose con sus ojos y bajando luego a su boca—, me aterró el hecho de sentirme segura cerca de ti.

Subió la mano para acariciarle la mejilla con los nudillos, maravillándose una vez más de la suavidad de su piel.

—No me tengas miedo, Danika, soy tu otra mitad —susurró sobre sus labios—, soy tu compañero y tú eres la única mujer que tiene la habilidad para domar a mi bestia.

—¿Esto va a ser siempre así? ¿Entre nosotros? —suspiró ella calentándole el rostro con su aliento.

—Somos dos partes de un todo, siempre nos necesitaremos, nos desearemos y formaremos una parte del otro —contestó a punto de rozar sus labios—. Siempre te querré, porque fuiste hecha para mí.

La besó y ella correspondió a su beso con la misma necesidad y hambre

de la que acababa de hablarle. Disfrutó de su sabor, del roce de sus lenguas y el calor húmedo de su boca, respiró de ella y hundió los dedos en su pelo, atrayéndola hacia él, necesitando calmar el anhelo que lo recorría cada vez que estaban juntos.

Su tigre levantó las orejas y ronroneó con sumo placer, él estaba más que conforme con que la reclamase y la hiciese suya, con que los uniese de una buena vez, pero su mente humana y racional tiró de nuevo de las riendas. Le había prometido que ella lo desearía tanto como él, que la conquistaría y cumpliría su promesa. Se separó a regañadientes, el suave gemido de protesta que escapó de los labios femeninos fue como una condena pues quería volver a poseerlos.

—¿Por qué...? —Le tapó los labios con dos dedos, impidiéndole terminar.

—Te dije que me ganaría tu corazón —trasladó los dedos de sus labios a su pelo, remetiéndoselo detrás de la oreja—, cuando te reclame, quiero que seas completamente mía, que comprendas que te deseo como mi mujer, como mi compañera y mi futura esposa. Esto no es un juego para mí, no eres una más en mi vida, eres la definitiva.

Resbaló la mano por su cuello, masajeándose con los dedos y depositó un beso en su frente.

—Termina de comer, los dos hemos tenido una mañana un tanto... intensa, nos vendrá bien reponer fuerzas y descansar antes de volver a la biblioteca y averiguar por qué estamos aquí.

Se levantó, cogió un par de dátiles más y se llevó uno a la boca, lamentablemente ya no le sabía tan dulce como antes, pues ahora tenía el sabor de su compañera en la lengua y era la cosa más dulce que hubiese probado jamás.

CAPÍTULO 20

Tarek era la clase de hombre de la que cualquier mujer terminaría enamorándose y cayendo rendida a sus pies. El más joven de los príncipes de Bahir se estaba presentando ante ella cómo alguien a quién podría llamar amigo, alguien cuya presencia despertaba en ella emociones y sensaciones que no había experimentado, no con tanta intensidad, su otra naturaleza la aterraba, sí, pero también la hacía sentirse única y poderosa, había tenido un tigre al alcance de la mano y él se había comportado como un gato juguetón más que como la peligrosa bestia que era en realidad.

Era un hombre noble, de fuertes convicciones, alguien que no había dudado un momento en hacer aquello que debía hacer para proteger a los suyos. Había visto en sus ojos la culpa que pesaba en su alma por verse obligado a arrebatarse una vida, aún si esta no mereciese formar parte de este mundo, había visto cómo sonreía y mostraba su orgullo al hablar de su familia, en especial de sus hermanos. Y también había visto ese lado travieso, esa picaresca que lo hacía incluso más sexy e irresistible de lo que ya lo era.

El príncipe *tygrain* era alguien de quién ella podría enamorarse fácilmente, sobre todo porque ya lo había amado en otra vida.

El episodio que había vivido en la laguna todavía la estremecía, los recuerdos seguían dando vueltas en su mente como si se tratase de una vieja

película de la que intentaba recordar todo el argumento. Cada segundo vivido, cada emoción recordada la acercaba más a él, hacían que deseara abandonar esa tienda y pedirle que volviese a ella y la abrazase una vez más, que la besase hasta dejarla sin aliento y terminase lo que había empezado.

Pero su parte racional, aquella que intentaba surfear los recuerdos, recordándose a sí misma que esta era su realidad, que era a esta vida a la que tenía que aferrarse y seguir adelante, hacía que tuviese miedo de entregarse a él, de descubrir que lo que sentía en el pecho desde el momento en que sus miradas se habían cruzado en el desierto podía ser todo lo que necesitaba para dejar atrás el vacío que siempre había tenido en el pecho. Danika tenía miedo de amarle, de aceptar que podía enamorarse de un hombre al que hacía menos de cuarenta y ocho horas que conocía.

Estaba inmersa en una contienda entre un pasado que no había vivido y un presente que se resistía a vivir y en ese campo de batalla las heridas sufridas podían no ser capaces de sanar jamás.

—¿Quién soy en realidad?

Esa era una pregunta para la que llevaba toda su vida buscando respuestas y ahora, aquí y en este lugar, podía ser la única oportunidad que tenía de obtenerlas.

Se levantó como un resorte, corrió hacia la puerta de la tienda, hizo a un lado la solapa de tela y salió al exterior. El brillo del sol y el calor del mediodía la azotaron sin piedad, recuperó la *pashmina* de su cuello y se cubrió la cabeza con ella para finalmente buscar al príncipe.

—¿Tarek?

Pronunciar su nombre empezaba a convertirse en algo sencillo, el verlo como algo más que un miembro de la familia real del país ayudaba. No obtuvo respuesta ni siquiera cuando rodeó la tienda y repitió su nombre un par de veces más.

—¿Dónde...?

«¿Qué ocurre, Danika?».

Su voz se filtró en su mente con suavidad, como si acabase de susurrarle al oído.

«¿Dónde estás?».

«Voy de camino a la laguna, ¿qué ocurre?».

Podía sentir su calma y cómo esta se filtraba hacia ella, envolviéndola y aliviando el rápido latido de su corazón.

«Nada. No importa. Puede esperar».

«¿Estás segura?».

«Sí, no te preocupes». Asintió a pesar de que él no la veía.

«Puedes venir y hacerme compañía si lo deseas». *La risa estaba presente en su voz, cómo si sospechase que acababa de hacer un mohín al responderle.*

«No tengo el menor interés en ver tu culo desnudo, gracias».

Una sonora carcajada arrasó su mente con tal intensidad que se encogió.

«Estaré explorando los alrededores de la laguna. Si me necesitas, llámame e iré a ti».

Dicho eso, su presencia se desvaneció por completo, atrás solo quedaba el eco de haber estado allí, cerca de ella.

—Sin duda esto es mejor que una conversación telefónica —admitió para sí, recordando el comentario que había hecho él horas antes.

Se quedó mirando los alrededores durante unos segundos, el calor hacía que tuviese ganas de volver a meterse en la tienda, quitarse todas y cada una de las capas de ropa que todavía llevaba puestas y cambiarse por los shorts y la camiseta que Tarek había rescatado del arcón. La idea de echarse una larga siesta durante las horas más cálidas del día era realmente tentadora, pero sabía que si lo hacía pasaría el tiempo dando vueltas y vueltas.

Levantó el rostro hacia el cielo y entrecerró los ojos, acto seguido se agachó y enterró los dedos en la arena del suelo.

—Ven a mí.

Con los ojos cerrados, dejó que todos los sonidos que la envolvían se apagasen, se concentró en su respiración y en escuchar la voz del desierto, ese murmullo que pronto se convertiría en melodía una a la que ella sabía ponerle letra.

La tierra respondió a su llamado, la brisa la envolvió con miles de pequeños cristales de sílice y le murmuró al oído con el mimo de una madre.

«Hija del desierto».

La voz penetró en sus oídos como un susurro traído por el viento, se sintió arropada por ella, incluso protegida y, por primera vez hizo algo más que escucharla, le respondió de la única manera en que ambas se habían entendido a lo largo de su corta vida; cantando.

Su voz empezó con un suave susurro, una oración recitada para aquellos que ya no estaban en este mundo para oírla y fue subiendo de tono hasta que todo el oasis respondió a su llamado.

«¿Qué es lo que deseas, hija del desierto?».

La voz cambió, no era la misma que solía escuchar y, al mismo tiempo, tenía algo tan similar que podían ser perfectamente dos partes de un todo.

«Deseo saber quién soy».

«Eres hija del desierto». La respuesta fue tajante.

«Pero también soy algo más».

Su voz empezó a alternar entre agudos y susurros, subía y bajaba como las olas del mar y el viento acariciando cada una de las dunas del desierto.

«Eres lo que debes ser, lo que siempre debiste ser y lo que ahora eres».

«Por favor, dime quién soy».

«Sabes quién eres, hija del desierto, recuerda tu pasado y encontrarás».

en él tu futuro».

Los últimos versos de la canción brotaron de su garganta e hicieron eco en la enorme fachada de la biblioteca ante la que ahora se encontraba. La arena formaba remolinos a su alrededor, envolviéndola como si estuviese en el ojo de un huracán y respondió a su mandato en el mismo instante en que extendió los brazos haciendo que esta se dispersase por completo.

—Recuerda quién eres —murmuró para sí antes de caminar hacia las enormes puertas de piedra—. Ayúdame, dime lo que fui y muéstrame lo que soy.

Sus dedos acariciaron la superficie rocosa apenas unos segundos y el suelo bajo sus pies tembló y las descomunales losas de piedra empezaron a abrirse para ella.

CAPÍTULO 21

Tarek sonrió después de dedicarle unas últimas palabras a su compañera, Danika no se hacía una idea de lo feliz que acababa de hacerlo al buscarle voluntariamente a través de su vínculo. Era sorprendente lo fuerte que se volvía este cuando ni siquiera la había reclamado, por lo que sabía, el vínculo se afianzaba y se hacía solido después de que un *tygrain* reclamase a su compañera, su unión se volvía entonces mucho más intensa, el estar uno junto al otro se hacía prácticamente una necesidad y tal intensidad no iba desvaneciéndose sino con el paso del tiempo.

Él ya deseaba a esa pequeña hembra con locura, estaba convencido de que su felino terminaría por declararse en huelga si no hacía algo al respecto y pronto. Su aroma era suficiente para hacerle salivar, el tocarla era como acariciar el mismísimo cielo y solo podía fantasear con lo que sería tenerla finalmente para él y deleitarse con toda esa piel besada por el sol.

Contempló la laguna frente a él y suspiró, el sol ya había llegado a su zenit y se encargaba de hacérselo saber a todo aquel que se encontraba bajo él. Deambuló por la orilla y sintió una vez más esa sensación de *déjà vu*, como si cada paso que diese fuese una réplica de otros que hubiese dado tiempo atrás. El murmullo del agua, los trinos de las aves, incluso la aparición de las lagartijas sobre las piedras disfrutando del calor eran un cuadro que ya había

sido pintado antes en su mente.

Recorrió cada centímetro del lugar hasta detenerse en el punto exacto en el que había estado en aquella visión, agudizó sus sentidos y dejó que estos lo guiasen a partir de ahora. Deslizó las manos por las piedras, se sentó durante unos momentos, volvió a levantarse y continuó hasta la pared en la que a duras penas se distinguía una pequeña abertura. Olfateó el aire y arrugó la nariz al detectar un viejo olor que recordaba de forma muy lejana, casi irreal.

—Mi tinta...

Las palabras emergieron de su boca con una seguridad nacida de los recuerdos, introdujo la mano en el hueco y sus dedos acariciaron un bulto de algún tipo. Manióbró como pudo hasta que extrajo el hallazgo, un paquete envuelto en una vieja y curtida piel atada por una especie de cordel que prácticamente se rompió al tacto.

Volvió sobre sus pasos hasta el área sombría que le concedían las palmeras, cayó de rodillas y empezó a deshacer el envoltorio con una ansiedad de la que nunca solía hacer gala. Cuando la última de las varias piezas de distintos cueros y telas cayó a un lado, se encontró con lo que parecía un viejo set de tinta, pincel y un atado de páginas amarillentas en las que destacaba una gastada caligrafía en tinta negra.

Tarek sintió que el aire se le escapaba de los pulmones, reconocía esos objetos cómo también la caligrafía, cada una de las delicadas páginas que ahora veían la luz habían sido escritas hacía demasiado tiempo como para recordarlo, pues se trataba de otra vida y de un *tygrain* muy distinto y al mismo tiempo con ciertas similitudes al que ahora las contemplaban.

Algo cambió en el aire, el suelo bajo sus pies vibró a un ritmo extraño, casi como si se hiciese eco de una melodía, la misma que traía la reciente brisa que se había levantado a su alrededor y que venía matizada por el sabor del desierto y el de su propia compañera.

«Recuerda tu pasado, hijo de mis hijos, y encuentra en él tu futuro».

La voz resonó en su mente mientras todo a su alrededor se desdibujaba y el eco del pasado ocupaba el lugar del presente, pero ahora la reconocía, sabía que la había escuchado antes y que lo protegería sin importar el lugar o el tiempo en el que su alma viviese.

«Detened la ceremonia ahora mismo».

Ella estaba allí frente a él, vestida con una sencilla túnica verde con bordados blancos, el pelo negro le caía en suaves ondas sobre un hombro apenas cubierto por el pañuelo y esos adornos típicamente femeninos que tintineaban con cada movimiento de la cabeza. Sus ojos pintados de kohl parecían más pálidos que nunca, en ellos brillaba el miedo, la sorpresa y también la esperanza.

«Alteza, no podéis intervenir, la ceremonia...».

Se giró hacia la voz que había osado contrariarle, lo reconoció como uno de los escribas de la biblioteca, aquel que se encargaba de elegir a la próxima sucesora para guardar la biblioteca y sus secretos.

«Khaled».

La voz fuerte, poderosa y que le era tan amada resonó a su espalda, notó peso de su mano sobre el hombro y supo que iba a decepcionarle, pero no podía perderla, no a ella.

«Perdonadme, padre, os quiero, pero ella es la otra mitad de mi alma».

Avanzó entre los presentes reunidos en la sala ceremonial, los mosaicos cubrían el suelo y se elevaban hasta el techo formando un intrincado patrón de colores, la cúpula redonda que se elevaba sobre sus cabezas era una réplica del cielo estrellado, aquel que tantas veces lo había guiado a través del desierto, el mismo que lo había guiado hasta ella.

Quedaron frente a frente, los ojos claros de un cielo cubierto de nubes grises lo miraron con incipientes lágrimas.

«No lo hagas, no vayas en contra del destino, no condenes tu alma por alguien como yo».

Arrancó sin piedad los adornos, entre los que reconoció el peine de nácar que él le había regalado, así como el velo lanzándolos al suelo y le sostuvo la mirada.

«Mi alma se condenó en el momento en que supo que la guardiana de las escrituras era su otra mitad, no hay redención posible para mí, pero no dejaré que condenes la tuya a pasar el resto de tu vida oculta y encerrada entre estas cuatro paredes».

Cogió su mano tatuada y la enlazó en la suya, entonces se giró hacia el Señor del Desierto, su padre, quién se mantenía impertérrito allí dónde lo había sentido al llegar.

«Si ella ha nacido para ser la guardiana de las escrituras, yo lo hice para ser su escriba». Sus palabras levantaron un revuelo entre los presentes.

«Príncipe Khaled, vos sois el heredero de nuestro señor, sobre vuestros hombros recae la gracia del Dios del Desierto y su consorte, no podéis...».

«Eres el primero de una nueva estirpe, serás el padre de toda una nueva raza y tus hijos te necesitarán ahora y en los tiempos venideros, ¿estás dispuesto a abandonarlos a todos por una hembra, hijo mío?».

Levantó la cabeza y apretó más la mano de la mujer que intentaba soltarse de él.

«Mi hermana es tan valiosa como lo soy yo, padre, ella también será la madre de una nueva raza, sus hijos la necesitarán ahora y en tiempos venideros, ella será amada y la amarán». Declaró con firme convicción, entonces se volvió hacia su compañera. «Badra no tiene a nadie más que a mí y yo no soy nada sin ella, hemos nacido como dos mitades separadas destinadas a encontrarse un día. No quiero vivir si no es con ella, no moriré si no es a su lado y nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos sufrirán

nuestra misma maldición. Porque, ¿qué es un solo individuo si no tiene otra mitad en la que descansar la cabeza, en la que dejar su corazón y confiar el cuidado de su alma?».

«Khaled, te lo ruego...». Insistió ella con las lágrimas manchándole ahora de negro las mejillas. «No puedo verte sufrir y sé que no estarás completo si no es junto a los tuyos. No entregues la vida y el futuro por mí».

«Tú eres mi vida y mi futuro, no te entregaré».

«Alteza, no podéis... no está escrito... esto no es...».

«Has encontrado la mitad que completará a cada tygrain». La voz de su padre resonó por encima de todas las demás. «Tus palabras reflejarán lo que cada uno de tus descendientes sentirán, será una búsqueda eterna, una que los condenará a estar incompletos hasta que encuentren aquella que sostenga su corazón y cuide de su alma. Eres el escriba de la Maktabat Alsahra y tu compañera guardará tus escritos hasta el día en que tus descendientes necesiten recordar el pasado y el lugar de dónde proceden. Estas paredes serán vuestra morada, el oasis vuestro solaz y el desierto el océano que os separe de la eternidad. Vivid en armonía, hijo mío y cuidad de vuestras respectivas almas hasta el fin de los tiempos».

Su decisión había sellado el destino de su raza, de las vidas venideras, pero ningún tygrain podía renunciar a la otra mitad de su alma, él lo sabía bien y se encargaría de hacérselo saber a cada uno de sus hijos en los tiempos futuros.

Tarek se vio arrancado de aquella visión, de un fragmento de su pasado con tal fuerza que se sintió desorientado durante unos momentos. Miró a su alrededor y comprobó que estaba frente a la laguna, los escritos permanecían entre sus manos, tan solo algunos de los que había manuscrito durante su vida en ese mismo lugar. Este había sido su hogar, junto a Badra, junto a los hijos que habían tenido antes de que estos decidiesen cruzar el desierto y

establecerse por su cuenta, aquí había nacido una de las ramas de la raza tygrain, su hermana melliza, Zahira, había dado a luz a la otra con su propio compañero, ambos se habían sentido completos y plenos al final de su vida porque su legado prosperaría y él era el encargado de que las generaciones futuras así lo supiesen y recordasen sus raíces.

El suelo volvió a temblar bajo sus pies y su alma, la cual había vivido ya cientos de vidas, reconoció aquella señal; la biblioteca se abría para su señora.

—Danika.

Se levantó como un resorte, dejó su hallazgo a un lado y con un solo pensamiento cambió a su naturaleza felina antes de arrancar en una desesperada carrera en busca de su mujer.

CAPÍTULO 22

Nada más traspasar las puertas, Danika supo que había llegado a casa. El olor a tinta y viejos pergaminos llegó desde el pasado para arrancarla de su presente, voces lejanas le acariciaron los oídos a medida que avanzaba a través de un largo y ancho corredor que comunicaba con la sala principal, aquella en la que había nacido como guardiana y a la que ahora volvía libre de las ataduras a las que el destino la había condenado.

Caminó con seguridad a través del largo corredor cuyas paredes habían perdido parte de los mosaicos que una vez las habían cubierto, los altos techos de piedra contribuían a amplificar el sonido de sus pasos mientras continuaba hacia delante, dejando tras de sí los recuerdos de pasadizos ocultos que conducían a salas que sabía no se habían vuelto a abrir desde su partida.

Cuando las luces de un moderno sistema eléctrico iluminaron los mosaicos que decoraban la primera de las grandes salas que podían apreciarse a través del arco de la puerta, se detuvo. Sus ojos recorrieron cada recoveco y, cómo un programa de edición de imagen que muestra el estado inicial de un edificio en ruinas superponiéndose al existente, dejó de ver el presente para volver al pasado y a una vida que permanecido en el olvido.

Ella era el Badra, elegida por los sacerdotes que custodiaban la biblioteca para guardar los escritos de la misma, desde que podía recordar,

siendo tan solo una niña, había sabido que llegaría el momento en que atravesaría las grandes losas de piedra y consagraría su vida a ese templo de sabiduría y eternidad. A pesar de haber nacido en el seno de una de las primeras tribus de aquel incipiente país, su posición la había llevado a ser educada con esmero y protegida con celo, en muchos aspectos su vida era tan importante como la de los propios *Señores del Desierto* a los que servía con orgullo y dedicación. Como una de las hijas del desierto, su comunión con el vasto mar de arena era inconmensurable, había aprendido su canción, a comandar las arenas y a predecir las tormentas, sabía cómo encontrar el agua que bullía por debajo del suelo y a menudo había puesto sus dones al servicio de los suyos; las tribus de Bahir.

Sabía que antes o después tendría que dejar atrás todo lo que conocía, todo lo que había sido y abrazar su nuevo camino y la tarea sagrada que le había sido encomendada, se lo habían repetido tantas veces a lo largo de la vida que se había convencido de que no había otra tarea para ella que no fuese esa... sin embargo, nadie la preparó para negarse a amar y rechazar a la única persona que era capaz de ahuyentar la soledad que siempre había sentido en su corazón y en su alma.

Khaled no era alguien que aceptase un no por respuesta, ni siquiera de una sierva, el príncipe *tygrain* poseía una personalidad carismática y un don único para hacer que todo el mundo siguiese sus órdenes, aceptase sus peticiones y le quisiera por el buen hombre que era. No había una sola persona en el reino que no fuese encandilado por los príncipes y ella, que se había criado cerca de sus altezas, comprendió demasiado tarde la peligrosidad de estar cerca de él.

La casualidad hizo un juego de sus encuentros, las conversaciones empezaron a ganar peso y se encontró escuchando al joven monarca y sus proyectos de futuro para el reino, la soledad se mitigaba absolutamente cuando

estaba cerca de él y se convertía en un abismo mucho mayor cuando debía dejarle, algo que descubriría no la afectaba solo a ella.

Fue inevitable que se involucrasen más allá de lo debidamente correcto, cuanto más luchaban por mantenerse separados, sobre todo ella, más anhelaban volver a estar juntos. Él no comprendía que tuviese que dejarla, se negaba a permitir que fuese consagrada como era su deber y el día en que debía haber sido nombrada oficialmente como la guardiana de los escritos, se plantó en esa misma sala y dejó claro ante todo el que quisiera escuchar que sus vidas eran una y la serían eternamente.

—Mi Khaled... —musitó su nombre sintiendo en su alma el dolor y el amor que había sentido por él, por el hombre que se había convertido en el escriba de la biblioteca, su esposo y el padre de sus hijos.

Ella había vivido toda su vida desde entonces en este lugar, esta había sido su casa, el oasis su mundo y el desierto el inmenso mar que la separaría eternamente de la tribu a la que había pertenecido y a la que sus hijos volverían para seguir sus propias vidas lejos de su lugar de nacimiento.

«Has encontrado la mitad que completará a cada tygrain». Recordó las palabras exactas que había pronunciado el Señor de Bahir sellando los destinos de ambos. *«Tus palabras reflejarán lo que cada uno de tus descendientes sentirán, será una búsqueda eterna, una que los condenará a estar incompletos hasta que encuentren aquella que sostenga su corazón y cuide de su alma. Eres el escriba de la Maktabat Alsahra y tu compañera guardará tus escritos hasta el día en que tus descendientes necesiten recordar el pasado y el lugar de dónde proceden. Este lugar será vuestra morada, el oasis vuestro solaz y el desierto el océano que os separe de la eternidad. Vivid en armonía y cuidad de vuestras respectivas almas hasta el fin de los tiempos».*

Su profecía se había cumplido, comprendió abriendo los ojos a su

presente, a quién era ahora, sintiéndose por primera vez completa. Ahora entendía la conexión que siempre había tenido con el desierto, de dónde había nacido aquella canción nacida de su alma y el motivo de que hubiese echado tanto de menos su hogar mientras estaba estudiando fuera.

—Mi hogar siempre ha sido el desierto —murmuró para sí. De muchas maneras distintas, él le había dado todo y ahora volvía a hacerlo.

Se giró para mirar de nuevo a su alrededor y sintió de nuevo esa sensación de *déjà vu*, la suave luz de los focos estaba diseñada para no dañar los mosaicos, pero más que realzar su belleza, parecían potenciar el aspecto antiguo que ahora tenían. Observó con detenimiento cada patrón en un intento por completar el cuadro en su mente y se permitió el lujo de deslizar las yemas de los dedos sobre las pequeñas piedras de color.

Les dio la espalda y se fijó ahora en una mesa de trabajo que había pasado por alto al otro lado de la sala, caminó hacia ella y se encontró con algunos utensilios propios de los restauradores. Allí también había dibujos hechos a manos de los mosaicos en todo su esplendor, tal y cómo habían estado una vez. Se acercó más para ver bien la caligrafía que había sobre uno de ellos y creyó saber a quién pertenecía, la había visto en infinidad de cuadernos, en el papel que todavía no se había terminado de secar mientras él plasmaba cada pedazo de historia que recordaba. Ese había sido su legado, uno que se guardaba en esa biblioteca y que ya era hora de que viese la luz.

Se dejó guiar por los recuerdos sintiéndose extraña mientras caminaba por unos pasadizos que no habían sido pisados en más de un milenio, sabiendo que era la primera que los transitaba desde entonces y maravillándose al mismo tiempo con sus hallazgos y con la extrañeza de conocerlos. La luz de los focos de la sala principal había quedado atrás, así que tuvo que conformarse con un candil eléctrico que había sobre la mesa.

Dejó que sus dedos fueran reconociendo las paredes y despertando

nuevos recuerdos, las risas llegaron a sus oídos como ecos fantasmales, escuchó voces, sonidos de pies correteando, de patas golpeando el suelo e incluso un sutil ronroneo con el que no pudo evitar se le curvasen los labios. Eran sonidos conocidos, ecos del pasado que habían quedado grabados en ese lugar y que despertaban a su paso rememorando una vida perdida en el paso del tiempo.

El haz de luz que proyectaba el candil dio finalmente con una pesada puerta de madera labrada y supo que había encontrado lo que estaba buscando.

—Nuestro pasado se encuentra detrás de esa puerta, ¿verdad?

Sorprendida por la inesperada voz a su espalda pegó tal salto que el candil terminó rodando por el suelo hasta los pies del recién llegado. Danika se llevó las manos al pecho y lo miró con el corazón latiéndole a toda velocidad por el susto que acababa de darle.

—Por el amor de dios, Tarek, ponte un cascabel al cuello o algo —jadeó llevándose la mano al pecho mientras él recogía el candil—, acabas de quitarme unos cuantos años de vida.

—Perdona, pero después de haber pasado los últimos minutos intentando contactar contigo sin éxito, estaba un poquito ansioso por saber en qué te habías metido ahora —replicó con un bajo gruñido felino—. Y mira por dónde, vengo a encontrarte delante de mi... taller...

Sus ojos se encontraron y él le sostuvo la mirada.

—¿Lo recuerdas?

Asintió lentamente y levantó la cabeza para posar la mirada sobre la puerta una vez más.

—Sí, compañera, recuerdo este lugar —volvió a mirarla ahora a ella—, y quienes fuimos entonces.

Correspondió a su afirmación con otro asentimiento, pues no sabía qué otra cosa hacer o decir.

—Ya es hora de que nuestro pueblo conozca toda la historia sobre los *tygrain* y sus descendientes —concluyó él señalando la puerta—. Adelante, mi guardiana, haz los honores.

CAPÍTULO 23

Tarek sintió el peso del pasado al traspasar el umbral de aquella pequeña y oscura habitación. Levantó el candil que había cogido de las manos de su compañera e iluminó el interior. Su vista nocturna era excelente, pero había cosas que merecían la pena verlas bajo una nueva luz, sobre todo cuando estas no habían sido contempladas en más vidas de las que podía llegar a comprender.

El polvo, unido a los aromas de papel envejecido y de los distintos aceites, le hizo cosquillas en la nariz, no eran olores agradables, pero parecían residir en su mente como un lejano y obnubilado recuerdo. Dos de las cuatro paredes estaban cubiertas por toscas estanterías de madera en la que se veían algunos rollos de papel, cuadernos de lomos acordonados y otros de piel que le recordaron a los diarios que Jasmine había conseguido del puño y letra del nómada Ibrahim, era un misterio el cómo su pueblo había tenido tales utensilios y era capaz de utilizarlos cuando las fechas de datación que daban las pruebas no coincidían con los adelantos que se conocían. A juzgar por lo que estaba mirando, su estirpe había tenido ciertos conocimientos que no

transmitieron a nadie fuera del seno de la familia real.

La tercera pared estaba dominada por una gran mesa de lo que parecía mármol pulido, sobre esta había diversos utensilios de escritura bastante antiguos, pinceles, botes con lo que podrían ser los restos de algunos tintes y distintos montones de papeles, libros y unas tiras de cuentas oscurecidas por el polvo.

Justo frente a esta había un largo banco de madera, tosco, sin adornos, un objeto que trajo de nuevo a su mente una especie de flashback en la que se vio a sí mismo sentado ante esa mesa, concentrado en escribir en una especie de antiguo cuaderno.

Parpadeó un par de veces, saliendo de aquella ensoñación y dejó el candil en una esquina de la mesa, la luz se derramó sobre el pasado que cubría aquella superficie trayéndolo consigo al presente.

—No puedo creer que todo esto siga intacto, es cómo si alguien hubiese echado el cerrojo a la puerta y no se hubiese vuelto a abrir desde hace más de mil años.

Escuchó los suaves pasos de Danika a su espalda, ella se había mantenido en silencio hasta el momento. Sentía su nerviosismo como si fuese el suyo, la emoción contenida, el deseo de decir algo y no ser capaz de encontrar las palabras y esa extraña sensación de *déjà vu* que solo ahora cobraba sentido.

—Recuerdo esta habitación —la escuchó murmurar con voz temblorosa, su respiración se había acelerado y eso lo llevó a mirar por encima del hombro para encontrársela mirando aquí y allá con nerviosa ansiedad—. Es... es cómo si la estuviese viendo a través de un sueño, cómo si pudiese verme a mí misma caminando por este suelo, acariciando la madera de las estanterías... y tú... tú sentado ahí, encorvado sobre la mesa... el aroma de la tinta inundándolo todo... —detuvo su narración, parpadeó un par de veces y lo

miró, viéndole a él no al pasado—, pero al mismo tiempo sé que esa mujer ya no soy yo.

Sus palabras le recordaron algo que le había dicho su hermano cuando compartió con él la experiencia que habían vivido.

«Nuestras almas pueden recordar el pasado, pero no revivirlo, ahora sé quién fui, sé a quién amé y ese conocimiento seguirá estando ahí, pero yo soy quien soy ahora, a quién ame, a quién decida odiar, será algo que elija ahora, no algo que ya haya elegido. He tenido suerte, amé a una mujer en una vida y he vuelto a enamorarme de ella en esta, pero Jasmine es quién es ahora, es a esa recalcitrante hembra a la que amo, no a un recuerdo que ya no está».

—El pasado se ha conservado entre estas cuatro paredes para ser recordado, no para ser revivido —dijo finalmente mirando a su compañera, a la hembra que acababa de cruzarse en su camino, la hija del *sheikh* Sahin, la mujer que era ahora—. Mírame como al hombre que ves ante ti, reconócame como lo que soy y no como lo que fui. Tuvimos suerte de compartir una vida, pero esa quedará aquí, encerrada entre estas cuatro paredes, nuestro presente está ahí fuera y es el que tenemos que vivir.

—Siempre sabes que decir en cada momento, ¿no?

Sonrió pícaro.

—Me he estado reservado esa frase para un momento especial.

El bufido que soltó le provocó una risita.

—Es solo coherencia, Danika —le guiñó el ojo—. Tú y yo todavía tenemos mucho que aprender el uno de otro, pero será un proceso de aprendizaje muy interesante.

—Habla por ti, alteza, habla por ti —replicó y le dio la espalda. Su postura se había relajado, si bien seguía bullendo por dentro, su ansiedad se debía más bien al hallazgo que acababan de descubrir que a las implicaciones

que traía consigo.

Su tranquilidad aplacó definitivamente sus propios nervios y se permitió prestarle atención a lo que había en la mesa, su parte de historiador se moría por ponerle las manos encima a todos esos manuscritos, a los cuadernos y rollos de papel que guardaban aquellas estanterías. La posibilidad de averiguar más cosas sobre su pasado, sobre sus antepasados y el nacimiento de su raza hacía que le hormigueasen los dedos por ponerse a investigar.

Cogió el pincel con el que presumiblemente se habían escrito aquellas páginas abandonadas sobre la lisa superficie, la sensación de tenerlo entre los dedos le resultó tan familiar que fue incapaz de evitar que el pasado se colase una vez más en su mente.

Fue fugaz, solo un momento, pero se vio a sí mismo sentado en esa silla, deslizando la pluma sobre la hoja mientras escribía las palabras que ahora llenaban el antiguo documento cubierto de polvo.

Sopló suavemente, no se atrevía a tocarlo por temor a que se estropease o peor aún, se resquebrajase. El paso del tiempo había vuelto el material demasiado delicado.

—...en el día de hoy, Kala, la primogénita de la princesa Zahira, ha dado a luz a su propio primogénito, una hembra con el pelo negro de su padre y los ojos marrón-dorado de nuestra línea de sangre *tygrain*. La pequeña es la primera hembra *tygrain* que nace en el seno de las tribus nómadas de Bahir, su nombre será...

Su compañera se paró a su lado, se inclinó sobre la mesa, quedando tan cerca que podía leer su aroma y miró el papel con ojos entrecerrados.

—¿La primera hembra *tygrain*? —preguntó con un tono de voz completamente emocionado—. ¿Una niña? ¿Vuestra raza ha contado con hembras?

Ladeó la cabeza y enarcó una ceja, no pudo evitarlo, la pregunta lo había

cogido totalmente desprevenido.

—Los primeros *tygrain* en nacer fueron mellizos, un macho y una hembra... —Lo que solía ser una narración que había hecho más de una vez, tomó ahora un cariz distinto, pues los hermanos de los que hablaba, ya no eran unos completos extraños de los que se hablaban en un viejo manuscrito—. Zahira fue la primera hembra *tygrain*, pero no la última... Si bien mi familia tiene una larga ascendencia de hijos varones, también hubo hembras...

—¿Chicas *tygrain*?

—Hembras *tygrain* —sonrió ante su entusiasmo—. En la comunidad afincada en Virginia a cargo de Dimitri, existen varias hembras, de hecho, Mitia nos comunicó hace un par de meses que su hermano, Mark y su compañera Lexa, acaban de ser padres de su segundo hijo, la primera hembra *tygrain* de la familia Kenway.

A juzgar por la forma en que abrió los ojos como platos intuía que acababa de decirle algo que había desconocido por completo.

—Espera, ¿me estás diciendo que hay otros miembros de tu raza en los Estados Unidos?

—Danika, ¿qué es lo que sabes exactamente de mi pueblo?

El amplio sonrojo que cubrió sus mejillas fue una respuesta bastante elocuente.

—Obviamente mucho menos de lo que creí saber —aceptó con vergonzosa culpabilidad—. Hay cosas que no comprendo, es cómo si las leyendas que he escuchado de niña se hubiesen vuelto ahora una lejana realidad.

Le cogió la mano y se la apretó suavemente, el contacto lo calentó por dentro.

—Toda leyenda nace a partir de una semilla de verdad, mi raza procede de hecho de una vieja historia —admitió—. ¿Conoces la historia del nómada

Ibrahim y su hija?

Sí, la conocía muy bien, se la había contado su padre cuando era pequeña, era una de sus cuentos para dormir favoritos.

—Sí, lo conozco.

—Pues nuestras respectivas familias, digamos que surgen de las raíces de esa historia —resumió—. Verás, desde los tiempos de Ibrahim, las tribus y el pueblo *tygrain* guardaban un vínculo único, uno que se entrecruzaba a lo largo de los siglos dando vida a nuevas generaciones y nuevos emplazamientos alrededor del mundo. Piensa en ello como un gran árbol del que salen varias ramas. Está el tronco, con sus raíces, que sería la Primera Familia de la que nacieron los primeros *tygrain*, de este surgen un montón de ramas y de esas ramas otras y así sucesivamente. Mi familia, los Al-Hanak, descendemos directamente de los hermanos mellizos, de la rama masculina, según creo, que sería quién perpetuaría la sucesión. La rama femenina, crearía una nueva línea que no accedería al trono, pero que sí se vincularía con los pueblos del desierto, en algunas generaciones puede que incluso lo hicieran con los descendientes del propio Ibrahim, como ha sucedido recientemente con mi hermano Sharif y Jasmine o contigo y conmigo... —le explicó y pudo notar por su tono de voz que disfrutaba narrando aquellas historias—. Y supón que en esas tribus, algunos miembros, entre ellos, nuestras respectivas gentes, hubiesen decidido abandonar Bahir y trasladarse... a Omán, a Israel o incluso cruzar el océano y terminar en América del Norte, América del Sur o incluso Canadá dónde se establecieron, tuvieron sus propias familias y así sucesivamente hasta nuestros días.

—Sin duda conoces bien la historia de tu familia y la de Bahir —admitió—, y eres muy buen narrador.

—¿Me estás halagando, compañera?

Ladeó la cabeza y le sostuvo la mirada.

—Solo me limito a constatar un hecho —utilizó la misma respuesta que él le había dado con anterioridad.

Pero la verdad era mucho más complicada, pues no solo era un halago, sino un reconocimiento para sí misma. Si seguía narrando de esa manera, sería capaz de quedarse allí solo para escucharlo.

CAPÍTULO 24

La tarde había caído ya, el cielo se teñía de rosas, añiles y naranjas por encima de las copas de las palmeras, el tiempo parecía marcar otro ritmo dentro del edificio que se levantaba como un silencioso coloso a su espalda. Danika respiró profundamente, agradeciendo un poco de aire fresco frente a la pesada atmósfera de la biblioteca. Tenía la cabeza embotada, las sienes le latían y su cuerpo parecía haber acusado una larga jornada de trabajo a pesar de no haber hecho otra cosa que deambular por aquí y por allá o meter las narices en los manuscritos de aquella pequeña habitación; la tentación que suponía encontrarse dentro de uno de los grandes misterios del mundo era demasiado grande como para resistirse a ella.

El pasado se había apropiado de su alma y de su mente, la había secuestrado obligándola a recordar escenas que no eran otra cosa que girones fantasmales bailando en su cabeza, una vida anterior en la que había dado todo lo que era por su sagrada tarea y el amor que había encontrado en el camino de la misma.

En muchos aspectos ahora se sentía dividida entre lo que había sido y lo que era, por fin comprendía el porqué de muchas cosas, pero también había ganado algunas dudas más.

—¿Estás bien, princesa?

La voz masculina la arrancó de sus cavilaciones, miró por encima del hombro y lo vio con esos inquisitivos ojos fijos en los suyos. Al contrario que ella, Tarek parecía tan fresco como una lechuga, la incursión en la biblioteca no solo le había devuelto un pedazo de quién había sido, sino que parecía haber alimentado quién era ahora. Su pasión había sido palpable, era como un niño a quién soltaban en una juguetería y le dejaban toquetearlo todo, solo que en su caso, no se trataba de juguetes, sino de viejos cuadernos, manuscritos e incluso algún que otro mapa y dibujo.

Bajó la mirada a los tres cuadernos que llevaba consigo y cuidaba como si fuesen de frágil cristal. Era lo único que había cogido de las estanterías después de pasarse un buen rato examinando el contenido de las mismas a la luz de uno de los candiles.

—¿Lectura ligera para el camino?

Esos atrayentes labios suyos se curvaron en algo parecido a una sonrisita.

—No creo que pueda considerar ligera su lectura, pero sí considero poder aclarar muchas dudas e incógnitas con ellos —respondió reuniéndose con ella—. Es el legado de mi familia para el pueblo *tygrain*, entre sus páginas se narra el nacimiento de mi raza, su evolución, cómo eran sus vidas entonces, quienes fueron sus descendientes. Creo que esto es por lo que Anshar y Sahira nos guiaron hasta aquí, quieren que nuestros pueblos recuerden quienes eran, para que puedan comprender lo que pueden llegar a ser.

Sus palabras la llevaron a mirar de nuevo la preciada carga.

—¿Alguno habla sobre... ellos? —preguntó e hizo un gesto indicando la fachada.

—Sí, es imposible para un escriba intentar plasmar la historia de su familia y no mencionar a la otra mitad de su alma —respondió con naturalidad

y señaló su carga—, pero este es el pasado, Danika, nosotros somos los que escribimos nuestro futuro.

Sacudió la cabeza y dejó escapar un profundo suspiro.

—No te molestes, mi mente está repleta de información, de recuerdos, de fantasmas y a duras penas puede gestionarlo —zanjó cualquier clase de justificación que pudiese ponerle sobre la mesa y echó un nuevo vistazo a las puertas todavía abiertas de la biblioteca—. Necesito alejarme de ella, de su influencia, de quien quiera que haya orquestado todo esto durante un rato, así que voy a hacer una nueva visita a la laguna y quitarme de la piel todo ese pasado. Tomaré prestadas las prendas que me has dado y esa pastilla de jabón...

Casi había llorado de alegría cuando él había extraído del arcón una cajita artesana con jabones hechos en su tribu. Había reconocido el diseño de sus artesanos nada más verla y el aroma a flores era delicioso.

—Está bien, dejaré esto en la tienda y te acompañaré...

—No, no lo harás, iré sola —lo interrumpió con gesto resolutivo—. Necesito estar sola.

El bajo gruñido que surgió de su garganta dejó claro que no le gustaba nada esa respuesta, pero eso no la amedrentó. Si algo le había quedado claro ese día, era que con él estaba segura.

—No te dejaré ir sola, está atardeciendo, pronto no podrás ver ni por dónde caminas...

—Esta noche hay luna llena, no voy a perderme yendo del punto A al punto B, sobre todo cuando ahora conozco el sendero —declaró señalando lo obvio—. Conozco este oasis, puede que no me guste cómo ha llegado a mí ese conocimiento, pero está ahí...

Ambos eran conscientes de la verdad de sus palabras, por más que le gustase a uno o le disgustase al otro, sus vidas habían estado en un tiempo

pasado atadas a ese lugar.

—No me gusta la idea de que te alejes de mí, pero respetaré tu decisión ya que es lo que deseas y lo que necesitas —concedió con un tono de voz que dejaba clara su renuencia a ello—. Solo prométeme una cosa, que si me necesitas, me llamarás al momento.

—Estás decidido a ser mi caballero de brillante armadura, ¿eh?

—Empiezo a comprender que valoras por encima de todas las cosas su libertad de decisión y lo respeto, pero no puedo evitar actuar proyectador contigo, mis genes están programados para cuidar y proteger a mi compañera —aceptó con practicidad—. Ten un poco de paciencia conmigo, es... difícil mantener las distancias durante esta fase de nuestro... emparejamiento.

Sus palabras volvieron a poner sobre la mesa una realidad a la que se resistía con uñas y dientes, una de la que instintivamente sabía que no podía escapar. Solo estaba dilatando las cosas, pero, ¿cómo confiar ciegamente en un hombre al que conocías desde hacía menos de veinticuatro horas? A duras penas era capaz de procesar las intensas emociones o el absurdo deseo que se había instalado en sus entrañas.

—¿Esta fase? ¿Es que hay más?

La punta de la lengua lamiéndose los labios fue como una punzada eléctrica directa a su núcleo, se encontró dando un paso atrás de manera involuntaria mientras apretaba los muslos. Sus ojos se encontraron y supo, por la forma en que la miraba, que era consciente de su deseo.

—Ya te lo dije, cada emparejamiento es distinto, pero todos ellos tienen un denominador común —aceptó en un tono de voz más bajo—, el creciente deseo, la necesidad y el anhelo. Cuanto más tiempo pasemos separados, más grande se hará, las emociones se volverán cada vez más intensas y... la necesidad, arrancará cualquier parte racional de nuestras mentes dejando solo el instinto...

—Hablas como si yo también tuviese una parte animal y no es así...

—No, pero yo sí la tengo y esa necesidad desenfadada y salvaje, se reflejará también en ti.

Sus palabras le provocaron una punzada de miedo hasta el punto de provocarle un nudo en la garganta. A juzgar por la forma en la que dio un paso atrás y luego lo deshizo, su reacción le había dolido.

—No te haré daño, nunca te lo haría en ninguna de mis encarnaciones, pero te deseo, Dani, y ese deseo me volverá inestable, desesperado... — confesó fervorosamente—. Es lo que significa ser *tygrain* y estar emparejado. —Volvió a lamerse los labios, tomó una profunda bocanada de aire buscando serenarse y añadió—. Dime una cosa y sé sincera conmigo, cuando te he tocado, cuando te he besado, ¿no has deseado más?

Tragó, la respuesta estaba en su boca, dispuesta para salir, pero la retuvo. Con todo, no pareció necesitar una confirmación verbal a juzgar por cómo continuó.

—Sí, lo has hecho, lo aceptes o intentes negarlo con todas tus fuerzas, ha sido así —insistió sincero—. Pues piensa en eso multiplicado por mil y eso se será lo que ocurrirá entre nosotros con el paso del tiempo...

—Eso no es...

—¿Posible? —replicó interrumpiéndola—. Abre los ojos, Danika Sahin, escucha a tu cuerpo para variar y pregúntate de nuevo si es o no es posible.

Tragó de nuevo, sus palabras eran crudas a la par que sinceras, no le estaba diciendo nada para alagarle los oídos, sino que exponía una realidad que conocía, que de alguna forma ella también.

Se quedaron unos minutos en silencio, entonces él suspiró de nuevo.

—Coge lo que necesites en la tienda y ve a disfrutar de tu soledad —le dijo antes de pasar por su lado—, yo intentaré hacer lo mismo con la mía.

—Tarek...

—Llámame solo si me necesitas, princesa, solo si me necesitas de verdad.

No se molestó en mirarla siquiera, continuó su camino, perdiéndose una vez giró en el recodo que hacía el sendero y sin decir una sola palabra más. Tampoco es que hiciese falta, lo había dejado todo perfectamente claro.

—¿Esto es lo que querías? —murmuró al tiempo que se volvía hacia la fachada frente a ella—. ¿Para esto me has traído hasta aquí? —Alzó la voz sintiéndose derrotada, herida y más sola de lo que había estado nunca—. ¡Jugáis con nosotros! ¡Juegas con tus hijos cómo si no fuésemos otra cosa que peones de un tablero de ajedrez!

Sus palabras terminaron haciendo eco entre las altas paredes rocosas, pero no hubo respuesta, tan solo el latido de su propio corazón latiéndole en los oídos.

—De acuerdo, quédate en silencio —masculló dándole la espalda a la biblioteca y escuchando el sonido de las puertas arrastrándose por el suelo al cerrarse tras de ella—, pero luego no te quejes si hacemos lo que nos dé la gana, después de todo, somos parte de ti.

Una suave brisa se elevó a su alrededor, el aroma del desierto se coló en su nariz al tiempo que el viento le acariciaba el pelo y le susurraba al oído en la forma de esa silenciosa canción a la que ella había dado voz antes de desvanecerse una vez más.

—Tomaré eso como un «de acuerdo» —resopló y siguió adelante. Ahora más que nunca deseaba darse un buen chapuzón.

CAPÍTULO 25

Las ganas de hacer pedazos la tienda eran un claro indicativo de que se le habían cruzado los cables y que necesitaba respirar profundamente y pensar en otra cosa que no fuese su compañera discutiendo con él. Entendía la postura de Danika, pero su naturaleza era la que era y no podía evitar ponerse en modo «gato malo» y que le doliesen los colmillos porque ella se empeñase en discutir con él y negarles a ambos algo que antes o después los llevaría a un único lugar.

La deseaba y sabía que ella también lo deseaba a él, todo sería mucho más fácil si dejase a un lado su tacto y educación y la arrastrase a la cama para quitarse de encima el maldito problema del emparejamiento y conseguir así un poco de paz mental. ¿No era eso lo que le había recomendado un año atrás a Sharif con su compañera?

Se sacudió desde la cabeza hasta la cola con energía, echó un último vistazo a los manuscritos que había sacado de la biblioteca y salió de la tienda antes de que hiciese un destrozo mayor; a su queridísimo hermano le iban a entrar los mil males cuando viese lo que había hecho con los muebles... Ya podía ir preparándose para comprarle otros.

Desde el momento en que habían entrado en la biblioteca sentía que la cercanía que habían compartido esas últimas horas se había distanciado, ella

se había vuelto más cauta, no pasó por alto los fugaces vistazos que le echaba mientras deambulaba por aquella polvorienta e interesante habitación que evocaba el paso de los siglos, sus palabras eran las justas, buscaba dar rodeos para llegar a un punto o se limitaba a quedarse callada. Más que procurarle beneficios, el destapar el velo del pasado había traído consigo la necesidad de alejarse de él, de lo que era para ella, de lo que había sido.

Tarek recordaba quién había sido, pero por encima de todo, era muy consciente de quién era ahora y de quién era ella. En esa pequeña princesa no veía a una niña que creía a su lado, no veía a la dulce e inocente doncella que estaba destinada a ser confinada en un viejo y polvoriento mausoleo para el resto de sus días, ni siquiera a la hembra que sentía lo completaba y por quién había desafiado a los mismos dioses, ese era su pasado, una de tantas vidas que su alma había vivido. No, cuando miraba a Dani veía a la hembra con la que había cruzado la mirada en el desierto, la despierta mujer con lengua mordaz que lo había acusado de mirón y de espiarla, el dulce cuerpo que se derretía en sus brazos cada vez que la besaba, la compañera que no esperó encontrar tan pronto y a la que no podía dejar de desear con un hambre cada vez más desesperada. Esa era ella para él, el presente y no un vago recuerdo del pasado, era la preciosa y voluptuosa gatita que se lavaba afanosamente el pelo en el maldito agua de la laguna del oasis a escasos metros por delante de él.

Se relamió los bigotes, se iba a cabrear de lo lindo cuando se diese cuenta de que estaba allí, pero no podía evitarlo, quería estar cerca de ella, desde que había notado su cuerpo húmedo y desnudo contra el suyo, no había podido pensar en otra cosa que en cómo sería tenerlo sobre él, debajo, de lado, en fin... las posibilidades eran interminables. Se agazapó intentando no hacer ruido y se dedicó a admirar aquello que quería tener desde lejos.

CAPÍTULO 26

Danika se frotó el pelo con ahínco, quizá le estaba poniendo demasiado ímpetu a una tarea mundana, pero se encontraba en un estado de tal nerviosismo e irritación que necesitaba desfogarse de alguna manera que no consistiese en darse de cabezazos contra una pared de piedra o ponerse a llorar cómo si se hubiese terminado el mundo. Habiendo barajado ya antes ambas opciones, no encontraba ninguna de ellas atractiva, aunque la segunda hubiese estado a punto de vencerla.

Se sentía como la mierda, con una inexplicable sensación de culpabilidad por el intercambio de opiniones que habían tenido, parte de ella quería llamarle, pedirle disculpas y rogarle que se quedase a su lado, la otra quería salir de allí, abandonarle a su suerte y no volver a verle nunca más. Desgraciadamente, la segunda opción la volvía todavía más bipolar de lo que ya estaba y, cansada de lidiar con las incipientes lágrimas, se había concentrado en lavarse el pelo a conciencia.

Se sumergió en el agua para enjuagarse, la temperatura había bajado ligeramente, pero no tanto como para que temiese convertirse en un cubito de hielo. Las rocas de la pared que contenía la laguna conservaban el calor del sol que habían recibido y eran un agradable contraste a la baja temperatura del agua. Había optado por quedarse en esa zona tanto por comodidad como para

asegurarse de tener una buena visión del oasis frente a ella. El cielo había empezado a mezclarse ya con el manto de la noche trayendo consigo las primeras estrellas, la luna pronto se alzaría por el lado opuesto al sol regalándole al espeso vergel su mortecina luz, sin duda habría encontrado el lugar encantador y romántico de no ser porque su mente tenía muchas otras cosas en las que pensar.

Emergió en busca de aire, se echó el pelo hacia atrás y lo enjuagó un par de veces más hasta quedar completamente satisfecha. Entonces atacó con el mismo ímpetu el aseo del resto de su cuerpo, la pastilla de jabón resbalaba con suavidad sobre su piel creando una capa de espuma que pronto esparció retirando con ello todo rastro de arena y polvo de aquel lugar.

Intentó mantener la mente vacía en todo momento de cualquier pensamiento que la llevase de nuevo a aquel lugar y a un pasado que no quería que irrumpiese en su presente, pero cómo hacerlo cuando el pensar en Tarek la llevaba de vuelta a esa vida y a lo que habían sido.

«Aquellos ya no somos nosotros, Danika, no cometas el error de revivir el pasado en el presente».

Su voz penetró en su mente como una suave caricia y no pudo evitar reaccionar cubriéndose los pechos al momento y hundiéndose en el agua casi hasta la barbilla. Escaneó los alrededores esperando verle allí de pie, pero no encontró ni rastro de él.

«¿Cuándo vas a dejar de espiarme! Sal de mi cabeza ahora mismo».

«No estoy... espiando tus pensamientos».

—Y una mierda que no —masculló para sí sin dejar de mirar a su alrededor.

«¿Ya se te ha pasado el enfurruñamiento?». Preguntó por la misma vía.

«No recuerdo haberme enfurruñado».

«Pues lo hiciste, actuaste como un niño al que se le niega algo.»

Hiciste una auténtica pataleta».

«Te niegas a ver algo que antes o después deberás enfrentar, eso me molesta, quiero estar cerca de ti y no me dejas».

«¿Lo ves? Eso es una pataleta».

«No lo es». Respondió visiblemente enfurruñado. «Es una reacción normal y perfectamente comprensible para un tygrain».

Dejó escapar un resoplido, empezaba a cansarse de escuchar siempre aquella coletilla a modo de justificación.

«Lárgate y déjame en paz, devuélveme mi momento de privacidad».

Ahora fue él quien resopló.

«Lo decía en serio, Danika, aquello ya no somos nosotros. Yo no veo en ti a Badra, sino a una orgullosa princesa tribal que desea hacer lo mejor para su pueblo y encontrar al mismo tiempo su propio camino».

Sus palabras le provocaron una punzada.

«Dijiste que solías acudir al desierto porque allí te sentías como en casa, que sentías que ese era tu lugar y siempre has buscado un motivo para ello. El motivo es que pertenecer a una de las tribus nómadas que lleva surcándolo desde que el hombre tiene memoria, el motivo es que tu alma reside en sus arenas y se eleva de ella en cada vida, pero la mujer que me miró a los ojos, que vio más allá de mis pupilas felinas, ella no es solo parte del desierto, es parte de un mundo en el los niños necesitan escolaridad, en el que un arma trae consigo la muerte, en el que vivir se convierte en un desafío constante y dónde las pesadillas pueden desterrarse a base de esfuerzo y voluntad. Esa eres tú, Danika, eres el conjunto de todas esas cosas, no solo una parte».

«¿Y dónde encajas tú en medio de todo eso?».

«A tu lado, princesa, siempre a tu lado».

La sombra de un movimiento llamó su atención desde el otro lado del

oasis, en un momento solo había sombras y al siguiente emergía un enorme tigre de bengala avanzando lentamente.

«Eres un tigre mirón».

Escuchó su risa en la mente mientras lo seguía con la mirada.

«Pero qué mala opinión tienes de mí».

«Las pruebas se presentan solas y a cuatro patas». Replicó clavando la mirada en la del felino a través de la distancia.

«¿Puedo bañarme ya contigo?».

—¿A los tigres os gusta el agua?

El felino saltó a un pequeño remanso de arena y empezó a avanzar hacia la oscura piscina ante la que se encontraba, metió una pata, luego otra y otra más, pero cuando la cuarta iba a abandonar la arena, el tigre dejó de existir para dejar paso al hombre.

—A los tigres nos gustan muchas cosas, princesa, pero a este, en particular, le gustaría tomarte en sus brazos y no soltarte en un buen rato.

No estaba preparada para verlo quitarse la ropa, para admirar toda esa piel canela totalmente desnuda, ni para que se sumergiese como un maldito tritón y cruzase la distancia hacia ella buceando. Cuando volvió a emerger, lo hizo frente a ella, retirándose el agua del rostro y peinándose el corto pelo hacia atrás, su mandíbula mostraba la cuidada barba perlada de gotitas, pero eran sus ojos, de un intenso color marrón dorado los que la atraparon sin remedio.

—¿Me dejarás, Danika? —preguntó en ese suave tono que hacía que se le curvasen hasta los dedos de los pies, sus brazos se movieron hacia ella, atrayéndola sin esfuerzo hacia su pecho y sosteniéndola contra ese duro y ancho pecho—. ¿Dejarás que te abrace, que te acaricie y no te suelte en un buen rato?

—Algo me dice que, diga lo que diga, la única respuesta que tomarás

como válida es un sí —musitó sintiéndose, por segunda vez, en el lugar correcto.

—Nunca vulneraría tu derecho a aceptar o rechazar las atenciones de un hombre, sea yo o... mejor no pensar en las alternativas —concluyó con un profundo gruñido que le provocó un escalofrío—. En tus manos pongo mi deseo y acataré el veredicto.

—Tenías que ser príncipe y *tygrain* —musitó y tomó la única decisión posible al acunarle el rostro entre las manos e impulsarse hacia sus labios—, es la única combinación a la que no encuentro la fuerza para resistirme.

Lo besó por iniciativa propia, deseándolo, queriendo su cercanía, su calor y esa dulzura que solo él tenía para con ella.

—No dejes que me arrepienta, Tarek —susurró después de rozar sus labios—, no dejes que me equivoque de camino.

—Mientras camines a mi lado, Danika, no habrá error posible.

Y se encargó de convencerla de ello con un caliente y tórrido beso con el sabor del desierto.

CAPÍTULO 27

Tenerla en sus brazos era un regalo en sí mismo, no había nada mejor, nada que le importase más en esos momentos que ella y sentirla tan cerca. Su concesión no le había sabido tan dulce como el voluntario paso que dio en su dirección, besándole y apretándose contra él. Tarek estaba en el mismísimo cielo y no quería abandonarlo.

La ciñó de la cintura y profundizó el beso, podía notar cómo ese pequeño y curvilíneo cuerpo se amoldaba al suyo, llenando cada hueco como si estuviese hecha totalmente para él. Notó la dureza de los pezones rozándose contra su pecho y sus dedos hundiéndose en su cuero cabelludo mientras gemía en su boca. Su sabor era decadente, hacía que quisiese más y más de ella, que desease devorarla entera y su felino estaba totalmente de acuerdo con esa observación.

Abandonó su boca para ver de nuevo ese dulce y joven rostro, las mejillas se le habían sonrojado por completo, tenía los labios llenos e hinchados y un peculiar brillo en los ojos que decía más de lo que lo haría un sinfín de palabras. Resbaló las manos por sus costados y las llevó directamente a su rostro, enmarcándole las mejillas para llamar completamente su atención.

—Eres preciosa, ¿sabes?

Ladeó el rostro y esquivó su mirada con cierta incomodidad.

—No es necesario que me halagues, no voy a...

—Mírame —la instó a ello—. Mírame a los ojos y dime si crees que te estoy mintiendo.

—No, no lo harías.

—Para mí eres la criatura más bonita que existe sobre la tierra, podría pasarme toda la noche sin hacer otra cosa que mirarte. —Bajó la mirada sobre su cuerpo todavía pegado al suyo, adivinando los montículos de sus pechos presionados contra su torso, la piel de ella un tono más clara que la suya—. Pero quiero acariciarte, quiero conocerte de la manera más íntima posible, saber qué es lo que te excita, lo que te hace gritar de placer...

Volvió a bajar las manos y las sumergió, cerniéndose ahora sobre sus caderas, apretándola aún más contra él, permitiéndole ser consciente de su dura excitación. Empezaba a convencerse de que ni una maldita bañera llena de hielo conseguiría aplacar su deseo por ella.

—... y lo deseo de ti, Dani, no de un recuerdo, ni de un fantasma, de ti.

Volvió a besarla, deleitándose en esos blandos y suaves labios, gruñendo de pura dicha cuando su lengua se encontró de nuevo con la suya en pequeñas y juguetonas caricias. Su compañera era una mujer muy tierna debajo de esa fachada de autosuficiencia y despectivas respuestas, la manera en que le devolvía los besos y las caricias hablaba de una necesidad de afecto inesperado, de querer sentirse valorada y apreciada. Tarek lo sentía en su interior, lo acariciaba en su alma y se prometió a sí mismo que su princesa nunca volvería a sentirse abandonada.

La sintió temblar entre sus brazos, abandonó una vez más sus labios y la miró para encontrarse ahora con sus ojos buscando algo en los suyos.

—¿Estás seguro de que eso es lo que quieres? —admitió ella en un hilo de voz—. De que me ves a mí y solo a mí.

—Lo hago, compañera, te estoy mirando a ti y solo a ti —le cogió la mano y se la llevó a los labios. Depositó un beso sobre sus nudillos y se dio cuenta entonces de algo—. Estás helada...

—El agua... está un pelín fría, aunque no veo que sea un problema para ti.

Sonrió de soslayo y, recuperando su vena traviesa, llevó la mano que todavía le sujetaba debajo del agua, todo ello sin perder de vista sus ojos y su reacción, para resbalar la pequeña mano sobre su dura erección.

—El agua está condenadamente fría, pero estoy demasiado contento de verte desnuda como para notarlo siquiera.

La sorpresa bailó en sus ojos un momento antes de que un rápido sonrojo le cubriese las mejillas y retirase la mano inmediatamente de él. Su prisa por alejarse la hizo trastabillar y terminó aferrándose a él para no hundirse como una piedra.

—¿Qué te parece si seguimos en la orilla? —ronroneó acariciándole la mejilla con la nariz y besándole al mismo tiempo el lateral del cuello—. Prometo hacerte entrar en calor y que olvides el frío que estás pasando.

—Puedo asegurarte que el frío es ahora la menor de mis preocupaciones.

—Bien —sonrió, la besó en los labios de manera fugaz y tiró de ella, conduciéndola a lo largo de la pared de piedra hacia la lengua de arena seca de la orilla.

Les llevó más tiempo del que le hubiese gustado llegar, pero tenía que admitir que la culpa era únicamente suya pues no había podido dejar de besarla durante el trayecto provocando que ambos se hundiesen alguna que otra vez en el agua entre risas.

Le gustaba escucharla reír, ver como la diversión burbujeaba en sus ojos y se reflejaba en la relajación del resto de su cuerpo. Se sentía a gusto con él,

confiada y eso era un regalo inesperado viniendo de una muchacha que había sido tan cauta durante todo el tiempo.

La levantó en vilo y ella le rodeó el cuello con los brazos para mantener el equilibrio. Su mirada volvió a mostrar algo de esa indecisión al verse fuera de la laguna, como si de repente fuese consciente de que aquel juego que se traían entre manos había subido de nivel, podía sentir su nerviosismo así como su excitación, casi podía ver su cerebro cavilando a la velocidad de la luz en busca de alguna excusa que pudiese utilizar en ese momento, pero no se lo permitiría.

Hizo el amago de dejarla caer y escuchó su agudo chillido al tiempo que se apretaba más contra él, bajó sobre el suelo, apoyándose en un brazo y las rodillas hasta tenerla tumbada bajo él. Le mordisqueó el cuello y cuando empezó a reír de nuevo le lamió la oreja provocándole un respingo.

—¿Acabas de darme un lametón?

—Soy un tigre muy mimoso.

La manera en que parpadeó, cómo si su respuesta fuese de lo más absurda, le arrancó una risita.

—No pienses, gatita, mis palabras nunca tienen demasiado sentido.

—Eso no te lo discutiré.

—¿De verdad? —se rió contra su cuello, aspirando su aroma y sintiendo que se le hacía la boca agua por ello—. No me lo creo.

—Bueno, quizá encuentre algo que rebatir, pero ahora mismo, no tengo el cerebro preparado para pensamientos profundos.

—Bien, en ese caso, no le demos trabajo.

Bajó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo y reclamando su boca al mismo tiempo, sus muslos se abrieron voluntariamente acogiéndole, permitiéndole estar tan cerca de ella cómo quería. Su miembro palpitó deseoso de hundirse en su interior, pero no quería apresurarse, esa primera

vez juntos deseaba que fuese especial, que fuese algo que pudiesen recordar ambos el resto de sus vidas. Deslizó una de las manos libres sobre sus pechos, acariciándole el estómago, las costillas y la cadera, se maravilló de la textura de su piel y gruñó cuando los granos de arena se pegaron a ella.

—Que se joda el desierto, tú eres mía —ronroneó mordisqueándole la oreja—. Solo mía.

Capturó su boca y la besó con frenesí obteniendo la misma respuesta de ella, bebió de su boca y gruñó ante la actitud juguetona de su lengua y de sus manos. Estas habían resbalado por su espalda y lo provocaban con pequeñas caricias que aumentaban su ya de por sí desatado deseo.

—No deberías... meterte... con el... desierto, alteza... —consiguió articular ella entre beso y beso—, ha sido... él... quien me llevó... a ti.

Gruñó, fue todo lo que hizo, una respuesta más que suficiente dado que su atención estaba puesta en las dos apetitosas bayas que despuntaban en sus pechos.

—Tienes razón, se lo agradeceré después —replicó antes de bajar sobre uno de sus pezones con voracidad. Ella se arqueó debajo de él y gimió en voz alta, aquello fue música para sus oídos—. Um... eso ha sido precioso, Dani, repítelo todas las veces que quieras.

Él se encargó de que lo hiciera, la mantuvo gimiendo y jadeando mientras jugaba con sus pechos y le hacía cosquillas con los dedos antes de iniciar un camino en directo descenso hasta la uve de sus muslos dónde una suave y recortada mata de vello castaño guardaba el objeto de su deseo.

Su aroma era embriagador, sintió a su gato detrás de los ojos, tan superficialmente debajo de su piel humana que empezaba a preguntarse si no se le traspasarían las rayas. Su deseo se unió al hambre de su salvaje naturaleza y la deseó con una desesperación agonizante. Se le hizo la boca agua, podía notar como sus colmillos luchaban por alargarse y tuvo que

obligarse a respirar y mantener la cabeza lo suficiente fría en esos momentos. Quería morderla, quería marcarla como suya y decirle a su pueblo que ella era suya y de nadie más.

Levantó la cabeza, la besó sobre el ombligo y se relamió antes de mirarla sabiendo lo que ella vería en sus ojos.

—Estoy desesperado por ti, tu aroma me está volviendo loco, solo puedo pensar en probarte, así que, desde ya me disculpo por mi falta de modales.

No le dio ni tiempo a respirar, se echó hacia atrás, le separó los muslos, levantándole las rodillas y abriéndola completamente a su vista. Escuchó el gemido ahogado de Danika, algo parecido a una protesta y entonces esos pequeños gemidos que tanto le gustaban en el preciso instante en que arrastró la lengua a lo largo de su sexo.

—Por todas las estrellas del firmamento —jadeó ella.

La sintió temblar bajo su boca, con cada nueva pasada de su lengua emitía un bajo y delicioso ruidito que fue in crescendo cuando decidió unir los dedos a aquel perezoso juego.

Se dio un verdadero festín entre sus piernas, la lamió a placer, la chupó y mordisqueó sin que pudiese hacer otra cosa que gemir o lloriquear.

—Tarek, por favor... Oh, dioses del firmamento... ¡Tarek!

Escucharla rogar y pronunciar su nombre fue el mayor regalo que podía recibir, seguido por el de la liberación de su cuerpo en un tembloroso orgasmo que no dudó en beber hasta la última gota. Satisfecho consigo mismo, depositó un suave beso en la unión del muslo y la pelvis y ascendió sobre su cuerpo para reclamar una vez más sus labios.

—Eres todo lo que siempre he querido, Dani, no puedo más que darles las gracias al destino por haberme concedido el don de tenerte como compañera —murmuró antes de besarla otra vez, enlazando su lengua con la

de ella y succionarla en su boca para finalmente romper el beso, dedicarle un guiño y hacerse sitio entre sus piernas—. Bienvenida a mi mundo, tigresita.

—Tarek, yo...

Las palabras quedaron suspendidas en el aire cuando posicionó su pene en la húmeda abertura y empujó en su interior uniéndoles irremediabilmente. La manera en que ella se tensó bajo él unida a la barrera que encontró en su camino antes de alojarse completamente en su interior hicieron que se detuviese al momento y se quedase inmóvil.

—Dani... —comprendió demasiado tarde lo que, en su necesidad de ella, había pasado por alto.

—Solo... dame un momento... ¿vale? —consiguió decir ella entre pequeños jadeos.

Procurando no lastimarla más de lo que ya lo había hecho, deslizó una mano sobre su costado, rozándole el pecho y dejando que sus dedos encontrasen el hinchado pezón con el que no dudaron en jugar.

—Shh, está bien... solo dime cuando estés lista —le habló con mimo, besándola en los labios, buscando al mismo tiempo una respuesta sin presionarla. Así se muriese por moverse en su interior, esperaría lo que hiciese falta hasta que sus molestias remitiesen.

Se concentró en distraerla, en provocarla y excitarla una vez más hasta que notó como su cuerpo volvía a relajarse, se alzó sobre ella para mirarla y por poco se le para el corazón al ver las lágrimas que habían escapado de sus ojos.

—Te prometo que todo irá mucho mejor y será muy, pero que muy agradable a partir de ahora —se permitió dejar un bajo ronroneo para calmarla, su gato estaba tan acongojado como él mismo—. Si te lastimo, me detendré, ¿de acuerdo?

—Deja de comportarte como una viejecita preocupada y haz que me

olvide de ello, tigre mirón.

Dejó escapar una risa, no pudo evitarlo.

—Eso te va a costar una prenda, gatita mía —le aseguró retirándose lentamente—. Vas a regalarme otro de tus orgasmos.

—Que te crees tú eso, altez...

No terminó la frase porque volvió a hundirse en ella y le tapó al mismo tiempo la boca con la suya, quería distraerla, quería darle lo que le había prometido y, por encima de todas las cosas, quería hacer esa primera vez para ella memorable.

La guió a través de aquella nueva experiencia, enseñándola a disfrutar de lo que él podía darle, arrancándole pequeños ruiditos impronunciables e incluso un par de improperios más cuando la llevó al borde de un segundo orgasmo.

—Grita mi nombre, Dani, quiero saber que eres mía.

—¡Y un cuerno!

—*Tshh*, ese no es mi nombre, compañera, prueba otra vez.

Tarek no cedió hasta proporcionarle el placer que le había prometido, llevándola a un segundo orgasmo y obteniendo de ella su nombre a gritos.

CAPÍTULO 28

—¿No vas a decir nada?

Danika casi esperaba que él tuviese mucho que decir con respecto a su virginidad. Estaba acostumbrada a escuchar a sus hermanas hablando sobre el gran regalo que suponía, uno que solo debería entregarle a tu esposo el día de la boda. Era una mentalidad arcaica, que sabía a ciencia cierta que ni siquiera Zeynep había acatado, pero para las tribus la castidad de una novia era algo muy arraigado. Era algo que le habían inculcado desde la cuna, pero que no tuvo demasiado en cuenta a la hora de besuquearse con los chicos en cuanto despertó su propia sexualidad. Si se había mantenido virgen hasta ese momento no era por una cuestión de tradición, sino porque no había conocido a ningún hombre que la hiciese sentirse tan desesperada y excitada cómo el que permanecía acostado a su lado, tan desnudo como ella.

Esos iris marrón-dorado cayeron sobre ella, sintió la caricia de sus dedos sobre su mejilla y barbilla antes de resbalar hacia sus pechos.

—Puedo sentir esa cabecita tuya girando descontrolada desde hace un rato, pero soy incapaz de entender ni una sola de las palabras que me mandas.

—No te he mandado nada —replicó incorporándose.

Él se limitó a doblar un brazo detrás de la cabeza y deslizar la mirada por su cuerpo. El solo hecho de sentirse observada la calentó e hizo que su

sexo despertase de nuevo a pesar de las molestias.

—No eres consciente de estar haciéndolo, pero lo haces —replicó al tiempo que le tendía la mano—. Ven aquí conmigo.

Miró su mano extendida, quería negarse, pero todo en ella tiraba hacia él con una fuerza inusitada.

—No —replicó entre dientes.

—De acuerdo —aceptó y fue él quien se incorporó y se quedó cerca de ella, lo suficiente para poder tocarla—. Entonces iré yo a ti.

—Deja de jugar —protestó, se mordió el labio inferior y empezó a sentirse incómoda con su desnudez—. Necesito que te comportes...

Sus palabras se quedaron en el aire cuando notó los dedos de la mano masculina cerrándose sobre el pelo de la nuca y esa codiciosa boca acallando sus protestas. Se derritió contra él, correspondiendo a su beso y sintiendo que se encendía de nuevo.

—Me has hecho un precioso regalo, compañera, así que no te avergüences por ello —le susurró en los labios—. No puedo decirte nada que no sea: *me ha encantado estar dentro de ti, muero por volver a estarlo y lamento haberte hecho daño*, pero no cambiaría nada de lo que acaba de pasar entre nosotros, princesa.

—Eres el hombre más extraño que han puesto sobre la faz de la tierra, Tarek Al-Hanak.

Sonrió en respuesta y le acarició los labios con un dedo.

—Y tú eres la mujer más enigmática que el destino ha puesto en mi camino, pero me gustas, me gustas mucho.

Su sinceridad la sorprendió una vez más, apartó el rostro, liberándose de su contacto, pero él no la dejó ir.

—Estás llena de arena y yo también —señaló lo obvio y apuntó con cierta travesura—. ¿Nos bañamos juntos? Anda, di que sí.

—El agua está fría —repuso con un mohín.

—No sentirás el frío —replicó y, antes de que fuese consciente de ello, ya estaba de pie, envuelta en sus brazos y besándose de nuevo—. Te sentirás mucho mejor cuando te haya quitado toda esa arena de encima —le dijo entre beso y beso—, y cuando ya estés limpia, te llevaré de vuelta a la tienda —volvió a besarla—, y allí, ya no tendrás que preocuparte por las bajas temperaturas del desierto.

Cada palabra suya, cada mirada y cada aliento le calentaba la sangre, hacía que le palpitase el corazón a toda velocidad y sintiese un sordo palpitar de necesidad entre las piernas. Le deseaba de nuevo, no había forma de negarlo, pero aceptarlo era una locura.

—Solo dime que sí, Dani, solo dime sí y yo me encargaré una vez más de que no te arrepientas.

Maldito, usaba sus propias palabras contra ella, esa desesperada petición que ahora le sonrojaba las mejillas.

—No juegas limpio, ¿sabes?

Su sonrisa se hizo más amplia, radiante.

—¿Eso es un sí?

Suspiró y asintió, la idea de bañarse de nuevo en agua fría no le hacía gracia, pero estaba tan llena de arena que no le importaría pasar por esa incomodidad para liberarse de ella.

—Gracias, compañera —le dijo y la levantó en brazos sin esfuerzo.

—¡Tarek!

—Al agua, princesa, vamos a dejarte limpiita.

Alguien debería advertirle a su compañera que a los *tygrain* les

encantaba jugar en el agua, pensó Tarek horas después. Danika se había alejado de él durante unos momentos, había dicho la verdad cuando le dijo que no había entendido ni palabra de lo que escuchaba en su mente, era un galimatías entre los que se repetían frases como «*he metido la pata*» y «*a la mierda la tradición*». Conocía las tradiciones tribales porque eran, en muchos aspectos, las mismas que habían regido sobre su estirpe desde hace siglos. El honor era importante para las gentes del desierto y si bien se habían ido adaptando a los nuevos tiempos, había cosas que nunca se desvanecerían por completo.

Según la tradición, una novia debía llegar pura al matrimonio, era una forma de honrar su casa y a su futuro esposo, aunque había muy pocas mujeres que se plegaran a tales pensamientos arcaicos. Su compañera era además una princesa, había sido educada en ellas aunque luego hubiese adquirido una educación más occidental, así que probablemente estuviese teniendo un momento de conflicto interno. Tenía que admitir que había sido algo inesperado, pero eso no había hecho su unión menos intensa o satisfactoria e iba a encargarse de que no le quedase ninguna duda al respecto.

Tras pasar un rato más en la laguna, habían vuelto a la tienda, la noche había caído ya sobre el oasis, la luz de la luna llena iluminaba los alrededores dándole un aspecto casi fantasmal y la bajada de las temperaturas hacía necesaria la presencia de una hoguera.

El fuego crepitó cuando echó un tronco más a las brasas, volvió a acomodarse en la rústica tienda que había elaborado para ambos con un par de alfombras, las esterillas y los sacos que había sacado de la tienda, prefería dormir bajo las estrellas, que en el nidito de amor de su hermano. Ahora mismo su tigre estaba demasiado cerca de la superficie y no quería que el aroma de otro macho de su especie, por muy familiar que fuese, alterase más de lo que ya lo estaba sus hormonas. Necesitaba reclamar al modo de su

especie a su compañera, especialmente ahora que ya la había poseído, solo entonces la devastadora intensidad y necesidad que sentía por ella y que sacaba a su felino a la superficie, empezaría a desaparecer.

—¿Todavía tienes frío?

Danika permanecía acostada a su lado, se había puesto la camiseta y los shorts que había sacado para ella y parecía mucho más relajada, sobre todo después de haber comido un poco

—Ahora estoy bien —admitió con un bajo suspiro de gusto—. Siempre me ha gustado acampar bajo las estrellas, gracias.

—Es un placer —asintió y miró el cielo estrellado—. Es una afición que yo también comparto.

—Eso he oído... —Se giró de lado, dobló el brazo y metió la mano debajo de la cabeza y lo miró—. ¿Cómo es que mi cuñado ha terminado siendo tu guardaespaldas?

—Malik no es mi guardaespaldas.

—El chico de los recados, entonces.

—Mejor será que no lo llames así —se rió entre dientes y la miró—. Él fue elegido como mi guardián, podrías considerarlo algo así como un... secretario personal-amigo que se encarga de que llegue a tiempo a mis citas y no me meta en líos.

—¿Sueles meterte en muchos líos?

Sonrió de soslayo.

—Hace un par de años le pedí al chofer de mi hermano Kaliq que me dejase ir a recogerle al aeropuerto, me puse su uniforme y me presenté allí —sonrió al recordarlo—. Él acababa de decirnos que se había casado y volvía a casa con su esposa, que también es su compañera.

—¿Te pusiste el uniforme del chofer?

—Sí. E hice también de «gatito grande, guapo y educado» para ella, la

cual ignoraba por completo que se había casado con un *tygrain* y ya ni hablemos de que por no saber, no sabía ni que existíamos. Fue un shock, Kaliq no fue precisamente sutil a la hora de mostrárselo; eso casi le cuesta la vida a ambos.

Aquello era algo privado, de la familia, pero Danika formaba parte de ella desde el momento en que se convirtió en su compañera.

—Te gustaría Sarah, es una mujer muy dulce y Jasmine, ella es un poco como tú, una hija del desierto en toda la extensión de la palabra —aceptó acomodándose a su lado, respirando su aroma y relamiéndose ante ello—. Y estoy convencido de que a ellas les gustará su nueva hermana.

Su respuesta fue poner los ojos en blanco.

—No corras tanto, solo nos hemos acostado una vez...

—Eres mi compañera, tu lugar está a mi lado y el mío al tuyo —declaró con un ligero encogimiento de hombros—, para mi gente tú y yo ya formamos un matrimonio.

Intentó incorporarse, pero la detuvo, inclinándose sobre ella.

—No puedes escapar, Dani, ahora eres mía —aseguró al tiempo que se inclinaba sobre su boca—, y un *tygrain* jamás renuncia a su mujer.

La besó suavemente, persuadiéndola, mordisqueándole los labios y obtuvo su recompensa en una perezosa respuesta que fue subiendo de intensidad.

CAPÍTULO 29

Danika sentía la piel tirante, sus pechos llenos y tensos empujaban contra la tela de la camiseta, los pezones se le marcaban duros e invitantes a juzgar por la mirada clavada que les dedicaba su amante. El calor que la recorría y hacía que le hormiguease cada centímetro de cuerpo no tenía nada que ver con la fogata, sino con la cercanía del príncipe y parecía incrementarse cada vez que la tocaba, que esa sensual y profunda voz la acariciaba sin necesidad de nada más.

Le deseaba, de una manera irracional e insana, se sentía en llamas por él, necesitada de sus manos sobre su cuerpo, de sus caricias y sus besos. En sus brazos se sentía plena, protegida y querida de una manera que no había conocido hasta ahora y a la que sabía iba a aficionarse demasiado deprisa. No dudó en devolverle los besos disfrutando de su sabor y del duro cuerpo que le servía ahora de manta y que la aprisionaba contra el suelo mientras le devoraba la boca. Él no dudó en enlazar sus manos con las propias y subirle los brazos, anclándoselos por encima de la cabeza. Uno de sus muslos se instaló entre sus piernas, presionando contra su sexo a través del pantalón, el roce de la tela contra su hinchado y palpitante sexo resultaba tan incómodo como excitante, pero no era suficiente como para que le pidiese que parase.

—Te deseo —escuchó ese suave ronroneo en su oído al mismo tiempo

que lo notaba en su pecho—, haces que no quiera hacer otra cosa que estar cerca de ti, besarte, acariciarte y hacerte mía una y otra vez.

Sus palabras tomaban forma bajo su boca y sus manos, ilustrando cada una de ellas y demostrándole lo verdaderas que eran. Jadeó cuando abandonó su boca y continuó torturándola con pequeños besos que bajaban por su cuello hasta el delicado arco del hombro.

—Mía, toda mía.

La posesividad en su voz la excitaba más que asustarla, poseía ese matiz salvaje, como si fuese esa parte animal que existía bajo su piel la que hablaba y su cuerpo respondiese a ella de manera instintiva.

Gimió y arqueó la espalda acercándose a él, con las muñecas apesadas por encima de la cabeza todo lo que podía hacer era retorcerse de manera desvergonzada. Notó su erección presionando contra ella y sintió que se le secaba la boca a causa de una inexplicable sed, tragó a duras penas y acabó atragantándose con su propio aire cuando la única mano libre de Tarek resbaló sobre su camiseta y la arrastró hacia arriba, liberando sus pechos.

—Demasiada ropa —le dijo al tiempo que le dedicaba un guiño.

Una fuerte y callosa mano moldeó uno de sus pechos, el pulgar le rozó el duro pezón y no pudo evitar soltar un maullido de indefensión. Cada una de sus terminaciones nerviosas parecían estar conectadas entre sus pechos y su sexo, porque sus caricias enviaban descargas eléctricas que la recorrían y hacían pulsar con mayor necesidad.

—Se buena y no bajas las manos.

Su boca decidió unirse entonces al juego, apenas si pudo evitar dar un respingo cuando la sintió deslizarse sobre su piel, en un camino descendente que la llevó a uno de sus endurecidos pezones. Un toquecito con la punta y lo succionó con fuerza arrancándole una punzada de caliente dolor que conectó nuevamente contra su sexo, se revolvió debajo de él incapaz de estarse quieta,

sus propios dedos terminaron enredados en su pelo en una desesperada búsqueda por asirse a algo.

Abandonó un pecho para pasar al otro y prodigarle los mismos cuidados, Danika apenas podía pensar con coherencia, su mente se había vuelto una masa gelatinosa que no servía para otra cosa que llenarle la cabeza. Podía sentir como la humedad empapaba la tela del pantalón aprisionada entre sus piernas, la fricción se había convertido en una auténtica tortura.

—Lo sé, lo sé, déjame que te lo quite y así estarás más cómoda.

No fue consciente de a qué se refería hasta que su boca resbaló por su estómago y le llenó la tripa de besos mientras le quitaba los pantaloncitos con una facilidad pasmosa.

—Que visión, compañera, que visión —murmuró él con voz grave, casi felina—. Eres todo un manjar para la vista y el resto de los sentidos.

Levantó las caderas al sentir su caricia sobre ellas y obtuvo el eco de una risa.

—¿Te duele? —la pregunta fue acompañada por la caricia de uno de sus dedos arrastrándose a través de sus hinchados pliegues.

—No de la manera que crees —consiguió articular y se ganó otra carcajada en respuesta.

—Bien, eso está muy bien. —Sus palabras fueron como una caricia sobre su sexo ahora expuesto, toque que se hizo más intenso cuando le separó los muslos y bajó la boca sobre ella, lamiéndola sin previo aviso.

—¡Tarek! —dio tal respingo que culebreó sobre el suelo hasta que él le aferró las caderas, manteniéndola quieta.

—Shh, esto es para ti, te sentirás mucho mejor dentro de un ratito.

Una nueva pasada de la lengua sobre su dolorido sexo derribó cualquier posible defensa o vergüenza que pudiese quedarle, él iba a hacer con ella lo que quisiera, estaba convencida de ello y no es que fuera a quejarse, no

cuando cada una de sus atenciones estaba destinada a mimarla y convertirla en gelatina.

La sometió a esa enfebrecida tortura durante unos momentos, jugó con ella acicateando su deseo y acercándola al orgasmo para luego denegárselo. Danika quería gritar, había llegado a rogarle que siguiera, pero solo había obtenido risitas y nuevas caricias.

—Tarek, te lo juro, si no haces algo, te mataré.

Una sincera y fresca carcajada reverberó contra su sexo un segundo antes de que él se echase hacia atrás, sus ojos se encontraron por encima de su cuerpo y vio la travesura brillando en esas pupilas, pero también había algo más, algo oscuro y salvaje, era como si su tygrain la estuviese mirando también. Distraída con sus propios pensamientos, apenas si fue consciente de que se inclinaba sobre ella solo para tirar de ella hasta incorporarla y finalmente alzarla para sentarla sobre su regazo. Ahora estaban uno frente al otro y su húmedo sexo acunaba el duro pene que se frotaba contra su tripa. Unas grandes palmas se cerraron sobre sus nalgas y la acercaron más a él.

—Cruza los tobillos por detrás de mí y desliza los brazos por encima de mis hombros.

Parpadeó ante sus órdenes, pero hizo lo que le pidió llevando sus cuerpos a quedar piel contra piel.

—Me gusta poder mirarte, esos ojos azul grisáceos tuyos me tienen fascinado y no es lo único —declaró bajando la mirada con elocuencia a sus pechos—. Toda tú eres una obra de arte perfecta e irrepetible.

Sus halagos la calentaron, podía ser algo banal, algo que posiblemente le dijese a todas las mujeres, pero en ese momento la hicieron sentirse especial.

—No hay otras mujeres, Dani, solo estás tú, siempre estarás tú —replicó en contestación a sus propios pensamientos, le acarició la mejilla con

los nudillos y buscó sus labios en un suave y persuasivo beso.

—Vas a tener que enseñarme cómo echarle llave a mis pensamientos, porque empieza a molestarme que seas capaz de escuchar todo lo que hay en mi cabeza.

Se rio contra sus labios, su sonrisa era contagiosa.

—No sé, nena, es realmente interesante saber lo que piensa de mí y mi anatomía —dijo besándola una vez más, apretando sus nalgas antes de cambiar las manos de lugar y cerrarlas alrededor de su cadera para auparla—. Respira profundamente.

—¿Por qué habría de...? ¡Oh dios!

Sus palabras se mezclaron con la risa masculina en el preciso momento en que notó como se abría paso en su interior, enfundándose en ella con una lentitud agonizante que le provocaba todo tipo de sensaciones.

—Relájate y respira —le susurró al oído, mordisqueándole la piel mientras continuaba con aquella tortura hasta sentirle totalmente alojado en su interior—. Señor, eres increíble, te siento tan ceñida, tan húmeda...

No podía hablar, a duras penas podía encontrar aire suficiente para llevarlo a sus pulmones. Se sentía demasiado llena, estirada, la incomodidad batallaba con el creciente deseo. Cruzó los brazos por detrás de su cuello y ocultó el rostro en la curva de su hombro, notó las largas caricias que sus manos dibujaban por su espalda así como ese suave ronroneo que ahora retumbaba entre sus cuerpos unidos.

«Siénteme, Dani, mira dentro de mí y siente lo que eres en mi mundo, lo que significas para alguien como yo». Le escuchó en su mente, alternando sus palabras con besos. *«Mira lo que somos juntos, lo que siempre seremos».*

Dejó que sus palabras la arrullasen y calmasen sus resquemores, se dejó llevar, guiada por él y gimió cuando lo sintió saliendo de ella para volver a entrar. Se afianzó sobre sus hombros, buscando una postura que le resultase

cómoda y acompasó sus movimientos con los de sus propias caderas.

«Mi dulce y solitaria princesa, ya no tendrás que recorrer el mundo sola, ahora me tendrás junto a ti».

Cerró los ojos y se dejó llevar, cabalgándolo cómo le había enseñado, cómo sabía instintivamente que le gustaría y se unió por completo a él. Perdió la noción del tiempo y el espacio, su mente pareció fragmentarse y un fogonazo de caliente dolor le atravesó el hombro conectándose directamente con su sexo. El ardor estalló en su interior, la necesidad se hizo insufrible y cedió a ella, se entregó al desenfreno y a la pasión que demandaba esa unión. Gimió y le clavó las uñas en la espalda cuando la tumbó de nuevo sobre el suelo, levantó las caderas en cada embestida y gritó su nombre desgarrándose la garganta cuando el devastador y ardiente orgasmo la bañó llevándose todo a su paso, incluso su propia conciencia.

No estaba segura cuanto tiempo estuvo fuera de combate, pero no volvió a ser consciente de lo que la rodeaba hasta que sus oídos captaron el chasquido de las brasas explotando, le pesaban tanto los párpados que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para abrirlos y cuando lo consiguió, se encontró con él.

—Bienvenida de nuevo —le susurró y se inclinó a besarla en los labios al tiempo que la arropaba con la manta que ahora los cubría a ambos—. Quédate quieta, no vamos a irnos a ningún sitio.

Parpadeó y arrugó la nariz.

—¿Qué...? —Una clara idea se le pasó por la mente y sus mejillas acusaron la vergüenza que le provocaba—. ¿Me desmayé?

Su respuesta fue deslizar un dedo sobre su hombro y no pudo sino dar un respingo cuando le tocó una zona especialmente sensible.

—Ha sido culpa mía, me dejé llevar y mi *tygrain* se entusiasmó un poquito... —declaró y notó tanto su tono vacilante como un suave color

intensificando sus mejillas—. Estarás bien por la mañana.

—¿Qué es? —resbaló los dedos e intentó girarse para mirar. Frunció el ceño al notar lo que sin duda era la marca de una mordedura y se incorporó de golpe cubriéndose la zona con la palma de la mano—. ¿Me has mordido? ¿Has perdido el juicio?

Su expresión culpable y el gesto de verle rascándose la mejilla con el dedo, fue más cómico que otra cosa. Parecía un chiquillo al que le estaba riñendo la profesora.

—No lo volveré a hacer —prometió con una expresión tan mona que le fue imposible decirle nada más, aunque lo que quería hacer era acogotarle—. Y no lo digo por decir, la reclamación solo se hace una vez.

—¿Reclamación?

Se inclinó sobre ella, le apartó la mano con suavidad y resbaló un dedo sobre la pequeña herida.

—Es la última fase del emparejamiento, la que sella nuestro vínculo y nos une para el resto de nuestras vidas —explicó y levantó la cabeza para mirarla a los ojos—. Ahora eres, oficialmente, mi compañera y yo soy el tuyo.

«Nuestro vínculo se ha sellado, la intensidad, la locura, la necesidad, esa inexplicable desesperación que no obedecía a ninguna explicación racional se irán diluyendo hasta niveles normales».

Su voz resonó con más claridad que nunca en su mente, no se molestó en abrir la boca, no movía los labios y lo escuchaba perfectamente.

—Sé que todavía tenemos un largo camino por delante, Danika, necesitamos conocernos el uno al otro, pero a partir de ahora será más fácil y más calmado.

Dejó que sus palabras se filtrasen en su mente, que su significado le dijese algo más que el que debía matarlo y enterrar su cadáver. Él había sido sincero desde el principio, la había hecho partícipe del hecho de que era su

compañera y lo que eso suponía dentro de la raza *tygrain*. Si bien no había comprendido del todo el alcance de tal revelación, el oasis y, especialmente la biblioteca, le habían dejado claro cuál era el auténtico significado. Ella había decidido su propio camino al acostarse con él, prácticamente le había dado su bendición para seguir adelante y sellar lo que antes o después se sellaría.

Tarek Al-Hanak era un príncipe *tygrain* y ella había sido elegida por el destino para ser su compañera, así como él había sido elegido para completarla y borrar de una vez y para siempre su solitaria vida.

—Mi vida se ha ido al traste en apenas veinticuatro horas —murmuró más para sí misma que para él—. Este es sin duda mi mejor récord.

—Dani...

Su respuesta fue volver a acostarse y darle la espalda, se arrebujó en la manta y apretó los ojos para evitar que se le escapasen las lágrimas.

—Danika, no llores. —Lo sintió a su espalda, envolviéndola en sus brazos, apretándola contra su duro y cálido cuerpo—. Por favor, me duele verte llorar.

Se encogió sobre sí misma, deseaba alejarse de él, pero en el mismo instante en que ese pensamiento se filtró en su mente, las lágrimas brotaron con fuerza. No, no era verdad, no quería dejarle, no quería abandonarle ahora que lo había encontrado y eso solo hacía que se sintiese aún peor. ¿Cómo era posible que se hubiese enamorado de un hombre al que conocía desde hacía solo veinticuatro horas? No tenía la menor idea, pero así era, se había enamorado del joven príncipe Al-Hanak.

—Dani...

Su voz la hizo llorar aún más fuerte, se giró y se abrazó a él, enterrando su rostro contra su pecho y buscando el calor y la calma que sabía ya solo encontraría en sus brazos.

CAPÍTULO 30

—¿Cómo ha llegado esto aquí?

Danika abrió la puerta trasera del jeep, pues no podía creer que allí, colocada sobre el asiento, estuviese la mochila que había perdido la mañana anterior en el desierto.

—Cualquier explicación que pudiese dar al respecto no iba a gustarte ni parecer creíble.

Miró a Tarek, quién volvía a vestir sus propias ropas, ahora llenas de nuevo del polvo de las dunas que habían atravesado. No dejaba de ser curioso que estuviese hecho un asco, al igual que ella, cuando había hecho gran parte de la travesía en su forma felina.

Tanto como amaba el desierto, nada más abrir los ojos supo que quería volver a la civilización, quedarse más tiempo en las inmediaciones de la biblioteca sería poner a prueba su mente y no estaba en su mejor momento. Afortunadamente él no había puesto pegas a su petición, se había limitado a recoger las cosas y devolverlas a su lugar, comprobando que la tienda quedaba como la habían encontrado y llevaba consigo los libros.

El viaje de vuelta los había llevado a través de las dunas en dirección este, por primera vez desde que podía recordar, el vasto mar de arena se

mantuvo en silencio para ella, respetando una autoimpuesta vigilia, la ocasional brisa agitó la *pashmina* con la que se cubría la cabeza para protegerse del sol y del calor, pero no había ni un solo murmullo que la invitase a unirse a su canción. Tras una primera hora en la que apenas habían intercambiado algunas palabras, su acompañante le hizo entrega de una bolsa de arpillera con los libros y cambió a su forma felina. Si bien no dijo una sola palabra, pudo sentir su irritación y malestar, era como si sus emociones se canalizaran a ella a través de un hilo al que podía acceder si se concentraba y también tuvo su primera experiencia de absoluto pánico cuando lo vio desaparecer en la lejanía dejándola sola. Por un inexplicable momento se convenció de que la estaba abandonando, de que se marcharía y no volvería a verle jamás y eso disparó su imaginación e hizo que sufriese una crisis nerviosa allí mismo.

«Dani, respira. No voy a abandonarte ni aquí ni en ningún lado. Solo estoy explorando. Cierra los ojos e imagina que estás a mi lado, extiende la mano y tócame, verás que estoy justo ahí».

Sus palabras habían conseguido que volviese a respirar, pero todavía temblaba cuando lo vio aparecer trotando hacia ella y envolvió ese enorme y peludo cuerpo a su alrededor. Los lametones de un tigre fueron una de las cosas más asquerosas que tuvo el honor de recibir en plena cara.

Sacudió la cabeza haciendo a un lado las vivencias de las últimas horas e hizo una mueca. La mochila parecía burlarse de ella, recordándole sin necesidad de palabras que su mundo nunca había sido uno que se rigiese por la normalidad y que no estaba en posición de quejarse.

Empujó la puerta y la cerró de golpe, entonces se dejó caer contra ella y echó la cabeza hacia atrás.

—Me duele la cabeza —murmuró cerrando los ojos solo para volver a abrirlos de golpe al notar la mano de su compañero sobre su frente.

—Todavía no ha empezado a calentar el sol en condiciones, pero no me sorprendería si hubieses cogido una insolación —le dijo resbalando ahora su mano sobre su mejilla y cuello—. No estás excesivamente caliente.

No tenía ni fuerzas para alejarse de su contacto así que se quedó quieta.

—Te llevaré a casa, podrás descansar y tomarte algo para el dolor de cabeza —le apartó el pelo de la frente—. ¿Las llaves están en la guantera?

Asintió. Todo el mundo por aquella zona sabía de quién eran los jeeps que solían aparecer aparcados, así que no había riesgo de que nadie los robase.

—Sí. —Señaló con un gesto y se apartó de la puerta para dar la vuelta y subirse al asiento del copiloto mientras él ocupaba el del conductor y regulaba el asiento a su conveniencia—. Nunca cierro el coche, los pastores de la región ya lo conocen y saben que cuando vuelvo a casa suelo acampar en las inmediaciones.

—Sí, Malik me puso al tanto de ello durante el tiempo que he pasado con los Sahin —aceptó y puso el coche en marcha—. La vida del desierto es mucho más sencilla y despreocupada que la de la capital. Me gusta, es menos agobiante y, en muchos aspectos, mucho más satisfactoria.

Ladeó la cabeza para mirarle, llevaba la barba descuidada, pero su mirada seguía siendo felina aun cuando tenía su atención puesta en el camino. Vestido así, no podía imaginarlo como un tipo de la capital o incluso como el príncipe que era.

—¿Vives en el palacio?

La miró de soslayo y asintió.

—Soy el único de mis hermanos que se siente demasiado cómodo en casa como para querer abandonarla, aunque poseo un apartamento de soltero en Jawhar, es menos agobiante que la capital —respondió. Frunció el ceño y se quedó unos segundos cavilando—. Supongo que podríamos

reacondicionarlo y trasladarnos los dos allí, ¿qué opinas?

Parpadeó varias veces, en lo último que había pensado era en irse a vivir con él.

—Que llevo demasiado tiempo fuera de casa cómo para querer abandonarla ahora —respondió sin pensar y se dio cuenta de que era verdad—. Y no puedo irme a vivir contigo así como así, las cosas no funcionan de esa manera en este rincón del mundo, alteza.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —sonrió y la miró de nuevo de soslayo—. Soy plenamente consciente de cómo funcionan las cosas en este rincón del mundo, compañera, llevo toda mi vida viviendo en él y acatando sus tradiciones. Ambos haremos lo que debemos para honrar a nuestras respectivas familias y convertirlas en una.

Sus palabras le provocaron una punzada en el estómago.

—Vas demasiado deprisa, Tarek, yo no quiero... casarme.

—Un poco tarde para eso, compañera, a la manera de mi pueblo, ya estamos casados.

—Pero a la del mío no y quiero que siga así de momento —resopló—. No puedes pretender aparecer de la nada y apropiarte de mi vida, no es justo. Es mi vida y yo decidiré sobre ella.

Él gruñó en respuesta, un sonido muy felino.

—No protestes —lo regañó apuntándole con el dedo—. Veinticuatro horas, alteza, nos conocemos desde hace veinticuatro malditas horas.

—Veinticuatro gloriosas y muy sensuales horas, Dani.

—No me casaré contigo hasta que yo decida hacerlo.

—Pues ve dándote prisa en decidirlo, princesa, porque nuestro vínculo no es algo que podamos ocultar durante mucho tiempo —replicó él con un lento suspiro—. Mi familia ya sabe que estamos juntos y mi señor padre no es alguien que vaya a permitir que el menor de sus hijos ande por ahí seduciendo

a la hija de un *sheikh*.

Estaba convencida de que no, cómo tampoco le haría ni la más mínima gracia a su padre que ella se estuviese revolcando con uno de los príncipes Al-Hanak si no era tras una ceremonia de unión.

—Empiezo a arrepentirme de haber dejado el Badra —gimió hundiéndose en el asiento.

—Estos días las tribus van a estar un poco ocupadas preparándolo todo para la ceremonia en memoria de sus hermanos caídos —comentó él—, puede que sea toda la prórroga que tengamos al respecto.

Eso no era suficiente, pensó con un mohín, una semana no le llegaría para poner orden en todas y cada una las cosas que habían cambiado, siete días no eran suficientes para conocer al hombre que estaba detrás del volante.

—Nos casaremos después de la ceremonia.

—¿Qué parte de «*no voy a casarme contigo*» no has entendido?

—¿Qué parte no has entendido tú de «*ya estamos casados*»?

Dejó escapar un chillido de desesperación y le dio la espalda, girándose hacia la ventana.

—No me casaré contigo dentro de una semana —siseó entre dientes.

Su respuesta fue deslizar la mano sobre su pierna en una tranquilizadora caricia.

—Tengo que ir a casa esta misma mañana, sé que estás cansada, además de enrabiada, pero no me sentiría bien si no te lo preguntase y te dejase decidir —comentó cambiando de tema—. ¿Quieres venir conmigo a palacio o prefieres que te deje en el poblado?

—Yo no estoy enrabiada —bufó girándose de nuevo hacia él—. Y quiero quedarme en mi casa, lejos de ti, a ver si así mis neuronas consiguen adquirir un poco de claridad.

—De acuerdo, si ese es tu deseo, eso haré —aceptó sin ponerle pega

alguna—. Solo procura mantener la calma, ¿de acuerdo? No voy a irme a China, ni a Tombuctú y mucho menos te dejaría aquí sola en caso de que tuviese que viajar. Si me necesitas, solo tienes que buscarme a través de nuestro vínculo.

Sintió como las mejillas se le coloreaban ante el recordatorio de lo que había pasado apenas unas horas antes.

—¿Esto va a pasar siempre que estemos separados? —se vio obligada a preguntar.

—No, cómo ya te dije anoche, todo se irá aplacando con el paso del tiempo —la tranquilizó—. Pueden llevar días, semanas... un mes o dos... eso no lo sé, pues cada emparejamiento que conozco ha resultado ser distinto. Pero al final de ese periodo de adaptación, seremos como cualquier otra pareja.

Pareja. Ellos ya eran una pareja, le gustase o no, era una realidad que había vivido en sus propias carnes desde el momento en que se vieron.

—¿De verdad que todo esto que ha pasado lo ha hecho en poco más de un día? —necesitó preguntar—. Tengo la sensación de que ha transcurrido mucho más tiempo.

—Una eternidad —replicó él y se miraron en silenciosa comunión.

Cerró los ojos, respiró profundamente y volvió a suspirar.

—Me quedaré en el poblado, le debo a mi padre el almorzar al menos con él —acordó con un mohín—. Llevo menos de una semana en la casa y apenas nos hemos visto.

—Te acompañaré a su tienda y después iré a casa.

Sacudió la cabeza.

—No es necesario, solo déjame dónde te vaya bien y ve a hacer lo que tengas que hacer —pidió recostándose de nuevo con el asiento—. Si no puedo manejar esto por mí misma, no sé si podré seguir adelante.

Volvió a posar la mano sobre su regazo y le apretó momentáneamente la mano.

—Eres mi otra mitad y una hija del desierto de Bahir, podrás con esto y con todo lo que te echen, Danika, lo sé, lo veo cada vez que te miro a los ojos —le dijo con absoluta convicción—. Eres una digna compañera para un *tygrain*.

Inexplicablemente sus palabras fueron una inyección de energía, una caricia en su corazón y alimento para su alma.

CAPÍTULO 31

Tarek siempre había considerado el palacio su hogar, después de pasar tiempo fuera, de vivir en distintos países mientras estudiaba, volver a casa era siempre un motivo de felicidad. Hoy, sin embargo, el atravesar la puerta principal, ver los jardines que solía cuidar su madre o los pasillos por los que había correteado de niño con sus hermanos le provocó una sensación de desapego. Pensó inmediatamente en Danika y se la imaginó allí junto a él, enseñándole cada recoveco, hablándole de la historia del palacio, de sus antepasados, llevándola a suite y su lugar favorito; la biblioteca.

No podía evitar pensar en la conversación que habían mantenido en el coche y en todas las implicaciones que venían con ello, entendía sus reservas y sus temores, pero no podría hacer nada para aliviarlas hasta que ella misma

comprendiese lo que quería.

La tradición era un nexo en común entre sus respectivos pueblos y podía ser el puente que necesitaba para encontrar el punto de inflexión entre el pasado y la vida a la que debían enfrentarse juntos.

Dejó atrás la zona oficial del edificio y traspasó el umbral que conectaba el área de recepciones dedicadas a todo tipo de eventos políticos o recepciones oficiales con la que era exclusivamente familiar. Nadie cruzaba esa enorme puerta si no era miembro de la familia o contaba con su absoluta confianza.

Atrás quedaron las decoraciones sobrias y elegantes y se internó en un batiburrillo de estilos que había ido cambiando a lo largo de los años, su madre y Amina nunca se ponían de acuerdo en temas de decoración, aunque solían ser un frente común cuando se trataba de enfrentarse al patriarca de la familia.

Escuchó unos chasquidos al otro lado de la zona de recepción, a partir de aquella habitación, el palacio se dividía en una serie de espacios abiertos que llevaban a los dos salones comunes, los jardines interiores, el solárium, las suites principales así como las habitaciones de invitados y el privado harem, el cual se había convertido en los últimos años en el refugio de las princesas de la familia Al-Hanak. Los sonidos prosiguieron y no tardó en reconocerlos por lo que eran; el corte de unas tijeras de podar.

Sonrió para sí y avanzó directamente hacia el jardín, el aroma de las rosas llegó hasta él, así como el del suave perfume que solía llevar su madre. Con el pelo recogido bajo un pañuelo, unos guantes de jardinería en las manos y un atuendo más bien sport debajo del mandilón con el que evitaba ensuciarse la ropa de tierra, encontró a su madre.

—No sé, mamá, pero creo que las rosas agradecerían que las regases en vez de podar las pocas hojas que tienen.

La mujer se giró de golpe, sus ojos se abrieron de par en par y emitió un suave jadeo al tiempo que se llevaba la mano al corazón.

—Por todo lo sagrado, Tarek, me has dado un buen susto —protestó, dejó las tijeras a un lado y cruzó el jardín para abrazarlo—. ¿Dónde has estado? ¿Por qué no has venido a casa? ¿Dónde está tu compañera?

—Yo también me alegro de verte —replicó con un ligero tono irónico y correspondió a su abrazo. Podía notar el nerviosismo de su madre, obviamente habían pasado cosas de lo que él no era consciente—. ¿Ocurre algo?

Ella resopló.

—Tu padre, hijo, no he podido hacer nada bueno con él, se ha empeñado en salirse con la suya y ya está organizando tu boda —le informó sin andarse por las ramas—. Tu boda con la princesa de los Sahin.

Dejó escapar un suspiro. No sabía porque no le sorprendía, si había alguien capaz de enterarse de lo que pasaba hasta debajo de las piedras, ese era su padre.

—Estupendo, ¿alguien más, que no sea mi querida familia y el *sheikh* Sahin están al tanto de esto?

No le quedaba la menor duda de que su padre se habría puesto en contacto personalmente con el jefe y este a su vez le habría hablado ya de su previa petición.

—¿Hablamos de la boda del último de los príncipes Al-Hanak? —respondió con evidente sarcasmo—. Kaliq intentó ponerle freno, pero no hubo manera, tu padre está tan encantado con la perspectiva de emparentar con los Sahin que no contiene su entusiasmo. A estas alturas todos estarán ya al tanto de vuestros esponsales.

—Danika va a matarme.

—¿Por qué?

Se preparó para la bronca monumental que sin duda su madre dejaría

caer sobre su cabeza.

—Mi compañera no está al tanto del tema de la boda —confesó con un cansado suspiro—, de hecho acabo de discutir con ella por ese motivo antes de dejarla en su hogar para que pudiese verse con su familia.

—Pero, Tarek, ¿en qué demonios estabas pensando?

Se pasó una mano por el pelo y sacudió la cabeza.

—En ganar tiempo, mamá —admitió en voz alta—. Yo mismo le dije al *sheikh* que hablaría con padre y lo pondría al tanto de mi petición, incluso acepté él ultimátum que me dio de anunciarlo en la ceremonia del recuerdo y casarnos inmediatamente después —añadió sintiendo que todo se le había ido de las manos—. He conocido a mi compañera hace dos días, dos malditos días y en ese intervalo de tiempo he tenido que seguirla al desierto, evitar que nos enterrase una tormenta de arena de proporciones bíblicas y enfrentarnos a el maldito juego de ajedrez que se traen nuestros padres fundadores y a unas vidas pasadas que no han hecho otra cosa que complicarnos todavía más la existencia.

Terminó sin aire, con el corazón latiéndole a toda velocidad, preso de una inesperada ansiedad que hacía que incluso su tigre gruñese.

—Todo lo que he pedido es una semana, siete malditos días para conocer a la mujer que el destino ha decidido entregarme como compañera y que ella pueda conocerme, ¿y qué ocurre? Pues lo de siempre, que el sultán tiene que tener la última palabra y joder con cada uno de sus hijos.

Ella no dijo nada, pero tampoco le hacía falta, su rostro era el reflejo de sus pensamientos y estos estaban de parte, una vez más, de sus hijos.

—No me sorprende que Kaliq hubiese obrado como lo hizo cuando conoció a Sarah, empiezo a pensar si no hubiese sido mejor quedarme con Danika en el Badra un mes más, como mínimo.

—Tu padre solo desea lo mejor para cada uno de sus hijos —le aseguró

ella—, siempre ha tenido miedo de la maldición que ha caído como una espada de Damocles sobre las cabezas de esta familia. Él no quería que tuvieseis que pasar por lo mismo que pasó él cuando me conoció, no quería que os vieseis obligados a dividir vuestro corazón entre una compañera elegida por la presión y vuestra otra mitad, si es que llegabais a encontrarla. Incluso hoy, tu padre no deja de pedirme perdón por no haberme esperado, por haber amado y seguir profesándole cariño.

Esas palabras lo golpearon, pues no era algo que fuese de dominio público. Su padre siempre había sido un hombre fuerte e inquebrantable y las palabras de su madre lo convertían en alguien muy humano.

—Él solo intenta formar parte de tu vida, como de la de tus hermanos — le aseguró y le cogió la mano entre las de ella—. Tenías que haberle visto cuando se enteró de que tú, su cachorro, había encontrado también a su compañera. Los tres, tus hermanos y tú, habéis roto la maldición de los Al-Hanak y os convertiréis en los nuevos pilares de nuestra raza. Pronto tendréis hijos, los veréis crecer, les hablaréis de las tradiciones y esperaréis que lleguen a ser tan felices cómo lo sois vosotros hoy en día.

Llevó su mano libre sobre su mejilla y le sonrió con esa dulzura que parecía arreglarlo siempre todo.

—Tu lugar ahora está al lado de tu Danika, Tarek, no pienses en nada más que en tu felicidad y en hacer feliz a tu compañera —le pidió cariñosa—. Y cuando sientas que estás preparado para enfrentarte a tu padre, que ambos lo estéis, tráela a casa, estoy deseando conocer a mi nueva hija.

—Y yo que la conozcas, mamá, y yo que la conozcas.

Tomó las manos de su madre, las besó y se las llevó a la frente en un gesto de respeto y amor absoluto.

—Venga, venga —se zafó de sus atenciones y señaló el pasillo que llevaba a las suites de sus hermanos, cada uno de ellos se había instalado en

un ala distinta de la casa, de ese modo estaban juntos y al mismo tiempo, tenían su propia privacidad—. Ve a ver a tus hermanos, Sharif no ha salido de la biblioteca desde la última vez que hablaste con él y le hablaste de la biblioteca. Kaliq ha estado haciéndole compañía.

—¿Mi hermano mayor en la biblioteca? ¿Está enfermo?

—Creo que más bien huye de las náuseas de su compañera, tu futura sobrina o sobrino, los mantiene a ambos despiertos por la noche.

Sí, eso tenía mucho más sentido que el que Kaliq hubiese adquirido recientemente afición por los libros.

—Bien, me alegra que estén juntos, he encontrado algo que quería compartir con ellos —palmeó la bolsa que traía consigo con los libros—. Ya es hora de que nuestra familia y nuestra raza sepan del lugar del que vienen y quienes han sido sus antepasados.

Ella bajó la mirada al lugar que había palmeado y asintió.

—Confío en tu criterio, ve.

La besó en la mejilla y se excusó para ir a reunirse con sus hermanos, era hora de poner las cosas sobre la mesa y tomar una decisión sobre el futuro.

CAPÍTULO 32

Iba a matar a su prometido, porque el maldito príncipe Tarek Al-Hanak se había convertido para todo su pueblo en eso, en su futuro esposo.

Danika hervía a fuego lento y apenas escuchaba lo que su hermana Zeynep le decía mientras caminaba de un lado a otro de la sala principal en la tienda de su padre, el té que había servido Lyss seguía ante ella sin tocar, al igual que las pastas que había traído una de las mujeres para celebrar su próximo matrimonio. Sus hermanas, cada una a su manera, intentaban ayudarla a sobrellevar la noticia que le había dado su padre nada más traspasar el umbral de su tienda.

Al *sheikh* Sahin no podía acusársele de andarse con rodeos, se lo conocía por su franqueza y serenidad, pero una cosa era hablar con un uno de los suyos o con otros dirigentes y sacar adelante a su gente y otra muy distinta decirle a su hija menor que estaba organizando su boda con el menor de los príncipes del sultanato.

«Este último año ha traído consigo un periodo de cambios y de adaptación, muchos de los miembros de las tribus han perdido algo, la nuestra no ha sido una excepción, pero la vida sigue y es nuestra obligación ser un ejemplo para los demás, para ayudarles a seguir adelante y que sepan que unidos somos más fuertes. Su alteza ha tenido la deferencia de

dirigirse a mí para pedirme la mano de la menor de mis hijas, su verdadera compañera y ha sido para mí un verdadero honor concedérsela».

Llegados a este punto había perdido el color, probablemente habría salido huyendo si su hermana mayor no hubiese estado allí, detrás de ella y la hubiese sujetado pidiéndole con los ojos que no lo hiciese.

Así que no le había quedado otro remedio que quedarse allí, aguantando el chaparrón, escuchando el vozarrón de su padre decidiendo su futuro, decidiendo por ella, a su hermana Zeynep emocionada por su próximo enlace, dispuesta a ayudarle a prepararlo todo para que fuese una novia a la altura de su alteza y la perenne presencia de Lyss, quién se limitó a permanecer en silencio, sirviéndole de apoyo.

Sí, ese maldito tigre mirón, compañero o no, iba a terminar descuartizado y enterrado en algún lugar en medio del desierto.

—...con los preparativos del ceremonial vamos a ir muy justas de tiempo, pero haremos todo lo posible para que sea un día inolvidable para ti, Dani —le decía Zey—. Vas a ser una novia preciosa y...

—No voy a casarme.

—Dani...

—¿Qué?

—No digas tonterías.

Se levantó con total tranquilidad y los miró a todos y cada uno de ellos.

—No-voy-a-casarme —repitió puntualizando cada palabra, sobre todo para que se diesen por aludidos su padre y su hermana mediana—. Lo que voy a hacer es matar al hijo de puta de mi compañero y luego bailaré sobre su cadáver.

—No hace falta ser tan extrema —le susurró Lyss, quien parecía estar de su parte, entonces se volvió hacia su padre—. Te dije que no era el modo correcto de decirle las cosas.

—¿Tú lo sabías?

Su hermana hizo una mueca.

—Tuve que amenazar a Malik para que hablase —confesó—, me contó que tu príncipe...

—No es mi príncipe, es un cadáver con tiempo de prestado.

—...había hablado con padre para decirle que eras su compañera y pedirle que bendijese vuestra unión —continuó su hermana y añadió—. Tarek le pidió tiempo para poder decírtelo él mismo, pero ya conoces a papá, le encanta hacer las cosas a su manera...

—Eres una princesa de los Sahin, él obró conforme a las tradiciones.

—Papá, cállate.

—Ni se te ocurra decir una sola palabra.

El hombre acusó la regañina de las dos, habiendo criado a tres hijas independientes, sabía muy bien cuando era sabio mantenerse en silencio.

—¿Te ha deshonrado? —soltó Zeynep bajando el tono para que solo lo escuchasen las mujeres—. Si te ha hecho daño, te juro, hermanita, que seré yo misma quién lo haga pedacitos.

La fiera defensa de su hermana la hizo sonreír un poco, no era habitual ver a su hermana mediana tan protectora.

—No hizo nada que yo no le permitiese.

—Bueno, eso simplifica las cosas —aseguró y señaló a su padre—. Debes aceptarle y convertirte en su princesa.

—Ya es su princesa, es la compañera de un *tygrain*.

—Al final todo se reduce a las tradiciones.

—No, se reduce a lo que ella desee —zanjó Lyss y la miró—. ¿Le quieres?

—Le conozco desde hace veinticuatro horas.

—Eso no es lo que te he preguntado, Dani —insistió—. No pretendo

comprender por completo lo que significa un vínculo como el que te une al príncipe Al-Hanak, pero tiene que ser algo especial para que los Señores de Bahir no tomen a otra esposa que no sea su compañera.

—Y, en ocasiones no hace falta más que un cruce de miradas para enamorarte de la otra persona —añadió también Zeynep, bajando el tono y mirándola con ternura—. El tiempo puede enseñarte a apreciar lo que no conoces de él, a detestar otras, pero si lo quieres, si ya sientes algo por él, eso solo puede hacerse más fuerte.

—¿Lo quieres, Dani?

Se mordió el labio inferior, no quería responder, no podía hacerlo, pero ellas no iban a dejar que se escapase así como así.

—Sé quién es, aún si no lo conozco realmente, conozco su alma, he estado allí, ha formado parte de mí... pero esto... ¡esto es una jodida encerrona, chicas! Y no está aquí para poder decírselo, para poder gritarle...

—Cariño, solo os habéis separado hace un par de horas.

—Pues parece que fue hace mucho más tiempo, me lo advirtió y esto... es un asco.

—Oh, mi hermanita se ha enamorado de su príncipe.

—Menos mal...

Las palabras de su padre hicieron que las tres se volvieran hacia él y levantase ambos brazos.

—¿Sabéis qué? Organizar vosotras la boda, yo voy a dedicarme a la Ceremonia, al menos allí ninguna de mis hijas querrá destriparme.

Ellas se rieron y la abrazaron y a Danika no le quedó otro remedio que devolverles el abrazo.

—Primero voy a matarle, chicas, y ya después, si queda algo de él que sirva... me plantearé el casarme.

CAPÍTULO 33

Sharif cerró con sumo cuidado el segundo de los libros que había estado leyendo en voz alta y se recostó contra el sillón. Su hermano mantuvo la mirada sobre la cubierta, cruzó las manos sobre el regazo y por fin se giró hacia él.

—¿Te das cuenta de qué es esto? —Señaló con un gesto de la mano el manuscrito—. Todas las lagunas que teníamos al respecto sobre la primera familia podrían quedar resueltas...

—No solo de la primera familia —comentó Kaliq, que se había apoyado en el brazo del sillón durante la lectura—. Es un mapa migratorio, podrían rastrearse cada una de las líneas de descendencia y saber con exactitud a qué rama pertenece cada tribu y clan de nuestra raza esparcida por el mundo.

Ambos se volvieron hacia el mayor de los Al-Hanak con sendas miradas sorprendidas.

—¿Qué?

—Parece que el caerte dentro de las ruinas ha despertado tu curiosidad por el pasado —comentó Sharif con una perezosa sonrisa.

—Ha sido una apreciación asombrosa viniendo de ti —corroboró él—. De verdad, me ha llegado al alma.

Se limitó a poner los ojos en blanco y señalar el libro.

—¿Qué tienes en mente?

Siguió su mirada e hizo una pausa.

Se había encontrado con ellos en la biblioteca después de dejar a su madre, su bienvenida había sido cálida por parte de ambos, pero también habían criticado su estupidez de abandonar a su compañera a pocas horas de haberla reclamado. Los dos habían estado anteriormente en sus zapatos y sabían lo dura que era la separación en aquellos primeros momentos. El tema de Danika, no obstante, había sido hecho a un lado en cuanto sacó los libros de la bolsa y los colocó delante de ellos. Sharif había querido sonsacarle más información de lo ocurrido en la biblioteca, pero había preferido mantenerlo de momento fuera de la conversación.

Pronto los tres estuvieron sumergidos en los pasajes del segundo cuaderno, había elegido ese a propósito porque no solo hablaba de la primera familia sino de sus vástagos, cómo estos habían seguido sus propios caminos y a dónde los habían conducido en el proceso.

—Cuando entré en la biblioteca tuve una... regresión... un recuerdo muy nítido de la persona que escribió estos tomos y cuál era su visión entonces, una que sigue en su mente aún hoy —comentó captando la atención de los dos—. Khaled renunció a su derecho de nacimiento para seguir a su compañera, creo... creo que él fue el primer *tygrain* que se vinculó, que descubrió que su raza estaría destinada a encontrar a esa otra mitad, a la pareja que lo completase y se encargó de que sus hijos y sus descendientes, tuviesen esa información cuando saliesen al mundo y eligiesen su propio camino.

Sintió el peso de la mano de su hermano sobre su hombro, levantó la cabeza y se encontró con sus ojos azules.

—Fuiste tú...

Asintió sin vacilación.

—Ahora ya sabemos de dónde me viene la afición por los libros y la escritura —admitió con cierta ironía—. En otra vida parece que fui el escriba de la biblioteca, con la tarea de plasmar la existencia de nuestra raza y darla a

conocer a las generaciones futuras.

Kaliq dejó escapar un profundo suspiro, abandonó su lugar y se acercó a la mesa, al igual que su hermano antes que él, abrió de nuevo el libro con sumo cuidado y pareció deslizar la mirada por su contenido.

—Si no hubiese visto con mis propios ojos lo que hay allí abajo, si no lo hubiese sentido y supiese en lo más profundo de mi alma que ellos vivieron entre nosotros, ahora mismo recomendaría la internación psiquiátrica de los dos —murmuró, entonces se volvió hacia ellos—. Tenemos en las manos el legado histórico más importante de nuestra raza, un manuscrito que ha vuelto después de incontables siglos a las manos de aquel que debía encontrarlo. Es también un pedazo de la historia de Bahir, una que no podemos exponer en un museo a menos que queramos que algún lunático empiece una caza de brujas en pleno siglo veintiuno.

—Esos manuscritos no se hicieron para ser expuestos en una vitrina, Kaliq.

—No, pero tampoco para ser publicados bajo el nombre de los Al-Hanak —sentenció, dejando claro que lo primero era proteger a su familia—. No obstante, el resto de nuestra raza tiene derecho a saberlo, a conocer las historias que les han dado la vida, a saber de dónde han salido y quienes han sido sus antepasados...

—¿Qué se te está pasando por la mente, hermanito? —preguntó Sharif echándose hacia delante en la silla.

Los ojos del heredero del sultanato recayeron sobre él.

—Piénsalo un momento, Tarek, la biblioteca se ha abierto a ti por una razón...

—Porque eres el escriba —añadió Sharif cogiendo al vuelo la idea y volviéndose hacia él—, tú eres el que debe dar de nuevo voz a la historia, hacer que llegue a toda nuestra raza.

—¿Y cómo sugieres que lo haga?

—Escribiendo, Tarek, escribiendo —insistió con una amplia y satisfecha sonrisa—. Te has pasado media vida en la biblioteca, has elegido una carrera que te ha preparado para leer algo que no ha visto la luz en más de mil años, si alguien puede llevar a cabo esta tarea, eres tú...

Sacudió la cabeza y miró de nuevo los manuscritos.

—Es demasiada responsabilidad...

Uno por cada lado, posaron sus manos sobre sus respectivos hombros.

—Somos Al-Hanak, *tygrains* de Bahir, ni siquiera los dioses del desierto pueden decidir por nosotros —le aseguró Kaliq con firmeza.

—Somos nuestro propio destino, hermano, nosotros decidimos y el mundo, espera.

Respiró profundamente y dejó escapar de nuevo el aire.

—Pues el mundo deberá esperar un poco más —respondió tomando una decisión—, porque ahora mismo, tengo una compañera que recuperar.

—Todavía no puedo creer que el cachorrillo de la familia se haya emparejado.

—Se nos ha hecho mayor, ¿eh, Shar?

—Sí, hay que ver cómo ha crecido.

Fulminó a ambos con la mirada y sacudió la cabeza.

—Hay cosas que no cambiarán jamás —chasqueó dirigiéndose hacia la mesa y acariciando el tacto antiguo del libro una última vez—. Necesito ir con Danika, algo la está alterando y creo hacerme una idea de lo que es.

—Lo intenté, pero ya sabes cómo es padre —suspiró Kaliq—. Cuanto más le dices que no urge, más excava en ese mismo sitio y esta vez ha sacado petróleo. Por otro lado, era algo que antes o después iba a hacerse público, tu compañera es la princesa de una de las grandes tribus del este.

—En eso tiene razón —aceptó Sharif.

—Dos príncipes atados por el deber —murmuró en voz baja, más para él que para ellos—, y unidos por la llamada del desierto.

—Ve con ella, sé que lo estás pasando mal y si tú estás así, ella no puede encontrarse mucho mejor.

Asintió ante las palabras y la sugerencia de Kaliq, los miró a ambos y les palmeó la espalda a modo de despedida.

—Si salgo vivo de esta, os presentaré a vuestra nueva hermana.

—Estoy deseando conocerla —aceptó Sharif.

—La recibiremos como a una más de nuestra familia.

Sí, lo harían, así como cada uno de ellos había recibido a las compañeras de los otros, sus hermanos acogerían a Danika en su seno y la defenderían hasta la muerte.

CAPÍTULO 34

Si había algo de lo que no se podía escapar en su comunidad era de los rumores, eran como un reguero de pólvora a la que una vez que prendías la mecha no podías detener. Y si esos rumores la tenían a ella además como protagonista, Danika sabía que seguirían en activo incluso después de su propia muerte o extinción.

Había perdido la cuenta de la cantidad de felicitaciones y buenos deseos que había recibido de su gente, de las miradas soslayadas de mujeres solteras de su misma edad cuchicheando en voz lo bastante alta cómo para ser escuchadas poniendo en cuestión sus motivaciones y su virtud.

Ese último año que había pasado fuera había olvidado que esto era lo que solía pasar en comunidades como la suya, la tribu era como una gran familia, no había secretos, todos se ayudaban los unos a los otros o no dudaban en señalar errores si creían que se estaban cometiendo. Eran juez, jurado y verdugo en una sola unidad, acataban las leyes nacionales, pero también tenían las suyas propias y eran mucho más antiguas y poderosas, tradiciones que no siempre podían erradicarse por mucho que se pusiera de su parte.

Huyendo de todo aquello encaminó sus pasos hacia la charca, el dolor de cabeza no se le había apaciguado lo más mínimo, si acaso había aumentado

y ahora también tenía un incómodo nudo en el estómago de ansiedad que le provocaba calambres. Ni siquiera había podido almorzar, todo lo que deseaba era echarse en algún lugar, hacerse un ovillo y olvidarse del mundo, pero ni eso le permitirían, tras la reunión familiar protagonizada en la tienda le había quedado claro que nada de lo que dijese o hiciese serviría para cambiar su actual situación; le había sido prometida a uno de los príncipes Al-Hanak y se casaría en cuanto terminase todo el asunto de la Ceremonia del Recuerdo.

—En pedacitos, muy chiquititos, tanto que tengan que usar una lupa para buscar tus restos, Tarek —masculló para sí. El pronunciar su nombre le provocaba una punzada de anhelo en el bajo vientre. Hacía tan solo unas horas que la había dejado y no podía dejar de extrañarlo, de preguntarse cuándo vendría, si es que lo hacía y era algo tan extremo y absurdo que la idea de matarlo era cada vez más apetecible—. Muerte por descuartizamiento o por atropello de camellos, no sé si eso existe, pero siempre puedo ponerlo de moda...

—¿Pensando ya en maneras de divertirte, compañera?

La voz que sonó a su espalda le produjo un escalofrío de placer, el corazón le dio un salto y empezó a palpar a toda velocidad, antes de poder controlarse a sí misma ya se había levantado, girado y contenido el aliento al verlo allí, vestido con ropa limpia y el pelo todavía húmedo. Le sentaba bien el color blanco, realzaba el moreno de su piel y hacía que no pudiese pasar por alto quién era en realidad.

—¿Dani?

El diminutivo de su nombre saliendo de su boca, su mirada sosegada clavada en ella, su postura de amo y señor, todo fue como un puñetazo en el estómago. ¿Por qué tenía que estar tan tranquilo, tener tan buen aspecto y actuar como si no hubiese cambiado nada cuando era el responsable de haber puesto su mundo patas arriba?

—Embustero, farsante, aprovechado, ¡mentiroso! —arrancó y avanzó hacia él con decisión sin dejarse un solo insulto por el camino—. ¿Está es tu forma de hacer las cosas? Engañas, actúas, finges, seduces, enamoras... ¡y entonces clavas el puñal por la espalda! —Lo aporreó con sendas manos en el pecho y, para su mayor frustración, él no se defendió, se quedó allí, mirándola apenado, pero no se defendió—. ¡Me mentiste! ¡Has orquestado todo esto desde el principio! ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? ¡No eres mejor que esos malditos hijos de puta que arrasaron nuestras tierras y...!

Sus palabras quedaron ahogadas por su abrazo y lo que había empezado como un fogonazo de rabia mudó rápidamente en llanto.

—Has puesto mi vida patas arriba, Tarek, me dejaste en el poblado sin advertirme lo que estaba pasando y todo se me ha venido encima —protestó aferrándose a su camisa con ambas manos—. ¡Todo el mundo decide por mí!

—Aunque no lo creas, buscaba protegerte precisamente de esto —lo escuchó hablar y su voz sonaba realmente abatida—, evitar que tu imagen, que el símbolo que representas para esta gente no quedase mancillado a sus ojos... pero una vez más, aquellos que deben escuchar hacen lo que les da la santísima real gana.

Sus últimas palabras surgieron como un gruñido, resbaló las manos sobre sus hombros y la arrancó de su contacto, buscando sus ojos.

—Le pedí tu mano al *sheikh* en cuanto me di cuenta de que eras mi compañera —le informó—. Quería que supiese que no mancillaría tu nombre, que no eras un capricho ni un juego para mí, tú me hiciste ver que no nos conocíamos y me propuse conocerte, pero tu padre es tan cabezota e intransigente como el mío y todo lo que me concedió fue una semana.

—¿Y yo que soy? ¿Crees que podéis decidir dónde dejarme, si quedo mejor sobre una estantería o de tu brazo? —replicó enfadada—. ¡No soy un maldito trofeo que se gana o se pierde!

—¿Crees que no lo sé? —respondió con su misma intensidad—. Desde la primera vez que puse los ojos sobre ti estuve muerto de miedo, sabía que eras para mí, pero yo soy un *tygrain*, sé que es lo que se espera de mí, pero tú lo ignorabas. ¿Cómo hacerte comprender que mis sentimientos eran reales, que no me quedaría más remedio que enamorarme de ti porque ya no había espacio para nadie más en mi corazón o en mi alma? Me dejaste claro desde el primer momento que no nos conocíamos, que yo era un extraño para ti, que toda esta miríada de emociones era un completo galimatías sin sentido al que no te había dado tiempo de procesar. Intenté hacer lo que estuviese en mi mano para conocerte, para que empezaras a conocerme, quizá mis métodos no hayan sido los más adecuados, pero nunca he tenido malas intenciones, ni he pretendido burlarme de ti. Empiezo a descubrir quién eres, Danika y con cada pedacito que raspo de la superficie, encuentro que me gusta lo que hay debajo, que me enamoraría sin remedio de ti, quizá porque ya lo estoy en parte. Y no, no tiene sentido, pero esto es lo que hay, es lo que soy y no hay cambios o devoluciones posibles.

Su mente quedó vacía de argumentos, de enfados y alegrías, apenas si podía empezar a encajar cada una de sus palabras en el lugar que correspondían, formando esa necesaria manta que la abrigaría siempre que estuviese cerca de él.

—Todo se ha precipitado... —se encontró diciendo en respuesta—. Todos, de alguna manera, habéis cogido un pedacito de mí y habéis hecho con él lo que os ha dado la gana... Y yo lo he permitido, me he dejado arrastrar, pero ya no más.

No podía seguir dejando que la arrastrase la corriente, tenía que empezar a nadar, tenía que luchar por llegar a la orilla.

Respiró profundamente y dio un paso atrás, librándose de sus brazos, aún si al hacerlo sentía que se resquebrajaba por dentro.

—Los Sahin esperan una boda, un festín de varios días, una novia a la que exhibir...

—¿Y qué es lo que tú quieres, Dani?

Levantó la cabeza y lo miró a los ojos.

—Huir —confesó con un mohín—, volver al desierto y ocultarme allí durante el resto de mis días, pero sé que eso no me traería paz y lastimaría a aquellos a los que quiero. Así que, opción A descartada, me queda la opción B... Enfrentarme a todo esto con la cabeza en alto y...

—Conmigo a tu lado —terminó por ella, aún si esa no era la frase que tenía en mente, sí era la que quería oír.

—Iba a decir *«esperar que a nadie le dé una apoplejía cuando no nos presentemos en esa ceremonia»*, pero en esencia, es lo mismo.

—No me pareces una mujer que reniegue de las tradiciones —comentó, parecía que empezaba a conocerla.

—No lo hago, es parte de quién soy y parte de quién fui —admitió por primera vez en voz alta, aceptando su pasado y cogiendo en sus propias manos el futuro—. Soy hija del desierto, su mirada y su voz, las dunas de arena han acunado mi espíritu durante miles de años, si he de hacer un juramento, será en el lugar al que puedo llamar hogar. ¿Te parece bien, compañero?

—Soy tu más humilde siervo y esposo, compañera, tu deseo es también el mío —replicó con una burlesca reverencia, entonces añadió—. Sí, amor, me parece perfecto.

Su espontánea respuesta la sonrojó, apartó la mirada y musitó.

—No vayas tan rápido, tigre, yo todavía no...

—Esperaré, toda la vida si es necesario, Danika, eres parte de mí y lo serás eternamente —le dijo acariciándole la mejilla con los nudillos.

—¿Puedo pedirte una cosa más?

—Lo que necesites.

—No vuelvas a dejarme sola, ni siquiera durante una hora, hasta que esto desaparezca, porque te juro que en la vida he sido tan bipolar.

Él se rió, la abrazó y le cogió la barbilla.

—Será un placer para mí no perderte de vista —aseguró uniendo los labios a los suyos—. ¿Has almorzado ya?

—No he podido, tengo el estómago como una nuez.

—Um... hay que remediar eso, así que, ¿almuerzas conmigo?

—Sí, alteza, almorzaré contigo —aceptó y lo besó por iniciativa propia—. Dios, que ganas tenía de hacer esto.

Su respuesta fue romper a reír a carcajadas y ella lo imitó.

CAPÍTULO 35

Tarek no fue nunca tan consciente de la fragilidad de su compañera como en esos momentos, no se trataba de una debilidad física, sino de una falta de confianza en sí misma y en sus decisiones. Su acusación había sido un reproche sobre la confianza, una forma de decirle que ella había intentado dar ese paso adelante y arriesgarse, pero sus decisiones y las de otros, habían echado por tierra ese avance.

La sociedad en la que se había criado tenía buena parte de culpa en ello, todavía era demasiado machista y la mujer tenía un papel secundario. Para alguien que se había educado en las tradiciones, pero había probado la libertad fuera de las restricciones de la tribu, era muy difícil amoldarse de nuevo a ellas. Danika estaba intentando encontrar su lugar dentro de la comunidad que la había visto nacer y crecer y, al mismo tiempo, quería darles más, hacerles ver que los tiempos avanzaban y debían avanzar con ellos.

Curiosamente ese era también el mensaje que había encontrado en los libros: recordad el pasado, pero no dejéis de avanzar hacia el futuro.

—Así que... a ti no te ha ido mucho mejor en casa, ¿eh?

El comentario lo arrancó de sus propios pensamientos, devolviéndolo a su tienda y a la mujer que se sentaba de piernas cruzadas delante de él. Había preferido alejarla del ajetreo y de las miradas que él mismo había encontrado

durante el camino y obtener para ambos un poco de privacidad. Si bien seguían manteniéndose dentro del territorio de los Sahin, estaban lo bastante apartados del núcleo del poblado como para conseguir que ella se sosegase al fin.

—Me encontré con mi madre y ella me puso al tanto de la locura que se había desatado de la noche a la mañana —admitió con un simple encogimiento de hombros—. Él también se preocupa por las tradiciones y el que su hijo menor se hubiese emparejado con un princesa de los Sahin, fue tanto una alegría como un dolor de cabeza... políticamente hablando. Así que, hizo lo que cualquier padre haría por su hijo, se encargó de que no metiese la pata y no ofendiese a tu tribu poniendo en conocimiento del *sheikh* mis supuestas intenciones... Solo que tu padre ya estaba al tanto de ello, puesto que yo mismo hablé con él y a cambio me expuso sus condiciones, las mismas que dialogó con mi señor padre y este aceptó de mil amores.

—¿Cuándo demonios tuvieron tanto tiempo para hacer eso?

—Estamos en la era de las nuevas tecnologías, dales *Skype* y no levantarán el culo del asiento ni apartarán el rostro de la *tablet* —hizo una mueca—. Mi hermano Kaliq intercedió y llamó a la serenidad, eso evitó que enviase a Malik a buscarme, en el mejor de los casos.

—Mis hermanas, más que ayudarme, me han hecho directamente la cama nupcial.

Enarcó una ceja ante su juego de palabras.

—Siempre he pensado que Zeynep quería vernos a todas casadas y felices, como ella misma lo es —sacudió la cabeza—. Ella es fiel a las tradiciones, posiblemente porque nunca ha salido de aquí, así que, por ella habría podido acostarme con quién me diese la gana siempre y cuando luego me casase con él. Lyss se limitó a decirme, en cambio, que hiciese aquello que me dictase mi corazón.

—¿Y qué es lo que te dicta, Dani?

Los bonitos ojos claros se encontraron con los suyos por encima de la mesa.

—Que, con toda probabilidad, el lugar en el que me sienta menos sola y más segura, sobre todo en estos actuales momentos de caótica locura, es junto a ti —admitió con cierta renuencia—. Desde el momento en que has vuelto, puedo pensar nuevamente con claridad y no me falta el aire, lo cual es todo un *bonus*, si lo miras desde mi posición.

—Mientras hablaba con mis hermanos, todo en lo que podía pensar era en ti —admitió sin ambages—. Me sentía inquieto, quería dejarlo todo y venir a buscarte, entonces sentí tu malestar, tu nerviosismo... y aquello me desquició un poco. Debo ser también un tigre bipolar porque mis hermanos prácticamente me echaron de una patada en el culo y me prohibieron volver si no era contigo junto a mí. Están deseando conocerte, al igual que mi madre.

Ante la mención de su progenitora se le colorearon las mejillas.

—Estupendo, voy a tener una gran familia política.

—Ya eres parte de la familia, lo eres desde el momento en que te cruzaste en mi camino y decidiste darme la oportunidad, aún si fue a regañadientes, de estar junto a ti —aseguró y se inclinó por encima de la mesa para coger su mano—, y Dani, cuando quieras estar cerca de mí o tocarme, no tienes más que pasar por encima de lo que se interponga en tu camino y sentarte en mi regazo.

Ella abrió los ojos de par en par, pillada, sus mejillas se colorearon aún más y abrió y cerró la boca, pero eso no evitó que él tirase de ella hacia sí y la cogiese en brazos.

—¿Por qué demonios tienes que meterte en mi cabeza? —protestó, pero se acomodó en sus brazos, tranquila.

—No lo he hecho, llevas un buen rato revolviéndote sobre la almohada,

mirando a un lado y a otro, cómo si quisieras dejar el asiento y no te atrevieses —le aseguró, rodeándola con los brazos—. Y yo también necesitaba tocarte, así que, ¿por qué no matar dos pájaros de un tiro?

Se acurrucó contra él, entre tímida y confiada, para soltar luego un suspiro.

—Me cuesta no pelearme conmigo misma por desear algo tan intensamente y aceptarlo sin más, no es fácil, nunca he sido precisamente buena haciendo amistades del sexo opuesto.

—Conmigo has obtenido matrícula, solo míranos.

—Pero esto es distinto, nosotros somos... —Se detuvo, se lamió los labios y dudó, pero al final se arriesgó una vez más—. Esto era lo que debía suceder, lo entienda o no, pero me cuesta aceptarlo, entenderlo...

—Todo lo que tienes que entender es que cuando estamos así, muy cerca el uno del otro —le rodeó la cintura con el brazo y le acarició el oído con los labios—, no habrá fuerza humana o sobrenatural, del pasado o del presente, que pueda separarnos, porque después de todo, este es el lugar en el que hemos deseado estar.

—Dicho así, suena muy sencillo —aceptó con un suspiro, estaba agotada, tanto o más que aquella misma mañana en la que la dejó. No solo no había podía descansar, sino que se había agotado aún más—. ¿Pero qué hay del trabajo? Imagino que tienes otras ocupaciones, ¿no? ¿O eres de esos niños ricos a los que papá les asigna una cantidad mensual para sus gastos?

—Mi padre dejó de darme una asignación cuando empecé la universidad —resopló y la miró cuando ella giró la cabeza hacia él—, mucho me temo que nunca he tenido fama de niño rico, llevo trabajando desde que terminé la carrera. Trabajo de consultor en el departamento de arqueología de la universidad y en el museo arqueológico de Bahir, estoy graduado en lenguas antiguas...

—Por eso podías leer con tanta facilidad los manuscritos de la biblioteca —mencionó ella y corroboró su apreciación con un gesto de la cabeza—. Aunque es una carrera un tanto extraña para un heredero del sultanato, ¿no?

—Kaliq es el heredero del sultanato, no yo —sonrió de soslayo—, además, soy el más joven de los hijos de mi padre, con lo que, digamos que me salí con la mía al poder hacer lo que yo quería, más allá de los estudios comunes que estuvimos obligados a cursar. Nuestro padre quería que tanto yo como Sharif pudiésemos servirle de ayuda al heredero, así que hizo que los tres estudiásemos juntos, aunque a quién le han dado más caña fue a Kal. Ese es el motivo por el que Shar y yo nos hayamos repartido las tareas del sultanato, sobre todo este último año. Dado que yo he pasado más tiempo en las tribus, hice mía sus competencias

Aquello pareció llamar su atención.

—¿Entonces tú eres el enlace del sultanato con nuestra gente?

Asintió en respuesta.

—Malik me ha ayudado a ver cómo estaban las cosas por aquí, hemos estado trabajando para sacar adelante algunos proyectos, pero la burocracia no hace más que ponernos trabas —aseguró con un bajo gruñido—. Uno de los motivos por los que fui esta mañana a casa era hablar con mis hermanos, si todo sale como lo hemos planeado, los niños de las tribus tendrán un nuevo colegio y sus padres, sobre todo aquellos más reacios a enviarlos a la capital, no tendrán excusas para negarles a sus hijos una educación adecuada.

Ella se incorporó de golpe, sentándose erguida, mirándole a la cara.

—¿Lo dices en serio?

—Nunca bromearía con algo como eso, Danika.

—Sé que no lo harías, Tarek, es solo... —sacudió la cabeza—. Sé que Malik ha peleado por uñas y dientes por los niños, he intentado ayudarle cada

vez que he estado en casa, pero yo misma me he encontrado con infinidad de trabas —admitió hablando por primera vez de sí misma—. Ahora que ya he terminado la carrera y que he hecho las prácticas, esperaba poder hacer algo más.

—Malik me comentó que llevabas tiempo fuera de tu hogar, que has estudiado en el extranjero y que después de los atentados, te habías marchado para terminar la carrera.

Vio la inmediata respuesta en su rostro, la forma en la que apartó la mirada y se lamió los labios hablaba de su nerviosismo.

—No me fui solo por los estudios, podría haberlos terminado perfectamente en la universidad de Bahir, ya me lo había planteado cuando vine a pasar las vacaciones, pero entonces ocurrieron los atentados... —su voz fue bajando poco a poco hasta casi desaparecer—. No podía dejar de escuchar las explosiones, los gritos, ver... a esas personas quemándose vivas... Tenía que alejarme y por eso me marché.

Levantó el rostro y se encontró de nuevo con sus ojos.

—Pero por muy lejos que huyas, es imposible dejar atrás algo como eso.

—Lo sé, Danika, lo sé muy bien —admitió en voz alta—, no he dejado de escuchar sus gritos de auxilio desde ese día, sus voces nunca se acallarán, no completamente.

—¿Y cómo lo soportas?

Negó con la cabeza, deslizó la mano acariciándole el brazo.

—Intento recordarme a mí mismo que si bien no he podido hacer nada por los que se fueron, sí puedo ayudar a los que han dejado atrás —confesó por primera vez en voz alta—. Por eso me he implicado tanto este último año, en cierto modo, me siento culpable por no haber podido evitarlo.

—Pero no fue culpa tuya, nadie podría haberse imaginado lo que iba a pasar... —aseguró volviendo a acomodarse en sus brazos—. Por mucho que

nos culpemos los unos a los otros, por mucho que deseemos que las cosas fuesen de otra manera, no podemos cambiar el pasado, solo continuar hacia el futuro y recordar a los que ya no están.

La rodeó con los brazos y posó la barbilla sobre su coronilla.

—Tú eres ahora mi futuro, es hora de dejar que se marchen las pesadillas y concentrarme en vivir mi vida.

—Te cogere la frase —declaró con un agotado suspiro y se acurrucó contra él—. Al menos la parte de dejar marchar las pesadillas y concentrarme en vivir mi vida.

Se rio y la besó en la cabeza.

—Puedes considerarme también tu futuro, gatita.

—Sí, bueno... ya lo veremos —murmuró con voz somnolienta.

—Estás cansada, pequeña.

Ella respondió con algo parecido a un «*um-hum*» y suspiró.

—¿Dani?

—¿Um?

—Nada, duerme —le susurró en un ronroneo, la cambió de posición y la tendió sobre las almohadas.

—No te vayas —rumió estirando la mano para evitar que se alejase de ella.

—No tenía pensado hacerlo, no encuentro mejor forma de pasar la tarde que contigo entre mis brazos, sobre todo cuando no discutes.

Su respuesta fue suspirar, se acurrucó contra su pecho y se quedó profundamente dormida. El agotamiento emocional por fin le había pasado factura.

CAPÍTULO 36

Los días iban pasando demasiado rápido para el gusto de Danika, se había habituado a sortear miradas, agradecer las felicitaciones con un puñado de inocuas palabras y a no dar mayor importancia a los comentarios burdos y malintencionados de las matronas de la tribu. Su familia era sin embargo más complicado de evitar, en especial sus hermanas, que parecían estar más que dispuestas a preparar una maldita boda tribal, sobre todo Zeynep, quién había desempolvado sus dotes de costurera y se pasaba día y noche con la máquina de coser y la aguja. Su padre era el único que permanecía desaparecido, había optado por no meterse en medio de las tareas de «sus mujeres» y dedicarse a organizar el Ceremonial.

Tarek se había reído de lo lindo cuando le contó cómo se la habían jugado sus hermanas y la forma en la que terminó envuelta en telas de distintos colores, el muy gato había estado compinchado con Malik; su cuñado sería fiel a su hermana hasta el día de su muerte.

El pasar tiempo con su compañero le había permitido conocer un poco más al *tygrain* al que se había unido, había descubierto su sentido del humor y la picaresca con la que se enfrentaba a ciertas cosas, lo había visto actuar como el príncipe que era, un hombre seguro, educado y con conocimientos suficientes como para conseguir que un puñado de empresarios se interesaran por adquirir productos de artesanía y distribuirlos en la capital. Se había sorprendido cuando los niños corrieron hacia él pidiéndole que jugase con

ellos al fútbol; y no había cosa más sexy que ese hombre, en camiseta y pantalón, pegándole patadas a un balón y riéndose con los chicos.

Entre sus brazos había descubierto los beneficios y diversión que traía consigo el sexo, era un amante ingenioso, pasional, entregado y generoso, un hombre que la hacía vibrar tanto dentro como fuera de la cama y con quién se había encontrado hablando y debatiendo de todo tipo de temas, ganando unas veces, perdiendo otras y quedando en tablas. Él la escuchaba, incluso le había dado buenas ideas cuando compartió algunos de sus preciados proyectos para ayudar a su comunidad y le había prometido su apoyo.

Le gustaba pasar tiempo a su lado, especialmente desde que la llevó por primera vez al oasis privado de Abdel Haqq y acamparon a las orillas del desierto, esa noche vio el cielo estrellado tumbada a su lado y volvió a escuchar la canción en la brisa, una melodía a la que por primera vez dio voz delante de otra persona.

Y ahora aquí estaba, aferrada a su mano mientras cruzaban el umbral de los Al-Hanak.

Era la primera vez que ponía los pies en el palacio, lo había visto en fotos en alguna revista, pero sus recuerdos palidecían a la vista de la realidad.

—Relájate, princesa, no comemos a nadie —la tranquilizó apretando suavemente sus manos entrelazadas—. Que no te engañen los rumores.

—No soy de prestar atención a los rumores —replicó mirando a su alrededor—. Esto es... inmenso.

—Esta parte del palacio se utiliza para impresionar a las visitas y a los dignatarios —comentó tirando de ella a través de un largo pasillo hacia otra sala—, la familia ocupa la zona del interior que no está abierta al público.

Lo siguió hasta que salieron a un bonito patio interior bordeado de jardines, la decoración en esta zona era mucho más hogareña, más de andar por casa y no tan de exposición. Había una mujer faenando, tenía una maceta

sobre una pequeña mesa de trabajo y parecía estar trasplantando unas flores.

—Ya estamos aquí.

La mujer levantó la cabeza del trabajo, sus ojos, una copia exacta de los de su compañero se posaron sobre ellos. Sus labios se estiraron en una adorable sonrisa que iluminó un rostro amable, se quitó los guantes y se limpió las manos en el delantal al tiempo que avanzaba hacia ellos dándoles la bienvenida.

—Bienvenidos a casa, hijos.

—Te hemos pillado con las manos en la masa, ¿eh? —se rio Tarek, besándola en la mejilla, entonces se volvió hacia ella—. Dani, ella es mi madre, Zuleima. Madre, mi compañera, Danika.

—Me alegra poder conocerte al fin, querida —le dijo la mujer cogiéndole las manos con calidez—. Sé que Tarek ha debido estar rompiéndote la cabeza hasta que has aceptado venir a conocernos.

—Gracias, mamá, eso... sobra.

Sonrió, no pudo evitarlo, no todos los días veía al príncipe *tygrain* agachar las orejas y parecer avergonzado delante de alguien. La dama no solo era hermosa, si no que tenía un aura de calidez que invitaba a corresponder a su amabilidad.

—Ha sido un poco insistente sí.

—¿Solo un poco? —replicó él dedicándole un guiño.

Tenía que admitir que no la había presionado, la había invitado a acompañarle y conocer a su familia, tentándola con historias de su niñez, de las travesuras que había llevado a cabo con sus hermanos, había hecho que quisiera ser parte de eso, de ver en primera persona dónde había nacido y criado el hombre que se estaba abriendo paso en su corazón una vida más. Esa mañana, después de haber pasado la noche juntos, le había comunicado que tenía que ir a casa y que le gustaría que ella le acompañase. Había sido

sincero diciéndole que su familia estaría allí y que estaban deseando conocerla, pero siempre dejándole a ella la última palabra para decidir.

Había sido incapaz de decirle que no, porque deseaba saber más de él, quería seguir indagando en la vida del hombre que la había enamorado con su ternura, con su educación y elegancia, con esa sensualidad arrolladora y ese pícaro sentido del humor.

—No me has exigido que viniese, me has invitado a hacerlo y por eso te he acompañado —admitió en voz alta y recibió un suave apretón de la mano que todavía retenía la suya. Entonces se volvió hacia la mujer—. Tengo que confesar, que empezaba a sentir curiosidad por su familia.

La mujer se rio alegremente y, para su sorpresa, la engulló en un abrazo.

—Bienvenida a nuestra familia, hija —le dijo y añadió en un susurro solo para ella—, gracias por hacerlo tan feliz.

Danika se vio obligada a parpadear varias veces para alejar el inesperado picor en los ojos que la asaltó. De algún modo, su abrazo le recordó al de su madre, a quién se encontró extrañando más que nunca.

Tarek volvió a atraerla hacia él, rodeándola ahora con la cintura y besándola en la cabeza, un gesto tierno que la derretía muy a su pesar.

—¿Y padre?

—Encerrado en su despacho preparando el discurso para el ceremonial, ya sabes cómo es —replicó la mujer poniendo los ojos en blanco—. No te preocupes, en el momento en que le informen que estáis ambos aquí, mandará a la porra el discurso y vendrá volando a ver a su nueva hija.

La sola perspectiva de conocer al sultán la ponía nerviosa. Sabía que su padre y el monarca guardaban una buena relación, pero no dejaba de ser el dirigente del país.

—Y eso es exactamente lo que he hecho, amor mío.

La gutural y matizada voz que resonó en la sala la llevó a dar un

respingo, su compañero se giró y tiró de ella al mismo tiempo.

—Bienvenidos a casa, hijos míos.

El hombre que tenía ante ella era una versión adulta de Tarek, sus ojos eran azules, al contrario que los de su hijo menor, pero el parecido estaba ahí. Vestido a la manera tradicional de Bahir, el hombre poseía el mismo magnetismo salvaje de su compañero, su porte era un presente recordatorio de quién era, pero su rostro era amable, sus labios curvados en una agradable sonrisa mientras avanzaba hacia ellos y tras mirarlos a ambos, se dirigió a su hijo.

—Te has tomado tu tiempo en traerla a casa.

Su respuesta fue encogerse de hombros y mirarla de nuevo, transmitiéndole tranquilidad.

—Se ha pasado la semana echándome la bronca porque no te traía y no había podido conocer todavía a la menor de sus hijas.

Su comentario era toda una declaración de intenciones.

—Lo siento, majestad, yo...

El hombre levantó la mano y sacudió la cabeza.

—Llámame padre Hafez o Hafez solamente, hija, ahora eres parte de esta familia —le aseguró con calidez y amabilidad—. Bienvenida a casa, Danika.

Asintió y sonrió en respuesta, no podía hacer otra cosa, se le había formado tal nudo en el pecho, que lo último que quería era abrir la boca y echarse a llorar.

«¿Danika?».

«Estoy bien, estoy bien. Es que... no me esperaba esto... y... y me gusta tu familia».

La apretó contra él y la besó de nuevo en la sien.

«Espera a conocer a mis hermanos y a sus esposas y me dices si

todavía te gusta tu nueva familia».

Su voz sonó tan irónica en su mente que no pudo evitar sonreír.

—Gracias, padre Hafez —le agradeció, sorprendiendo también a su compañero al aceptar llamar así al hombre, pues era una declaración de aceptación de su emparejamiento—. Es un honor formar parte de esta familia.

«Gracias, compañera, por este regalo».

Lo miró y se limitó a asentir con calidez.

—¿Mis hermanas? —preguntó entonces Tarek.

—Sarah está en las oficinas, la princesa consorte dice que las náuseas no la alejarán del trabajo —replicó el sultán poniendo los ojos en blanco—. Mi hija es digna compañera de mi primogénito, son tal para cual.

—De eso se trata, querido.

—¿Y Jasmi?

—Llegó de la excavación, dijo que iba a darse un baño y que luego se reuniría en la biblioteca con tus hermanos —declaró la mujer—. Sharif dijo que te mandase para allí cuando llegases, que os enviase a los dos.

Él asintió y la miró.

—Ahora vas a conocer mi parte favorita del palacio.

—Cree en sus palabras hija y quédate con la ubicación, porque cuando pierdas a tu compañero, lo encontrarás siempre allí —declaró el hombre con una amplia sonrisa dirigida a su hijo menor—. Tus hermanos me han puesto al tanto de lo que tenéis en mente, Tarek, nuestros antepasados estarían orgullosos de saber que uno de sus hijos va a darle voz al pasado, yo lo estoy, hijo.

Él asintió, pero pudo sentir lo que esas palabras significaban para él, soltó su cintura y cogió su mano una vez más.

—Gracias, padre —aceptó satisfecho—. Ahora, si nos disculpáis, voy a enseñarle a Danika el resto de su nuevo hogar.

Se aferró a su mano, se despidió rápidamente de la pareja y lo acompañó a lo largo de otro pasillo.

—He decidido recopilar toda la información útil que hay en los libros que traje de la biblioteca y ponerla a disposición de toda la raza *tygrain* —la sorprendió con aquellas palabras—. Ese fue siempre mi destino, lo sé.

Y ella también lo sabía, de algún modo tenía claro que aquel era uno de los motivos por los que los antiguos dioses habían querido que encontrasen la biblioteca y recordaran el pasado, para poder dárselo a conocer a todos aquellos que lo habían olvidado.

—¿Y cómo piensas hacerlo? —preguntó curiosa.

—Escribiendo —aceptó sin más—, después de todo, es algo que siempre se me ha dado bien.

—Así que además de príncipe y *tygrain*, ¿serás escritor?

Sonrió de esa manera pícaro que le hacía palpar el corazón.

—Seré... ¿cómo te lo diría? La mano que esgrime la pluma —declaró y tiró de ella hacia él, deteniéndose en medio del camino para darle un beso en los labios—. Pero serás tú quién le dará vida.

—¿Cómo?

—Ya lo verás, Danika, ya lo verás.

CAPÍTULO 37

El día de la ceremonia había llegado, los dirigentes de las siete grandes tribus de Bahir, los cabezas de las tres principales familias y los Al-Hanak se reunieron bajo los auspicios de los Sahin para rendir homenaje y recordar a todos aquellos inocentes víctimas de los atentados. Había sido un año duro, un punto de inflexión para todos los presentes, un recordatorio de que la vida podía terminarse cuando menos lo esperabas, que tus amigos, aquellos a los que invitabas a tu mesa y con quién compartías el día a día, podían ser corrompidos por cancerígenos ideales o por la codicia.

Para él, para Sharif, para Jasmine, para su dulce Danika y para todos los presentes en los atentados que sacudieron el país, esa ceremonia era tanto un recordatorio de lo que se había perdido como de lo que se había ganado.

Un puñado de lunáticos habían ido contra las gentes de ese pequeño país arábigo y estas habían reaccionado uniéndose contra un enemigo común.

Ladeó ligeramente la cabeza a su izquierda, su compañera estaba junto a él, había decidido acompañarle y se lo había comunicado esa misma mañana en la tienda que compartieron toda la semana.

Danika parecía haber tomado alguna clase de decisión tras la visita a Samad, su compañera no solo había encandilado a sus padres, sino que había congeniado al momento con sus hermanas. Verla tan tranquila, disfrutando del

momento, de aquella nueva camaradería lo había ganado completamente, lo enamoró un poco más y lo hizo sentirse parte de ella.

«¿Ocorre algo?». Escuchó su voz en la cabeza, una caricia con el aroma del desierto.

«Solo que te quiero».

Las palabras surgieron por si solas, era una realidad, algo que sabía con cada parte de su alma. Amaba a esa mujer y la amaría toda su vida.

Sus ojos se encontraron, enarcó una ceja y contestó con un ligero encogimiento de hombros.

—Es la verdad —admitió en voz alta, atrayendo las miradas de sus hermanos apostados a su lado.

La vio sonreír y sacudir suavemente la cabeza.

«Sé que lo es, me lo has demostrado en cada paso del camino, pero, ¿no podías esperar hasta mañana? Sería un momento más adecuado».

Ahora fue él quien enarcó una ceja.

«¿Es que tiene que haber un momento adecuado para decirle a mi compañera que la quiero? Quiero decirlo ahora, no mañana».

—Tarek, estás haciendo pucheros —le susurró Sharif.

—Acabo de decirle que la quiero y me dice que debería habérmelo guardado para mañana.

—Shhh —Lo mandaron callar desde el otro lado, la mirada de Kaliq era tanto de advertencia como de diversión.

—Solo decía que mañana sería... no sé, bonito —musitó ella en respuesta, inclinándose hacia él con discreción.

Un nuevo «shh» resonó más alto, prácticamente todos al unísono se volvieron hacia el sultán. Su padre parecía estar preguntándole «¿qué demonios pasa».

«Tu padre nos acaba de echar la bronca».

«¿Por qué demonios no puedo decirte que te quiero cuando quiero hacerlo?».

«¿Te has enfurruñado?». La escuchó reír en su mente.

«Yo no me enfurruño».

«¿Tarek?».

La miró de soslayo.

«¿Qué?».

«Yo también te quiero».

—¿Qué has dicho? —Se volvió a ella, sin importarle que toda la maldita gente de la reunión se volviesen hacia ellos.

Su sonrisa era radiante y hacía que le brillasen los ojos.

—Ya me has oído.

—Dilo en voz alta, quiero testigos. —Señaló a sus hermanos con el pulgar.

Sacudió ligeramente la cabeza con gesto travieso y se inclinó para hablarle en voz baja.

—Te lo diré mañana, esa era la idea.

—Mañana puedes repetirlo si quieres, vamos, Dani, quiero oírlo.

—Chicos, no es por nada, pero... la ceremonia.

—Ahora seguimos, un momento. —Los hizo callar y se giró de nuevo a ella—. Danika... dilo.

—Oh, por favor, está bien, gatito mirón, te quiero —confesó llevándose las manos a la cintura—. Pero que sepas que me has estropeado la sorpresa.

—Mañana me haré el sorprendido, amor, no te preocupes —tiró de ella hacia sus brazos y la devoró con la mirada—. Pero ahora y en este momento, tus palabras son el mejor de los bálsamos.

Saltándose el protocolo, arrancando jadeos y risas de los presentes, reclamó los labios de su compañera en un caliente beso que dejaba claro a

cualquiera que quisiese mirar, que esa mujer era suya y lo sería eternamente.

—Buena la has hecho —chasqueó ella con las mejillas arreboladas.

—Tarek... la boda es mañana, ¿recuerdas? —le recordó su hermano conteniendo la risa a duras penas—. Hoy es la ceremonia para recordar a los que ya no están.

Se giró hacia él, envolviendo su mano en la de su compañera y asintió.

—Sí, recuerdo bien qué día es hoy —respondió intercambiando una silenciosa mirada que ambos entendieron, se volvió hacia Danika y ella asintió al mismo tiempo—. Todos y cada uno de los que hoy estamos aquí recordamos el día de hoy porque es un reflejo de la pérdida que sufrimos de un modo u otro hace un año.

Su compañera le apretó la mano y dio un paso adelante.

—Hace un año me encontraba en el yacimiento de Anwar Bard, no hacía ni un mes que había vuelto de cursar mis estudios en el extranjero, echaba de menos mi tierra y el desierto. Apenas despuntaba el alba cuando escuché varias explosiones, el fuego se extendió por doquier y vi a mis hermanos envueltos en llamas, escuché sus gritos y el no haber podido hacer nada por ayudarles me ha perseguido durante estos últimos doce meses.

—A ellos no pudisteis salvarlos, princesa, pero me salvasteis a mí y a mis chicos. —Alguien más tomó el relevo, dio un paso adelante y habló—. La princesa de los Sahin nos condujo a las ruinas, se encargó de todos los que estábamos heridos o desorientados, nos mantuvo a salvo.

—Yo estaba cerca de las tiendas cuando la zona de la cocina estalló por los aires, recuerdo que tuve el zumbido en los oídos durante semanas e incluso después, cada vez que escuchaba algo parecido no podía dejar de temblar —añadió ahora una mujer y se giró hacia él—. Hoy no estaría aquí si no es por vos, alteza, vos y vuestro hermano salvasteis muchas vidas ese día.

—Ese día fuimos atacados en nuestro corazón, en nuestra tierra, en

nuestros hogares, en nuestros lugares de trabajo, fue un día triste para Bahir. —Su padre dio un paso adelante y paseó la mirada por cada uno de los presentes—. Atentaron contra mis hijos e hijas, contra amigos y hermanos, se llevaron muchas vidas, pero hoy seguimos aquí y a los que ya no están les debemos el seguir adelante, continuar luchando porque eso nunca vuelva a suceder y para que sus nombres no sean olvidados.

Sharif dio entonces un paso adelante con Jasmine cogida de su mano.

—Hoy recordamos a Jason Abdul Wadi, que tu alma descanse y se reencarne, hermano mío.

—Hoy recordamos a Hakim de la tribu Sahin —declaró con ese vozarrón tan característico el *sheikh* de los Sahin—, que tu alma descanse y se reencarne.

Uno tras otro, hijos, padres, hermanos o amigos fueron pronunciando el nombre de aquellos que habían perdido, recordándoles y rogando por su descanso, en aquellos momentos, unidos como una sola unidad, no existían príncipes, ni jefes, ni sultanes, ni humanos, ni *tygrain*, todos formaban una sola nación, una nacida de la tierra que pisaban sus pies.

Una suave brisa le rozó con la calidez del desierto y el aroma de las milenarias dunas, fue como la caricia de un amante llena de ternura, amor y solaz, de alguna forma parecía murmurar una antigua canción, una melodía sin letra que creía recordar y entonces escuchó su voz.

Danika vibraba a través de su vínculo y por primera vez comprendió lo que ella sentía al estar conectada con el desierto, escuchó la melodía que escuchaba su compañera y se maravilló por la calidez presente en su voz.

«Reúnete con ellos, amor mío y diles que los recordamos».

Su alma sintió una caricia que lo conmovió, era como si ella lo hubiese acariciado justo allí.

«Te quiero, Tarek Al-Hanak, te querré cada una de mis vidas».

Se soltó de su mano y avanzó hacia el centro del círculo de personas que se daban cita, su voz se elevó al compás de la canción que siempre le había susurrado el desierto, el viento reaccionó a esta y se dejó guiar por las manos que se elevaban en el aire dando forma y guiando aquellas lenguas de cristales de arena que se elevaron desde el suelo.

El mundo pareció detenerse, no existía nada más que la voz y los movimientos de su compañera y entonces, cómo si se tratase de un sueño, los vio y sintió su presencia, la de todas esas almas que fueron arrancadas de la vida por actos terroristas. Cada una de ellas permanecía al lado de una persona y, cuando posaban su mano sobre su hombro, brazo o la besaban en la frente, esta parecía liberarse de una pesada carga.

Se giró por instinto hacia su hermano, Sharif tenía la mirada puesta en Danika, al igual que todos los presentes y no era consciente de la figura que apareció a su lado y al de Jasmine. Jason le dedicó una sonrisa y una educada reverencia, entonces tocó a su *tygrain* y a la mujer a la que había estado prometida liberándolos a ambos del peso y la culpabilidad de su partida para finalmente desaparecer.

«Hijo de mis hijos».

La voz hizo eco en su interior, la sintió cerca, tan cerca que supo que estaba a su lado, no la miró, quería recordarla cómo había sido, como Khaled la recordaba, así que cerró los ojos y dejó que la fantasmal mano que se posó en su hombro lo reconfortara.

«Vive esta nueva vida junto a ella, hijo mío, olvida quien fuiste, recuerda quién eres y muéstrale al mundo de dónde procedes».

Jadeó al sentir que ese indefinible peso que llevaba oprimiéndole el pecho se desvanecía, abrió los ojos y se encontró con los de su compañera, con la mirada que lo había enamorado y por primera vez desde el día en que la muerte asoló el campamento, se permitió llorar.

CAPÍTULO 38

El amanecer en el desierto era una de esas cosas que impactaban a quienes la veían, la basta inmensidad de arena, el mar en el que se habían ahogado demasiadas veces sus deseos, pero hoy aquí y en este lugar, se iba a hacer realidad el mayor de ellos.

Tarek miró la gran *jaima* que había montada unos cuantos metros a su izquierda, podía escuchar las risas y la algarabía de las hembras que se afanaban en su interior. Las mujeres de su familia así como las de la novia, habían hecho de aquel su territorio y habían prohibido la entrada a los hombres.

—Respira, hermanito, la novia no va a huir, tenemos cubiertos todos los flancos —le soltó Sharif posando una mano sobre su hombro.

—Por no mencionar que estamos en medio del desierto —añadió Kaliq posando su mano sobre el otro hombro—. No hay a dónde correr o esconderse.

—Tú estabas presente en la ceremonia de ayer, ¿no? —le recordó con palpable ironía.

—Es algo que no olvidaré mientras viva —admitió Sharif y Kaliq asintió de acuerdo.

Respiró profundamente y echó un vistazo a la tienda bajo la que

esperaban impacientes su padre, su madre, Amina, Malik, Burhan y el *sheikh* de los Sahin, el grupo parecía discutir todavía el hecho de que sus respectivos vástagos los hubiesen arrastrado al desierto cuando todavía no había ni salido el sol truncando así sus propios planes de hacer una fiesta por todo lo alto.

—Tu futuro suegro parece que no está muy contento con la nueva localización de la boda.

—Nuestro padre tampoco está muy satisfecho con ello, sobre todo con el horario.

No, para todos había sido una verdadera sorpresa el que los novios hubiesen decidido cambiar el lugar del enlace en el último momento sin dar aviso a nadie, solo las hermanas de Danika y sus propios hermanos, así como su santa madre, sabían lo que habían estado orquestando, ellos habían sido los que les habían ayudado a organizarlo todo.

—Es nuestra boda, nuestras decisiones —respondió volviendo a mirar hacia la *jaima*—. Ella es parte del desierto, como lo somos los *tygrain*, no hay ningún lugar que pudiese ser más adecuado que este para celebrar la ceremonia.

—Nuestro hermanito ha crecido, Kal —comentó Sharif con tono dramático—, el cachorro se nos casa.

—Y lo hace colado hasta las rayas por su novia —añadió Kaliq, siguiéndole el juego a su hermano. Cuando esos dos se aliaban eran un tándem tan formidable como inaguantable.

—¿Queréis dejarlo ya? Es el día de mi boda y quisiera superarlo sin tener que derramar sangre; la vuestra.

Se rieron a carcajadas, lo que lo llevó a gruñir.

—Os lo juro, hermanos, os voy a...

Las palabras se perdieron en el aire en el mismo momento en que escuchó ruidos en la tienda y vio cómo se separaban las cortinas y una a una,

emergían las mujeres de sus respectivas familias. Todas ellas vestían a la manera tradicional, con vistosos colores que parecían relucir como joyas en el desierto.

—¡La novia está lista! —anunció Amina, echando un vistazo detrás de ella y sonrió a Zeynep.

—¡La novia ha llegado al desierto! —añadió esta última mirando también atrás para ver salir ahora a Lyss y a su propia madre, quienes se encargaron de sujetar las cortinas abiertas.

—¡La novia se nos casa!

Tarek volvió a enamorarse de su compañera en el mismo momento en que la vio atravesando el umbral. Sus ojos brillaban, tenía los labios pintados de negro y llevaba el aro ceremonial en la nariz y las monedas entrelazadas con el pañuelo que serpenteaba entre su pelo. Sus ojos poseían ese tono azul grisáceo que lo habían seducido la primera vez que la vio, los llevaba pintados con *henna*, la misma que decoraba sus manos, hombros y cada centímetro de piel que dejaba a la vista el vestido de novia propio de su tribu.

Caminaba descalza, las joyas tintinearón en sus muñecas cuando cogió el pedazo de tela que colgaba de un lado del rostro y se lo cubrió. Estaba preciosa, la joya más hermosa del desierto y era suya.

—Ve a por tu novia y consévala por la eternidad —le deseó Sharif y se retiró unos pasos.

—Hazla feliz y ella será tu felicidad —le deseó también Kaliq antes de retroceder también.

Aceptando los deseos ceremoniales de sus hermanos, caminó hacia su compañera hasta que estuvieron por fin uno delante del otro.

—Me quitas el aliento, Dani, eres la novia más hermosa que han contemplado mis ojos.

La vio curvar los labios bajo el velo al tiempo que le dedicaba un dulce

y descarado repaso que lo encendió de deseo.

—Tú también estás muy guapo, te queda muy bien el blanco, pareces un auténtico príncipe del desierto.

Sonrió pícaro.

—Alguien me ha dicho que lo soy, pero que quede entre tú y yo.

—De acuerdo, mi señor, será nuestro secreto.

Correspondió a su sonrisa y señaló con un movimiento de los ojos a los invitados.

—¿Lista para dar el siguiente paso en este camino que compartimos?

Asintió y siguió su mirada.

—¿Se han enfadado mucho? Juraría que he escuchado hasta truenos.

Se rió por lo bajo y señaló a la comitiva con un ligero gesto de cabeza.

—Es nuestra boda, princesa, nosotros decidimos, ¿recuerdas? —la tranquilizó.

—Sí, es nuestra decisión —aceptó y su voz sonó ahora mucho más segura, levantó la cabeza y lo miró—. Hagámoslo.

Dando inicio a la ceremonia, le tendió la mano con la palma hacia arriba en una silenciosa invitación.

—En este desierto, el mismo en el que te contemplé por primera vez, aquí y ahora te pregunto, ¿te casarás conmigo? ¿Serás mi esposa desde este día hasta el último que compartamos? ¿Tomarás mi mano y entrarás conmigo en una nueva vida?

Dejó caer el velo y pudo ver esa preciosa sonrisa en todo su esplendor.

—Sí, me casaré contigo —respondió con ese tono tembloroso que ponía de manifiesto lo nerviosa que estaba—. Seré tu esposa desde este día hasta el último que compartamos —continuó y deslizó la mano tatuada sobre la suya con suavidad—. Tomaré tu mano para entrar de ella en esta nueva vida que me ofreces, una que podré compartir ahora y siempre contigo, porque te quiero,

mi dulce y eterno príncipe *tygrain*, tú me has enseñado a quererte.

Sus palabras lo calentaron y lo llenaron aún más de amor por esa mujer.

—Te quiero, hija del desierto, siempre lo haré.

Enlazó los dedos con los de ella y se volvieron hacia el sacerdote que ya se había posicionado al borde de la *jaima* esperando a que los novios se uniesen al resto de los invitados y poder continuar con la ceremonia.

Por fin, cogidos de la mano, sabiendo que este era solo el principio, caminaron hacia las personas que ambos amaban, aquellos que habían formado parte de sus vidas y seguirían haciéndolo en el futuro.

EPÍLOGO

Tres meses después...

El agobiante calor que se había dejado sentir durante el día se iba desvaneciendo con la llegada de la noche, los tonos rosas y naranjas que daban color al atardecer por encima de las dunas más allá de los límites del oasis Abdel Haqq indicaban el final de la jornada, una que estaba llena de emociones y que marcaría un antes y un después en las vidas de muchos *tygrain*.

Tarek paseó la mirada por la orilla y agradeció poder contar en su vida con cada uno de los hombres y mujeres que se reunían hoy allí. Sus hermanos, nacidos de la misma tierra, con los que compartía vínculos de sangre, sus hermanas, quienes habían roto maldiciones y llenado las vidas de dos hombres solitarios de alegría y amor y su compañera, su otra mitad, que lo complementaba y a quien amaba por encima de todas las cosas. Esta era su familia, su pasado y su futuro, las raíces de las que nacerían las próximas generaciones de Al-Hanak, los próximos hijos del desierto.

Respiró profundamente y envió una silenciosa plegaria al desierto, un agradecimiento por lo que hoy todos ellos tenían y una promesa de futuro.

«Vuestra leyenda nunca morirá. Desde hoy, todos y cada uno de los

tygrain dispersos por el mundo sabrán de dónde vienen, conocerán sus orígenes y podrán buscar ellos mismos aquellas raíces que los lleven de nuevo a vosotros».

No había sido sencillo, se había encontrado en las manos con la responsabilidad más grande de su vida, pero esto era para lo que había nacido, lo que vida tras vida le había estado aguardando y que ahora podía dejar de buscar.

Todos ellos habían tenido mucho que ver en ese proceso, pensó y sonrió volviendo a fijarse en las personas que disfrutaban del día totalmente ajenos a sus pensamientos. De distintas maneras, cada miembro de la familia había aportado su grano de arena, ya fuese con conocimiento, con mano de obra, contactos e incluso trayéndole café cuando el tiempo dejaba de existir para él y los días se convertían en noches. La prueba estaba ahí, a su lado, tan silencioso a pesar de ser capaz de contar mil y una historias.

Bajó la mirada y dejó que sus dedos se deslizaran por las letras doradas que formaban el título de aquel libro, una obra que las librerías catalogarían de ficción, otros de cuentos narrados a partir de viejas leyendas *baharis* y que solo los *tygrain*, a quienes estaba verdaderamente dirigido, entenderían que lo que se encontraba en sus páginas era la historia de su pasado, de quienes habían sido una vez y quienes seguirían siendo eternamente; una raza nacida de un dios y una hija del desierto. A partir de ahora, el pasado ya no estaría enterrado en la arenas de Bahir, estaría en manos de todo el que lo necesitase para ayudarle a encontrar su propio futuro.

—¿Admirando tu trabajo, alteza?

La voz de su esposa acompañó ese particular aroma a especias y desierto que siempre parecía envolverla, levantó la cabeza y le sonrió, invitándola a sentarse junto a él.

—Más bien, agradeciendo al desierto el haberlo terminado por fin —

admitió con absoluta convicción—. Ahora el resto del trabajo está en manos del destino o de la providencia, con lo que nosotros podremos concentrarnos en otras cosas cómo empezar la construcción de ese colegio.

Danika se dejó caer a su lado, cogió el libro y acarició también el título.

—No puedo creer que hayáis conseguido por fin esas tierras, Malik casi llora como un niño pequeño cuando le pusiste las escrituras en las manos — aseguró entre risitas—. Será un importante avance para las gentes de las tribus, el comienzo de muchos e importantes cambios...

—Y tu primer proyecto oficial, princesa —le recordó, pues ella sería la encargada de realizar los planos y sacar adelante esa escuela—. Estoy orgulloso de ti.

—Mira por dónde, yo también lo estoy de mi misma —respondió y no pudo evitar soltar una carcajada ante su rotunda respuesta.

—Es bueno saberlo, Dani, es bueno saberlo —aceptó envolviéndola con el brazo para atraerla contra él y besarla en la cabeza—. Te quiero, mi princesa, no me canso de darle gracias cada día al desierto por haberte puesto aquel día en mi camino.

—Y yo, amor mío, tú diste sentido a mi vida, al motivo por el que vengo cada día a jugar en la arena, pues siempre, vida tras vida, te he estado esperando a ti.

Volvió a mirar una vez más la portada del libro que ahora sostenía ella en su regazo; «*El Badra*», escrito por un *Amante Tygrain*. Habían decidido sacarlo así y mantener al mismo tiempo el anonimato de su identidad, no habría segundas partes, no habría más obras escritas o publicadas por ese autor, porque aquella era una obra única que había sobrevivido mil años en una biblioteca escondida en el corazón del desierto y seguiría haciéndolo en las mentes y los corazones de aquellos que lo leyesen a partir de ahora.

—Oye, cachorro, ¿les has enviado ya un ejemplar a Dimitri y Marcus?

Gruñó ante el maldito apodo que, incluso ahora, emparejado y con esposa, sus hermanos seguían empleando con él con el único propósito de molestarlo.

—Sí, vejestorio, han sido los primeros en recibir *El Badra*.

El jefe de la comunidad *tygrain* afincada en Virginia había mostrado mucho interés en todos los hallazgos que habían ido apareciendo, tanto era así que Marcus, el hermano pequeño de Dimitri, había viajado a Bahir en persona para poder verlos en persona. El jefe del clan americano dirigía una compañía que se dedicaba a comprar o recuperar antigüedades del mercado negro y otros coleccionistas privados y devolverlas a los museos o a sus legítimos propietarios. Su estancia en palacio con su compañera y su hijo pequeño, había sido un soplo de aire fresco para la familia Al-Hanak y una manera perfecta para estrechar lazos con otros miembros de su raza.

—¿Vejestorio?

—Te está muy bien empleado, Shar —aseguró Jasmine apuntando con el dedo a su marido—. Deja de meterte con él.

—Es nuestro bebé, Jasmine, seguirá siéndolo hasta que tenga ochenta años y camine apoyado en un bastón —añadió Kaliq, ayudando a su embarazada esposa a sentarse en una de las sillas dispuestas bajo una palmera.

—Ignórales, Tarek, uno es un vejestorio y el otro un carcamal —chasqueó Sarah dejándose caer con un suspiro en la silla para luego acariciar su abultado vientre. El doctor acababa de confirmarles a los herederos del sultanato que, para su eterna sorpresa, esperaban mellizos; un niño y una niña—. Dios, echaba de menos esta brisa, hoy ha hecho un calor infernal.

—¿Cómo están mi sobrino y sobrina? —preguntó Sharif mirando a su hermana con ternura.

—Oh, llevan todo el día dando coces como burros —aseguró la madre mirando a su marido—. Sobre todo cuando sienten a su padre o escuchan su

VOZ.

—Te has equivocado de animal, amor mío.

—Kal, los gatos son monos, ronronean y duermen como marmotas, tu hija y tu hijo, son pateadores profesionales —replicó con una radiante sonrisa—. No te preocupes, gatito, han salido a ti.

El coro de risas fue generalizado, Sharif y él intercambiaron una divertida mirada y se mantuvieron en prudente silencio, ambos eran conscientes del cambio que su esposa había hecho en el primogénito del sultanato, Sarah le había devuelto la alegría a Kaliq, como cada una de esas mujeres se la había devuelto a sus respectivas parejas.

Miró a cada uno de los presentes y dio le dio las gracias a los dioses una vez más por permitirles romper la maldición y haberles concedido a los *Tygrain Al-Hanak* la dicha y la felicidad de contar con la mitad de su alma para toda la eternidad.

Mientras tanto, en el corazón del desierto, dos errantes nómadas se adentraban en la eternidad de las arenas. Ella iba vestida de blanco, él de negro, sus manos entrelazadas mientras sus respectivas ropas ondeaban a sus espaldas movidas por el viento. Habían venido desde muy lejos, de tiempos ya olvidados para recordarles a sus hijos dónde estaban sus raíces y que el amor de la otra mitad de sus almas, siempre pondría fin a cualquier maldición.

Viéndolos a los tres juntos y con sus almas completas de nuevo, supieron que su tarea había terminado, era hora de volver a su hogar y dejar que el futuro de la raza diese comienzo.

SOBRE LA SERIE AL-HANAK

El *Sultanato de Bahir* es un país ficticio situado entre los *Emiratos Árabes* y el *Sultanato de Omán*, su cultura y tradiciones son una mezcla de las hindúes y musulmanas «*adaptadas*» a los propósitos de mi historia y, como tales, difieren en algunos aspectos de su verdadera esencia.

Recordar que esta es una «obra de ficción» y, como tal, he optado por crear un país y una cultura que recoge pequeños guiños que se alejan de las costumbres «*reales*» de las distintas etnias aquí reflejadas.

Espero que os hayáis enamorado de los príncipes *tygrain* y de su peculiar forma de ver la vida y de sus propias costumbres.

Nos vemos en la próxima entrega de **Lover Tygrain Al-Hanak**.

Kelly Dreams